



BELOT

EL REY
DE LOS
GRIEGOS

PQ2193
B7
R483



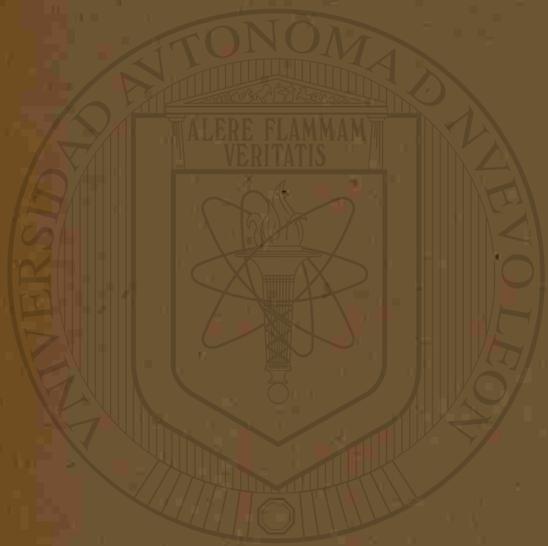
1020026104



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL REY DE LOS GRIEGOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLI

Núm. Clas. N
Núm. Autor B 483/14
Núm. Adg. 29767
Procedencia 8
Precio 21
Fecha CAS
Clasifico 64
Catálogo

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

La Boca de la Señora X.
Las Fugitivas de Viena.
Reina de Hermosura.
La Sultana parisiense.
La fiebre de lo Desconocido.
La Venus Negra.
Los Misterios Mundanos.
Las Bañistas de Trouville.
La señora Vital y la señorita Lelichev.
La Cárcel de Clermont.
Flor de crimen.
Elena y Matilde.
Dos Mujeres.
Locuras juveniles.
Los Estranguladores.
La Gran Florina.
El drama de la calle de la Paz.
El Rey de los Griegos

ADOLPHE BELOT

EL REY

DE LOS

GRIEGOS

VERSION ESPAÑOLA



MADRID
IMPRENTA FRANCO-ESPAÑOLA

15 - Almendro - 15

1888

85799

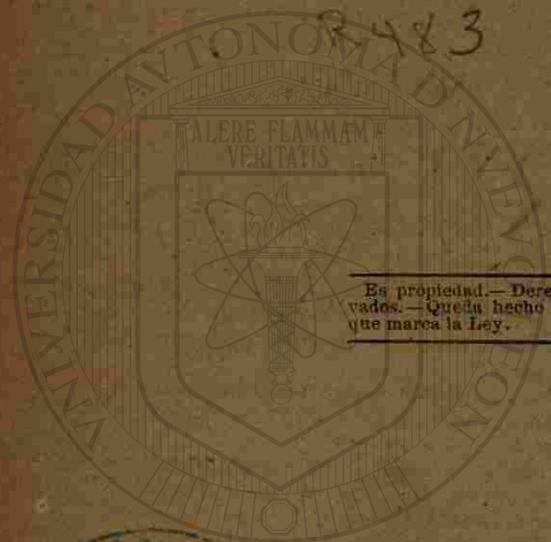
29767

843
B.

PQ 2193

.87

2483



Es propiedad.— Derechos reservados.— Queda hecho el depósito que marca la Ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDA RICARDO COVARRUBIAS

EL REY DE LOS GRIEGOS

PRIMERA PARTE

I

LAS casas donde el demonio del juego tiene establecido su domicilio oficial en Paris, pueden dividirse del modo siguiente:

Primero, los Círculos de recreo autorizados debidamente; segundo, los Círculos tolerados; tercero, los *garitos*.

Los primeros se administran por un *gerente* que percibe una cuota fija. El impuesto que grava sobre los jugadores, se destina á pagar los gastos de la casa y á aumentar las comodidades de los asociados.

Los Círculos de que hablamos son conocidos de todos los que frecuentan en Paris la buena sociedad, empiezan en el Jockey-Club, cerca de la Ópera, y acaban en el Gran Círculo del boulevard Montmartre. En estas casas, el juego es el pasatiempo favorito, y por intermitencias; sólo en ciertas épocas del año se juega durante el día; en cambio, por la noche, se empieza de cinco á siete y de doce á cuatro de la madrugada.

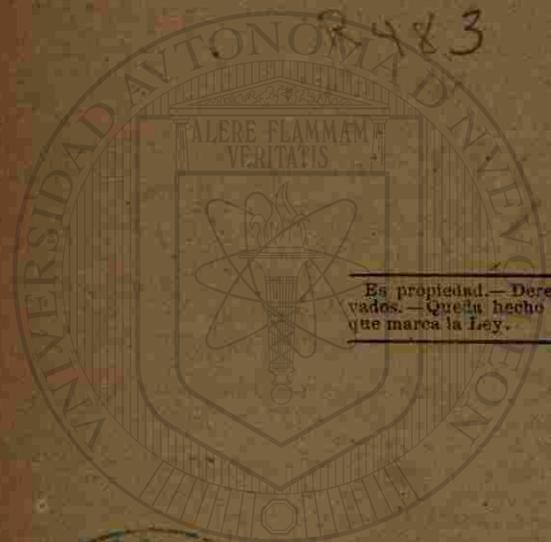
Aquí el vicio es discreto, no se impone, réina sin despotismo: hombres de buena sociedad, hom-

843
B.

PQ 2193

.87

2483



Es propiedad.— Derechos reservados.— Queda hecho el depósito que marca la Ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL REY DE LOS GRIEGOS

PRIMERA PARTE

I

LAS casas donde el demonio del juego tiene establecido su domicilio oficial en Paris, pueden dividirse del modo siguiente:

Primero, los Círculos de recreo autorizados debidamente; segundo, los Círculos tolerados; tercero, los *garitos*.

Los primeros se administran por un *gerente* que percibe una cuota fija. El impuesto que grava sobre los jugadores, se destina á pagar los gastos de la casa y á aumentar las comodidades de los asociados.

Los Círculos de que hablamos son conocidos de todos los que frecuentan en Paris la buena sociedad, empiezan en el Jockey-Club, cerca de la Ópera, y acaban en el Gran Círculo del boulevard Montmartre. En estas casas, el juego es el pasatiempo favorito, y por intermitencias; sólo en ciertas épocas del año se juega durante el día; en cambio, por la noche, se empieza de cinco á siete y de doce á cuatro de la madrugada.

Aquí el vicio es discreto, no se impone, réina sin despotismo: hombres de buena sociedad, hom-

bres políticos, banqueros ó artistas, se reúnen en ese local, situado en el centro de sus negocios, ó de sus aficiones, y allí hablan de los sucesos del día, de las carreras pasadas ó de las que han de tener lugar, de aventuras, de las anécdotas que corren, y cuando quieren entretener el tiempo, antes de comer ó dormir, dejan el salón de lectura ó de conversación y se dirigen á una habitación especial, generalmente apartada é independiente, y juegan para distraerse. Hemos llamado á estos Círculos autorizados, porque dependen del Ministro del Interior, y gracias á su protección, gozan de una existencia legal, y tienen toda garantía de seguridad.

Los Círculos *tolerados*, que forman la segunda categoría, dependen del Prefecto de Policía. Con una solicitud firmada por unas cuantas personas más ó menos influyentes, ha dado la autorización para abrirlos, reservándose el derecho de cerrarlos á la menor infracción de los estatutos. Su existencia no es legal, es simplemente administrativa, se compone de un grupo de individuos explotados por un especulador. Este toma el título de *gerente ó administrador*, y es á veces llamado *Coronel* por los concurrentes; éste se encarga de todos los gastos del Círculo, y toma beneficio de los jugadores, á los que trata de atraerse por todos los medios conocidos. Aquí las mesas de juego no se esconden en una sala retirada, ocupan, por el contrario, las habitaciones más importantes, y van instalándose hasta el salón de lectura, de conversación y comedor.

Las admisiones en estos Círculos son muy fáciles. En cuanto un individuo es conocido como un gran jugador ó tenaz aficionado, el mismo *gerente* ó dueño de la casa le invita, sin cuidarse de sus antecedentes, si el *gerente* ó dueño es hombre de tacto y energía; el juego es legal, no

se comete ningún fraude y no merecen los nombres que les ha otorgado algún jugador desplumado, como la *partida de los griegos*, y otros no menos significativos.

Los *garitos*, que vienen en último lugar, no son dignos de fijar la atención. Las casas, ó más bien tugurios, donde el juego se oculta á todas las miradas, y donde un *griego* de profesión desbaliña á pobres estudiantes, industriales y empleados de poco sueldo ó criados, que pierden en una noche un mes de sueldo ó los productos mercantiles de medio año. La Policía tiene los ojos fijos en esas casas clandestinas y á veces se presenta en ellas cuando menos la esperan, se apodera de los utensilios de juego y detienen á los jugadores; pero estas casas son tan numerosas en París, que por una que se cierre brotan cuatro; jamás el juego se ha propagado con el furor de hoy: no es ya una enfermedad, es una epidemia.

El 20 de Noviembre de 187... á las diez de la noche, un carruaje de punto se detuvo en el extremo de una de las calles que desembocan al boulevard de los Italianos, delante de un Club de los de segunda categoría. Un hombre elegantemente vestido, moreno y agraciado, bajó rápidamente del coche, despidió al cochero y penetró en la casa, atravesó un salón casi desierto, y penetró en la sala destinada al *baccarat*, donde todos los asistentes parecían haberse dado cita.

—¡El Conde de Bussine! — dijo Lafleur, joven Abogado de gran porvenir.

Su vecino d'Ameliu, el Diputado, al reconocer al recién llegado, añadió:

—No podía dejar de venir. Perdió mucho la noche anterior y trata de reponerse. No creo que haya cambiado su suerte. Si *talla*, soy punto en contra.

—¡Calle! Habías jurado no volver á jugar.

—Esta mañana he cambiado de parecer,— dijo el Abogado, volviendo la espalda á su interlocutor para acercarse á la mesa de juego.

Había en torno de la mesa las doce sillas reglamentarias, todas ocupadas, y detrás, en segundo y tercer término, hasta unos cincuenta jugadores que apretaban á los primeros para inclinarse sobre el tapete verde y seguir los accidentes del juego. La mesa estaba cubierta de fichas rojas, blancas, de marfil, nácar ó de hueso, representando cantidades fabulosas. El oro y los billetes se veían también en abundancia sobre la mesa, pero sin orden, porque al fin de la partida las fichas se cambian por la cantidad que representan.

En el momento en que el Conde de Bussine entraba en la sala, el banquero ponía la banca é invitaba á los jugadores.

—Señores, hagan juego.

Una verdadera lluvia de fichas de todos los colores y formas inundó el tapete.

—¿El juego está hecho?—preguntó el banquero paseando la vista en torno de la mesa.

—¿Cuanto hay en la banca?—preguntó el Conde.

—Todo lo que vos queráis,—repuso el banquero.

—Entonces pongo diez mil francos al primer cuadro,—dijo el Conde conmovido.

Y al hablar así arrojó un paquete de billetes sobre la mesa.

—¿Nada más?—dijo el banquero.

—¡Nada más!—repitió docilmente el *Croupier*.

II

El *Croupier* es un personaje desconocido en los Círculos de primera clase, á menos que la partida tome proporciones exageradas; como allí, todos los jugadores se conocen, se auxilian unos á otros, pagan al que está más lejos y recogen por sí el dinero ganado; pero en los Círculos de segundo orden es el socio del banquero, y representa en la mesa de juego los intereses de la caja.

Empezó la partida, partida importante, cuarenta mil francos lo ménos, repartidos entre ambos cuadros, y al murmullo de las diferentes conversaciones sucedió, como por encanto, profundo silencio. Los *puntos*, aguardando que se decidiese su suerte, y los espectadores esperando con ansiedad el fin de aquella importante batalla. En cuanto al banquero, afectaba una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Doy cartas,—dijo.

Los *puntos* respiraron. Era una primera victoria, porque el banquero no había vuelto *ni ochos ni nueves*. El cuadro de la derecha, en que había interesado su juego el Conde de Bussine, rehusó cartas; el banquero se volvió al de la izquierda, y el que tenía la *mano* pidió carta.

Se le dió una figura. El banquero tuvo un momento de vacilación: ¿se daría carta? ¿no se la daría?

—¿Cual es más fuerte de los dos cuadros?—preguntó.

El *Croupier* examinó y dijo:

—Veinticinco mil francos próximamente en el primero, y quince mil en el segundo.

—Tiro, — dijo el banquero.

Y echó sobre la mesa un tres.

—Tengo ocho, — dijo volviendo la baraja.

Los dos cuadros habían perdido; y todas las fichas y el dinero, vino arrastrado por la *raqueta* del *Croupier* á aumentar el dinero de la banca.

—¿Habéis tomado parte en la jugada? — dijo Amelin al Abogado Lafleur.

—No, á Dios gracias: iba á arriesgar cinco luises cuando vi á Bussine poner diez mil francos, y como confío en que sigue su mala suerte, he vuelto á guardar mi dinero, y jugaré contra él en cuanto *talle*.

—No tardaréis; la casa va á echar ases y tratará de reponerse.

En efecto, el banquero satisfecho de su victoria, había arrojado las cartas y guardaba con ambas manos su tesoro para alejarse de la mesa.

Sin perder tiempo, el *Representante* barajó nuevas cartas y echó ases; siendo adjudicada al Conde de Bussine en quinientos luises.

Ocupó el sitio que dejaba su antecesor, sacó de la cartera diez y nueve billetes de á mil francos que hizo contar y empezó á *tallar*.

Sus primeros golpes fueron dichosos y se repuso en breve, y aun triplicó el capital, pero en vez de contentarse con esta ventaja se empeñó en seguir jugando, cuando un criado se acercó á decirle al oído:

—Un caballero desea ver al señor Conde para un asunto urgente.

—¡Dejadme en paz! Ya sabéis que no me muevo cuando estoy *tallando*.

El criado se alejó y el Conde empezó un nuevo *albur*.

Ganó de nuevo, y una sonrisa entreabrió sus labios, pero el criado volvió á entrar y le presentó una tarjeta en una bandeja.

—¿Otra vez? — dijo el Conde encolerizado.

—No es culpa mía, señor, ese caballero alborota en la antesala, jura que si no entraba esta tarjeta pasaría él mismo, y por evitar un escándalo...

—Esta bien, — dadme.

Era una tarjeta en la cual, bajo un nombre, había escrito con lapiz.

Os busco hace rato. Vuestra esposa os llama... se muere.

El Conde hizo un movimiento como para levantarse, pero su mirada cayó sobre la mesa, cubierta de oro y de billetes ya *apuntados* para la jugada, se acordó que la fortuna se le mostraba propicia en aquel instante, y dijo al criado:

—Decid á esa persona, que la siga al punto. Y volviéndose á los jugadores, añadió.

—Señores, continúa la partida.

III

El individuo á quien el criado transmitió la respuesta del Conde Bussine se llamaba Petithomme y jamás se vió un hombre en más perfecto desacuerdo con el nombre que llevaba.

El señor Petithomme tenía una estatura de Hércules. Sólo la cabeza formaba contraste. Era una cabeza de mujer ó de niño, con pequeñas facciones, orejas, boca chiquitita, por la que es-

pelía una vocecita atiplada que parecía salir con trabajo de la garganta de aquel coloso.

A pesar de este contraste el señor Petithomme era imponente y se explica que los criados del Círculo habieran obedecido á sus amenazas.

Cuando recibió la respuesta del Conde tuvo un momento de vacilación, estuvo á punto de penetrar en los salones y decir al señor de Bussine:

—¿No me habéis entendido? Os digo que se muere, que quizá ha muerto á estas horas... corred...

Pero dió media vuelta, atravesó la antesala y bajó la escalera precipitadamente. Ya en la calle, nueva vacilación. ¿Tomaría un carruaje? Sacó el reloj y al ver que tenía que pagar carrera doble, conió á sus piernas la comisión de llevarle.

Algunos minutos después llegaba á la calle de Caumartin delante de una casa de buena apariencia. Se hizo abrir, subió al tercer piso, empujó la puerta entornada y se encontró con una mujer que le esperaba. Esta era su esposa.

—¡Calle! ¿Estáis aquí? — dijo el coloso.

—Sí, podían tener necesidad de mí en tu ausencia, y además no hubiera podido dormir y la lámpara hubiera gastado el aceite en balde.

Petithomme encontró sin duda esta respuesta digna de recompensa, porque tomó en sus brazos el pequeño talle de su mujer, la levantó, como hubiera levantado á un niño, depositó dos besos sonoros en sus mejillas y la volvió á soltar. Este era el sistema empleado siempre por el coloso cuando quería dar un beso á su consorte, porque le hubiera sido muy difícil doblarse hasta encontrar su rostro.

Cesarina Petithomme era tan pequeña y delgada, como su marido robusto y corpulento, y como si la naturaleza se hubiera entretenido en

multiplicar los contrastes en aquella pareja, había dado á Cesarina una voz fuerte, sonora, varonil, tanto, que al hablar ambos en una habitación, se cometían graves errores, porque la voz atiplada del marido parecía salir de la garganta de la mujer, y la voz fuerte de Cesarina del robusto pecho de Cornelio.

Aquellos dos seres que se parecían tan poco físicamente, se confundían en uno en la parte moral, y durante su matrimonio, que ya contaba treinta años, habían tenido siempre las mismas ideas y obedecido á una sola voluntad... la de la señora Petithomme, ante la cual su marido había cedido siempre; el coloso había cambiado su cabeza pequeña y falta de ideas por la cabeza bien organizada de Cesarina y con ella se había completado.

Al dejar á su mujer, se abrió una de las puertas interiores, y una joven, casi una niña, se adelantó á él y dijo:

—¿Habéis hallado á mi padre?

—Sí, señorita; le he hallado al fin.

—¿Y cómo no viene con vos?

—No sé,—dijo turbándose,—estaría ocupado...

—¡Ocupado! —¿Le habéis dicho que mi madre está muy mala, que le llama?...

—Sí, señorita... sí; pero tranquilizáos, va á venir... me sigue.

—Bien, muchas gracias.

Y ya iba á retirarme, cuando añadió:

—Volveos á vuestra casa, amigos míos, tendréis necesidad de reposo... Es muy tarde; si algo ocurriese enviaré á la criada.

—¿Para qué? — dijo Cesarina; aquí estamos bien; una noche se pasa pronto, ¿no es verdad, amigo mío?

—Cierto, cierto; repitió Cornelio, que era el eco de su mujer.

—Como queráis; pero hace frío, instaláos en el comedor, hay lumbre y encontraréis té hecho sobre la mesa.

Despidióse con un ademán para entrar en el cuarto de la enferma, cuando de repente se detuvo, dejándose caer en un sillón.

El valor le abandonaba, su corazón estalló en sollozos mientras sus labios balbuceaban.

—¡No tengo padre... si lo tuviera estaría aquí... junto á mi madre, que se muere... Pronto me quedaré sola en el mundo!

Lloró algunos instantes, y temiendo ser oída desde la alcoba de la enferma, enjugó sus ojos, serenose su rostro pensando que en breve su padre volvería y su madre estaría mejor. Las lágrimas de las niñas son como nube de verano.

Entonces quiso ver de nuevo á su madre adorada, y para borrar las huellas de sus lágrimas, corrió al espejo, humedeció con agua fresca sus ojos... y bien puede decirse que jamás un espejo tuvo la misión de reflejar rostro más lindo.

Susana reunía á los encantos de la niña las primeras gracias de la mujer, su cabello descompuesto adornaba un rostro de las más puras líneas; en sus grandes ojos azules, un poco encendidos por el llanto, reflejábanse bondad y energía. Si más adelante los encantos que se indicaban en ella llegaban á su desarrollo, Susana sería una mujer de rara hermosura.

Después de pagar aquel ligero tributo á la prudencia, se encaminó de puntillas al cuarto de la enferma, donde un hombre, sentado á la cabecera del lecho, colocó un dedo en los labios haciéndole señas de que callase.

Entonces la enferma dijo dulcemente.

—No duermo.

Y respirando con fuerza añadió:

—¿Ha venido Jorge?

—No, mamá; pero ya viene, le han encontrado.

La enferma suspiró y dijo:

—¿Estáis aquí, Luciano?

—Sí, mi querida Enriqueta.

—Pues bien... tengo que hablaros, Susana... hija mía... ve á descansar algunos instantes. Te llamarán pronto... te lo prometo.

La niña se acercó al lecho, depositó un beso en la frente de su madre y comprendiendo que se trataba de algo solemne, salió para dejar correr las nuevas lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

IV

En cuanto Susana se retiró, volvióse la enferma al hombre que había quedado á su lado y dijo:

—Acercáos, Luciano; tengo muchas cosas que deciros y las fuerzas me van abandonando por momentos.

Acercóse Luciano, y murmuró:

—¿Por qué no dejar para otra ocasión vuestra confidencia, querida Enriqueta? El doctor os aconseja la mayor quietud y nos encarga que os evitemos toda emoción... Tratad de pasar la noche tranquila y mañana, si estáis mejor...

La enferma le detuvo con un ademán y dijo lentamente:

—El día de mañana no me pertenece, mañana no existiré.

—¡Vos! ¡Qué idea! ¿Estáis loca?

—No,—murmuró la enferma llevando la mano al pecho,—yo sé lo que tengo aquí... Esta afec-

ción al corazón, como dicen los médicos, ha hecho en poco tiempo terribles progresos... Por milagro no he muerto en la crisis que tanto os ha alarmado; pero se renovará cuando menos lo esperéis; lo siento en este ahogo, y entonces todo habrá concluido.

—Exageráis vuestro mal, hermana mía; el médico había previsto todo lo que decís.

La enferma sonrió tristemente en lugar de responder; no tenía la menor esperanza.

—Lo que tenéis que decirme, —añadió su interlocutor, —Jorge debe sin duda oírlo; aguardad á que haya vuelto y nos hablaréis á la par.

—Jorge no vendrá, —murmuró la enferma con amargura.

—¿Que no vendrá? ¿cómo no, si le han encontrado, si sabe que estáis enferma?

—Os digo que no vendrá; su funesta pasión podrá más que yo.

—No comprendo de qué pasión queréis hablar.

—De su pasión por el juego.

—El! ¡mi hermano jugador!

—Sí, eso es lo que me mata.

—¿Y ahora me lo decís?

—¿Para qué afligiros? Le amáis como á un hijo; sus faltas os hubieran hecho tanto daño como á mí.

—Pero se las hubiera reprochado, se las hubiera corregido...

—¡No hubierais triunfado donde yo he succumbido! ¡Si supierais todo lo que he suplicado... todo lo que he sufrido!... he hecho intervenir á mi hija, y ella, rodeándole con sus tiernos brazos, le decía: —*Padre, quédate con nosotras; no te vayas, mamá está enferma; sufre de verte así; no salgas, por piedad!* Y parecía conmoverse, prometía quedarse, y á veces se quedaba impaciente, nervioso... Aguardaba á las once, llegaban las doce, y

entonces ya no se podía contener, partía para no volver hasta el día siguiente.

—¡Y yo nada sospechaba! ¡me lo ocultabais todo!

—No me hubiera perdonado que os lo dijera, que os entregase el secreto que la casualidad me ha hecho conocer; además, yo esperaba siempre, porque en el fondo no es malo, sólo débil, muy débil; en los primeros tiempos me hizo muy dichosa, después su funesta pasión le ha precipitado, consumiendo nuestra fortuna.

—¿Cómo? ¿os ha arruinado?

—A mí no, á su hija. Yo no le traje dote, no tengo el derecho de quejarme: todo era suyo... y vuestro, puesto que en el día de nuestro matrimonio, para que pudiéramos vivir con más desahogo, le cedisteis vuestra parte en la herencia paterna; ¡sois tan bueno y le queréis tanto!...

—¡Oh! ¡sí! ¡Le quería mucho, mucho!

Y olvidando que se hallaba en la estancia de una moribunda, se levantó y empezó á pasear á lo largo del aposento, hablando en alta voz.

—Sí, yo le amaba mucho, no solamente porque era mi hermano, mi hermano menor, sino porque le había visto nacer cuando yo era ya crecídito, porque guiado por mí, dió los primeros pasos y pronunció las primeras palabras... ¡Le amaba, además, en memoria de la madre adorada que hemos perdido!

Volvióse bruscamente hacia el lecho de Enriqueta y exclamó:

—¡Ah! ¡Si la hubierais cenocido! ¡Qué mujer, qué admirable mujer, qué veneración me inspiraba! Joven aún, se presentó imponente la enfermedad, y comprendió que iba á morir.

—¡Como yo!...

El corazón de Luciano, entregado á sus recuerdos, no oyó esta palabra y continuó:

Entonces me llamó junto á su lecho, tenía yo veinte años, y veo la escena como si fuera hoy... Su habitación se parecía algo á ésta; entre las dos ventanas había un gran retrato de mi padre, precisamente donde vos habéis puesto el de Jorge, pero la misma fisonomía, la misma expresión... Jorge se parece mucho á mi padre, y esta es otra de las razones porque le amo en extremo.

Signióse paseando con agitación, y dijo:

—Cuando estuve al lado de mi madre, moribunda, exclamó:—*Luciano, pronto te abandonaré; voy á reunirme con tu padre; es terrible dejar dos hijos tan jóvenes y que ahora necesitan consejos, protección de una madre; pero moriré tranquila, si quieres hacer un juramento.*—Me arrodillé junto á su lecho, y exclamó:—*Júrame reemplazarme al lado de tu hermano, júrame amarle como yo os he amado, ser indulgente con sus faltas, como lo sería su padre.*—Yo, dije:—*Juro protegerle, amarle como si fuera mi hijo y sacrificarme por él.*—Mi madre quiso detener mi lengua... ¡No era quizá su deseo que mi abnegación llegara hasta el sacrificio, pero lo juré y lo he cumplido hasta hoy, y lo cumpliré toda mi vida!

Al oír estas palabras, el rostro de la enferma cambió de expresión, sus labios sonreían, y cuando Luciano acabó de hablar, le hizo señas de que se sentara de nuevo á su lado; y haciendo un esfuerzo para hablar, murmuró:

—¿Seréis bastante bueno, bastante generoso, para prestar un nuevo juramento?—Y la enferma continuó en voz baja, con la mano sobre el corazón, como si quisiera evitar que estallase antes de concluir.—Os repito las palabras de vuestra madre: moriré tranquila si me hacéis un juramento.

—Hablad,—dijo tomando sus manos como

había tomado en otro tiempo las de su madre.

La angustia detuvo la frase en los labios de la enferma, pero haciendo un esfuerzo supremo, prosiguió:

—Jura-me que amaréis á mi hija como habéis amado á vuestro hermano, y que cuando su padre le falte, nos reemplazaréis protegiéndola siempre contra todos.

—El juramento que me exigís no es difícil, porque es consecuencia natural del otro: quiero á Susana como si fuera mi hija, la amaré por mi hermano y por vos, que me recordáis las virtudes de mi madre, la amaré, en fin, por ella misma, porque es una niña adorable.

Este juramento parecía no dejar enteramente satisfecha á la enferma. Luciano, sin duda, lo comprendió así, y añadió:

—¿Queréis que jure también hacerla dichosa, sacrificarla mi vida, mi reposo, hacer lo mismo que haríais vos?

—Sí, sí.

—Pues bien,—dijo con expresiva sonrisa,—puesto que parece que mi misión es sacrificarme por los otros, me sacrificaré por Susana.

—Gracias, gracias,—dijo la enferma, cuyo rostro iluminó de alegría.

En aquel momento se entreabrió la puerta, la enferma miró con ansiedad creyendo que era su marido, pero entró Susana.

—Ven, hija mía,—murmuró;—ven.

Cuando la niña estuvo á su lado, colocó su mano en la de Luciano, y dijo:

—Suceda lo que quiera, no dudes de su lealtad, de su cariño, de su honor, cree en él como en mí.

Su cabeza cayó sobre la almohada, tantas emociones la habían aniquilado, se ahogaba por momentos. Mientras se moría, su marido seguía ju-

jando; el frenesí del juego le hacía olvidar que su esposa le buscaba para darle el último adiós.

Cuando Jorge, cansado por las emociones sufridas en las diversas fases de *pérdidas y ganancias* de aquella borrascosa noche, recordó á su mujer moribunda y abandonó aquel infierno, amaneció.

Con paso vacilante, se encaminó á su domicilio oyendo en su imaginación la voz de Enriqueta, que decía:

—¡Ven, quiero perdonarte antes de morir!

Cuando entró en su casa fuese en derecha al aposento de la enferma.

Enriqueta vivía aún, pero se ahogaba; la respiración silbaba en su pecho.

La enferma le reconoció, sin embargo, y haciendo el último esfuerzo quiso hablar, pero de sus labios sólo salió un sordo gemido.

¡Acababa de morir ahogada!

V

De rodillas, junto al lecho de su madre, Susana, abrumada bajo el peso del dolor lloraba amargamente.

De pie, apoyado en la chimenea, Luciano, contemplaba á la madre y á la hija, mientras un raudal de lágrimas corrían por sus mejillas.

Sentado en un sillón, con los codos apoyados en las rodillas, la barba en la mano, Jorge paseaba en torno suyo una mirada estúpida.

Al ver en aquel instante reunidos á los dos hermanos, su extraño parecido sorprendía: era

la misma estatura, las mismas facciones, los mismos movimientos... Jorge, más joven que Luciano, parecía tener la misma edad que éste, porque las emociones del juego, las vigiliadas prolongadas, los días tormentosos sucediendo á las noches de fiebre, le habían envejecido en poco tiempo, nivelando la distancia que el tiempo había marcado entre los dos.

Sin embargo, si la estatura y facciones eran idénticas, la expresión de su rostro en nada se parecía. En Luciano, la mirada, la sonrisa, indicaban inefable bondad; sus cejas, muy juntas; su boca, de labios gruesos; sus mejillas, de color sonrosado, denotaban la viveza de la sangre, el corazón tierno, el carácter dulce de aquel hombre, que en casos determinados podía ser de una gran energía.

Advertíase, por el contrario, en Jorge, algo de indeciso, y en vez de la bondad, de la energía que se leía en la mirada animada de Luciano, el hermano menor tenía la vista sombría, sin fiijeza, clavada en tierra las más de las veces.

Hacia media hora que el silencio era sólo interrumpido por los sollozos de Susana. Luciano se acercó á ella, la tomó de la mano, y dijo:

—Ten valor, hija mía, y déjanos un momento á solas; volverás á esta estancia cuando sea tiempo.

La niña no replicó, salió de la estancia con el rostro vuelto hácia la pobre muerta.

Jorge, maquinalmente, al ver salir á su hermano y á su hija, se levantó para seguirlos; quizá tenía miedo de permanecer junto al cadáver.

En la puerta tuvo que apartarse á un lado para dejar entrar á la señora Petithomme y á una amiga de Enriqueta que se habían ofrecido á amortajar á la difunta.

En el salón Luciano se ocupó de los tristes de-

talles que acompañan á toda defunción, respetando la postración de su hermano, que atribuía al golpe que acababa de sufrir. Terminados sus tristes deberes abrazó tiernamente á Susana, le manifestó algunas frases de consuelo, y dirigiéndose á su hermano, le dijo:

—Tengo necesidad de dejaros hasta luego; pero no tienes que ocuparte de nada, he dejado despachado lo más urgente, más tarde volveré á concluir mi triste tarea.

Las primeras palabras que pronunció Luciano parecieron sacar á Jorge de su letargo y se levantó balbuceando:

—¿Vas á la oficina?...

—¡Preciso! Un cajero no se pertenece, y si me ausento hoy, para acompañaros, debo, por lo menos, avisarlo, por si ocurre un caso urgente.

Y Luciano se alejó, mientras Jorge, pálido, anonadado, inclinó la cabeza.

Largo tiempo, corredor de Bolsa, Luciano, aceptó un modesto empleo que le ofrecía un banquero del boulevard Haussmann. Era, hacia dos años, cajero de la casa *Robins y Compañía*. El señor Robins se fiaba de tal modo de la honradez é inteligencia de Luciano, que teniendo que hacer varios viajes á Inglaterra para sus operaciones mercantiles, dejaba á Luciano todos sus poderes: estaba entonces ausente hacia dos días y era una de las razones que tenía Luciano para no dejar de presentarse en la oficina.

No obstante, antes de dirigirse al boulevard Haussmann, pasó por su casa, calle Neuve-des-Mathurins, á recoger las llaves de la caja, pues la noche anterior, y cuando se desnudaba para acostarse, fueron á buscarle de casa de su hermano, diciéndole que su cuñada se moría, y sin acordarse de las llaves, las dejó sobre la chimenea de su cuarto.

En cuanto entró, el criado le dijo que su hermano Jorge había ido á buscarle la noche anterior, á cosa de las diez.

—¿No le habéis dicho que había salido para ir á su casa?

—Se lo dije, y esperó un momento, luego salió diciendo que volvería.

—¿Y no ha vuelto?

—Sí, señor, y estubo esperando; pero luego cambiando de parecer, se marchó.

Luciano no dió importancia á estos detalles, había visto á su hermano á las cinco de la tarde, después fué á la oficina á pedirle dinero y supuso que volvió en busca suya con la misma pretensión.

Reparado un poco su atavío, guardó las llaves en el bolsillo, tomó el camino de la oficina, y pocos momentos después, estaba en ella, ocupado en leer una larga carta de su principal, cuando el empleado más antiguo de la casa, llamado Cabart, entró en su despacho.

—¡Hola! ¡ya trabajando! —dijo al apercibir á Luciano, —yo creía que vinisteis anoche porque tendríais algo que hacer esta mañana.

—No, yo no he venido anoche, —dijo Luciano volviendo la cabeza.

—¡Como! Al pasar por aquí, á cosa de las diez y media, de vuelta hacia mi casa, os he visto en la puerta de la calle, próximo á entrar en el portal; hubiera cruzado á saludaros si no hubiera ido con mi mujer y mi hija.

—Me habéis equivocado con otro, —dijo con naturalidad Luciano.

Y sin cuidarse de prolongar la convesación con Cabart, que no le era simpático, volvió á continuar su lectura.

—¡Es extraño! —dijo el viejo empleado dirigiéndose á su despacho, —yo hubiera jurado que

era él, y mi mujer y mi hija le han reconocido también; sin embargo, no puede tener ningún interés en negarlo.

En su carta, el señor Robins, anunciaba su vuelta para el siguiente día, de tres á cuatro, recordando á Luciano un pago de ochenta mil francos que tenía que hacer aquella mañana; le decía tomara las diversas sumas que tenía en caja, y cuarenta mil francos que había sacado del banco la víspera de su partida para que pudieran hacer frente á cualquiera eventualidad que ocurriera en su ausencia.

—Es verdad, — exclamó Luciano para sí, — tengo más de lo que necesito.

Al mismo tiempo, como deseaba volver á casa de su hermano lo más pronto posible, abrió la caja para preparar los ochenta mil francos necesarios al pago, pero en cuanto la abrió palideció...

¡La gran cartera que contenía, de ordinario... los billetes de Banco, estaba vacía!

Tomó otra cartera, la de los valores, acciones diversas, títulos á negociar... quizá por equivocación habría puesto en ella los billetes. En vano los buscaba, no estaban.

Entonces, febril, con mano trémula, registró todos los rincones de la caja; vació todo su contenido sin hallar lo que buscaba: los títulos, las monedas de plata y de oro estaban en su sitio; pero todos los billetes de Banco habían desaparecido.

¿Se habría engañado en sus cálculos?

Examinó los libros de los asientos, y el resultado fué desconsolador, le faltaban ciento diez mil francos en billetes del Banco.

¿Dónde había ido á parar esta suma? ¿Cómo podía haber sido sustraída?

La caja no estaba solamente cerrada con llave

sino con su secreto, una palabra que nadie conocía más que el señor Robins y él, y el señor Robins estaba ausente.

Entonces, inclinado sobre la caja, estudió largo tiempo la cerradura, la combinación de letras, todo funcionaba perfectamente, no había la menor señal de fractura ó violencia.

VI

Solo, en su despacho, reflexiaba profundamente, queriendo adivinar quién podía ser el ladrón.

Si se partía del principio de que la cerradura estaba intacta, había que reconocer que el ladrón era persona que entrase con frecuencia en su despacho y podía sorprender el secreto de la caja; pero esta persona ¿cómo se había procurado las llaves?

Pasó revista á todos los empleados de la casa, tratando de fijar en algunos sus sospechas, y después de un momento de examen, hubo de reconocer que no había nada de sospechoso en la conducta de sus compañeros, mucho más que todos habían partido la víspera antes que él, que abandonó la caja á las cinco y media.

Repuesto de su primer terror, no ménos desesperado, pero más tranquilo, recordó haber contado los billetes, y haberlos encerrado, como siempre, en la cartera. De pronto, otro recuerdo le asaltó: todos los empleados no habían partido antes que él: Cabart había entrado precisamente á las cinco y media á pedirle un dato y Luciano, que después de haber colocado la palabra, se

disponía á introducir la llave, se volvió á contestarle. La palabra podía haber sido sorprendida en aquel momento por Cabart.

Era infame sospechar de un hombre irreprochable hasta entonces; pero Luciano no podía tener en tal situación escrúpulos ni consideraciones: era el Juez de Instrucción que investiga y reúne datos para formular su acusación, y Cabart era el único empleado que podía conocer la palabra... pero ¿y la llave?

Después de haber obtenido el dato que deseaba, había partido, y Luciano, poco después, había abandonado su oficina; ¿pero al llevarse consigo las llaves, las había perdido? ¡No! pero si abandonado, puesto que las había tomado de encima de la chimenea, donde las había dejado la víspera, y durante la noche muy bien podían haberlas utilizado. ¿Pero quién? ¿Su criado... aquel anciano servidor que lo había sido ya de su padre? ¡Imposible! ¿Qué uso hubiera podido hacer de las llaves si no conocía la palabra? ¿Sería cómplice Cabart? ¿Cabart, ya en posesión de la palabra, se habría introducido en su habitación para robarle las llaves? ¡Locura! ¿Cómo podía adivinar que las iba á olvidar aquella noche? El criado, además, no había abierto á nadie; no le había dicho que hubieran ido á preguntar por él. Sí, Jorge. Jorge á las diez y media había entrado en su cuarto; ¡pero qué importaba! ¿Iba á sospechar de su hermano?... Era hasta donde podía arrastrarle su locura. Además, ¿no podía aplicarse á su hermano el mismo razonamiento que á su criado? Si tenía las llaves, tampoco conocía la palabra... ¡Pero sí! algunos momentos antes de abandonar su oficina, precisamente cuando salía Cabart, Jorge entró á ver á su hermano, y en aquel momento no habían sido aún las letras descompuestas; la palabra se leía clara en la cerra-

dura... Por este razonamiento, Jorge era el único que podía haber sido dueño de la palabra y de las llaves.

Luciano dejó la caja, y empezó á pasear con agitación, furioso contra sí mismo, que se atrevía á mezclar el nombre venerado de su hermano en un robo. Además, decía: *Si tomó las llaves, ¿cómo las he vuelto á encontrar sobre la chimenea?*

Pero esta observación también tenía contestación satisfactoria. Jorge había penetrado dos veces en su cuarto, según confesión del criado: muy bien podía haber tomado las llaves la primera vez y haberlas dejado la segunda. ¡Ah! ¡qué infamia admitir semejante posibilidad! ¡acusar á su hermano!

Y cuando quería arrojar de su mente tales ideas, un nuevo recuerdo parecía dar fuerza á su presunción.

¿Cabart no afirmaba haberle visto la noche anterior, á las diez, dispuesto á subir á la oficina? ¿Cómo habría podido verle si no había ido? Podía haber visto á su hermano; su hermano se le parecía, y en más de una ocasión habían sido tomados el uno por el otro.

A sus temores venían también á dar fuerza las confidencias de Enriqueta. Jorge era jugador había perdido toda su fortuna; y además, aquella última noche pasada en el Club, cuando sabía que su mujer se moría... que le llamaba... Después, aquella postración... aquel abatimiento... podía ser dolor, desesperación... pero no; había terror en su mirada... Además, el tono con que preguntó: *¿Vas á tu oficina?* ¿Por qué había de inspirarle miedo que fuera á la oficina, que abriera la caja?

Las ideas más terribles se apoderaban de él y le anonadaban con su peso, y sin embargo, aún trataba de defender á su hermano.

¡Sufría horriblemente! ¡Tantos golpes en tan breve tiempo; la muerte de Enriqueta, su caja robada, su hermano acusado de un crimen, aquel hermano á quien tanto quería, hecho un ladrón! ¡Se sentía abrumado por la desesperación, el dolor le trastornaba, sentía su razón vacilar! Necesitaba aire, movimiento, ruido para olvidar, para tranquilizarse y razonar mejor. Aquella caja vacía le hacía perder la razón y si permanecía allí por más tiempo acabaría por gritar: *¡Me han robado! ¡Me han robado!* Necesitaba reflexionar con calma antes de tomar algún partido. Entonces, tratando de volver á empalmar su vida desde el momento en que había encontrado vacía la caja, trató de componer su rostro y se dirigió al despacho de su subordinado Cabart.

—He olvidado, — dijo afectando una tranquilidad que no tenía, — deciros que necesito ausentarme para un asunto urgente, recibid en mi nombre á cualquiera que pueda venir preguntando por mí ó por el Jefe.

—¿No vendréis mañana?

—¿Por qué no había de venir? — exclamó turbándose.

—Lo decía para reemplazaros, si era necesario, conozco todos los negocios de la casa, y aunque el señor Robins me ha encontrado demasiado viejo para elevarme á la dignidad de cajero, poseo toda su confianza, como sabéis, y no ignoro que mañana...

—¿Que? — exclamó Luciano estremeciéndose á pesar suyo.

—Tenemos que hacer un pago á la casa *Borel y compañía*, me dejáis la llave de la caja...

—No, no hay necesidad, — dijo vivamente Luciano; — yo vendré mañana.

Cada una de las palabras de Cabart, palabras harto naturales, habían atravesado el corazón de

Luciano, que creía que aquel hombre conocía ya su desastre.

Pasó á otro despacho, dió sus instrucciones para los asuntos del día, y salió, por fin, á la calle.

El aire libre, el ejercicio, hicieronle mucho bien y apreció con más sangre fría su situación. Su deber se le apareció claro y distinto, el primero era llamar al señor Robins, enviarle un telegrama rogándole que inmediatamente viniera á Paris, y en cuanto llegara le daría cuenta de la catástrofe, y los dos de acuerdo, tomarían las disposiciones necesarias. Entretanto que llegaba su principal, ¿no debía dar cuenta al Comisario de Policía? Este era su deber... Pero, sin embargo, aquel hombre escrupuloso, vacilaba. En aquella queja que iba á depositar ante la Ley, entregaba á su hermano... Entonces resolvió aplazar su declaración hasta hablar con su hermano y saber á qué atenerse. Hizo parar un coche, se metió en él y se hizo conducir á la calle Caumartin.

VII

Durante el corto trayecto que tuvo que recorrer el coche, Luciano se reprochaba el paso que iba á dar cerca de su hermano, en las circunstancias graves y dolorosas por que pasaba, ¿debía ir á injuriarle con sus sospechosas, á atormentarle con sus preguntas? Todo su afecto, todo su amor, toda su abnegación por aquel hermano querido, volvía á surgir en su corazón con más fuerza que nunca.

En cuanto el carruaje se detuvo, lanzóse preci-

pitadamente á la escalera, empujó la puerta entornada de la casa de su hermano, atravesó el salón desierto y penetró en la cámara mortuoria.

Allí dos personas se encontraba con la muerta; la señora Petithomme, sentada en un sillón y Susana de rodillas, que al ver á su tío se levantó, y mostrándole la muerta, repuso:

— ¡Ved qué hermosa! Parece que duerme.

Luciano contempló piadosamente el cuerpo rígido de su cuñada, y estrechando á Susana contra su corazón, dijo:

— ¿Dónde está tu padre?

— No lo sé, no pienso más que en mi madre.

Volvió á caer de rodillas ocultando el rostro entre las manos.

La señora Petithomme, que había oído la pregunta, exclamó:

— Esta mañana, después de vuestra partida, vuestro hermano se ha retirado á su cuarto y no le hemos vuelto á ver.

Luciano se dirigió á la estancia de su hermano.

— Ha querido estar solo para llorar, — se dijo.

Y le compadecía, y se acusaba por sus indignas sospechas, porque la vista del cadáver, la solemnidad de la estancia mortuoria, las lágrimas de la huérfana, habían como purificado su pensamiento, y al dirigirse al cuarto de su hermano iba para consolarle, no para acusarle, para hablarle de su propia desgracia y confundir sus lágrimas con las de Jorge.

Al llegar á la puerta tocó ligeramente y quiso alzar el picaporte; pero la puerta no cedió, estaba cerrada por dentro.

Entonces llamó con violencia, y dijo:

— Abre, soy yo, tu hermano.

Nadie le respondió; aplicó su oído á la cerradura, nada oyó; un silencio profundo reinaba en la estancia. ¿Qué quería decir aquello? ¿Por qué

no abría su hermano si estaba dentro? La llave en la cerradura lo atestiguaba.

Luciano tuvo miedo, y su pensamiento, tan dispuesto á entrever catástrofes por doquier, le hizo sospechar un atropello por parte de su hermano.

— ¿Se habrá suicidado, — se decía, — al suponerse causante de la muerte de su mujer? ¿le habrá la desesperación conducido al suicidio?

Y ansioso, trémulo, se hincó de rodillas ante la puerta, aplicando la vista al ojo de la cerradura; el lecho daba frente á la puerta; su hermano, echado sobre la cama, parecía dormir profundamente, y Luciano, que creía hallarle sumido en profundo desaliento, se incorporó indignado al ver tan prosaica actitud; inquieto, sin embargo, de tan pesado sueño, llamó de nuevo con más violencia.

— ¿Quién vá? ¿Quién vá?

— Abre, abre pronto; soy yo.

Y siguió golpeando la puerta temeroso de que su hermano volviera á caer en un sueño inverosímil.

Algunos minutos después, una llave resonó en la cerradura y la puerta se abrió. Entró Luciano, y volvió á cerrar cuidadosamente la puerta, porque lo que iba á decir no debía ser oído por nadie, y exclamó:

— Abre esa ventana, que te dé el aire; es preciso que tengas toda la razón para la explicación que vamos á tener.

Jorge obedeció maquinalmente; estaba pálido y su mirada se desviaba de la de su hermano.

Luciano, tan pálido como él, porque la actitud en que veía á su hermano robustecía sus sospechas, dijo con acento breve y un tanto duro:

— ¿Dónde estabas esta noche mientras tu mujer se moría y te llamaba?

—¿Dónde? El señor Petithomme, que me ha encontrado, te lo habrá dicho.

—No, pero lo adivino, estabas jugando; ¡eres jugador!

Jorge bajó la cabeza: ante una afirmación tan precisa, era inútil negar.

Luciano entonces le miró frente á frente y dijo:

—¿Y con qué dinero jugabas? Tú no le tienes, tú no le tenías, puesto que á las cinco fuiste á pedirme y no te lo pude dar.

—Uno de mis amigos me le ha prestado.

—Me dirás su nombre.

—¿Para qué? No comprendo la pregunta ni el tono con que me la haces: yo no puedo admitir...

—¿Qué es lo que no puedes admitir?—dijo Luciano con violencia;—¿que te interrogue? Olvidas, sin duda, que no eres mi hermano, sino mi hijo, porque te he servido de padre, y un padre tiene el derecho de conocer la conducta de su hijo? ¡Ah! He sido harto indulgente contigo: mi debilidad ha traído tu vida de desórdenes, y cuando recuerdo que te he permitido añadir á nuestro apellido el de Lecomte de Bussine, que nos corresponde en tercero ó cuarto lugar, y que un día, por un error fácil de cometer al unir los dos nombres, te has dejado llamar el Conde de Bussine mientras yo sigo llamándome Lecomte, me avergüenzo de mi debilidad... pero ya no se trata de esto, sino de que me digas quien te ha prestado el dinero, si te le prestaron, á qué fuiste á mi casa á las diez de la noche; por qué no habiéndome hallado volviste después. ¡El caso urge, defiéndete!

—¡Defenderme, de qué!

Luciano le miró y tuvo como una vaga esperanza de encontrarle inocente; pero era preciso acabar, y dijo con vehemencia:

—Han robado mi caja, pero no has sido tú, no puedes ser tú, ¿no es verdad?

—Ciertamente, ¿cómo puedes suponer?... ¿quién me acusa?

—Nadie, nadie. ¡Ah! ¡cuánto me agrada oír que te defiendas, que protestes! Entonces corro á dar parte, á que busquen al ladrón. He perdido un tiempo precioso; corro á dar parte al Comisario de Policía.

Y dió un paso hacia la puerta; pero en aquel momento Jorge, in voluntariamente, hizo un ademán para detenerle, que apercibido por Luciano se volvió, cogió á su hermano violentamente por el brazo y le dijo:

—¡Ah! no me había engañado; el ladrón eres tú.

VIII

Después de lanzar sobre su hermano tan terrible acusación, Luciano aguardó; esperaba que protestase; que ofendido en su amor propio pidiese razón del insulto; pero no, Jorge permaneció inmóvil, mudo, como abrumado bajo el peso de su crimen.

—¡Ah, desgraciado, desgraciado!—exclamó Luciano.

Y ocultó el rostro entre las manos para que no fuese visto su dolor, su vergüenza.

Después, como Jorge continuase sollozando, prosiguió:

—Habla: dime cómo has llegado á cometer tan vil acción: ¿Qué demonio se ha apoderado de tí?

—¡Ah!—murmuró Jorge.—¿Cómo explicarte

lo que yo mismo no comprendo? Ese crimen no lo he premeditado, te lo juro; hoy no sé cómo he podido cometerlo.

Y se detuvo; pero la mirada imperiosa de su hermano le mandaba seguir hablando y continuó, haciendo un esfuerzo penoso:

—Es verdad, hace dos años que juego: el orgullo, la vanidad, la fiebre de ser rico... ¡que se yó! ¡Después el deseo de vencer á mi mala suerte me arrastró! Cuando se gana, es fácil decirse no tocaré ya más una carta; pero cuando se pierde, cuando se arruina á los suyos, entonces quiere probarse de nuevo, se cree que la mala suerte dejará de perseguirnos.

Sentado en frente de su hermano, la mirada clavada en sus ojos, Luciano escuchaba: aquel hombre, que no había tenido en su vida más que una pasión, la del sacrificio, la del cumplimiento de su deber, estudiaba con asombro el cuadro nuevo que se presentaba á sus ojos.

—He luchado, — decía Jorge, — he luchado mucho tiempo, ganado hoy para perder mañana, levantándome un día para caer el otro en su abismo, pidiendo á unos y á otros cuando el dinero se me acababa, malgastando siempre mi fortuna, después mi crédito... Sin embargo, había en mí una voz, una esperanza, que me decía que la suerte iba á sonreirme de nuevo. Ayer estaba en este caso, y fui á pedirte algunos miles de francos; te encontré en tu despacho, te hice la petición, y mientras la negabas, contabas billetes, muchos billetes, los encerraste en una cartera, cerraste la caja y ordenaste las letras antes de echar la llave. Las cinco letras de la caja saltaron claras y distintas á mis ojos... ¡Te juro que entonces no tenía ningún mal pensamiento, pero la palabra era diabólica, las letras que acababas de ordenar decían: — ¡Ganar!

—¡Ah! ¡por qué la casualidad te las hizo elegir! La casualidad, que me persigue, me ha deshonrado.

Quedóse un momento mudo, abstraído, abismado en su dolor y casi maquinalmente continuó después:

—¡Comprendes el efecto de aquellas cinco letras! Supersticioso, como todo jugador, me pareció que tú mismo, tú, mi ángel custodio, me decías: — *Ten esperanza, no te engañas, juega y ganarás.* Un instante después salimos juntos, las oficinas quedaban desiertas; vi que cerrabas la puerta de entrada con una llave que estaba en el llavero, con las llaves de la caja... y te juro que no hice entonces tales observaciones; después acudí á mi memoria cuando me ofreciste que comiera contigo y me negué; quería buscar la suma que necesitaba; en vano, mi crédito había muerto. A las ocho y media entré en casa de Bignon, donde comí apenas, pero bebí mucho; tenía fiebre; á las diez me levanté de la mesa; la necesidad de dinero se imprimía cada vez más en mi mente: entonces pensé volver á tu casa, pensé que no me había mostrado bastante exigente, que si yo te suplicaba más, cederías. Acababas de salir y entré en tu cuarto á esperarte. Hacía algunos instantes que estaba allí, cuando vi sobre la chimenea las llaves de la oficina y las de la caja. La casualidad te las había hecho olvidar. ¡Siempre la casualidad! Entonces me dije que todo me favorecía; que la suerte estaba claramente indicada; que era cuestión de hacerme un empréstito que podía devolver al día siguiente, y dentro de mí gritaban voces más fuertes que mi conciencia... Corrí al boulevard Hausmann, abrí la oficina, después la caja, me apoderé de billetes de Banco sin contarlos... ¿para qué? ¡ban á producir en mis manos el triple de su valor!...

¡Ah! ¡Es infame, infame, lo reconozco; pero estaba embriagado, loco!

Esta vez se detuvo, anonadado, triste, falto de aliento.

Luciano fijó en él una mirada llena de compasión y le dijo en voz baja, sin cólera, sin amargura:

—Cuando fueron á decirte que tu mujer se moría, que te llamaba, tu embriaguez hubiera debido cesar.

—Cierto; y cesó; ví clara mi situación. Pero había perdido parte de la suma que te pertenecía, y ya no luchaba para enriquecerme, luchaba para no ser descubierto, para no perderte conmigo, porque ya comprendía el horror de mi crimen.

—¿Y tenías valor de jugar mientras ella se moría?

—No, si no jugaba, combatía con desesperación; no jugaba ya dinero, ¡jugaba mi honra, mi libertad, mi vida! Enriqueta se moría, y temía más sus reproches que su muerte, y la veía pálida, trémula, diciéndome:—*¡Has robado á tu hermano! ¡Has deshonrado á tu hija!*

Después de una nueva pausa, Luciano dijo lentamente:

—Y la lucha ha sido inútil, ¿no es verdad?

—Inútil, — dijo Jorge sordamente.

—¿Sabes al menos lo que has perdido?

—No.

—Pues yo lo sé, porque faltan ciento diez mil francos en mi caja.

Y como Jorge no respondiera, Luciano insistió:

—¿Y no te resta nada de esa suma?

—Nada.

—¿Ni conoces á nadie, no que te la preste, sino que nos la preste?

—A nadie.

—Entonces voy á buscar por mi parte; no tengo, desgraciadamente, más que algunas horas, y si mañana por la mañana...

Y se detuvo. Aquel gran corazón no admitía las amenazas, las recriminaciones inútiles. No obstante, antes de salir dijo á su hermano:

—Ve á rezar á la estancia mortuoria y ruega á la que ya está al lado del Señor, que te perdone tu crimen y tenga piedad de los dos.

IX

Quando dió cuenta á Luciano de los dos diferentes encargos que había tenido que desempeñar aquella mañana Cornelio Petithomme, subió dos tramos de escalera para reunirse con su mujer, que se había retirado á su habitación. No entró, sin embargo, con tanta facilidad como hubiera podido suponerse, porque tuvo necesidad de llamar, de esperar, y cuando Cesarina preguntó desde adentro *¿quién es?*, contestó con su voz de falsete.

—Soy yo, Cornelio.

Como si esta pregunta y esta respuesta no bastasen, un pequeño ventanillo practicado en la puerta se abrió permitiendo á Cesarina mirar quien llamaba; y sólo cuando reconoció á su marido y que ningún malhechor fingía su voz para querer entrar, descorrió los cerrojos, quitó dos vueltas á la llave y permitió que entrara su consorte. ¿Por qué tales precauciones en pleno día, en una casa habitada por otros vecinos? ¿Temía

¡Ah! ¡Es infame, infame, lo reconozco; pero estaba embriagado, loco!

Esta vez se detuvo, anonadado, triste, falto de aliento.

Luciano fijó en él una mirada llena de compasión y le dijo en voz baja, sin cólera, sin amargura:

—Cuando fueron á decirte que tu mujer se moría, que te llamaba, tu embriaguez hubiera debido cesar.

—Cierto; y cesó; vi clara mi situación. Pero había perdido parte de la suma que te pertenecía, y ya no luchaba para enriquecerme, luchaba para no ser descubierto, para no perderte conmigo, porque ya comprendía el horror de mi crimen.

—¿Y tenías valor de jugar mientras ella se moría?

—No, si no jugaba, combatía con desesperación; no jugaba ya dinero, ¡jugaba mi honra, mi libertad, mi vida! Enriqueta se moría, y temía más sus reproches que su muerte, y la veía pálida, trémula, diciéndome:—*¡Has robado á tu hermano! ¡Has deshonrado á tu hija!*

Después de una nueva pausa, Luciano dijo lentamente:

—Y la lucha ha sido inútil, ¿no es verdad?

—Inútil,—dijo Jorge sordamente.

—¿Sabes al menos lo que has perdido?

—No.

—Pues yo lo sé, porque faltan ciento diez mil francos en mi caja.

Y como Jorge no respondiera, Luciano insistió:

—¿Y no te resta nada de esa suma?

—Nada.

—¿Ni conoces á nadie, no que te la preste, sino que nos la preste?

—A nadie.

—Entonces voy á buscar por mi parte; no tengo, desgraciadamente, más que algunas horas, y si mañana por la mañana...

Y se detuvo. Aquel gran corazón no admitía las amenazas, las recriminaciones inútiles. No obstante, antes de salir dijo á su hermano:

—Ve á rezar á la estancia mortuoria y ruega á la que ya está al lado del Señor, que te perdone tu crimen y tenga piedad de los dos.

IX

Quando dió cuenta á Luciano de los dos diferentes encargos que había tenido que desempeñar aquella mañana Cornelio Petithomme, subió dos tramos de escalera para reunirse con su mujer, que se había retirado á su habitación. No entró, sin embargo, con tanta facilidad como hubiera podido suponerse, porque tuvo necesidad de llamar, de esperar, y cuando Cesarina preguntó desde adentro *¿quién es?*, contestó con su voz de falsete.

—Soy yo, Cornelio.

Como si esta pregunta y esta respuesta no bastasen, un pequeño ventanillo practicado en la puerta se abrió permitiendo á Cesarina mirar quien llamaba; y sólo cuando reconoció á su marido y que ningún malhechor fingía su voz para querer entrar, descorrió los cerrojos, quitó dos vueltas á la llave y permitió que entrara su consorte. ¿Por qué tales precauciones en pleno día, en una casa habitada por otros vecinos? ¿Temía

quizás á los ladrones? Ladrones en un quinto piso, en una pequeña habitación, compuesta de tres piezas, ¿qué podían robar? No eran los muebles de una sencilla casa monástica, ni aquella vajilla primitiva, ni aquellos cubiertos de miserable estaño. Esto era evidente; pero en el comedor, entre las dos ventanas, arrimado al muro aparecía una gigantesca caja de valores. ¿Qué podía encerrar? ¿qué riqueza poseía aquella pareja, más que modesta? Encerraba, sin embargo, acciones de caminos de hierro, obligaciones de todas clases, cupones de buena renta nacional y extranjera, y diferentes valores de excelente garantía. Esto pide una explicación.

Gracias á la alta protección del señor Lecomte, padre de Jorge y de Luciano, Jefe de una Dirección en el Ministerio, el señor Petithomme, joven todavía, había sido nombrado portero de la oficina. Con su arrogante estatura, su grave presencia, hacía admirablemente los honores; y se le hubiera elevado á la dignidad de ugiér, si su voz hubiera sido más robusta; pero como portero ó como ugiér mudo, el señor Petithomme, era de una verdadera utilidad.

Cuando el Jefe no quería recibir, Cornelio no tenía más que colocarse delante de la puerta, y ningún pretendiente se hubiera atrevido á violentar la consigna á la vista de aquel coloso. Las funciones eminentemente útiles de aquel funcionario le proporcionaban muchas gratificaciones, que llegaban alguna vez hasta quinientos francos; pero llegó un día en que todo cambió, y el *Credit Foncier* tuvo la culpa, sus economías se emplearon para comprar una obligación de quinientos francos, que guardaron en una cartera durante diez y ocho meses, contentándose con cobrar el modesto dividendo; pero un día, como decimos, día feliz, se encontraron que su número había

sido sorteado y amortizada su acción, sacando un premio de cien mil francos.

¡Cien mil francos! ¡Cien mil francos, una fortuna colosal!

Generosos, como eran, se podría suponer que hubieran alterado su modo de comer y hubieran puesto su bolsillo á la disposición de sus amigos; pero no fué así; no ofrecieron más que una sola comida, y cerraron para siempre los cordones de su bolsa; su nueva fortuna les hacía ambiciosos, y generosos en la pobreza volviéronse en la opulencia avaros.

El Sr. Petithomme presentó la dimisión de su cargo en el Ministerio, porque quería consagrarse por completo á la administración de su fortuna; no se le veía más que en la Bolsa preguntando á todos, confundiéndose entre los grupos, y compraba, vendía, y como sus operaciones siempre se hacían al contado, nadie le impedía guardar en su cartera los valores que estaban en baja, aumentando cada vez más su fortuna.

La casualidad, que decididamente favorecía al matrimonio, le había llevado á vivir á la misma casa de Jorge, y Luciano Lecomte tuvo ocasión de encontrarle varias veces en casa de su hermano y dar excelentes consejos al que consideraba siempre como el protegido de su padre. La avaricia del matrimonio iba en aumento, lo único que no toleraba Cornelio era que su mujer le acortase la comida, y las únicas desavenencias de aquel matrimonio dimanaban de las exigencias del marido tocante á ese punto.

Cesarina con nada quedaba satisfecha, pues su raquítica persona necesitaba alimentarse poco, pero no así su consorte, á quien nada bastaba.

Discutiendo acaloradamente estaban sobre el particular, cuando llamaron á la puerta.

Después de llenar las formalidades de costum-

bre, descorrer llaves y cerrojos, la puerta se abrió para franquear la entrada á Luciano Leconte.

—¿Venís á buscarnos?— dijo la señora Petit-homme; —al momento bajaremos.

—Vengo,— dijo Luciano,— á pedirlos un favor.

—¿Un favor á nosotros? Nos consideramos muy honrados,— contestó Cornelio.— ¡Hablad, hablad!

A pesar de esta invitación, Luciano vacilaba para explicarse. Lo que iba á confiarles era de suma importancia. Tenía que empezar por mentir, y repugnaba á aquel hombre honrado recurrir á ese medio.

—La muerte de mi cuñada me ha impedido hablaros ayer de una desgracia personal acontecida en el momento en que iba á su casa.

—¿Qué desgracia?— exclamaron á la vez los dos esposos, verdaderamente interesados.

—He ido al Banco á retirar en nombre de mi principal una suma importante para un pago que debíamos hacer mañana, y después de haber tomado el dinero y guardarle en mi cartera, le he perdido, ó me lo han robado... no lo sé, pero no le he vuelto á encontrar,

—¡Dios mío!— exclamó Cesarina, y sin dejar á su marido tiempo de repetir la exclamación, añadió:

—¿Y cuánto contenía la cartera?

—Ciento diez mil francos.

—¡Ciento diez mil francos!— repitieron á la par los dos esposos.—¿Y habéis hecho inmediatamente vuestra declaración?

—Sin duda... ¿Pero cómo descubrir al ladrón? ¡No sé cómo ni dónde me han sustraído la cartera!

—¿Y si la habéis perdido y ha dado en manos de una persona honrada?...

—Me la hubiera devuelto; en la cartera iban tarjetas con las señas de mi casa.

—Es verdad,— exclamó Cesarina;— ¿y venís quizá á rogarnos que os ayudemos á dar pasos para investigar? Sí, sí, nos tenéis á vuestra disposición.

—No,— dijo Luciano,— toda averiguación es inútil. Lo importante es tener el dinero y hacer el pago mañana: sino, me harán el responsable de esa cantidad, dudarán de mi honradez, me acusarán...

—¡A vos! ¡á vos!— exclamó Cesarina.— Nadie se atreverá...

—Os engañáis; mi honor se verá comprometido y perdido mi porvenir.

Marido y mujer estaban aterrados: los dos querían á Luciano, cuanto su pasión por el dinero les permitía querer, y su desgracia les conmovía muy de veras.

—¿Y qué hacer?— dijo la mujer.

—¿Qué hacer?— repitió el marido.

—Reparar la falta, puesto que soy yo quien la ha cometido,— dijo Luciano;— no hay más que reemplazar la suma.

—¡Ahí es un grano de anís! ¡Ciento diez mil francos! ¿Los tenéis así á la mano?

—No, no los tengo; no cuento más que con mi sueldo para vivir.

—¿Y entonces?

—¡He pensado en vosotros!

29767

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿En nosotros? dijeron los dos á un tiempo, é instintivamente sus miradas aterradoras volvieron hacia la caja, sintiéndola amenazada y prontos á protegerla.

Luciano, ya descubierto, prosiguió con agitación.

—He pensado en vosotros, seguro de que no negaríais ese favor á un hombre que es hijo de vuestro protector; á un hombre que... dispensad que os lo recuerde, pero vuestra fortuna ha crecido por mis consejos, por mis cuidados; no me dejaréis en el cruel embarazo en que me encuentro.

—Es que nosotros no podemos; no somos tan ricos como os figuráis.

—Tenéis lo menos trescientos mil francos en valores al portador dentro de esa caja; hemos hecho el arqueo juntos no hace mucho tiempo.

Esta vez Cesarina no se contentó con una mirada protectora; se acercó á la caja y se colocó delante de ella como la madre que trata de defender á su hijo.

Luciano, dispuesto á llegar al fin, continuó:

—No perderéis nada, os lo juro; yo os rendiré fielmente la renta de esa suma, y en cuanto al capital, si llegase á morir, una Compañía de Seguros sobre la vida os lo indemnizará; pero viviré. El señor Rubins me promete además una parte en los beneficios de la casa; no me neguéis este favor. ¡Si supierais!

—¿Qué?—preguntó vivamente Cesarina, pronta á apoderarse de cuanto pudiera distraer la atención del objeto principal.

—Nada, nada; he dicho cuanto podía, ¡pero si supierais lo que sufro al tener que pedirós tal servicio!

—No sufriréis más que nosotros al tener que negarle.

—¿Cómo! ¿Le negáis?

—¡Ah! es preciso, nosotros no podemos... ¿no es verdad, Cornelio?

Y fijaba en él miradas furibundas para que no se atreviese á contradecirle, porque á veces los hombres gigantes son más débiles que las mujeres pequeñas.

—¿Por qué no podéis?—exclamó Luciano.—¿Teméis perder esa suma?

—No quiero deciros eso.

—¿Para qué os sirve ahí encerrada? ¿Teméis perderla?

—¿Qué perdemos!...—exclamó Cesarina con vehemencia;—perdemos no tenerla ahí encerrada, no verla, no palparla, no sentirla á nuestro lado.

Ya una vez lanzada, Cesarina no podía detenerse y exclamó:

—Mirad, señor Lecomte, prefiero deciros toda la verdad. Habéis intentado una cosa imposible; con cualquiera otra hubierais logrado lo que con nosotros no habéis de conseguir. Hemos llegado á ser ricos demasiado tarde, y después de haber pasado por todas las angustias de la pobreza, hemos caído sobre esta fortuna como lobos hambrientos sobre su presa. Somos como esos padres, que después de desear muchos años un hijo, le obtienen cuando son viejos y le aman por todos los años que han pasado sin él; le aman con frenesí. ¡Ah! si hubierais adivinado esto, si nos hubierais conocido mejor, no hubierais hablado inútilmente.

—¿Crea que tenias corazón!—dijo tristemente Luciano.

—Sin duda que le tenemos. Si se trata de consagrar nuestro tiempo, de pasar noches en vela, de exponer nuestra salud, nuestra vida, nos encontraréis dispuestos... ¡pero nuestro dinero, nuestros valores. ¡Oh! ¡á eso es imposible tocar!

¡no esperéis arrebatárnoslos! ¡antes la muerte!

Y se paseaba con agitación, mientras Luciano contemplaba atónito á aquella mujer extraña, la cual deteniéndose delante de Luciano exclamó:

— Vos no sabéis cómo vivimos, privándonos de todo, hasta de comer, para aumentar nuestro tesoro. Vos decís que contiene trescientos mil francos esa caja... Pues preguntad á mi marido lo que ha almorzado hoy al lado de esos trescientos cincuenta mil francos, lo que almuerza todos los días; mirad mi vestido lleno de piezas, raído por el tiempo... tengo frío dentro de él, y sin embargo, soy dichosa, ¡mi dinero está intacto!

— ¿Qué goce os proporciona entonces?

— ¡Qué goces! Os lo diré: por la noche, cuando nadie puede llamar á la puerta, nos encerramos aquí, abro esa caja, todos los títulos, las obligaciones, los valores, los extiendo todos sobre esta mesa que se cubre enteramente, y entonces, á la luz de una bujía, con anteojos, para ver mejor, leemos y repasamos todo lo que está escrito en esos papeles, contamos los talones cuando hay dividendos que tomar, inscribimos los números, hacemos cálculos, y una parte de la noche se pasa así, y este goce es de todos los días, de todas las horas, mientras que los vuestros sólo duran un instante.

XI

Antes de dirigirse á los Petithomme, Luciano Leconte se había preguntado quién podría presarle aquel dinero, y después de un profundo exa-

men, tuvo que reconocer que todo intento cerca de sus amigos sería inútil. Aun teniendo muy buenas relaciones, inspirando mucha simpatía á los amigos, no se encuentra fácilmente una suma de cien mil francos; los unos no la dan sino sobre garantía segura, los otros no sabrían guardar un día el dinero en una época en que los capitales circulan sin cesar, no quedando parados en cartera; por lo que aquel matrimonio, que tenía sus valores encerrados en su caja y le conocían de toda la vida, podían sacarle de aquel apuro; pero Luciano había tropezado contra una pasión terrible, la avaricia. Acababa de surgir á sus ojos, bajo el traje parisien, el judío de la Edad Media, cuya especie se cree que ha desaparecido. Como en aquellos tiempos remotos, se encontraba en nuestros días en el centro de Paris, y como sus antecesores, buscaba el goce de enterrar sus manos en oro, que el gusto del día ha cambiado en valores de distintas especies y colores. Hasta la avaricia se ha revestido de otra forma más en armonía con la civilización.

Al salir de la casa de los Petithomme, Luciano, en vez de detenerse en casa de su hermano, bajó directamente á la calle y se dirigió á su morada. Quería en completa soledad apreciar la situación y tomar su partido.

Solo, á las nueve de la noche, y después de largas reflexiones, se fijó en un plan de conducta del que ya no debía apartarse. Tranquilo en apariencia, enteramente resuelto, dió algunas órdenes á su criado, le hizo recomendaciones importantes, y se dirigió á casa de su hermano á la calle de Caumartin.

Esta vez encontró á Jorge en la estancia mortuoria sentado en un sillón, estrechando á Susana entre los brazos y confundiendo sus lágrimas con las de la niña.

Luciano le contempló en silencio, sintió que renacían todas sus ternuras de otro tiempo, y se sintió dispuesto á sacrificarse de nuevo por aquel hermano querido.

Después Luciano volvió sus ojos hacia Susana, tan encantadora con su vestido de luto, los ojos anegados en llanto y clavados en su madre... ¡Pobre niña! ¡Qué entrada tan triste en la vida! ¡Acababa de perder á su mejor amiga, la inteligente directora de su corazón, en el instante que más necesitaba apoyo y consejo!

Por fin contempló al cadáver de Enriqueta, á la que había querido y respetado como á una santa.

Acordóse de sus últimas palabras, y parecía que todavía muerta le miraba para recordárselas.

Arrancóse á estas mudas contemplaciones, su tiempo estaba limitado, sus acciones reglamentadas. Acercóse lentamente hacia su hermano, y le dijo:

—Levántate.

Jorge obedeció, y como Susana, á quien su padre no sujetaba, quisiera retirarse, su tío le dijo:

—No; quédate, debes ser testigo de nuestra conversación, debes oír las palabras de tu padre, para que si algún día las olvida, tú se las puedas recordar.

Volvióse de nuevo á Jorge, y repuso:

—Acércate á ese lecho y dobla una rodilla en tierra, extiende la mano sobre ese cuerpo muerto, y hazle juramento solemne de no volver á tocar una carta en tu vida.

Jorge hizo punto por punto todo lo que le pedía su hermano.

—¿Le has oído, hija mía,—dijo Luciano á Susana, que á pesar de sus pocos años parecía comprender la gravedad de la escena.

—Sí, lo he oído y no lo olvidaré.

—Bien; recuerda la recomendación de tu madre, cree siempre en mí, obedéceme en todo y considérame tu mejor amigo.

—Siempre me acordaré,—dijo la niña extendiendo su mano sobre el lecho, como si prestase también un juramento.

Aquella escena tenía cierta solemnidad; la estancia débilmente iluminada por dos cirios; el lecho fúnebre, sobre el cual reposaba el cadáver; dos hombres arrodillados junto á él, y una niña que empezaba con tal espectáculo la escuela de la vida.

Al eco de las voces y cambio de promesas sucedió un silencio sombrío, que fué interrumpido por Luciano en estos términos:

—Susana, ahora deseo que descanses algunas horas: mi hermano y yo nos quedamos junto á la muerta; dentro de algunas horas entraré á despertarte, y entonces vendrás á despedirte de la que fué tu madre y saldrás para siempre de esta casa.

—¿Cómo! ¿No iré á la Iglesia? ¿al cementerio?

—No, hija mía; eres demasiado joven para tales emociones.

Recordó que había prometido obedecer, y no replicó.

—Vas á dejar, hija mía, no sólo esta casa, sino Paris, la Francia acaso. Vas á viajar.

—¿Y quién cuidará la sepultura de mi madre?

—Yo.

—¿No nos acompañáis?

—Mis ocupaciones no me lo permiten: vas con tu padre... está resuelto.

Y con una mirada imponente silencio á Jorge.

Susana no se apercibió; con la cabeza baja perseguía una idea que se atrevió á manifestar, por fin, en estos términos:

—No dudo que tendréis cuidado de su sepultura; pero yo hubiera querido ir á rezar sobre ella todos los días. ¿Por qué me obligáis á semejante viaje?

—Es indispensable; el interés de tu padre, tu porvenir, lo exige. No insistás, te lo suplico.

—Nada más diré.

Y obedeciendo á su tío, se adelantó hacia el lecho, y dijo ¡adiós! á su madre, como siempre que de ella se separaba; sólo que aquel día no respondieron otros besos á los suyos.

Atravesó el salón, entró en su cuarto, y paseó la vista en torno suyo. Tenía que abandonar aquella estancia que su madre había querido embellecer día tras día, separarse de sus queridos muebles, de las mil chucherías que representaban á sus ojos un deseo satisfecho, un recuerdo querido...

El lecho, con sus blancas colgaduras, había sido un presente materno del pasado invierno; había dormido hasta entonces en cama pequeña, y tuvo verdadero regocijo al ver que se la trataba como á una joven... ¡Qué dichosa era todas las mañanas cuando abandonaba aquel lecho para ir á abrazar á la que llamaba con cariño su hermana mayor!

Y nada ya: ni aquel lecho ni aquellas caricias.

Cerca del lecho, una silla bordada por ella y para ella. Sobre la chimenea el reloj que le había sido regalado un día de su santo, los jarrones que guardaban los ramilletes del día de su primera comunión, todo procedía de ella, de aquella madre adorada. ¡Ah! ¡prescindir de todos aquellos muebles! ¡No poder llevarse ninguno de aquellos objetos!

Entonces, en lugar de dormir, como su tío le había aconsejado, abrió su armario, tomó una caja donde guardaba sus últimas muñecas, y en

lugar de ellas puso los objetos que pudo contener, murmurando entre lágrimas:

—¡Madre, madre querida! ¿No es verdad que no has muerto? ¿que no me has abandonado?

XII

Después de la salida de Susana, Jorge y Luciano se encaminaron al salón dejando entreabierta la puerta de la estancia mortuoria para seguir custodiando el cadáver.

—Como habrás comprendido, —dijo Luciano con voz firme, —deseo, te mando si es preciso, que te dispongas á partir mañana por la mañana con tu hija. Muchas razones me han hecho determinar este viaje, y sobre todo, que quiero sacarte del centro en que te agitas, que rompas con tus actuales relaciones, y puedas crearte una nueva existencia consagrada al estudio y al trabajo. En otro tiempo tenías aficiones artísticas, expusiste cuadros que merecieron elogios del público y de la prensa... Vuelve á tomar tus pinceles, y procura reunir dote á tu hija, muy pobre hoy.

Tomóse un instante de descanso, y dijo:

—Buscando el país que pudiera convertirme más, he recordado que un día, ante un lienzo de Fromentin, dijiste:— ¡Ah! si tuviera la dicha de visitar el Oriente, creo que llegaría á ser á un gran artista. Dirigite, pues, á la Argelia, á Túnez, al Egipto. Allí encontrarás magníficos países que copiar, y Susana hallará distracción á su dolor con los nuevos trajes y costumbres... Visita las ciudades, y sobre todo, no dejes llegar á manos de tu hija periódicos de Francia.

Jorge no comprendía. ¿Qué significaba aquel viaje?

—Vivirás, y no necesito recomendártelo, lo más económicamente posible; yo te entregaré algunos miles de francos, fruto de mis economías, y de lo que he podido procurarme hoy, y te bastarán para el viaje y la instalación en un país donde la vida material cuesta muy poco. Susana me escribirá de vez en cuando; pero sus cartas serán dirigidas al señor Petithomme, que las hará llegar á mí. No sé lo que puede ocurrir y debo preverlo todo.

Jorge esta vez le interrumpió.

—¿Qué piensas hacer? ¿Por qué estas preven- ciones? ¿Piensas alejarte también de París?

—No, me quedo en él.

—Entonces me quedo yo también.

—¿Por qué?

—La caja...—murmuró Jorge con acento trémulo;— cuando la sustracción se conozca...

—Eso es cuenta mía.

—¡Oh! ¡me importa más que á tí! Si te acusan...

—Sostendré que soy inocente, y me creerán. El señor Robins, Jefe de la casa, llegará mañana á París, le hablaré en cuanto llegue, no dudará de mí, y de acuerdo tomaremos medidas para evitar el escándalo y reintegrar poco á poco á la caja.

—¿Y si sospecha de tí? Yo necesito estar presente para declarar que soy el único culpable.

Luciano se levantó, y apoyando su mano en el hombro de su hermano, dijo:

—Eso es precisamente lo que quiero evitar. Por eso te envío lejos de aquí.

—¿Y te dejarás condenar en mi lugar?

—Espero no llegar á ese extremo. Soy inocente: los antecedentes míos hablan en mi favor,

mientras si recaen las sospechas en tí tu existencia te condena, y la condena sería inevitable.

—La he merecido; me someteré.

—Yo no lo consiento, y te prohibo manifestar tu opinión. Lo menos que ya puedes hacer es obedecerme. He jurado á nuestra madre moribunda velar por tí; he velado mal, y debo sufrir las consecuencias; juré sacrificarme por tí, y debo cumplirlo. Por último, esta noche pasada tu mujer me suplicó que no abandonase á Susana, que la hiciese feliz; y si te hiciera confesar tu falta, la dicha, el buen nombre de tu hija, sucumbirían para siempre. Por el contrario, si me condenan á mí, el oprobio no la alcanza; Lecomte no tiene nada de común con el Conde de Bus- sine.

Guardaron silencio unos instantes y Lecomte prosiguió:

—No he aceptado este plan sin un maduro examen. Tu corazón es bueno, tu cabeza solamente es débil, y por lo mismo la prisión te perdería. Al salvarte, te señalo una nueva senda en que puedes conseguir un porvenir dichoso y honrado... es el único medio de borrar tu falta y obtener mi perdón... y el suyo,—añadió extendiendo el brazo hacia el lecho mortuario.

—¡Ah! ya los merecía,—repuso Jorge con vehemencia;—pero, por piedad, no me envíes tan lejos, no me dejes en la incertidumbre de saber lo que será de tí. Prométeme que si tu libertad peligrase...

—¿Otra vez? Te repito que no entra en mis planes que la autoridad se fije en tí, y si me desobedecieras, no lo olvides, ¡no te perdonaría jamás!

Y paseando por la sala, decía:

—No tienes tiempo que perder; tomarás mañana el expreso de Marsella, y te embarcarás en el

primer vapor que salga del puerto. Dispón tu equipaje, déjame un poder en blanco para que puedan ser vendidos los muebles de la casa... El entierro será á las diez... No he convidado más que á los amigos íntimos, explicaremos tu ausencia y la de tu hija, por vuestro dolor... Yo hubiera preferido no presentarme tampoco en el entierro y hacer olvidar que somos hermanos; pero es preciso que uno de los dos acompañe el cadáver hasta su última morada. Cuando ella repose en paz, pensaré en mí, y sea lo que Dios quiera.

A las seis de la mañana Luciano se dirigió á la estancia de Susana; la pobre niña dormía vestida sobre su lecho. La despertó como había prometido, para que se despidiese del cadáver, y en breve los sepultureros llegaron á encargarse de la muerta.

Quisieron hacer salir á niña, pero ésta, corriendo hacia su tío, exclamó:

—Permitid que me quede; yo tendré valor, os lo juro.

—Quédate, pues, á mi lado.

Tomó á la niña por la mano, y los dos de pie en medio de la estancia, pálidos, silenciosos, con la mirada fija, sin lágrimas, presidieron los dolorosos detalles que preceden á la conducción de un cadáver.

Cuando los sepultureros iban á cerrar el ataúd, Susana los detuvo con un ademán, y arrodillándose junto á la caja colocó encima del corazón de su madre su retrato que la representaba niña.

—Tu me dejas, — exclamó, — pero yo no quiero dejarte. ¡ Conserva sobre tu corazón á la niña á quien tanto querías!

Sin que hubiera necesidad de alejarla, se levantó, fijó una última y dolorosa mirada en su querida madre y dejó cerrar el ataúd.

Cuando hubo desaparecido fué cuando su valor

la abandonó, y fué preciso trasportarla al carruaje que la esperaba en la puerta.

Luciano, desde la ventana, la siguió con la vista... Todos los que quedaban, los únicos seres que le ligaban á la vida, le abandonaban... ¡ y en qué situación!

Todo pasó como había deseado; al entierro asistieron pocas personas, entre ellas estaban el señor y la señora Petithomme, que permanecían un tanto apartados dirigiendo miradas avergonzadas, confusas, á Luciano Lecomte.

Este acompañó al cortejo hasta el cementerio Montmartre, y cuando todo el mundo se alejó, cuando se vió sólo con los sepultureros, permaneció pensativo, con los ojos clavados en la sepultura de Enriqueta. Sería la una, cuando volvió al interior de Paris; por sus cálculos, el señor Robins, debía estar de vuelta; Luciano quería verle antes de que entrase en sus oficinas.

—¿Han venido á buscarme? preguntó al volver á su casa.

—Sí, señor, dos veces; y según me habiais mandado, he dicho que habiais salido temprano.

—Bien, deseo estar solo.

Empleó el tiempo que aún le quedaba hasta las tres para poner en orden sus papeles, quemar algunas cartas, y tomadas estas precauciones, por lo que pudiera ocurrir, consultó el reloj, y se dispuso á ir á esperar al señor Robins, cuando llamaron á la puerta de la habitación; pasaron algunos instantes, y el criado entró diciendo con acento conmovido:

—Me he visto obligado á recibir, señor; es el Comisario de Policía.

Y al mismo tiempo apareció en el umbral el Comisario, acompañado de dos Inspectores.

XIII

Luciano Lecomte lo había previsto todo, todo menos lo que debía suceder. Habíase dicho: si me presento en la oficina á la hora de costumbre y se presentan á hacer efectiva la cantidad de ochenta mil francos, tendré que confesar que no los tengo. Esto dará lugar á cuentos y hablillas; y, por el contrario, si no parezco, sorprendidos de mi ausencia y atribuyéndola acaso á una indisposición, aguarden todo el día; el señor Robins llegará, le explicaré lo ocurrido, y consentirá en echar tierra á este asunto.

Pero ¡ay! al hacer estos cálculos no había contado con su enemigo el antiguo empleado Cabart.

A las nueve y media éste se asombraba de no ver á Luciano en su sitio.

—¡Calle!— murmuró reparando un periódico;— no se contenta con el asunto que ayer le ocupó; también se retarda hoy; esto es un abuso; ¡qué ejemplo para sus subordinados! ¡Ah! estos empleados jóvenes, ¡qué cabezas!

A las once se presentaron á cobrar los ochenta mil francos, y Cabart tuvo muy buen cuidado de decir á gritos que el Cajero no estaba, que tenían que volver.

Varios empleados que lo oyeron y que conocían la exactitud de Lecomte, dijeron:

—¡Qué raro faltar en un día de pago! ¿cómo no ha dejado al menos el dinero?

—Yo se lo propuse,—dijo Cabart,—pero el señor Cajero parece que desconfía de nosotros;

sin embargo, él no está en la casa sino desde hace dos años, y yo he envejecido en ella.

—¡Estará enfermo!— se atrevió á decir alguno.

Y acogiendo la observación, enviaron un portero á casa del señor Lecomte, volviendo éste después de un instante diciendo, que según declaración del portero, el señor Lecomte no había dormido en su casa la noche anterior, y según el criado, había salido muy temprano y no había vuelto.

Entonces empezaron en las oficinas los cuchicheos, las murmuraciones... Cabart iba de grupo en grupo deslizando una palabra, haciendo una observación malévola, atizando el fuego, y en breve toda la casa se alarmó; hablaron de fuga, de valores en caja, mientras Cabart, con voz insinuante, hacía observaciones por este estilo:

—¡No dormir en su casa! ¡Qué existencia para un hombre que tiene tanta responsabilidad! ¡Ah! no debían admitirse para Cajeros sino personas de edad madura, padres de familia, hombres intachables; y en lugar de éstos se escogen hombres jóvenes dominados por las pasiones, capaces de comprometer los valores que guardan.

Y como en este momento se abriera la puerta, y temiendo ver aparecer á su colega, añadió:

—No digo esto por el señor Lecomte, que es un hombre intachable; todo esto será simplemente un descuido.

Peró después, reconociendo al que llegaba, añadió:

—Todas las precauciones serían pocas en estos casos, y es urgente salvar la situación. Ayer se escapó un Agente de cambio á Bélgica; mañana se ve la causa del Cajero de la casa de Dangu y compañía, que ha dejado su caja limpia...

Entonces un empleado subalterno se aventuró

á decir si sería prudente dar aviso al Comisario de Policía.

—No nos precipitemos,—dijo Cabart,—un aviso de ese género es peligroso, y ya veis que no se trata más que de un retraso de algunas horas.

Y sin querer dejar extinguir el incendio, añadió:

—Pero ¡qué horas! más de las que hacen falta para llegar á la frontera; pero nada, joven, nada; vuestro celo por la casa, os lleva demasiado lejos; el señor Lecomte no merece esas sospechas injuriosas; yo bien sé que si ocurriera una desgracia, á mí sería á quién el señor Robins acusaría de morosidad, de negligencia; dirá que debía haber dado parte inmediatamente.

—No, no, esperemos, esperemos,—dijeron algunas voces.

—¡Bien! así me gusta,—exclamó Cabart,—como buenos empleados, defendéis á vuestro Jefe.

—No tiene necesidad de defensa,—dijo entonces un empleado;—le conozco desde hace tiempo y es un hombre honrado.

—Sin duda; yo mismo lo reconozco,—dijo Cabart;—precisamente yo soy de los que confían en él; podría enviarse un segundo recado á su casa. Puede haber vuelto enfermo, herido; ¡los accidentes en París son tan frecuentes!...

Entonces uno de los subalternos se ofreció á ir en persona. Cabart aceptó, y recomendó á todos sus empleados que volvieran á sus ocupaciones, murmurando al oído de uno ó dos empleados que eran hostiles á Luciano:

—A pesar de todo, abrigo temores que no puedo desear.

—¿Qué temores!

—¡No sé si debo! ¡son quizá absurdos!

—Hablad, hablad.

—Pues bien hace dos días que su conducta es extraña; anteanoche, á las diez y media, al pa-

sar yo por delante de esta casa, ví á nuestro cajero que se deslizaba en ella furtivamente.

—¡Ah!

—Os asombra, ¿no es verdad? ¿qué podría venir á hacer á tales horas, no habiendo ningún trabajo urgente; á menos que viniera á contemplar la caja?

—¡Contemplantarla! ¿Sería lo que hubiera dentro?

—No sé, no sé, pero es extraño.

—¿Y estáis seguro de que era él?

—¿Cómo, si estoy seguro? mi mujer y mi hija le reconocieron como yo, y declararán en caso necesario.

—¿Y no habéis tenido la curiosidad de preguntarle al día siguiente que venía á hacer á la oficina á tales horas?

—Yo no podía permitirme hacerle tal pregunta; parecía desconfiar de él, pero le hice conocer que le había visto.

—¿Y qué dijo?

—Que me había engañado, que no era él; ¡como si yo no le conociera!

—Sino vino con malas intenciones, ¿por qué negar tal visita?

—Eso precisamente es lo que me inquieta.

—Eso es muy grave.

—Este diálogo fué interrumpido por la llegada del empleado que había ido á casa de Luciano, el cual dijo que el señor Lecomte no había parecido.

Entonces los parciales de Cabart se esparcieron por las oficinas diciendo, que era prudente dar aviso al Comisario de Policía, rogando á Cabart que se encargase de él; y este como á pesar suyo y obligado por sus compañeros, se dirigió á casa del Comisario.

XIV

Antes de entrar en la sala donde estaba Luciano, el Comisario hizo una señal á uno de los inspectores que se quedó en la antesala.

Luciano, pálido, demudado, haciendo esfuerzos para aparecer tranquilo, aguardó en pie al Comisario de Policía.

—Quiero creer que no hay error en mi visita, caballero, —dijo éste con gran atención.— ¿Estoy en casa del señor Luciano Lecomte, cajero de la casa Robins y compañía?

—Sí, señor. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Vuestro criado ha debido decíroslo; soy el Comisario del distrito.

—Sentáos, caballero, y tened la bondad de decirme de qué se trata.

Indicó á su huésped un asiento, y sentóse.

—Yo os ruego caballero, que no interpretéis el sentido de mi visita; es una investigación amistosa, por interés vuestro y de la casa en que desempeñáis vuestros servicios.

—Os escucho, caballero.

—Uno de los empleados de la casa de Robins acaba de estar en mis despacho para decirme en su nombre y en el de sus compañeros, que desde esta mañana están haciendo comentarios por vuestra ausencia, tanto más extraña, cuanto que se han presentado á hacer efectiva una letra de la que dicen tenéis conocimiento. Vuestra ausencia, pues, necesita explicaciones. ¿Queréis dármelas?

—Preferiría dársela al señor Robins, que debe llegar en estos momentos de Inglaterra; me disponía á ir á verle cuando habéis entrado.

—El señor Robins no llega hoy, como creéis: en las oficinas se han recibido este importante telegrama:

Y presentó al Cajero un despacho, concebido en estos términos:

Negocios importantes me detienen, retardo viaje veinticuatro ó cuarenta y ocho horas.— Firmado, ROBINS.

—Ya comprenderéis, caballero, —repuso el Comisario, —que no podéis aguardar al señor Robins para vuestras explicaciones; se le ha telegrafado para que venga inmediatamente, pero ¿quién sabe si este despacho le encontrará en Londres ó habrá tenido que dirigirse por sus negocios á alguna otra capital? De todos modos, si no llega á Paris hasta dentro de dos días, es imposible aguardar hasta entonces: permitidme, pues, que reemplacé á vuestro Jefe y os pregunte por qué en día de pago no habéis ido á la oficina.

Luciano había tenido tiempo de preparar su respuesta, y contestó:

Porque no podía realizar ese pago, y me pareció poco decoroso para la casa tenerlo que confesar, prefiriendo ser acusado de descuido ó negligencia.

—¿Es decir que la caja no tiene la suma necesaria para el pago?

—No, señor.

—¿Acaso el señor Robins, antes de partir no os ha dejado fondos con que atender á las necesidades de la casa?

Esta pregunta turbó á Luciano.

—Repito, caballero, que es con el señor Robins con quien deseo entenderme.

—Y yo os repito que tenéis que explicaros en

este instante, —dijo el Comisario adoptando un tono de autoridad, — vuestras contestaciones son injuriosas para vuestro Jefe.

—¿Cómo?

—Parecáis dar á entender que no tenéis fondos, ¿no os los proporcionan?

—No digo eso.

—Sería inútil que lo dijerais; aquí me han mostrado una carta llegada hoy en que el señor Robins establece todas sus cuentas en vista del pago que hay que hacer, y debéis tener cien mil francos en caja: ¿dónde está esa suma?

—No la tengo, —dijo Luciano bajando la cabeza.

Un criminal se hubiera defendido mejor; pero aquel hombre que por primera vez en su vida se hallaba en una situación falsa, se turbó hallándose sin fuerza para luchar con la Justicia. Tenía preparadas sus explicaciones para el señor Robins; sabía que lograría interesarle, conmoverle; pero no aguardaba aquella visita intempestiva del Comisario, y su confusión le vendía.

El Comisario habíase levantado y hablaba con acento severo; no era el amigo, era el representante de la ley en el ejercicio de sus funciones.

—Vos confesáis tener esa suma. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Os la han robado? ¿Sospecháis en alguien?

—No, señor, de nadie; —murmuró vivamente Luciano.

—Entonces, ¿la habéis tomado vos?

El desgraciado hizo un último esfuerzo de energía para exclamar:

—No, señor; no la he tomado.

El Comisario le miró asombrado.

—Pues bien, —dijo con acento persuasivo, — como no puede haber desaparecido por sí, busquemos juntos lo que ha podido ser de ella.

—Como queráis, —dijo Luciano temblando á la idea de que en aquel interrogatorio amistoso una frase torpe pudiese enviar las sospechas hacia su hermano.

XV

Ciertos crímenes, como varias enfermedades, en lugar de presentarse en casos aislados, parecen caer sobre una sociedad ó una población.

Años ha que la estrangulación está en moda... Hay otros periodos en que los asesinos cortan en pedazos á sus víctimas; casos en que se adopta el arsénico, los fósforos, y hay época en que se pone de moda que los Cajeros desbalijen sus cajas, siendo tan fuerte el contagio, que algún Jefe de casa muy importante se ha robado á sí mismo. En Bélgica, á donde toda esta gente se refugia de ordinario, hay épocas en que deben subir los alquileres ó escasear los consumos.

La Justicia suele ser á veces indulgente con el primer crimen cometido de cualquiera especie; en la segunda ya no admite causas atenuantes, y en la tercera aplica el máximo de la pena, para detener el contagio.

Desgraciadamente para Luciano, en aquellos días el viento soplabá contra los Cajeros defraudadores. Muchos se habían fugado, otros habían sido condenados á diversas penas, y en los periódicos se lamentaba la incuria de los Tribunales y de la Policía.

Cuando se habló del nuevo desfalco ocurrido en casa del señor Robins, se levantó un clamor

general y dijeron por todas partes: es preciso acabar, destruir la especie, combatir la epidemia... No era ya una sola voz, era un clamoreo general que empeoraba la causa del pobre Luciano Lecomte.

Una de las acusaciones más graves que contra él se lanzaron, fué la visita que se le probó había hecho de noche al escritorio, y su insistencia en negar aquella visita le condenaba; hubiera sido más hábil reconocer que había ido á la oficina á comprobar unos guarismos, á escribir una carta; porque además de la declaración de toda la familia Cabart, el portero de la casa sostuvo que le había visto subir y bajar pocos minutos después, pasando rápidamente por delante de la portería. Estas declaraciones estaban hechas con muy buena fé; sólo que uno á la luz dudosa del gas, el otro desde el fondo de su portería, habían tomado á Jorge por Luciano.

Tratando de averiguar dónde había podido ir la suma robada, la justicia interrogó la vida del acusado, y no encontró en ella la menor cosa en que fijarse. No tenía amadas, y las casas de juego, gracias al amor propio de Jorge, no conocían el apellido de Lecomte.

El Juez de la causa, desesperado de no encontrar el móvil del crimen, mandó hacer averiguaciones en la Bolsa, y allí se dijo que el apellido de Lecomte estaba inscripto en la cartera de varios agentes; y era, que Jorge jugando y perdiendo, había tratado de reponer sus pérdidas con algunas jugadas de Bolsa, dando en este caso su verdadero nombre.

Se halló alguna vez el nombre del señor Lecomte unido al del señor Petithomme en algunos buenos negocios, y esta vez era, en efecto, de quien se trataba, porque llamados á declarar Cornelio y Cesarina, tuvieron que confesar que Lu-

ciano les había ayudado alguna vez en sus operaciones de Bolsa. Apurados por el Juez, llegaron á decir que la víspera les había pedido una suma de cien mil francos. Esto acabó de condenarle. La fecha en que lo había pedido, la cifra en cuestión, todo convenía con la sustracción hecha á la caja; y si Lecomte quería reponer aquel dinero, era evidente que él le había aprovechado.

Tres meses después, á fin de Febrero de 187... Luciano Lecomte se presentaba ante el Jurado. Estuvo ante el Tribunal y el público, como había estado delante del Comisario, tranquilo, digno, pero circunspecto; no se animaba sino para protestar de su inocencia, pero no alegaba la menor prueba en su favor, y si la energía de su actitud impresionaba al Jurado, las pruebas que alegaba en contra desvanecían aquella buena impresión.

Verdad es que contaban también declaraciones favorables y entre ellas la del señor Robins, que fué un verdadero testigo en pro del reo, diciendo que él no pedía nada por su parte; que se siguiera la causa de oficio; deploró la precipitación de sus empleados, y concluyó diciendo:

—No creeré jamás que Luciano Lecomte haya sido criminal; aquí hay un misterio, que más pronto ó más tarde se aclarará.

Esta declaración no produjo el efecto que los Jueces esperaban; se atribuyó á un sentimiento de generosidad, y después de examinar el negocio en sus mejores detalles, el Fiscal, con gran habilidad, dió proporciones al suceso, haciendo en lugar de una causa individual, una causa de interés social.

En cambio, el Abogado no estuvo á la altura de su misión; comprendió que la causa estaba

perdida, y en lugar de imitar á los grandes artistas que, en presencia del público se crecen, perdió sus fuerzas, hizo una defensa pobre y sin interés; y los Jurados, después de una corta deliberación, dieron un veredicto afirmativo á todas las cuestiones, sin admitir ninguna de las atenuantes.

El Tribunal, pues, condenó á Luciano Lecomte á seis años de reclusión; y el desgraciado, que hasta última hora se había hecho la ilusión de que sería reconocida su inocencia, vaciló al oír leer el terrible fallo.

Y mientras se le arrastró fuera de la sala, iba repitiendo maquinalmente:

— ¡Soy inocente! ¡soy inocente!

XVI

Con la cabeza pesada, la mirada fija, la garganta seca, el cuerpo dolorido, Luciano Lecomte precedido de un guardia y seguido de otro, descendía lentamente los ochenta escalones de la estrecha escalera de granito que conduce desde las Salas del Tribunal al calabozo del Palacio de Justicia.

— ¡Seis años de reclusión!

Estas palabras retumbaban en su cabeza.

¿Véis á ese hombre que hace algunas semanas gozaba del sol, se paseaba en toda la posesión y fuerzas de sus derechos? Pues estará seis años entre muros y barras de hierro, sin aire, sin horizonte, sin cielo encima de su cabeza.

Si quiere andar, una mano se posará sobre su

hombro para detenerle, diciéndole que no es la hora de pasear; si quiere sentarse, una voz impetuosa le intimará que es la hora de pasear, conduciéndole al pequeño patio, donde podrá andar de un lado á otro, como una fiera en su jaula; si quiere hablar, le mandarán que calle, porque en las casas de reclusión debe reinar orden y silencio.... ¡Y si estos castigos cayesen sobre un criminal!... ¡Pero cuando hieren á un inocente!...

¿Pero por qué se dejó condenar? ¿Por qué no dijo toda la verdad!

Porque hubiera entregado á su hermano, aunque la mayoría de la gente gritara: — ¡Esa abnegación es ridícula! ¡no hay hermano como ese!

Pues bien, no; actos de este género son raros en nuestra época, indiferente, egoísta; pero surgen á veces una protesta, como una excepción, y en lugar de criticarlos, deben admirarse su grandeza de alma, su santa abnegación.

Y después, sin querer disminuir los méritos de Luciano Lecomte, sabía él á dónde llegaría su sacrificio, pues esperaba convencer al señor Robins, y las declaraciones de este testigo probaron que no confiaba en balde. Nunca pensó, de seguro, confesarse culpable; su intención era sostener su inocencia, y cuando le preguntaran quién era el culpable, contestar:

— Buscadle vos; yo no soy delator. Entregárosle no es asunto mío, es vuestro.

Buscaron en efecto al criminal, y al no encontrarle, una vez general se levantó para exclamar:

— ¡Es él! ¡es Luciano Lecomte!

Tuvo, pues, que aceptar la acusación general, ó acusar á su hermano; quizás lo hubiera hecho sin los recuerdos de su madre y de su hermano.

Con el pensamiento vacilante, como si saliese de una enfermedad, descendió la escalera y atravesó una larga bóveda.

La puerta de su prisión se abre... Sobre una tabla que sirve de mesa se ven diferentes notas reunidas para su defensa... ¡notas inútiles!

Estaba turbado al verse ante el Tribunal, sentado en el banquillo de los acusados. Aquellos testigos reunidos en contra suya, aquel público que clavaba los ojos en él, empujándose los unos tras de los otros para ver mejor, son capaces de quitar á cualquiera la serenidad.

A los pocos instantes van á buscar á Luciano para llevarle á otro calabozo, ocupado ya por un preso, porque los calaboceros desconfían de que aquel preso sombrío y meditabundo, al verse solo, quiera acabar con su vida.

Su compañero de prisión, condenado á trabajos forzados, por robo á mano armada, quiere ligar con el conversación, y le dice:

— ¡No has tenido suerte! Parece que te han condenado á seis años de reclusión y vas á la Central. ¡Es muy dura la Central! Yo sé algo, porque he vivido en Melun... Por eso esta vez me he arreglado de nuevo el modo de viajar por cuenta del Estado. Veré otras tierras; esto distrae, y además, instruye.

— Dejadme, ¡dejadme por favor! — murmuró Luciano.

— ¿Prefieres meditar? Como quieras; pero mira, haces mal de no hablar, porque en la Central no te dejarán mover la *my*.

Sentado en un rincón, con la cabeza caída sobre el pecho, Luciano guardaba un sombrío silencio.

— ¿Creéis quizá, — repuso su compañero, — que soy un *moscarón* que me han puesto contigo para *largar* lo que pueda? No soy tonto, cuesta muy caro el oficio de *soplón*, y por algunas dulzuras que se alcanzan de la Administración, los camaradas nos dan vida de perro, cuando no nos aprietan la nuez á la primera ocasión.

Luciano Lecomte no durmió aquella noche, y en breve le trasladaron á la *Grande-Roquette*.

XVII

Todos los forasteros que van á París y visitan el célebre cementerio del *Pere-Lachaise*, contemplan con curiosidad el siniestro edificio situado en las cercanías de dicho cementerio.

Nada más triste que el camino que recorría el coche que llevaba á Luciano. Pero el desgraciado joven, ensimismado en su abatimiento, en nada reparó, y sólo volvió en sí cuando le mandaron bajarse del coche celular, y encaminarse á la escribanía para cumplimentar los requisitos de rúbrica.

Cuando concluyeron, un carcelero dijo á Luciano:

— Desnudaos.

El desdichado, no comprendió; ó quizás creyendo que ese mandato no le concernía, no se movió.

Entonces el carcelero, con movimiento brusco, tirando de una manga del gabán que el preso llevaba puesto, dijo:

— Es preciso que os desnudéis, para vestir el uniforme de la casa. No tengáis cuidado, se os devolverán estos guñapos cuando salgáis de ella.

Esto fué dicho con sarcástico tono, habitual sin duda en el vigilante.

Luciano se desnudó, y volvió á vestirse apresuradamente, pues además del frío que hacía, un rubor fácil de comprender, le impulsaba, creyendo escapar por ese medio y cuanto antes á las miradas de todos los que le rodeaban.

La puerta de su prisión se abre... Sobre una tabla que sirve de mesa se ven diferentes notas reunidas para su defensa... ¡notas inútiles!

Estaba turbado al verse ante el Tribunal, sentado en el banquillo de los acusados. Aquellos testigos reunidos en contra suya, aquel público que clavaba los ojos en él, empujándose los unos tras de los otros para ver mejor, son capaces de quitar á cualquiera la serenidad.

A los pocos instantes van á buscar á Luciano para llevarle á otro calabozo, ocupado ya por un preso, porque los calaboceros desconfían de que aquel preso sombrío y meditabundo, al verse solo, quiera acabar con su vida.

Su compañero de prisión, condenado á trabajos forzados, por robo á mano armada, quiere ligar con el conversación, y le dice:

— ¡No has tenido suerte! Parece que te han condenado á seis años de reclusión y vas á la Central. ¡Es muy dura la Central! Yo sé algo, porque he vivido en Melun... Por eso esta vez me he arreglado de nuevo el modo de viajar por cuenta del Estado. Veré otras tierras; esto distrae, y además, instruye.

— Dejadme, ¡dejadme por favor! — murmuró Luciano.

— ¿Prefieres meditar? Como quieras; pero mira, haces mal de no hablar, porque en la Central no te dejarán mover la *muy*.

Sentado en un rincón, con la cabeza caída sobre el pecho, Luciano guardaba un sombrío silencio.

— ¿Creéis quizá, — repuso su compañero, — que soy un *moscarón* que me han puesto contigo para *largar* lo que pueda? No soy tonto, cuesta muy caro el oficio de *soplón*, y por algunas dulzuras que se alcanzan de la Administración, los camaradas nos dan vida de perro, cuando no nos aprietan la nuez á la primera ocasión.

Luciano Lecomte no durmió aquella noche, y en breve le trasladaron á la *Grande-Roquette*.

XVII

Todos los forasteros que van á París y visitan el célebre cementerio del *Pere-Lachaise*, contemplan con curiosidad el siniestro edificio situado en las cercanías de dicho cementerio.

Nada más triste que el camino que recorría el coche que llevaba á Luciano. Pero el desgraciado joven, ensimismado en su abatimiento, en nada reparó, y sólo volvió en sí cuando le mandaron bajarse del coche celular, y encaminarse á la escribanía para cumplimentar los requisitos de rúbrica.

Cuando concluyeron, un carcelero dijo á Luciano:

— Desnudaos.

El desdichado, no comprendió; ó quizás creyendo que ese mandato no le concernía, no se movió.

Entonces el carcelero, con movimiento brusco, tirando de una manga del gabán que el preso llevaba puesto, dijo:

— Es preciso que os desnudéis, para vestir el uniforme de la casa. No tengáis cuidado, se os volverán estos guñapos cuando salgáis de ella.

Esto fué dicho con sarcástico tono, habitual sin duda en el vigilante.

Luciano se desnudó, y volvió á vestirse apresuradamente, pues además del frío que hacía, un rubor fácil de comprender, le impulsaba, creyendo escapar por ese medio y cuanto antes á las miradas de todos los que le rodeaban.

Cuando concluyó de vestirse, se le condujo hacia la bóveda que conducía á los dormitorios. Aún no estaba concluido su atavío, pues llegados á cierto punto le mandaron sentar para cortarle el cabello á raíz.

Maquinalmente alzó la vista, viendo á su frente una verja, y detrás de ésta unas doscientos presos paseando en un patio, pues era la hora del recreo.

Cuando se encontró rasurado, se abrió la verja y le dijeron:

—Entrad.

—Paseaos, —dijo uno de los vigilantes, — está prohibido quedarse parados.

Luciano empezó á dar vueltas, como veía las daban sus compañeros.

XVIII

Una mirada bastó á la mayor parte de los detenidos para clasificar á su nuevo compañero, sabían, en su modo de andar y de poner las manos, en sus miradas espantadas, que no era un hombre acostumbrado á prisiones, y se preguntaba si era un Central ó un presidiario, porque, como hemos dicho, en la *Grande-Roquette* no entraban para penas de corta duración.

Juzgado como delincuente, no tardó de serlo como individuo; la finura de sus manos, la blancura de su tez, indicaban á todos aquellos hombres que el recién llegado pertenecía á clase elevada, ó por lo menos la había frecuentado.

En breve circuló su nombre de boca en boca,

porque ya se sabía que un sentenciado del nombre de Luciano Lecomte se había presentado el día anterior en el Tribunal mereciendo seis años de reclusión; los presos se enteraban de todas las noticias referentes á cárceles y presidios, y esperan con afán que los que entran les den noticias del mundo exterior.

En cuanto entró Luciano, se trató de hacerle hablar. Quisieron invitarle á tomar algo en la cantina; quizás esperaban que hubiera conservado algunas monedas, y contaban con ser obsequiados, más Luciano no contestaba, no por orgullo ni por desdén; sabía que agravaría su situación si se mostraba altivo con sus nuevos compañeros; pero no oía, no entendía, estaba siempre bajo la impresión de penoso abatimiento y marchaba como si le hubieran dado una impulsión mecánica.

Terminada la hora del paseo, los presos se ordenaron en fila para dirigirse á los talleres, y como Luciano, siempre maquinalmente fuese á seguirlos, un vigilante le dijo:

—Quedaos; vos no estáis aún destinado á ningún taller; ¿qué sabéis hacer?

—¿Qué sé hacer? —preguntó asombrado.

—Sí; tenemos talleres de carpintería y de calzado; ¿qué sabéis hacer?

—Yo no he trabajado á ningún oficio, no sabía...

—Aprenderéis; empezareis por colocaros en el taller de encuadernación, faltan operarios y para un principiante es lo más fácil.

Se le condujo al taller de encuadernación, y un oficial se encargó de darle las primeras nociones del oficio. A las siete la campana anunció que había llegado el momento de reposo; el gas no estaba aún establecido en la *Grande-Roquette*, y los presos no podían velar en los talleres, porque el

reglamento de la cárcel no obliga á los contratistas á iluminar. Gracias al trabajo de los presos, muchos contratistas se han hecho ricos.

Uno de los vigilantes condujo á Luciano á una celda del segundo piso, y después de hacerle entrar en ella, cerró la puerta y corrió un enorme cerrojo; el arte del cerrajero está estacionado en las prisiones, y en las dimensiones de llaves y cerrojos diríase que aún corren los tiempos del feudalismo; pero Luciano Lecomte no se quejó de verse encerrado; al menos durante la noche tendría el placer de no hablar, de no reir, de vivir apartado de sus odiosos compañeros.

Al día siguiente su carcelero fué á buscarle para conducirlo junto al director, y después de franquear varias verjas, se encontró en el patio donde el carruaje le había depositado al llegar. Subió una pequeña escalera, y penetró en el despacho del Jefe.

El Director de la *Grande-Roquette* pasaba por un hombre enérgico, pero humano y justo; los presos le temían sin odiarle, porque sabían que estaba siempre pronto á reprimir todo acto de indisciplina, lo mismo que atender á cualquier queja que fuera justa, ó á dulcificar en cuanto pudiera los rigores de la prisión.

Sentado en un sillón, bastóle una mirada para juzgar al preso, y dijo con un acento en que se leía más que la consideración el interés:

—Lecomte, os he llamado para deciros que me habéis sido recomendado por vuestro antiguo Jefe el señor Robins.

—El no me cree culpable; es un gran consuelo para mí,—murmuró Luciano con tristeza.

—Yo no trato de saber si sois ó no culpable; para mí no representáis más que un pensionista de los que el Estado me confía. Pero en atención á la recomendación de vuestro Jefe y á vuestra

educación, deseo mejorar vuestras condiciones hasta donde lo permita el reglamento de la casa.

—Os lo agradezco con todo mi corazón, señor.

—Vais á dejar el taller dónde os han colocado, y pasaréis á la biblioteca. El preso que desempeñaba ese cargo ha extinguido su condena; vos le reemplazaréis; vuestro cargo consistirá en ordenar los volúmenes y en llevar un registro de los que entregáis y de los que os devuelven.

—Creed, señor, que haré todo cuanto esté en mi mano para hacerme útil.

—Y he mandado hacer también un dormitorio separado para los presos que observen buena conducta; tendréis cama donde ellos, si queréis.

—No, señor, si lo permitis, me gustaría más continuar en mi celda.

—¡Preferís la soledad! Ya lo suponía. Pasemos á otra cosa. Como no estáis acostumbrado á las comidas de la casa, autorizo á los empleados de la cantina á que os hagan aparte la comida. ¿Tenéis alguna petición que dirigirme?

—No, señor; vos os habéis anticipado á todos mis deseos.

—Creí que me pediríais el permiso de visitas.

—¿Para qué?—exclamó el preso con amargura; ¡si nadie ha de venir á verme!

—Os engañáis, alguien lo ha pretendido.

—¿El señor Robins?

—No tal; por un sentimiento de delicadeza que vos apreciaréis ha creído que os sería penoso presentaros á él.

—¡Ah! sí. ¡En este traje!—murmuró Luciano con amargura.—No siendo él, ¿quién puede desear verme?

—Dos personas que conocéis, sin duda. Los señores Petithomme han hecho una petición á la Prefectura, y si tenéis gusto en ello, dirigidme

otra; yo la apoyaré, y se os concederá el permiso,

—La haré, señor.

Le había ocurrido de repente que quizás los Petithomme habían recibido alguna carta de su hermano ó de Susana y se la querían entregar.

En lugar de permanecer sentado el Director, se levantó y le condujo hasta la puerta, interesado por la actitud digna y sumisa de Luciano, y su triste y resignada sonrisa.

Fuera de la puerta, Luciano encontró á su carcelero que según las órdenes verbales que había recibido, condujo á su prisionero al nuevo departamento que le estaba reservado, y sin duda por la distinción que mereció el prisionero, el vigilante se mostró atento.

—La biblioteca adonde os conduzco, está situada al extremo de la casa, en el tercer patio, el de los sentenciados á muerte.

—¡Ah! —dijo Luciano estremeciéndose á esta idea.

—No hay más que dos en este momento, —añadió el vigilante entreabriendo la puerta de la biblioteca; —podéis verlos cuando pasean. En el nuevo destino no os aburriréis, habéis tenido suerte.

—Sí, una suerte muy relativa, —pensó Luciano.

XIX

Un día fueron á buscar á Luciano Leconte para conducirlo al locutorio.

El sitio reservado en la *Grande-Roquette* para las entrevistas de los presos con sus parientes y amigos, está situado bajo la primera bóveda, á la

entrada de la cárcel, enfrente del registro, y es una habitación iluminada por dos ventanas que dan al patio.

El señor y la señora Petithomme, que le aguardaban hacía un instante, no le hubieran reconocido, tanto había cambiado. Con sus nuevos vestidos, su barba y bigote afeitado, el pelo cortado al rape, parecía tan pálido, tan flaco, que no resaltaba en su rostro más que sus grandes y tristes ojos negros.

Entonces levantaron la cabeza, le apercibieron dejando escapar una exclamación de dolor, y dejando el banco en que estaban sentados, avanzaron hasta la rejilla. Su andar, la expresión de su fisonomía, que se hallaba intimidadas al tener que mirar frente á frente al hombre á quien había rehusado un favor del que dependían su honor y su vida, conmovieron á Luciano, que se compadeció de ellos en medio de su desgracia.

—Acercáos —murmuró, —ya veis que yo no puedo ir hacia vosotros; quiero estrechar vuestras manos, daros gracias porque no me abandonáis en mi triste situación.

Más atrevida que su marido, Cesarina se adelantó, y estrechando la mano de Luciano, repuso:

—¿Es posible? ¿no nos guardáis rencor?

—¿Por qué? Nunca he dejado de estimaros.

—¡Ah! nosotros somos más severos para apreciar nuestra falta, y Cornelio y yo no cesamos de repetirnos que nada de esto hubiera pasado si fuésemos menos...

—Avaros, —terminó Petithomme.

Por vez primera, sin ayuda de su mujer, había encontrado la expresión exacta: tal conciencia tenía de la falta cometida.

—Sí, —mi marido tiene razón, —repuso vivamente, —hemos sido muy culpables, y nuestra

avaricia no nos sirve para nada, porque desde que os han condenado, el remordimiento no nos deja abrir la caja, la vista de nuestro dinero aumenta nuestro pesar.

— ¡Ah! ¡sí! — murmuró el gigante.

— No hablemos de eso; no quiero pensar en el pasado más que para daros gracias por vuestro interés.

— ¡Ah! ¡qué bueno sois!

Contempláronle en silencio, y Cesarina, aquella mujer seca y dura, harto implacable cuando se trataba de dinero, sentíase conmovida y decía llorando:

— ¿Es posible? ¿Vos, el hijo de nuestro protector, con ese traje, detrás de una reja?

— ¡Es obra de la fatalidad!

— Pero os pondrán pronto en libertad; la justicia reconocerá su error.

— ¿También vosotros me creéis inocente?

— ¡Jamás os hemos creído culpable!

Y acercándose cuanto pudo á Luciano, murmuró á su oído:

— No sólo lo creemos, sino que hemos descubierto al culpable.

Luciano se estremeció, y sobresaltado preguntó:

— ¿En quién pensáis?

— ¡No nos habíamos engañado! — exclamó Cesarina. — ¿Por qué os asusta que hayamos descubierto al culpable? Porque si no se trataba de él...

— ¿Quién es él?

— Vuestro hermano.

— ¡Oh! ¡silencio! ¡silencio! Si tal cosa dijerais delante de otro, no os lo perdonaría jamás, jamás. Además, lo que pensáis es falso: entendéis, falso.

— Pues bien, no os enfadéis; será falso, puesto que lo queréis así, y callaremos, os lo juro. Además, ya es muy tarde para hablar.

— Sí, muy tarde, — exclamó Cornelio. — Pero

los Jueces han debido adivinar como nosotros. Es verdad. Ellos no conocían vuestra vida íntima; la vida de vuestro hermano... Ellos no le encontraron como yo en una casa de juego la noche misma en que faltó el dinero... ¡No me miréis así, como si quisierais tragarme! ¿Qué os importa que yo sepa la verdad? Sé guardar un secreto.

— Sí, seremos mudos.

— ¡Si no hay secreto! ¡Si no hay nada que se pueda confesar!

— Bien, bien: vuestro hermano no juega para nada en el asunto; pero ¿á qué enviarle tan lejos, á un país donde no llegan las noticias fácilmente? ¿para que no pudiera saber el proceso y entregar-se? ¿por eso le habéis enviado á Africa?

— ¿Cómo sabéis que está en Africa?

— ¿No le encargásteis que os escribiera con un sobre á mi marido?

— ¡Y bien!...

— Pues bien: hemos recibido una carta de Argel, casi del Desierto... He abierto la carta, y dentro había otra para vos.

— ¡Oh! ¿de veras? dádmela, dádmela.

Pero al decir esto recordó su situación; no podía recibir directamente cartas ni papeles.

— Ved lo que hacéis, — dijo, señalándole con una mirada al vigilante.

— No nos mira, y además Cornelio es tan alto, que evitará que me vea; alguna vez, su estatura había de servirnos de algo. Extended la mano y no temáis.

En efecto, Luciano en breve era dueño de la carta, sin que el vigilante hubiera intervenido, fuera por no haberse enterado ó porque quisiera ser complaciente con aquel preso que le estaba recomendado por el Director.

— Ahora, — repuso Cesarina, — tengo que daros otra cosa.

—¿Vos?

—Sí, señor, —murmuró turbada.— Creíamos que podíais tener necesidad de algún dinero, y os traemos algunos billetes. Os asombra, ¿no es verdad? También nos asombra á nosotros. Tomad, tomad pronto, no vayamos á arrepentirnos.

—Gracias, —dijo Luciano sonriéndose á pesar suyo.— Quedo muy reconocido á vuestro interés, pero no puedo aceptar ese dinero. Si me lo encontraran sería castigado y pagaría mal los favores que el Director me otorga.

—¿No tenéis otro motivo para rehusarlo?— exclamó Cesarina con amargura.

—No, os lo juro.

—Entonces, no insisto; no quiero causaros más contratiempo.

No insistió, porque en el fondo no le pesaba esta negativa. Había tenido una buena inspiración, un arranque hijo de un remordimiento, pero en el fondo la avaricia vivía siempre, y el dinero otra vez en caja regocijaba su alma.

Cuando se separaron, Luciano les hizo prometer que volverían; quería darles respuesta á la carta que le llevaban.

XX

En cuanto volvió á la biblioteca donde pasaba los días, Luciano Lecomte, después de convenirse de que nadie le veía, se apresuró á sacar la carta que le había entregado Cesarina; era de Susana, y estaba concebida en estos términos:

“Mi querido tío: No has contestado á las dife-

rentes cartas que te he enviado, y temo que no hayas recibido ninguna. Te envío ésta por conducto seguro, y quiero darte cuenta de todo lo ocurrido desde que nos separamos.

„¡Ah! ¡cómo sufrí el día de mi partida!... Si me hubieras visto, te hubiera dado lástima. ¡Pobre madre mia! ¡dejarla así, sin acompañarla al cementerio, sin conocer su tumba querida, y luego te dejaba á tí también, mi querido tío!... ¡Ah! decididamente no quiero llamarte así, soy algo más que tu sobrina; te llamaré padre, y el mío no tendrá celos porque te quiera mucho. Muchas veces le oigo decir: ¡hermano, hermano mío! y sus ojos se llenan de lágrimas...

„¿En qué estaba? Perdona lo descosido de esta carta; soy una chiquilla... y eso que dicen que estoy muy desarrollada para mi edad; pero mi madre me decía siempre que era una niña. Cuando yo me ofendía, exclamaba:—No te quejes; así viviremos más tiempo juntas, sin que tu matrimonio nos separe...—¡Ah! no es el matrimonio el que nos ha separado, ¡es la muerte!

„Decía, pues... y ya ves vuelvo á empezar, que tuve mucho pesar al separarme de tí; pero tú lo mandabas y era preciso obedecer. Me acordaré siempre de las recomendaciones de mi madre; creíste que el viaje distraería mi dolor, y tuviste razón... tu tienes siempre razón. El ruido, el movimiento, los nuevos horizontes, me hacen olvidar á ratos; pero me acuerdo un instante despues, y mi dolor es mucho más vivo.

„Papá sufre mucho también, y su tristeza aumenta cuando llega el correo de Francia. Una mañana en Argel, en los primeros días de Diciembre, ojeaba un periódico, y de pronto exclamó:— ¡Quiero partir! ¡quiero partir! ¡quiero ir á su lado!—Sin duda pensaba en tí; despues se tranquilizó, y ahora no llegan periódicos á esta soledad.

¿Dónde estáis? me preguntarás. No tengas tanta prisa; ya te diré las ciudades que hemos recorrido.

„Primero Marsella; allí nos embarcamos, y en treinta y cuatro horas llegamos á Argel... ¡Ah! papá se ha corregido mucho de lo que mamá le reprochaba. A bordo, algunos pasajeros se aburrían, quisieron hacerle jugar, pero él dijo que jamás volvería á tocar una carta. Te lo digo para que estés contento de él.

„En Argel estuvimos tres días, lo suficiente para descansar; sin mí, mi padre no se hubiera detenido, porque su afán es dejar las ciudades, vivir en el campo. Parecía que tenía miedo de hallarse entre compatriotas, y huía de los viajeros que desembarcaban en Marsella. Te doy cuenta de todo esto porque no se separa de mí; parece quererme mucho, y con frecuencia me dice:—¡Quiéreme, quiéreme mucho; necesito de tu cariño para olvidar!...—Sin duda se refiere á mi madre. Yo, por el contrario, quiero pensar siempre en mamá.

„De Argel fuimos por mar á Filipeville, y allí tomamos el camino de hierro para ir á Constantina. ¡Qué ciudad tan pintoresca! Un verdadero nido de piedra asentado en una roca. ¡Qué costumbres tan extrañas! Arabes, judíos, moros, y todas las mujeres tapadas con un velo. Al día siguiente tomamos la diligencia que debía conducirnos á Batna y á Biskra, viaje muy fatigoso, porque hay que atravesar montañas y precipicios. Por fin llegamos, y no puedes figurarte cómo nos hemos visto recompensados de nuestro trabajo; sobre nuestras cabezas un cielo de una limpidez extraordinaria; en frente de nosotros el Desierto de Sahara... Parece un mar de arena de color de violeta. ¡Qué grandeza! ¡Qué tintas las de aquel sol poniente! Yo me arrodillé y no pude contener mis lágrimas.

„Mi padre estaba maravillado. El artista renacía en él, y apenas nos instalamos en el país, al límite de una selva de palmeras se armaba de sus pinceles, de sus colores, de lienzos que había comprado en Marsella, y decía:— Quiero recuperar con mi trabajo todo lo que he perdido, y formar tu dote.— Lo conseguirá, porque tiene talento. Un joven irlandés, el señor Lionel Murdon, que se ha fijado aquí desde algún tiempo, decía ayer admirando uno de sus cuadros:—¡Qué verdad! ¡qué colorido! ¡qué valentía! Ya ves si estaré orgullosa.

„Te escribo desde Biskra, adonde puedes contestarnos, porque permaneceremos algún tiempo aquí. ¿Te acuerdas de tu hija? ¿Eres desgraciado desde que no la tienes á tu lado, para hacerte rabiar? Responde á estas preguntas. Vive un poco conmigo por medio de tus cartas, y recibe un abrazo de tu cariñosa Susana.

.....

Durante la lectura de esta carta las lágrimas asomaban muchas veces á sus ojos; pero lágrimas dulces, alternadas con una sonrisa de satisfacción.

Jorge había obedecido, se había regenerado, huía del juego, y se entregaba al trabajo... ¡Ah! por lo menos su sacrificio no era inútil. ¡Con qué paciencia soportaría su encarcelamiento!

Si olvidaba un instante á Jorge, era para pensar en Susana; también se encontraba recompensado por la ternura que le manifestaba. ¡Cómo no consolarse al sufrir por una niña tan buena, tan pura! ¿Qué sería de ella, si en lugar de callar, hubiera contestado á los Jueces:—No soy yo el culpable; es mi hermano?

Hubieran ido á prender á Jorge á su propia casa, y su infeliz hija, después de haber visto salir el cadáver de su madre, hubiera visto arrastrar á su padre á una prisión. ¡Qué espectáculo! ¡Qué amargura ante ella! Le parecían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

menos dolorosos sus sufrimientos, mucho más, que esperaba, gracias á su buena conducta y á las gestiones del señor Robins, que le perdonarían la mayor parte de su condena, y en cuanto estuviera libre, Jorge y Susana volverían á Francia. Jorge, gran artista, Susana, una hermosa joven, y viviría con ellos en un lugar apartado, querido, respetado de aquel hermano y de aquella hija adoptiva por quien se había sacrificado.

Estos pensamientos, estas esperanzas, estos sueños hicieron soportable su existencia, en la *Grande-Roquette*.

En los primeros días de Abril supo que iba á formar parte del convoy de presos que la Administración enviaba á una de las tres casas donde los sentenciados extinguen sus condenas: Aniane, Thouars y Melun. En efecto, dos días después dejaba su prisión provisional, subía en el carruaje celular y era trasladado á Melun.

SEGUNDA PARTE

I



ÚNEZ, en la antigüedad denominada *La Blanca Perla del Occidente*, según los poetas; *El Albornoz del Profeta*, como le llaman los árabes, estaba muy agitada, tumultuosa, el lunes 18 de Septiembre de 187...

Desde la Kasba, barrio musulmán, á la plaza de la Marina, donde viven los europeos, todo es movimiento y ruido. En los *souks*, ó grandes bazares, los moros, con sus vestidos blancos, ceñida la cabeza con turbante multicolor y los pies calzados con sandalias ó botitas de cuero de Levante, en lugar de dirigirse á vender sus mercancías ó á tomar café, se detienen en grupos y gesticulan.

Los árabes, envueltos en su blanco albornoz, se reúnen también en agitados grupos, y el barrio de los judíos veíase menos agitado que los demás.

Las mujeres judías, dotadas del privilegio que les da la religión, de dejarse ver con el rostro descubierto, seguían á sus maridos.

Algunas de ellas, de clases elevadas, formaban grupos, hablando en desorden, y su animación era tal, que su *fedraje*, especie de manto, se entre-

menos dolorosos sus sufrimientos, mucho más, que esperaba, gracias á su buena conducta y á las gestiones del señor Robins, que le perdonarían la mayor parte de su condena, y en cuanto estuviera libre, Jorge y Susana volverían á Francia. Jorge, gran artista, Susana, una hermosa joven, y viviría con ellos en un lugar apartado, querido, respetado de aquel hermano y de aquella hija adoptiva por quien se había sacrificado.

Estos pensamientos, estas esperanzas, estos sueños hicieron soportable su existencia, en la *Grande-Roquette*.

En los primeros días de Abril supo que iba á formar parte del convoy de presos que la Administración enviaba á una de las tres casas donde los sentenciados extinguen sus condenas: Aniane, Thouars y Melun. En efecto, dos días después dejaba su prisión provisional, subía en el carruaje celular y era trasladado á Melun.

SEGUNDA PARTE

I



ÚNEZ, en la antigüedad denominada *La Blanca Perla del Occidente*, según los poetas; *El Albornoz del Profeta*, como le llaman los árabes, estaba muy agitada, tumultuosa, el lunes 18 de Septiembre de 187...

Desde la Kasba, barrio musulmán, á la plaza de la Marina, donde viven los europeos, todo es movimiento y ruido. En los *souks*, ó grandes bazares, los moros, con sus vestidos blancos, ceñida la cabeza con turbante multicolor y los pies calzados con sandalias ó botitas de cuero de Levante, en lugar de dirigirse á vender sus mercancías ó á tomar café, se detienen en grupos y gesticulan.

Los árabes, envueltos en su blanco albornoz, se reúnen también en agitados grupos, y el barrio de los judíos veíase menos agitado que los demás.

Las mujeres judías, dotadas del privilegio que les da la religión, de dejarse ver con el rostro descubierto, seguían á sus maridos.

Algunas de ellas, de clases elevadas, formaban grupos, hablando en desorden, y su animación era tal, que su *fedraje*, especie de manto, se entre-

abría, para dejar entrever la chaquetilla de seda, bordada de perlas, y el pantalón, de raso bordado de oro; algunas, en su agitación, hasta olvidando su ley que les prohibe mostrar el rostro en público, dejaban flotar su velo, permitiendo que los transeuntes admirasen la pureza de sus líneas, sus rasgados ojos negros, y sus dientes de perlas. ¿Qué es lo que pasa en la ciudad, decían? ¿Estamos en pleno motín? ¿Se levantan los tunecinos contra su Señor?

Si así fuera, los soldados no presenciarían tranquilos el movimiento; los oficiales con su *redigot* negro, abotonado, y su gorro encarnado, el *Fez*, con estrella de oro, se mezclaban también á los grupos, y en vez de calmarla, tomaban parte en la agitación general.

Esta se multiplicaba, y un grupo de árabes, turcos, moros, en que todas las religiones aparecían confundidas, se dirigía al Palacio de Mourad, primer Ministro del Bey.

¿Por qué todos los habitantes de Túnez rodean esta casa? ¿Quieren aclamarle ó escarnecerle?

Esta última hipótesis parecía la más probable, porque muchos árabes, en ademán hostil, amenazan el Palacio, frente al cual se habían detenido, y se oía repetir á la multitud la palabra *giaour*, *giaour*!

Esta palabra es una frase que emplean los árabes para insultar á los cristianos, y Mourad, largo tiempo favorito del Bey, debe pertenecer á la religión musulmana, pero se le acusa de haberse conducido mal y se le trata de infiel.

¿Cuáles son sus crímenes? La lista sería larga. Desde luego se le acusa de haber aprovechado su ilimitado poder, para recargar al pueblo de impuestos, apilando en sus cofres considerables riquezas, y éste, sin embargo, es el menor de sus pecados. Los tunecinos, los egipcios, los

turcos, todos los orientales tienen ya costumbre de enriquecer á sus señores, y Mourad, en este caso, no había hecho más que lo que todos sus predecesores; pero tiene delitos mucho más graves: educado en Francia, adonde su padre le mandó para que hiciese sus estudios, no sólomente ha olvidado, entre los cristianos, usos y costumbres de su país, sino que ha perdido su creencia, su fe religiosa, y apenas si de vez en cuando se le ve en la mezquita, ni las guarda el respeto debido, porque últimamente había dado orden de prender á un criminal que se refugió en el sagrado recinto.

Durante las fiestas del *Ramazán*, Cuaresma de los moros, en lugar de vivir en el ayuno y la oración, se le ve por las calles con alegres compañeros, visita á los Cónsules, vive con los cristianos y tiene á gala el sentarse en un café con los europeos. Sus costumbres son también motivo de escándalo; no contento con las cuatro mujeres legítimas, que permite el Corán, y gran número de odaliscas, lo que constituye un *harén* ponderado en todo el país, trata de apropiarse los bienes ajenos; y el año anterior durante el *Ramazán*, aprovechando la ausencia de los maridos ocupados en sus devociones, se introdujo bajo varios disfraces en algunas casas, se dirigió al departamento de las mujeres, lugar tan sagrado como el templo entre los musulmanes, y donde éstos no permiten la entrada ni á su mejor amigo.

Para quien conoce las costumbres de Oriente, todas estas faltas, que entre nosotros serían insignificantes, constituyen verdaderos delitos. Mourad las había cometido desde que estaba en el poder, y sin embargo, no se le había reprochado hasta hoy, porque antes era el amigo del Soberano; pero aquel día el Bey había arrojado de su presencia á su primer Ministro, y al punto

los tunecinos, que ya no tenían razón para respetarle, se desencadenaron contra él; todos los reproches que hemos formulado circulaban de boca en boca, la cólera exasperaba los ánimos, y la multitud no se contentaba con amenazar con el puño al Palacio, sino que los árabes de la campiña, las mujeres judías y los chiquillos, arrojaban piedras contra los muros blancos del Palacio.

Hubo, sin embargo, un momento, en que un eco prolongado resonó en los aires; era el *muezzin* que desde el miravete vecino llamaba á los fieles á la oración de la tarde, y á un mismo tiempo de las doscientas torres de Túnez parten los mismos ruidos, y la multitud tumultuosa guarda silencio, se postra en medio de la calle en dirección á la Meca, ostenta las cuentas de su rosario y murmura una oración.

Quando se levantan, han olvidado á Mourad y sus crímenes, y no piensan más que en dirigirse á las mezquitas para orar y hacer las abluciones ordenadas por el Profeta.

II

Mientras los tunecinos le amenazaban con la voz y con el gesto, Mourad, retirado en el *sélamlik*, parte de la casa reservada á los hombres, tranquilamente tendido en un diván, fumaba la pipa que un esclavo negro acababa de encender, y llevaba á sus labios una pequeña taza de café.

Mourad representa unos treinta años; es un arrogante mozo con tez morena, ojos negros y expresivos, nariz griega, dientes pequeños, cuya

blancura destaca bajo el bigote obscuro y abundante.

Sentado frente á él estaba Sivasti, su secretario y amigo. Sivasti, hijo de un moro y una esclava georgina, no se ha separado de él desde la infancia: los dos se han educado en París en el mismo colegio, y cuando Mourad, de vuelta á su patria, ha sido llamado al poder, Sivasti, reflejo de su Señor, ha llegado á ser casi tan poderoso como él. Es un arrogante joven, de rostro simpático y humor jovial, y por sus costumbres, más parisién que oriental.

—¿Qué piensas de este motín?—dijo á Mourad su secretario, ocupado en saborear un *grog*, á pesar de la ley mahometana que impide toda bebida espirituosa.

—Pienso,—dijo Mourad,—que todos esos charlatanes volverán á sus casas, y Túnez dormirá pacíficamente como de costumbre.

—Y mañana, ¿no temes un nuevo motín?

—Si tal, volverán á empezarle para distraerse; pero no más. ¿Crées que se atreverán á allanar mi casa?

—Según eso, ¿piensas permanecer tranquilamente en Túnez?

—Eso es otra cosa; no temo á los amotinados, pero temo á mi sucesor, el nuevo primer Ministro: no dormirá tranquilo mientras sepa que estoy en la ciudad y pueda volver á llamarme el Bey.

—De seguro,—dijo Sivasti envolviendo un cigarrillo,—que piensa ya en hacerte estrangular.

—No se estrangula ya entre nosotros. Las potencias extranjeras han protestado contra este uso antiguo, y hemos renunciado á él, al menos por ahora.

—Si no se atreve á estrangularte, te mandará prender, y desconfía de la justicia en esta tierra; que ya sabes no es más que una capa de otros cri-

menes. Tú debes saberlo, porque tú los has empleado con éxito.

—Previendo alguna desgracia, me he puesto hace algún tiempo bajo el protectorado de la Francia.

—Has hecho bien; entonces no tenemos nada que temer.

—¡Ah! eso no, no hemos hablado aún del veneno; bien sabes que aquí una mano hábil le mezcla en una taza de café, ó en un vaso de jarabe; esto no es un crimen político; los europeos nada tienen que ver con él, y estoy seguro que desde mañana mi amable sucesor tratará de corromper á cualquiera de mis esclavos, y no es fácil responder de trescientos servidores que me rodean.

—Entonces, dejas á Túnez?

—Esta misma noche.

—¿Y adonde vas, á Argel? La frontera está próxima.

—¿A Argel por tierra? ¿tú quieres mi ruina?

—¿Cómo?

Mis compatriotas me reprochan no haber seguido sus costumbres, cuando, por el contrario, las he acatado hasta el extremo de dejar mi fortuna improductiva, contentándome con poseer unas arcas llenas de piedras preciosas y no dinero. ¿Cómo quieres que atravesase el Desierto con este equipaje? Me desbalijaría la primera tropa de beduinos con que tropezásemos. Prefero irme á Francia por mar.

—Un vapor francés de la *Compañía Valery* parte mañana para Marsella; puedes tomar pasaje en él.

—Esa es mi intención: á las tres de la mañana dejaré este Palacio, ganaré el lago, y cualquier bote me conducirá á la rada á bordo del vapor francés.

—¿Quién te acompañará?

—Tú, si no quieres quedarte en Túnez.

—¡Yo! Bien sabes anhelo vivir en París, y casi bendigo la desgracia, que me va á permitir vivir á mi gusto.

—Allí viviremos bien, —dijo Mourad saboreando una nueva taza de café.— Si hubiera encargado á un intermediario que cambiase mi oro y vendiese mis alhajas, hubiese sido robado, como lo fué el virrey de Egipto. Yo las iré vendiendo en París poco á poco. Conozco su valor. Me constituye un capital de siete ú ocho millones de francos: ellos nos darán buena renta.

—Que sabremos disfrutar, —dijo Sivasti, que miraba la fortuna de su amigo como suya;— pero oye, ¿qué piensas hacer de tus trescientos servidores?

—Que se arreglen como puedan; puede tomarles á su servicio mi sucesor.

—¿Y tus mujeres? ¿tus cuatro mujeres legítimas?

—¿Olvidas el divorcio? Aquí está en vigor, sin necesidad de discursos ni reflexiones filosóficas. Mi partida deja en libertad á todas estas señoras, que pueden casarse también con mi sucesor.

Al decir estas palabras, Mourad se levantó, tomo el brazo de Sivasti, y empezaron á pasear por el vasto salón, cubierto de alfombra de Esmirna.

—¿Qué haría yo en París con esas muñecas indolentes, embrutecidas por la vida oriental? Allí las hallaremos mejores, mi querido Sivasti; recuerdo nuestras escenas en casa de *Bignon*; en lugar de un harén sedentario como aquí, tendremos harenes ambulantes y distintos cada día.

—Bien, bien, —dijo su secretario animándose á esta idea;— pero recuerdo que posees también una docena de blancas circasianas, que se han elevado á la dignidad de odaliscas.

—No me importa su suerte; todos los tuneci-

nos querrán casarse con las mujeres de Mourad.

—¿Es decir, que partimos solos?

—No del todo.

—¿A quién llevas?

—A Fatmah.

—¿No tienes valor para dejarla?

—Yo tengo todos los valores, y la dejaría como á las demás, si no creyera que esta mujer, lejos de estorbarnos, puede sernos útil en Paris.

—¿Cómo?

—No lo sé; pero creo que una mujer hermosa inteligente, á quien no amo desde hace tiempo y que se sacrifica por mí, puede ayudarnos en ocasiones. Además la compré en cien mil francos en Circasia; fué una locura.

—Cierto; y no se abandona semejante suma cuando se puede llevar; llevémosla, pues; nos recordará las delicias del harén. ¿Y vas á dejar las demás sin darlas el último adiós?

—No se le daré,—repuso Mourad atusando sus bigotes,—porque no me dejarían partir; pero las reuniré á todas para darles el espectáculo de un baile; quiero que mi última noche en Túnez sea noche de fiesta.

—¿Y partes sin poner en orden tus negocios!

—¡Orden! ¿Qué palabra has pronunciado? Creí ser demasiado europeo. ¿Acaso un verdadero creyente tiene orden ni previsión? Encargo á la Providencia de mis negocios; yo no tengo más que tomar una de mis cajas debajo del brazo, darte la otra, y confiar una tercera á Fatmah. Gracias á su contenido, tendremos en Marsella cuanto queramos; ahora te doy libertad hasta las tres de la mañana, á esa hora espérame en el patio que precede al harén.

Se separaron, y algunos minutos después, cuando Mourad se dirigía al harén, Sivasti acudió aceleradamente, y dijo:

—Te has engañado, la multitud que sitiaba el Palacio, no se ha dispersado. Desde el terrado, he visto árabes y judíos que cercan la casa, nuestra fuga no será tan fácil como habías supuesto.

Mourad permaneció algunos instantes reflexivo, y dijo:

—Huiremos, y nuestra fuga dejará memoria en Túnez, te lo juro.

III

Fastuoso y sensual, como la mayor parte de los orientales, el primer ministro Mourad había montado su harén con un lujo, que recordaba el gran harén de Constantinopla.

Veíanse patios cuadrados, sostenidos por columnas de jazepe y oro, entre los cuales se abrían las puertas de los dormitorios, y poblados naranjos y jazmines ocultaban hermosas pilas de mármol para los baños; galerías, cuyos muros estaban cubiertos de arabescos hábilmente cincelados, amueblados de divanes de rica sedería, y pequeños veladores de nácar destinados á sostener los refrescos. Las habitantes del *harén* estaban clasificadas del siguiente modo, á imitación de las mujeres del Sultán:

Primero: las cuatro *cadines*, mujeres legítimas, divididas en la gran señora, la segunda señora, la señora tercera y la pequeña señora, títulos que tiene por objeto mantener el orden en el *harén*.

Después de las *cadines*, las favoritas, llevando también su número de orden: primera favorita, segunda favorita. A las favoritas suceden las es-

clavas, bastante lindas para poder interesar en un momento dado el corazón de su Señor.

La palabra esclava merece ser explicada, porque se cree que la esclavitud ha sido abolida en Oriente desde el día en que los turcos lo declararon así, cerrando pacíficamente sus mercados; pero por aquella fórmula nada se ha suprimido, nada se ha cambiado: en Oriente, además nada cambia; lo que se hacía en otro tiempo, se hace hoy, y si no compran á las mujeres en público mercado, si los turcos no hacen prisioneros en Circasia, aún encuentran padres que les vendan su hijas.

Las esclavas, pues, se dividen en dos clases: las *kalfas*, señoras, y las *alaikes*, ayudantes; las primeras inician á las segundas en los detalles del servicio, y las dividen según sus aptitudes, siendo las que sirven, visten y peinan á las esposas legítimas.

Ciertas *kalfas*, expertas en el arte del baile, habían escogido también á la más jóvenes y formado un cuerpo de baile que distraería los ocios de Mourad. Después de éstas vienen ya las esclavas de baja estofa, negras y blancas, y en general, feas y viejas, encargadas de los oficios más groseros. Y por último, los eunucos negros, porque el fastuoso Mourad no había podido procurarse eunucos blancos. Ellos eran los encargados de la vigilancia del *harén*, y su señor, á imitación del Sultán, les llamaba guardianes de la puerta de la dicha.

Esta puerta, Mourad, al dejar á Sivasti, acababa de franquearla, y en cuanto lo supieron dentro del *harén*, todas las mujeres corrieron á su encuentro; las unas llorando, las otras mesándose los cabellos, todas en ademán de desconsuelo; habían sabido la desgracia de Mourad, la hostilidad del populacho, y temían por su Señor.

—No os desconsoléis—dijo Mourad,—esto no vale nada; mañana habré recobrado el favor perdido; y mi pueblo, que hoy me insulta, se inclinará ante mí. Vengo á pasar la noche con vosotras en la Sala de las fiestas.

Y tranquilo, risueño, acariciando su negro bigote, recorría los patios, las galerías, repitiendo las mismas palabras.

Entonces, gracias á la movilidad de los pueblos orientales, todas aquellas mujeres pasaron de la aflicción á la alegría.

Fatmah, esclava circasiana, acercóse á él, y le dijo en voz baja:

—¡Nos engañas! ¿qué ha sucedido? Dime la verdad.

Inclinóse entonces á su oído como para proferir una frase amorosa, y murmuró:

—Disponte á dejar el *harén* esta noche, haz tus preparativos en silencio, y ven á sentarte á mi lado en la Sala de las fiestas.

Y mientras Fatmah, radiante, se alejaba con el balanceo natural de las hijas de Oriente, Mourad se ocupaba de la fiesta proyectada.

Después de dar sus órdenes, alejó á la multitud con un ademán, y se dirigió solo hacia una habitación que le estaba reservada en el interior del *harén*.

Velanse confundidos en desorden pedazos de ricas telas, fajas ricamente bordadas, velos de tisú de oro y de plata, y allí era donde elegía el presente destino á la favorita del día. Estuvo allí cerca de un cuarto de hora, hizo diferentes preparativos, y después de convencerse de que nadie podía verlo, cerró la puerta y se dirigió á la Sala de las fiestas.

Todas sus mujeres le aguardaban, y todas se levantaron á su llegada, llevando la mano al corazón; él se tendió sobre un diván, tomó la pipa,

hizo una seña, y al punto un grupo de músicos y bailarinas ocupó el centro de la Sala.

Los bailes duraron toda la noche, interrumpidos por cortos intermedios, en los cuales Mourad, siempre tranquilo, indolente, circulaba de grupo en grupo, dirigiendo á ésta una sonrisa y á la otra una hsonja.

A las tres de la mañana, cuando el baile estaba más animado, gritos de terror resonaron por todas partes, luces rojizas iluminaron las ventanas, y un humo espeso invadió el salón.

—¡Fuego! ¡fuego!—dijeron las esclavas desde el patio.

—¡Fuego! ¡fuego!—gritaron las favoritas desde el salón.

Fatmah, menos tímida que las demás, se acercó á Mourad, y le interrogó con la vista.

—Es obra mía,—dijo Mourad inclinándose á su oído;—este es el momento de nuestra fuga.

Seguido de Fatmah salió del *harén*, ganó el patio donde había dado cita á Sivasti, subió á su habitación y tomó tres cofrecillos, repartiéndolos entre sus dos compañeros, y guardándose el tercero.

Se dirigieron á la puerta, en la que ya había gran tumulto, porque todos los moradores del Palacio querían salir á la vez; y á favor de aquella confusión, Mourad, Sivasti y Fatmah, envueltos en grandes albornoces y la capucha echada, pudieron salir del Palacio y ganar las callejuelas próximas.

IV

Caminaban uno tras otro al uso indio; primero Mourad, el Señor; después Sivasti, su segundo; después Fatmah, la esclava.

El barrio en que se refugiaron, que conducía al lago ó pequeño mar, tiene las calles más tortuosas de Túnez; es un verdadero laberinto, donde cualquiera se perdería; pero Mourad y Sivasti, aventureros de condición, conocían á Túnez como algunos conocen á Paris; en el barrio de la Marina pudieron ya caminar los tres á la par, y Sivasti dijo con aire jovial:

—Los tunecinos se quejan de que la ciudad no está alumbrada. ¡Qué injusticia! Mirala iluminada como en pleno día.

—Y esa iluminación nada les cuesta,—repuso Mourad;—yo pago los gastos.

Fatmah, á quien su Señor le había enseñado ya el idioma francés, exclamó:

—¿No sientes la destrucción de ese hermoso Palacio?

—¿Para qué? Los pesares amargan la vida. Además, ese Palacio, mi sucesor le hubiera confiscado y se hubiera apropiado de los cofrecillos que llevamos. ¿No te parece muy pesado el tuyo, Fatmah?

—No, al contrario; me parece ligero, porque huyo contigo.

Sivasti nada decía.

—¿En qué piensas?—le dijo Mourad;—¿temes ser perseguido?

—¡Perseguido! ¿por quién? Nadie se ocupa de

nosotros. Medio Túnez asiste á los fuegos artificiales que les damos, y la otra mitad no piensa en abandonar su lecho; y aunque ardiera su propia casa, dejaría al Profeta el oficio de bombero.

—Entonces, ¿en qué piensas?

—En tus pobres mujeres; ¿dónde van á pasar el resto de la noche?

—Al aire libre; el tiempo está magnífico. Además, ¿crees que tan difícil les será hallar hospitalidad en casa de algún tunecino de su amistad? No me he hecho nunca ilusión sobre la virtud de mis esposas, y sólo en Europa se cree en la castidad de las mujeres turcas. Aquí sabemos que los eunucos que las guardan son complacientes, y su túnica y su velo favorecen las escapatorias clandestinas. Ya me ha sucedido seguir á una de mis mujeres creyendo que era la mujer de otro.

—¿Qué hiciste al reconocerla? — preguntó Sivasti.

—¿Le has dado muerte? — le dijo Fatmah.

—¿Por quién me tomas? Me reí, por el contrario, de la aventura, que me recordaba mi querido París.

Así hablando, atravesaron la ciudad, llegaron al lago y se disponían á buscar una barca que les condujera á la goleta. Había muchas, pero los marineros invisibles; al ver las luces del incendio, casi todos habían acudido á él. Al cabo de algunos minutos de recorrer la orilla, Sivasti apercibió á dos hombres dormidos en el fondo de su barca. Los bateleros de Túnez no gustan de ser molestados en su sueño; pero gracias á las promesas de Sivasti, tomaron sus remos y sus lanchas y se dirigieron á la goleta.

Como había dicho Mourad, el tiempo era magnífico, una verdadera noche de Oriente, templada, con el cielo estrellado; pero no obstante, á lo lejos una bruma parecía levantarse del lado de

la mar y uno de los bateleros les hizo observar en su dialecto árabe que al día siguiente el lago podría no estar tranquilo.

—Mala noticia, — dijo Sivasti, — para los que vamos á viajar.

—*El mañana, es de Dios*, — dijo el Ministro, acostumbrado á citar proverbios de su país, aunque sin darles la menor importancia.

Llegaron en una hora al islote situado en medio del lago, de donde se domina el panorama de la ciudad. Túnez estaba en aquel momento magníficamente iluminado por el incendio; sus blancos muros brillaban con la luz del día; las cúpulas de sus mezquitas resplandecían bajo un cielo rojizo, y velanse bancos de arena, hileras de rosales, con los pies bañados por el agua; por fin, se veía el canal que conduce al mar; allí están situadas las primeras casas de la Isleta, verdadero puerto de Túnez, donde está la aduana, el arsenal y una fortaleza ocupada por soldados.

—Si los soldados ordenarán á nuestra barca detenerse... — dijo Sivasti.

—Se detendría.

—¿Y si nos hacen saltar á tierra, si te reconocen?

—¿Bajo mi capucha?

—Los soldados la pueden levantar; tú mismo has dado orden de no dejar pasar por la noche ningún viajero por el canal.

—Me haces mucho honor al creer que mis órdenes se cumplen; pero como algún centinela podría no estar dormido y recordarlas, vamos á saltar á tierra antes de que nos aperciban.

—¿Y después?

—Nos dirigiremos al mar á pie; nos tomarán por árabes de las afueras, y cuando lleguemos á la orilla, tomaremos una barca que nos conducirá á bordo del vapor francés.

Así lo hicieron, y diez minutos después llegaban á la embarcación francesa, anclada á unos cuatrocientos metros de la ribera. Pero la disciplina que existe á bordo de los buques extranjeros, aunque estos sean mercantes, no permite dejar acercar ninguna embarcación sin saber quien la ocupa, y los marineros de guardia intimaron á los de la canoa se alejaran; pero Mourad y Sivasti, comprendiendo el peligro que corrían, tomaron los remos, y á los pocos segundos se colocaron al pie de la escalera de abordo. Luego Mourad subió por ella, y mandó con voz imperiosa fuesen á despertar al capitán.

Los marineros de vigia se dijeron que un árabe que mandaba con tanto despotismo no podía ser un cualquiera, y cumplieron el mandato.

A las pocos minutos el Capitán se reunía á Mourad.

—Deseo hablaros á solas, — dijo el árabe.

—Seguidme, — contestó el Capitán.

Al encontrarse solos, Mourad se despojó de su albornoz, y apareció con su uniforme de primer Ministro, con la estrella en la frente y el sable corvo á la cintura, con la empuñadura de piedras preciosas.

El Capitán del vapor *Africa* reconoció á Mourad, á quien había visto algunas veces en el consulado de Francia.

—No esperaba el honor, — dijo, — de recibiros.

—No me presento como Ministro, estoy destituido desde ayer, ya lo sabréis sin duda.

—Lo he oído, en efecto: pero creí que el Bey se arrepentiría de su decisión.

—Os agradezco tan amable mentira, para salvar mi amor propio; sois un hombre de talento y nos entenderemos fácilmente. Mi destitución es irrevocable; han nombrado mi sucesor, y para escapar á las persecuciones que preveo, quiero dejar á Túnez y refugiarme en Francia.

—Nada más fácil; hoy es martes, y el vapor parte á las cinco. Entraremos en Bône mañana, y en Marsella dentro de cuatro días, después de una pequeña escala en Córcega.

—Sé todo eso; pero tenía la pretensión de que no aguardaréis esas cinco horas: sino que partiríamos inmediatamente.

—¡Imposible, Excelencia! Vos no conocéis la lentitud de vuestros compatriotas; no me traerán sus mercancías, sino al último momento, y el cargamento de mi navío no ha empezado todavía. Además los *Valery* hacen el servicio del correo, y tengo que aguardar que me traigan la correspondencia.

—Sí, pero sois el representante de la *Compañía Valery*, y si le ofrezco una suma considerable para indemnizar esa alteración que quiero introducir en su servicio...

Aquí el Capitán interrumpió al Ministro, exclamando:

—Cualesquiera que esa suma fuese, yo renunciaría en nombre de la *Compañía*. Nuestro servicio es regular, pero no faltamos por nada ni por nadie á nuestros compromisos.

—¡Ah! — dijo Mourad con despecho.

El Ministro moro, acostumbrado á vencerlo todo, no había previsto esta pequeña dificultad.

—La diferencia es sólo de algunas horas; — dijo el Capitán; — quedáos aquí, y nadie vendrá á buscartos á bordo.

—Por el contrario, he dejado mi Palacio en algún... desorden, y es posible que se funde en eso mi sucesor para suscitarme alguna querrela. Creo el medio más prudente, partir.

—En ese caso, lo siento; pero no puedo complacerlos.

Después de breve silencio el capitán exclamó:

—Me ocurre una idea. Lo que yo no hago por vos, otro acaso lo podrá hacer. Vuestra Excelencia habrá visto en la rada un pequeño vapor.

—En efecto, he pasado junto á esa embarcación.

—Es un barco que hace viajes irregulares, cuando tiene cargamento, de Túnez á Trípoli, y creo á su Capitán muy capaz de aceptar vuestras proposiciones; probad.

—Está bien: me haré conducir á bordo de ese vapor.

—Para complaceros me encargaré de le negociación; tengo cierta influencia sobre mi colega, y creo además imprudente que os mostréis en la rada. El sol ha salido ya, y los botes empiezan á circular.

—Decís bien, y acepto vuestra mediación.

—¿Qué suma debo proponerle?

—La que queráis.

—He creído observar dos personas más en vuestro bote: ¿irán con vos?

—Hasta Francia.

—Voy á hacerlas subir, y á que os sirvan café; estáis en vuestra casa.

Pocos momentos después, Sivasti y Fatmah estaban reunidos con Mourad sobre la cubierta del barco.

—¡Esto no marcha sobre ruedas! —dijo el secretario al antiguo Ministro.

—¡Qué quieres! Estos endiablados franceses tienen ideas muy originales: hablan de sus debe-

res, de sus palabras; nosotros, los turcos, no nos atamos con semejantes bagatelas.

—Es verdad, se firman tratados y no se cumplen. En fin, ¿qué hacemos?

—Lo sabremos dentro de un instante.

—Corriente. ¡Hola! Nos traen café, y en grandes tazas; ¡qué fortuna, perder de vista las tazas microscópicas de nuestra patria! Está uno expuesto, por beber el contenido, á tragarse el continente.

El buen humor había renacido; creíase ya hallarse en Francia, en el boulevard de los Italianos, desde el momento que había puesto el pie en la cubierta de un vapor francés.

Al cabo de media hora volvió el Capitán y dijo:

—El trato está hecho: el Capitán acepta; ha mandado encender la cafetera y levar ancla de ocho á nueve. No se compromete á conducirnos más que á Bône, pero en Argelia estaréis con tanta seguridad como en Francia. Además, yo toco mañana en ese puerto y podéis tomar pasaje en mi vapor.

—Perfectamente: eso nos conviene, —dijo Sivasti soboreando un sorbo de café.

—A la verdad, —repuso Mourad, —la sola travesía importante es desde Bône á Marsella; desde aquí á Bône podemos ir de cualquier modo. Acepto la proposición.

—Permitid que os diga, —exclamó el Capitán, —que esa pequeña travesía, á que no dais importancia, no debía ofrecer dificultades. Precisamente se sigue la costa que está erizada de escollos, y los marineros no tenemos miedo en alta mar, pero si cerca de las costas. Añadid á esto, que la mitad de vuestros faros no están alumbrados.

—Son muy indolentes mis paisanos.

—En fin, os confesaré también que el Capitán del *Tripoli*, que tal es el nombre del barco en que os embarcáis, está poco acostumbrado á esa travesía, y mi conciencia me manda preveniros antes.

—No importa; me decido. Mirad, —dijo señalando á tierra;— en el puerto pasa ya algo inusitado. Muchos botes se ponen en movimiento. Los tunecinos que cercaban mi Palacio, son capaces de seguirme hasta aquí.

—Entonces no perdáis tiempo. El Capitán del *Tripoli* es un marsellés de carácter enérgico, que no dejará molestar á un pasajero de vuestra importancia. Yo no puedo obrar con independencia, por mi posición oficial.

—Partimos, Capitán, muy agradecidos al servicio que nos hacéis.

Y envolviéndose de nuevo en sus albornoces, se despidieron del Capitán hasta el día siguiente en Bône.

El Comandante del *Tripoli* los recibió con rudeza. Era uno de aquellos marinos mercantes, más acostumbrados á transportar fardos que Ministros. Sin embargo de su carácter enérgico, se hacía obedecer, y el vapor estuvo listo á las nueve.

Ya era tiempo, porque una verdadera flotilla iba en dirección suya, buscando á Mourad, que suponían refugiado en alguna embarcación francesa; pero el Capitán creía deber protección á los que de él se fiaban, y mandó levar anclas sin atender á intimaciones de nadie.

Pocos minutos después el hélice se agitó, el agua empezó á salir á borbotones y el navío á maniobrar virando de derecha á izquierda y haciendo zozobrar los botes que le cerraban el paso. Estaba escrito que la fuga de Mourad había de ser accidentada.

—¡Adiós, adiós!—decía Sivasti después.—

Sobre cubierta espéro no volver á veros: renuncio á la vida de Túnez y á sus mujeres: ¡viva París!

Mientras así gritaba, el barco se alejaba á todo vapor y pasaba ante la antigua Cartago, cuyas ruinas, dominadas por la capilla de San Luis, brillaban con los primeros rayos del Sol.

—Me doy prisa á doblar estos endiablados cabos que nos separan de Bône, porque temo un golpe de Nordeste, y cuando ese viento sopla, hasta los marineros temblamos.

VI

Con razón desconfiaba del tiempo el Capitán del *Tripoli*; el equinoccio estaba haciendo sentir su terrible influencia en las costas de Africa, y apenas el vapor hubo doblado el cabo que los antiguos llamaban Promontorio de Mercurio, cuando el viento Nordeste se hizo recio y violento.

El *Tripoli*, cuyas velas hinchadas habían acelerado la marcha, tuvo que fiarse sólo al vapor, lo que era fatigoso, y los pasajeros empezaban ya á sentirse mal, y lamentaban no haber tomado en seria consideración las advertencias del Capitán del *Africa*.

—¡Si fuéramos á naufragar!—decía Sivasti agarrado al palo mayor.

—¡Puede ser!—repuso el Capitán,—precisamente en este punto, un poco más al Oeste, naufragó el mes pasado el vapor *Auvergne*.

—No sois tranquilizador, Capitán,—dijo Sivasti.—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
INDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué queréis! digo la verdad; y como hay que hablar de algo para pasar el tiempo, esta conversación tiene al menos carácter local.

—¡Demasiado local! —dijo el secretario, molesto por la franqueza del Capitán.

—Se perdió el pobre barco, — prosiguió impasible el Capitán, — y era un barco de ciento veinte caballos, y como tres veces el mío; y su Capitán, ¡bravo marinero! que conocía esta costa mucho mejor que yo.

—¡Gran Dios! Si no la conocéis, nos estrellaremos.

—No tal, hay que contar siempre con la casualidad, que acaso sea favorable.

Interrumpióse de repente para añadir:

—Creo que haríais bien en volver á vuestros camarotes; en cuanto el barco tome más balanceo no le podréis sufrir.

—¡Dios mío! ¿Puede tomar todavía más?

—¡Ya lo creo! Tenemos un tiempo bonancible al lado del que se anuncia.

Sivasti no quiso oír más, y más bien á gatas que andando, se dirigió hacia el camarote que ocupaba Mourad; éste había tomado el partido de tenderse, pero las brascas sacudidas del buque amenazaban arrojarle á cada instante de la hamaca.

—Esto va mal, mi pobre Sivasti, — dijo.

—Y tan mal, — contestó este tratando de ganar la segunda litera.

—¿Y la pobre Fatmah, sabes de ella?

—Sí, está acostada como nosotros, y no dice una palabra, no se queja... ¡Ah! la religión musulmana da una resignación de que nosotros carecemos.

Un terrible vaivén le echo fuera de la hamaca; é incorporándose, murmuró:

—¡Y decía el Capitán que era un tiempo apacible!

El Capitán no se había engañado; á las nueve una verdadera tempestad se había desencadenado y la niebla espesa impedía distinguir los faros.

El vapor hacía resistencia, gracias á su máquina nueva; pero era indudable que si no se ponía al abrigo, no tardaría en estrellarse en la costa. A las dos el viento furioso rompió el timón y el barco quedó entregado á sí mismo. Tratóse de echar anclas, las cadenas se rompieron, y en breve el *Tripoli* se encontró sin defensa y era verdadero juguete de las olas. El Capitán entonces no tuvo más remedio que poner su buque en posición perpendicular á la playa, y tratar de embarrancarle en la arena.

Esta maniobra desesperada tuvo éxito, y al choque del *Tripoli* en la arena nuestros dos musulmanes dijeron:

—¡Aláh lo ha querido!

En esta hora suprema el musulman triunfaba del europeo, y Mourad olvidaba su educación parisien, recobrando la filosofía del oriental ante el peligro de la muerte.

—¡Calle! no nos movemos, — dijo Sivasti, — ¡habremos entrado en el puerto?

—Lo dudo, y todo es preferible á estar en esta duda; quiero saber lo que pasa.

—Subo contigo, á cubierta; está quieto y podemos andar.

Fatmah había tenido la misma idea de subir sobre cubierta, y casi la encontraron á mitad del camino muy pálida, pero tranquila, confiando en la Providencia, como todas las circasianas.

Sivasti pudo convencerse en breve de que en lugar de haber entrado en el puerto había naufragado; las olas se estrellaban en la obra muerta del barco y bañaban su cubierta.

El Capitán que no tenía maniobra alguna que mandar, se reunió á sus pasajeros y les dijo:

—¿No os había anunciado la tempestad?

—Sí, algo tarde; —dijo Sivasti.—Si nos la hubiérais anunciado antes, estaríamos aún en Túnez.

—Para que os encerrasen ú os descuartizaran. Mejor estáis aquí, á dos pasos de Argelia.

—¿Cómo! ¿no estamos aún en la costa francesa?

—No; hemos naufragado junto á la isla Tabarka, que pertenece al Bey de Túnez; estáis en vuestra casa.

—Si llamáis á esto nuestra casa...—dijo Sivasti, al que acababa de derribar un golpe de mar.

—No os incomodéis, aún no estáis del todo perdidos; si antes del amanecer no os arrebatan las olas ó se ha hecho pedazos el barco, tenéis alguna probabilidad de ganar la ribera.

No tuvo tiempo de decir más, porque una verdadera montaña de agua y espuma cayó sobre el navío; pero los pasajeros escaparon á este peligro, y así pasó la noche, entre angustias peores que la muerte.

A los primeros resplandores del alba pudieron apreciar su situación, que no era tan desesperada como habíase creído.

—¡Tenéis suerte!—dijo el Capitán á los pasajeros;—¿sabéis por qué no se ha deshecho el barco? Porque tocaba á la arena por el extremo, lo cual nos ha servido de punto de apoyo y nos da medio de desembarcar.

—¡Desembarcar!—replicó Mourad.—Es salvarse de un peligro para caer en otro. Conozco vuestra isla de Tabarka. Los árabes que habitan la costa vecina hacen irrupción en ella á cada paso, y puede decirse que la dominan tribus insubordinadas. Son verdaderos ladrones y asesinos.

—¿Habéis estado tantos años en el poder sin librar al país de esos bandidos?

—¡No sabía que había de naufragar en la costa!—dijo cínicamente Mourad.

VII

A pesar de los temores manifestados por Mourad, fue decidido que se abandonara inmediatamente el navío para tomar tierra, y si no se tomaba pronto esta determinación, la mar se encargaría de arrojar á los náufragos de la morada que se obstinaban en ocupar.

Desde que salió el sol, el viento cesó de soplar; pero las olas se estrellaban con violencia en el casco del navío, y de un momento á otro podían deshacerlo y arrebatar marineros y pasajeros. Sin embargo, como Mourad pensaba en sus riquezas, vacilaba; y el Capitán creyó prudente hacerle estas observaciones:

—Los árabes no os han visto todavía, y tenemos tiempo de ganar la ciudadela vecina; las rocas la ocultan pero mi segundo afirma que está á cinco kilómetros en dirección al Sur.

Mourad no se animaba. La palabra *ciudadela* no le tranquilizaba, por si le retenían prisionero; pero Sivasti le dijo que ningún peligro le amenazaba, porque los soldados tunecinos no tendrían noticia de su desgracia; no podían sino halagarle y hacerle los honores debidos á su alta jerarquía, si se daba á conocer.

Una ola más fuerte que las otras hizo bueno el argumento, y cada cual salvó consigo lo que pudo, disimulando nuestros viajeros bajo su albornoz las cajas con el tesoro.

El Capitán fué el último que dejó el vapor, fijando una mirada de tristeza en aquella frágil casa que había mandado, y que iba á ser pasto

de las olas, y se aventuró sobre la verga que servía de puente desde el navío á la playa.

Reunidos en tierra, contada la gente para asegurarse de que nadie faltaba, formaron un grupo y caminaron en dirección de la ciudadela.

Durante una hora ningún incidente turbó esta marcha, que no fué tan triste como hubiera podido suponerse, porque los marineros son como los orientales; pasado el peligro, son los primeros que se rien de un naufragio, y Mourad y Sivasti recobraron al punto su buen humor.

—Decididamente,—decía el Ministro;—que calumniando á este país de Tabarka, el Gobernador tenía interés en prestarle una mala reputación, y los llamaba bárbaros, á fin de guardar para él el impuesto que le correspondía; esta población está muy civilizada.

—Puede estarlo,—hizo observar Sivasti,—pero, por el instante, es invisible.

Apenas había dicho estas palabras, una nube de árabes blandiendo los sables y lanzando gritos salvajes salió de entre las rocas y rodeó al grupo de los naufragos.

Los marineros, obedeciendo á un sentimiento instintivo, se dispusieron á defenderse; pero el Capitán que ya había contado el número de enemigos, pensó que toda resistencia sería inútil.

—¡Abajo las armas! Tratad de huir, es todo lo que permito.

Encontraron bueno el consejo y echaron á correr en diferentes direcciones; pero cansados por las maniobras de la noche y perseguidos por los árabes que surgían de entre las rocas, volvieron á reunirse todos, y al que cogían los árabes, le despojaban hasta de sus vestidos, le ataban brazos y piernas, y le dejaban tendido en tierra.

El Capitán y sus tres pasajeros habían juzgado inútil la fuga, y permanecían de pie inmóviles,

prontos á sufrir la suerte de sus compañeros. Los árabes en cambio, los contemplaban medrosos: habían creído háberselas con europeos, con perros cristianos, como los llaman, y al encontrarse con árabes y correligionarios, les asaltaban escrúpulos. Mourad comprendió el partido que de estos escrúpulos podían sacar, y dijo á aquellas gentes en su idioma y con imperio:

—Soy oficial del ejército del Bey, y ordeno á la obediencia, si no queréis sufrir el justo castigo.

Por desgracia, mientras así hablaba, los pliegos de su albornoz se entreabieron, dejando ver la empuñadura de su sable, guarnecida de piedras preciosas.

En lugar de avanzar sobre Mourad, los árabes retrocedieron, se consultaron unos á otros, adivinaron sus riquezas en el bulto que cada una de aquellas personas guardaba bajo el albornóz, y la codicia triunfó del miedo: el más anciano de la tribu declaró que no había que vacilar, y se dispusieron al ataque.

Los naufragos durante esta consulta, se dispusieron también á la defensa; y quizás Mourad y Sivasti no hubieran combatido al tratarse sólo de su existencia; pero se trataba de la fortuna, de todos los goces que ella le prometía, y sin la cual quedaban reducidos á sufrir la miseria en el destierro.

Mourad tiró de su sable corvo de hoja damasquina, Sivasti se armó de un puñal de fabricación turca, con mango de marfil, y Fatmah se armó de una hacha abandonada por los marineros al partir: pero para utilizar las manos en su defensa, le fué preciso abandonar en tierra sus cofrecillos, apoyando el pie cada uno sobre el suyo.

El Capitán y su segundo se preguntaron si debían tomar parte en lucha tan desigual; era evi-

dente que los árabes no querían la vida de los viajeros, sino sólo sus riquezas; ¿y por qué habían de exponer ellos las suyas por salvar los bienes de enemigos de su raza y de su religión? Sin embargo, aquellos extranjeros, al subir á bordo, habían confiado al Capitán su vida y hacienda, y los oficiales del *Tripoli* se decidieron á pelear al lado de sus pasajeros.



VIII

La lucha, á pesar de la desigualdad del número, podía salvarles, porque los árabes perdían gran parte de su ventaja, por su inexperiencia.

Si hubieran caído todos á la vez sobre sus adversarios, fácilmente hubieran tomado razón de ellos, pero el uno corría tras de éste, el otro tras de aquél, sin orden, sin táctica, fatigándose en carreras inútiles.

En la pelea, Mourad y Sivasti respondían á las injurias de los árabes con otras injurias; el Capitán y su segundo blasfemaban también y vociferaban; sólo Fatmah combatía en silencio, paraba los golpes con su hacha y los descargaba certeros sobre sus adversarios.

En la lucha su albornoz y su velo habían caído, y aparecía arrogante; el pecho levantado; la cabeza erguida, con la rigidez del mármol; sus caderas acentuadas; la pierna y el pie, que colocaba sobre el cofrecillo, de un dibujo perfecto. Su abundante cabellera negra flotaba destrenzada; sus rasgados ojos, de negras pestañas, apare-

cían inflamados por el ardor de la pelea; sus blancos dientes, destacaban entre sus labios de coral, y su nariz griega palpitaba como si aspirase el olor de la sangre derramada.

Un árabe, armado de su hacha, que había ido á robar al buque, se acercó á Mourad, y evitando sus golpes dió un hachazo al cofrecillo que tenía á sus pies, y al punto monedas de oro, rubíes, esmeraldas y diamantes proyectaban miles de chispas á la luz del sol, fascinando la vista de aquellos bárbaros, que adoran su cielo ardiente, su noche estrellada, y en el záfiro ven una estrella como en el diamante un rayo de sol.

Después de abrir uno de los cofrecillos, los árabes, ya ciegos, abrieron los otros; y su espectáculo les trastornó. Parecía que toda la tierra se cubría de piedras preciosas, y sin calcular su valor, querían poseerlas, y todos á la par, sin ocuparse de combatir, se arrojaron por tierra, á cual más podía coger y guardar, parecían una tralla hambrienta buscando en la tierra su alimento sin cuidarse de los golpes que recibían.

Cuando Mourad, Sivasti y Fatmah se vieron despojados de su tesoro, cesaron en sus golpes: ¿para qué combatir si no habían logrado salvar lo que tanto les importaba?

Cuando ya no hubo nada sobre el suelo, cuando todo el pasto fué devorado, cada cual pensó en huir con lo que había obtenido, olvidando el arma que había excitado primero su codicia, y olvidando á Fatmah, que más de uno había deseado en la pelea.

Cuando se vieron libres de enemigos, Sivasti, rendido, se sentó en tierra:

—Ya ves, — dijo sonriendo — que hemos hecho mal de no huir por tierra, como te aconsejaba; temías ser robado y lo has sido, sólo que en lugar

dente que los árabes no querían la vida de los viajeros, sino sólo sus riquezas; ¿y por qué habían de exponer ellos las suyas por salvar los bienes de enemigos de su raza y de su religión? Sin embargo, aquellos extranjeros, al subir á bordo, habían confiado al Capitán su vida y hacienda, y los oficiales del *Tripoli* se decidieron á pelear al lado de sus pasajeros.



VIII

La lucha, á pesar de la desigualdad del número, podía salvarles, porque los árabes perdían gran parte de su ventaja, por su inexperiencia.

Si hubieran caído todos á la vez sobre sus adversarios, fácilmente hubieran tomado razón de ellos, pero el uno corría tras de éste, el otro tras de aquél, sin orden, sin táctica, fatigándose en carreras inútiles.

En la pelea, Mourad y Sivasti respondían á las injurias de los árabes con otras injurias; el Capitán y su segundo blasfemaban también y vociferaban; sólo Fatmah combatía en silencio, paraba los golpes con su hacha y los descargaba certeros sobre sus adversarios.

En la lucha su albornoz y su velo habían caído, y aparecía arrogante; el pecho levantado; la cabeza erguida, con la rigidez del mármol; sus caderas acentuadas; la pierna y el pie, que colocaba sobre el cofrecillo, de un dibujo perfecto. Su abundante cabellera negra flotaba destrenzada; sus rasgados ojos, de negras pestañas, apare-

cían inflamados por el ardor de la pelea; sus blancos dientes, destacaban entre sus labios de coral, y su nariz griega palpitaba como si aspirase el olor de la sangre derramada.

Un árabe, armado de su hacha, que había ido á robar al buque, se acercó á Mourad, y evitando sus golpes dió un hachazo al cofrecillo que tenía á sus pies, y al punto monedas de oro, rubíes, esmeraldas y diamantes proyectaban miles de chispas á la luz del sol, fascinando la vista de aquellos bárbaros, que adoran su cielo ardiente, su noche estrellada, y en el záfiro ven una estrella como en el diamante un rayo de sol.

Después de abrir uno de los cofrecillos, los árabes, ya ciegos, abrieron los otros; y su espectáculo les trastornó. Parecía que toda la tierra se cubría de piedras preciosas, y sin calcular su valor, querían poseerlas, y todos á la par, sin ocuparse de combatir, se arrojaron por tierra, á cual más podía coger y guardar, parecían una tralla hambrienta buscando en la tierra su alimento sin cuidarse de los golpes que recibían.

Cuando Mourad, Sivasti y Fatmah se vieron despojados de su tesoro, cesaron en sus golpes: ¿para qué combatir si no habían logrado salvar lo que tanto les importaba?

Cuando ya no hubo nada sobre el suelo, cuando todo el pasto fué devorado, cada cual pensó en huir con lo que había obtenido, olvidando el arma que había excitado primero su codicia, y olvidando á Fatmah, que más de uno había deseado en la pelea.

Cuando se vieron libres de enemigos, Sivasti, rendido, se sentó en tierra:

—Ya ves, — dijo sonriendo — que hemos hecho mal de no huir por tierra, como te aconsejaba; temías ser robado y lo has sido, sólo que en lugar

de hacer la fortuna de argelinos, la has hecho de compatriotas: siempre es un consuelo.

—¿Aún te atreves á bromear?

—Es preciso hacer frente á la situación.

En aquel momento, el Capitán, que se había alejado, volvió diciendo:

—Aquí vienen soldados de la ciudadela en vuestro socorro.

—¡A buen tiempo, — dijo Sivasti, — reconozco en esto á nuestro ejército.

—¿Pero haréis perseguir á los bandidos?

—¿Para qué? — dijo Mourad: — pensáis que se dejan coger? Ya estarán refugiados en sus montañas, en sus cavernas, y aunque se apoderasen de alguno, ya no hallarán sobre él un vestigio de las piedras que me acababan de robar; las habrán escondido en las entrañas de la tierra.

—Y si los soldados se apoderasen de alguna, — añadió Sivasti — la guardarían para sí: conozco la moralidad de mis compatriotas.

El oficial y los soldados no conocían al ex-ministro, y le tomaron por lo que quiso ser, un comisario del Bey de Argelia, arrojado á aquella costa por la tempestad. Mourad ni siquiera se quejó del robo de que acababa de ser víctima; y como Sivasti extrañara esta discreción, le dijo en voz baja:

—Si cometiera la imprudencia de confesar que acabo de perder millones, sospecharían de nosotros, daríase aviso á Túnez, y se perseguiría nuestra personalidad.

—Tienes razón; tu presencia de ánimo no te abandona jamás.

—Es posible, pero no me impide quedarme arruinado.

—Reharás tu fortuna.

—Con ello cuento; pero lo primero para hacerla, es que ignore todo el mundo que la he per-

dido, y llegaré á Francia con la reputación de hombre poderoso.

—Pero en París hay que pagar á los fondistas, á los mercaderes...

—Con las piedras que llevo encima basta para nuestros primeros gastos. Ya veremos después de crearnos rentas; no será difícil si nos creen millonarios; conozco á París.

—¿Y el proverbio que dice, que no se presta más que á los ricos?

—Tú lo has dicho; seamos siempre ricos.

—En hora buena, eso me conviene.

IX

El pequeño grupo de los naufragos, hablando de sus infortunios y de sus proyectos, se dirigían hacia la ciudadela, donde oficiales y soldados los recibieran perfectamente; pero sin poderles dar víveres ni vestidos, porque ellos mismos carecían hasta de lo necesario.

Las tropas tunecinas están mezquinamente pagadas, cuando lo están, y gracias á que los coralleros, pescadores de coral, que se hallaban en la ensenada vecina supieron el naufragio del *Tripoli* y acudieron en socorro de los naufragos. Estos propusieron conducirlos en cuanto el mar se tranquilizara, hasta el puerto de Calle, ya perteneciente al territorio argelino. Mourad, que deseaba asegurar su vida, aceptó, y al día siguiente, á primera hora, se pusieron en marcha y por la tarde divisaron las primeras posesiones francesas.

—¡Ah! Por fin vamos á estar en seguridad, — dijo Mourad.

—Sí; pero la posición sería mejor si trajéramos nuestros cofrecillos debajo del brazo.

—Han querido aligerarnos el peso.

—¡Hola! parece que Tu Excelencia es ahora el que se burla.

—Estoy ya consolado de mi desgracia, y presiento que la fortuna me guarda todavía sus más vivos dones: precisámete porque mi estrella se ha oscurecido un instante, brilla ahora con más esplendor, iluminando todo cuanto me rodea; ¿no la ves?

—Nada. —dijo Sivasti alzando los ojos al cielo; —pero la saludo por tu mediación.

Pasaron la noche bajo una tienda de kabilas, y al día siguiente se dirigieron al puerto de Calle, donde las autoridades militares y civiles los acogieron con la más viva simpatía.

Mourad, que había resuelto ganar á Marsella cuanto antes, y embarcarse en Bône, se preparó para salvar en carruaje las veinte leguas que de este puerto le separaban, y en cuanto llegó á la ciudad, sin preocuparse de un hotel, se dirigió al muelle, allí divisó un vapor que estaba ya calentando la caldera para abandonar el puerto.

—¿Cómo se parece al *Africa* de la *Compañía Valery*? —dijo.

—Nada tiene de particular; —contestó una persona á su espalda; —como que es el *Africa* mismo.

Mourad se volvió y se encontró con el Capitán, que había hablado primero en la rada de Túnez.

—¿Cómo! ¿aún estáis aquí?

—Ha sido preciso; la tempestad me ha hecho retardar la salida y he llegado á Bône un día después; preguntaba por vosotros á todo el mundo, cuando os he divisado; veo que vuestro pequeño vapor, á pesar de mis temores, se ha conducido bien.

—Muy bien, — exclamó Sivasti, — sólo que ha cambiado el orden de navegación; camina bajo el agua.

—¿Cómo?

—Sí; si os entregáis á investigaciones, le hallaréis en el fondo del Mediterráneo.

—¿Qué me decís?

Dieron al Capitán todos los detalles sobre el naufragio, reservándose el episodio de las piedras.

—Y bien, —dijo el Comandante del *Africa*; — ¿todavía sostenéis no haber tenido suerte?

—Inmensa, continua, puesto que vamos á hacer el viaje con vos. ¿Cuándo partís?

—Dentro de una hora: ya veis, están preparando la caldera, el tiempo está magnífico, y para colmo de felicidades vais á tener durante la travesía compañeros agradables.

—¿Tunecinos, sin duda? No nos halaga.

—No se trata de tunecinos, sino de franceses; un pintor distinguido, el señor de Bussine, y su hija Susana, una parisién.

—¡Ah! ¡una parisién! ¿y es bonita?

—Encantadora. ¡Una cabeza adorable, unas maneras!...

—Creo que os váis entusiasmando demasiado, Capitán.

—Lo merece: es rubia como el sol del *Africa*, los ojos azules; con una dulzura... con una expresión...

—A la verdad, que estoy encantado de viajar con esa hermosa rubia. Mi larga morada en Oriente se ha cansado ya de ojos y cabellos negros.

Fatmah, que se hallaba un poco apartada, no le oía; pues aunque le hubiera oído no se hubiera ofendido de sus palabras. En Oriente los celos no son como en Europa.

—Ved, —dijo el Capitán, —mis dos pasajeros llegarán al momento; ese es su equipaje, sus maletas, su colección de cuadros.

—¿De qué género?

—Paisajes, episodios de la vida del Desierto: el padre y la hija acababan de pasar tres años en las comarcas del Sur en medio de las tribus de Sahara, y el señor de Bussine vuelve á Francia, donde espera colocar bien sus lienzos: algunos de ellos han sido ya expuestos en Angelia con gran éxito.

—Si me agrada, me entenderé con vuestro pintor durante la travesía; pienso hacerme una galería de cuadros en cuanto llegue á París.

—Entonces os viene de perlas, venid á bordo.

—Con mil amores.

Trasladáronse á bordo, y por orden del Capitán fueron instalados en camarotes confortables.

—Ya lo ves, —dijo Mourad á Sivasti, —nos creén ricos, y nos tratan como á tal; esta reputación nos servirá hasta que lo seamos de veras.

—¿Qué esperanzas de fortuna puedes tener? ¿Acaricias algún proyecto?

—Ninguno; cuento con la casualidad y con mi buena estrella.

Interrumpióse, y señalando á Sivasti dos personas que venían en un bote, en dirección al *Africa*, añadió:

—He ahí los compañeros de viaje de que nos han hablado... ¡Diablo! comprendo el entusiasmo del Capitán. ¡Esa joven es encantadora! ¡qué mirada! ¡qué sonrisa! ¡qué talle!... ¡si no hay más mujeres que las francesas!

—¿A quién se lo dices? Pero yo aconsejo á Tu Excelencia, que no te entusiasmes; no estamos en Túnez, y no se compra á las francesas tan fácilmente como á las circasianas.

Mientras así hablaban sobre cubierta, el señor

Bussine y su hija subían á bordo. Susana merecía todos los elogios que acababan de prodigarla. Si la joven cumple todas las promesas de la niña y el retrato llega al mérito de su bosquejo, su hermosura será una rara perfección, había dicho su tío.

En cuanto estuvo sobre cubierta del vapor francés, Susana tendió la mano al Capitán, y le dijo con voz bien timbrada, dulce y enérgica á la vez.

—¿Echaréis mucho de menos vuestra patria?

—No precisamente mi patria, porque Argelia es Francia también; pero he dejado en París una tumba querida, la tumba de mi madre, y tengo ya deseos de arrodillarme junto á ella.

En breve el *Africa* dejaba el puerto de Bône, y se dirigía á Ajaccio, donde debía hacer escala antes de dirigirse á Marsella.

X

Los pasajeros de primera clase eran pocos; el mal tiempo que reinaba en la costa, los siniestros que habían tenido lugar aquellos días habían intimidado á los viajeros, y sólo los que son muy prácticos en viajes se lanzaron con la seguridad de que á las grandes tempestades sucede la calma. La furia de los elementos es semejante á la furia del individuo; después de un acto violento, viene el abatimiento y la calma.

Entre estos viajeros, hay dos que merecen fijar nuestra atención. El primero el señor C..., que es uno de los más notables discípulos de Roberto Haudin. Su destreza pasa por sorprendente, y no

contento con imitar al maestro, ha inventado escamoteos peligrosos, pero posee cierta fortuna que le hace vivir independiente, sin tener que utilizar su ciencia en la prestidigitación. Trabaja sólo para sus amigos, y su talento no ha dejado de ser útil á la sociedad, señalando á varios jueces las frases empleadas por los *griegos* ó ladrones del juego, para desbalijar á los inocentes *pichones*, es decir, á sus víctimas.

El otro pasajero, se llama Lionel Murdon, hijo menor de lord Murdon, muy conocido en Inglaterra, y sobre todo en Irlanda, su país natal. Era un joven encantador, de veinticinco años, de una estatura menos elevada que la de sus compatriotas y de exterior simpático. Sus ojos azules, sus facciones delicadas, interesaban desde luego; tenía algo de afeminado; pero sus cejas, unidas y bien arqueadas, su frente despejada, la firmeza de su mirada, revelaban que si su fisonomía respiraba dulzura, su carácter debía ser enérgico.

Lionel, que viajaba hacía un año por Africa para ilustrarse, había encontrado en Biskra, primer oasis del Desierto, al señor Bussine y á su hija, y la belleza de *Susana*, la bondad de su carácter, habían causado en el joven viva impresión, pudiendo decirse que si hoy viajaban juntos por el Africa, no era debido á la casualidad. Lionel lo había procurado para vivir algunas horas más con sus buenos amigos.

La segunda velada la pasaron todas los viajeros en el salón; el mar estaba tranquilo, la noche, silenciosa, y se habían dejado las ventanas abiertas para admirar las montañas de Cerdeña, que se dibujaban en el horizonte.

Lionel estaba sentado junto á *Susana*, en una de las grandes banquetas del salón, y recordaba sus expediciones por el Desierto, sus ascensiones á las montañas.

Enfrente de tan encantadora pareja, cerca del piano, Mourad fijaba miradas oblicuas en *Susana*. Aquella hermosa rubia, llena de flexibilidad, de singular encanto, cautivaba la atención de aquel oriental, fatigado de las mujeres soñolientas del harén, todas del mismo tipo y como vaciadas en el mismo molde. En cuanto á Fatmah, compañera de Mourad, se colocaba delante de Jorge de Bussine, sobre la misma mesa que habían comido, iluminados por una lámpara movible por el balaceo del vapor, y sacaba un boceto de la hermosa circasiana. Esta, siempre autorizada por Mourad, había consentido en alzar su velo, y sus encantos parecían turbar al pintor, que con mano mal segura trazaba el dibujo sobre el papel; bien podía decirse que en aquella unión el artista olvidaba y admiraba el hombre.

Como el navío al acercarse al estrecho de Bonifacio se alejase de la costa, y la noche sucediera al crepúsculo, el Capitán se reunió á sus pasajeros en el salón.

—¿Cómo vais á pasar la velada?—dijo dirigiéndose á unos y á otros;—de seguro nadie piensa en recogerse temprano con tan buena noche; podría improvisarse un concierto; el piano que hay abordo no es del todo malo.

—Esta proposición no obtuvo éxito.

—¿Preferís jugar?—dijo el Capitán;—hay en el barco toda clase de juegos.

Se rechazó esta proposición como la primera. Entonces el Capitán, que se conoce estaba de buen humor, exclamó:

—Ya sé lo que necesitáis, y si uno de nosotros es consiente, pasaremos la noche agradablemente.

—¿Qué habéis discurrido?

No respondió á estas preguntas; pero acercán-

dose al señor C... le apartó á un lado y le dijo en voz baja:

—Cuento con vos para ayudarme á entretener á mis pasajeros. Me han hablado mucho de vuestro talento, y no he tenido nunca la fortuna de veros... *trabajar*; dadnos una sesión esta noche; hacéis con frecuencia esta travesía, y os prometo en recompensa el mejor de mis camarotes y un tiempo tan bueno como el de esta noche.

El señor de C... se apresuró á condescender, y todos los pasajeros, cuando lo supieron, se felicitaron, agrupándose en torno del prestidigitador.

—Os doy gracias por la confianza que me manifestáis; pero no sé si podré merecerla; no tengo aquí nada para... *trabajar*, como vos decís.

—No tenéis necesidad de nada,—dijeron varios pasajeros.

—¡Oh! perdonad, necesito algo que escamotear... á menos de escamotearme á mí mismo. Vamos, Capitán: ¿qué podéis ofrecerme? Flores que multiplicar, no sería posible; peces que poder ofrecer á la concurrencia, no tenemos tiempo de pescarlos; estoy privado por lo tanto de todos mis útiles. Dadme simplemente una baraja, haré la partida con estas damas y estos caballeros.

—No tal,—se apresuró á decir Lionel Murdon,—nos ganarías todo el dinero.

—Tranquilizáos, os lo devolveré; y os mostraré al paso, para que viváis alerta, que nada es más fácil que robar por medio de las cartas.

—Sí, nada más fácil para vos; pero no todo el mundo tiene vuestra prodigiosa habilidad.

—Todo el mundo no, pero hay muchas personas tan hábiles como yo en el manejo de la baraja, y que no emplean su habilidad en entretener á una concurrencia, sino en despojar de sus bienes á muchas familias. Los prestidigitadores tenemos que renunciar á sentarnos en mesa de juego, por-

que insensiblemente robaríamos á nuestros compañeros: la fortuna del jugador *fullero* está en que no sea conocida su habilidad. El misterio de que se rodea un *griego* le permite enriquecerse.

—¿Es decir, caballero, que el *griego* existe?—preguntó Lionel.

—¡Que si existe! Consultad á ciertos inspectores encargados por la Prefectura de vigilar las casas de juego, y consultad la obra del señor Cavaille, titulada, *Las fullerías del juego*, y la de Roberto Houdín, que ha titulado *Baterías de los griegos*, son dos obras muy útiles que os aconsejo leáis.

—¿Son numerosos los *griegos*?—dijo Mourad.

—Puede que haya más de dos mil en París.

—¡Que horror!—exclamó Sivasti;—entonces hay más *griegos* que jugadores.

—¡No tal! Porque el número de jugadores es incalculable, sobre todo en París; y sin contar los 62 círculos tolerados y conocidos, hay infinidad de *garitos*: sin embargo, entre ellos, varios han tenido su *Wartelóo*.

—¿Qué queréis decir?

—Que se ha descubierto entre ellos á un *griego*, siendo éste expulsado ignominiosamente por cogerle *infraganti*.

Vamos, amigo,—dijo el Capitán,—dadnos una prueba de lo que decís.

—Consiento en ello; miradme bien, y os desafío á que sorprendáis la menor *falta*; sin embargo, vosotros estáis prevenidos y el jugador no, estáis tranquilo, y el jugador ha perdido su sangre fría.

Y tomando una baraja nueva que le presentaba el Capitán, y arrancándole su envoltura, preguntó:

—¿A qué jugamos?

XI

Los pasajeros se consultaron, y eligieron el *ecarté*, que es un juego que todos han jugado ó visto jugar. El señor C... barajó con abandono las cartas, é hizo cortar á Lionel Murdon, que se le había presentado como adversario, y éste dijo:

—De seguro vais á volver el *rey*.

—Eso me sería muy fácil, caballero; prefiero tomarle en mi juego; volver el *rey* es despertar la atención, provocar una sospecha; y un *griego* nunca comete esa falta; no olvidéis que no es una sesión de prestidigitación la que os doy, sino una simple lección de *fullerías*.

—¡Quiera Dios que no las aprovechemos jamás! — dijo riendo Mourad.

—¡Oh! — repuso el señor C... — no tienen nada de peligrosas; podiais emplearlas días enteros sin que nadie lo sospechara, pero necesitariais años de ejecución; las personas de que os hablo, para llegar á ese grado de perfección, han empleado mucha paciencia, pero también los hay que ejercen el *oficio* como filósofos.

Esta frase llamó la atención de todos, que se apresuraron á pedir explicación.

—Llamamos *filósofo* á aquel que trabaja con circunspección, cuyas maneras nada dejan que desear, y parece no prestar al juego que explota, sino una atención muy secundaria.

Y al hablar así, el señor C... ganaba tres partidas consecutivas al joven inglés.

—Os daré, — dijo soltando las cartas sobre la

mesa, — el nombre de las diferentes especies de *griegos*.

—Sí, sí.

—En primer lugar, está el *filósofo*, que se divide en *filósofo activo* y *filósofo pasivo*; esto es, que trabaja por sí, como yo en este momento, y sin tener por cómplices al *Dusse*, al *Ser* ó al *Te-légrafo*.

—¡Gran Dios! — dijo una dama riendo; — ¿qué quiere decir todo eso?

—Quiere decir, señora, que tiene cómplices que le auxilian, que no juegan, pero que le preparan las jugadas.

—Eso es menos peligroso, — dijo Sivasti.

—Cierto: pero es preciso estar muy seguro de sus cómplices; los hay, como os digo, que sin tocar una carta, se hacen por el juego, con rentas considerables. Pero continúo.

—Sí, sí, continuad, — exclamó Mourad muy entusiasmado; — eso tiene para mí mucho interés, por lo mismo que como extranjero frecuentaré en breve vuestros círculos parisienses.

—Coloco en seguida, — repuso el señor C... — al *griego* de la clase media, que opera en *garitos* y en *cafés*, y viene después el que se entrega á sus *fullerías* en los establecimientos más indignos.

—¿Los *griegos* tendrán también su *caló* como los ladrones?

—¡Ya lo creo! Y de los más ingenioso, de lo más gráfico. Llamamos *gancho* al encargado de buscar *pichones* y conducirlos al sitio donde los desbalijan; *beduino*, al *griego* que viaja, y que con pretexto de que se aburre en el ferrocarril, barco ó diligencia, propone una partidita á sus compañeros de viaje y les aligera de peso. Últimamente, los Tribunales han entendido en una causa de ese género.

—¿Y tales ladrones, habrán sido castigados? — preguntó Mourad.

—Sin duda, Excelencia; y aunque el robo en el juego no está comprendido en el Código Penal, hay un artículo en que se aplica el abuso de confianza, y permite castigar á los *griegos* con prisión de uno á cinco años, y sujeción á la vigilancia de la Policía.

—Esas condenas deben ser raras, — dijo el Capitán; — pocas veces se oye hablar de ellas.

—En efecto el *griego* es generalmente astuto, y si alguna vez se ve descubierto, lejos de dar una queja en contra suya y dar pie á una causa en que habian de figurar todos los jugadores, la casa se contenta con arrojarlo, siendo los robados los primeros que echan tierra al asunto. Sin embargo, hay alguno que corre á quejarse á la Prefectura de Policía, y entonces se hace venir al *griego*, y se le obliga á devolver el *plato* y las *tajadas*; es decir, toda la suma robada.

—¿Qué trabajo le costará! — dijo Mourad.

—¡Ya lo creo! Jura y perjura que lo ha ganado *limpio*; pero no le vale.

—¿Y después del *beduino*, qué hay?

—Hay el *explorador*, que indica al *griego* los adversarios que llevan repletos los bolsillos. Hay también...

Y dirigiéndose á Lionel Murdon, le dijo:

—¿Jugamos otra partida?

—Como queráis; aunque conozco de antemano mi suerte.

—No tal, os doy un excelente juego; marcaréis punto.

—¡A menos que no tengáis el *rey* en vuestro juego!

—Me obligo á no tenerlo: voy á daros un verdadero ramillete de flores.

—¡De modo que sabéis las cartas que me dais!

—Todas, gracias al tacto y á ciertas señales, imperceptibles para vos, que he hecho á las cartas. Os he dado el *siete de espadas*, el *reg de oros* y el *as de copas*: ¿no es verdad?

—¡Exacto!; Parece que las habéis visto!

—Las he visto, en efecto: he hecho el *arco iris*, es decir, que al arrojaros las cartas con cierta desenvoltura, han descrito un semicírculo, permitiéndome verlas una tercera parte; desconfiad de los banqueros que en el *baccarat* os den las cartas así.

—¿También es fácil robar en ese juego? — preguntó Mourad.

—Más fácilmente aún. Dadnos tres barajas completas, Capitán.

—Al momento.

—Traednos también judías, guisantes, cualquiera cosa para *marcar*.

—¿Vais á *tallar una banca de baccarat*? — preguntó Bussine.

—Sí, de dos cuadros, como se *tallan* en París... ¿Conocéis el juego, caballero?

—Un poco, — dijo Jorge sonrojándose.

—Entonces me haréis el favor de sentaros, y ser uno de los puntos.

—No, — exclamó vivamente Bussine, — no juego jamás.

—Ved que no jugamos dinero.

—No importa, — he jurado no tocar una carta.

—Por haberlas tocado quizás con exceso, — dijo Mourad al oído de Sivasti. — Tanta reserva hoy, debe tener algún origen.

—Sin duda, aquí debe haber algún misterio, — dijo Sivasti.

—Misterio que su hija ha penetrado; mira como le observa. ¡Oh!; esa niña es adorable!

El Capitán volvió con las tres barajas perdidas.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y al mismo tiempo el Mayordomo trajo en un plato guisantes secos que se repartieron entre los jugadores.

XII

Cuando estuvieron sentados alrededor de la mesa, el señor C... dijo:

—Voy á trabajar como filósofo, sin servicio, sin cómplices, y os confieso que sé necesito mucha habilidad para jugar de este modo. Por lo general, el griego se procura barajas iguales á las del Círculo adonde concurre, y las lleva ya preparadas con signos que él sólo puede conocer. Ya ha ocurrido presentar al Juez una baraja así preparada, y sólo después de un detenido estudio ha podido descubrir el secreto.

—¿En qué consistía?

—Con auxilio de un cortaplumas había hecho á la orilla de cada carta una cortadura diferente, invisible, pero que él encontraba al tacto, con los dedos limados que quedan de una sensibilidad extraordinaria. Otros se contentan con fijar en su asombrosa memoria los dibujos exteriores de las cartas; y otros menos hábiles, las pican ó las tiñen con un punto imperceptible.

—Comprendo, —dijo el señor de Bussine, de pie cerca de la mesa, — que es una gran ventaja para el banquero conocer las cartas que distribuye: no ganará siempre, pero perderá menos.

—Es verdad; por eso las cartas así preparadas, son empleadas rara vez por el griego: prefieren introducir cartas preparadas que le permitan

tener siempre un punto superior al de sus adversarios.

—¿Y cómo puede introducir esas cartas en la baraja?

—Muy fácilmente. Las llevan en un pequeño bolsillo hecho á propósito, llamado *Finette*; las toman indolentemente en la mano, aprovechando un momento de distracción de los jugadores; otras veces las oculta en la manga; en fin, pasaría la noche dándoles explicaciones de los recursos que emplea un jugador *fullero* para desplumar á los inocentes. Concluiré diciéndoles que los griegos de oficio llaman á esta suplantación de cartas, en los *garitos*, *cataplasmas*, y en las casas de infima condición, *emplastos*.

—Ese fraude puede ser fácilmente descubierto, —dijo Mourad, — si cualquiera se toma el trabajo de contar la baraja.

—Tenéis razón; por eso ese sistema no se emplea hoy más que en aquellos sitios donde se reúnen estudiantes, trabajadores, personas inexpertas, y en esas casas el dueño es casi siempre cómplice del banquero. En los Círculos de cierta categoría, el griego casi siempre tiene un cómplice, un compañero, empleado generalmente en la casa, que, al facilitar las barajas, facilita las que le han sido entregadas por el griego, colocándolas sobre el tapete como limpias de toda mancha.

—Aún así, —dijo el señor de Bussine, — tiene que barajar las cartas, darlas á cortar, y las que tenga preparadas encima para su jugador...

—Gracias á la paja, á la aguja y al correo, que sirve al griego de señal, estas dificultades se vencen fácilmente. Además, los jugadores no aprovechan nunca su derecho de *barajar* las cartas; es hacer una ofensa al banquero, y en los Círculos de primer orden, por atención, por educación se dejan robar el dinero. En cuanto al

banquero; sólo en algunas casas se les reconocen las cartas, y para esto basta tomar una sola baraja á la casualidad, y como suele ser el cómplice el que las mezcla, haciendo lo que se llama la *ensalada*, baraja perfectamente dos de ellas, y la tercera, la preparada, la deja casi sin tocar.

—Aún así,—dijo Bassine,—en el *baccarat* esas cartas pueden ser inútiles por una falsa tirada, por una doble baza.

—Os engaáis, ese peligro le combate, la *temible*, la *útil* y la *infalible*.

—¿Existe alguna jugada que lo sea?

—Ya lo creo! Se dan seis ó siete, se rehusan cartas á dos ó á uno, en fin, esta combinación la explica perfectamente el libro del señor Cavaillé, *griego* arrepentido que ha querido hacer un bien á la sociedad y ha entregado su secreto.

—Corriente, admito vuestra jugada *infalible*; pero exige una complicidad, y además, vos reconocéis que esas trampas no están admitidas en casas de cierto orden.

—Es que he llegado poco á poco á la categoría de los grandes filósofos, de los *príncipes de la Grecia*; éstos desdeñan las señales en las cartas, las dobles jugadas, y tienen horror á los cómplices.

—Y entonces, ¿cómo proceden?

—Por el *hilado* y por la preparación de las cartas que pertenecen al *Círculo*, tal como salen de su envoltura.

—¿Es posible?

—Y tanto: yo lo he hecho. Gracias á un modo particular de barajar, á una memoria prodigiosa y un tacto ejercitado en una larga práctica, reconocen las cartas en el hilo, esto es, en la *pinta*, y las disponen al tacto con maravillosa destreza. Yo he hecho mi fortuna, gracias á la *pinta*,—me confesaba un griego;—pero qué estudio prepara-

tivo! ¿cuántos años de práctica antes de atreverme á emplear mi habilidad!

—¿Sabéis, caballero,—dijo uno de los pasajeros,—que os deberían dar una cátedra en la Sorbonne, para que explicarais tan importante cuestión? Vuestros discípulos no mirarian una carta, y destruiriais un vicio que hace desgracias á muchas esposas y madres de familia.

—¡Ah, señor!—dijo el señor C...—esa clase no tendria discípulos: las personas poco aficionadas á jugar encontrarían inútil la asistencia, y los jugadores son todos sordos y ciegos, no quieren ver ni oír. Un día en unos baños creí haber encontrado á un *griego* que estaba sentado en la *banca*, y todos los *puntos* se volvieron furiosos á mí, diciéndome:—Silencio; no interrumpáis la partida.—Además, todas esas pillerías hace tiempo que se han evidenciado, pero la fiebre del juego no ha sido nunca más terrible como hoy.

—¿Y por qué llamáis *griego* al jugador tramposo? ¿De dónde procede ese nombre?

—De un *griego* de origen, llamado Apoulos, que admitido en la corte de Luis XIV, hizo una gran fortuna. Fué sorprendido poco tiempo después y condenado á veinte años de presidio; pero su ejemplo, ya lo véis, no ha corregido ni á los engañadores ni á los engañados.

Tomó las barajas, las mezcló, las dividió por series, las reunió luego en una sola, cosas todas admitidas en la mejor sociedad, y empezó á distribuir las cartas. Al cuarto de hora todos los pasajeros habían perdido un caudal de guisantes, que estaban amontonados delante del *banquero*; sin embargo, Mourad, Sivasti y Bassine, seguían atentamente los movimientos de el señor C..., confesando que no habían notado nada de incorrecto; el señor C..., hábil prestidi-

gitador, había trabajado como un filósofo, con todas las reglas del arte griego.

Todos le dieron las gracias por la amabilidad con que les había entretenido durante la velada, y se dispersó la reunión.

Los unos se dirigieron á sus camarotes, los otros subían sobre cubierta para gozar de los esplendores de aquella hermosa noche. En aquel momento pasaban á la altura de Córcega, y sus montañas se delineaban oscuras sobre un cielo estrellado.

Susana habíase reunido á su padre, y le decía con ternura:

—¡Pobre padre mío! ¡En tu existencia has debido ser engañado y robado muchas veces! ¡Qué dichosa soy al pensar que ya no corres ningún peligro.

En cuanto á Mourad, habíase retirado hacia la popa, y con ambos codos apoyados en la barandilla del vapor y la cabeza sobre las manos, meditaba... meditaba en los medios de recuperar la fortuna perdida.

XIII

Después de permanecer dos horas anclado en la rada de Ajaccio el vapor de la *Compañía Valery*, se dirigió á las costas de Francia, y quince horas después, todos los pasajeros del *Africa*, iban á separarse, quizás para no volverse á ver.

A la mayor parte de ellos no preocupaba este temor; todos los que viajan están acostumbrados á estas bruscas separaciones; pero sucede á veces

que estas breves amistades engendran el deseo de volverse á ver.

Mourad, por ejemplo, acostumbrado á satisfacer todos sus caprichos, á no ver en la mujer más que una esclava, se sublevaba á la idea de que Susana de Bussine, cuya hermosura le había fascinado, desapareciese de su vista sin sospechar la impresión que en él había causado. No la amaba con el sentido que damos á esta palabra; pero el oriental voluptuoso sentíase arrastrado hacia aquella parisién. Conocedor de las costumbres europeas, comprendía que su deseo se estrellaba contra un imposible y por vez primera un obstáculo serio se le presentaba y era demasiado presumido para darse por vencido: como todos los de su país, contaba con el tiempo y con la casualidad, que favorece á veces los más descabellados planes, y por lo pronto, lo importante era continuar en buena relación con el señor de Bussine, lo que le permitiría ver á Susana en París. Aprovechó, pues, las últimas horas del viaje, y acercándose, le dijo:

—No me he atrevido á pedirlos los estudios que habéis hecho en Argelia; sé por el Capitán que son notables, y espero que tendréis á bien mostrármelos en París. Espero vivir algunos años lejos de mi patria, y deseo comprar algunos paisajes que me recuerden el país en que he nacido; no veais en mí un simple aficionado, sino un protector de las artes que no discute jamás el precio de una buena obra.

Jorge de Bussine, cuyo trabajo le había sido hasta entonces improductivo, acogió esta indicación con júbilo y repuso:

—En cuanto lleguemos á París, me apresuraré á enviaros mis estudios, y si alguno de ellos os agrada, nos entenderemos fácilmente, no tengo el derecho de ser exigente; mi nombre no es conocido.

—Permitid que os diga que ese escrúpulo que os dicta vuestra modestia no me afecta; cuando un cuadro me gusta, no busco la firma del autor.

—¿Dónde contáis vivir en París? —preguntó Jorge.

—No lo sé todavía: dadme vuestras señas, y yo tendré el gusto de presentarme en vuestro estudio.

—Tampoco puedo dáros las, —dijo Bussine; — porque aún no sé en donde vivirá con mi hija.

—Si es así, tened la bondad de visitarme la semana próxima en el Gran Hotel, donde cuento instalarme provisionalmente.

—Está bien.

—¿No habéis principiado el retrato de Fatmah, esa circasiana que ha deseado seguirme á París?

—En efecto, tendría mucho placer en concluirlo.

—Pues nada más fácil. En cuanto estéis instalado en vuestro estudio, Fatmah irá las horas que necesitéis; no perdonaría el que uno de vuestros estudios quedase sin concluir: todos los escrúpulos deben desaparecer cuando se trata de las artes.

Mourad había comprendido que la belleza de Fatmah había impresionado vivamente á Jorge de Bussine, y calculaba todas las ventajas que por su amor podía sacar. Fatmah era para él indiferente, porque desde que había encontrado á Susana, no pensaba más que en ella... Fatmah, pues, podía vivir como quisiera, y sólo contaba prevalecerse de la influencia que ejercía sobre su antigua esclava, para que fuese un instrumento dócil á sus fines particulares.

Mientras que Mourad estrechaba así sus relaciones con el señor de Bussine, Lionel Murdon y Susana hablaban también en el mismo sentido.

—¡No volver á veros! —decía Lionel. —¿Habéis olvidado que hemos vivido unidos durante un año en los límites del Desierto, y más tarde nos hemos encontrado donde quiera que la casualidad os conducía? Después, en esta travesía, hemos hecho la misma vida... ¿No os causa tristeza el darnos ahora un eterno adiós?

—¿Y por qué ha de causármela? —murmuró la niña tristemente; —¿por qué hemos de procurar encontrarnos si nuestros destinos son distintos?

Y como él fuese á interrumpirla, Susana le detuvo con un ademán, y exclamó:

—Escuchadme por favor. La que habéis encontrado por primera vez, hace tres años, era una niña, más reflexiva de lo que permite su edad, pero, al fin, niña. Se lanzó con alegría hacia el compañero que distraía su soledad, su destierro; y poco á poco el compañero fué amigo, porque, las existencias errantes, fácilmente crean afectos... Pero la niña se ha hecho mujer, y al volver á su patria se encuentra casi envejecida por la tristeza; su razón es ya la de una persona seria, y esta razón me dice que no debemos volver á vernos.

—¿Por qué?

—Por que una intimidad más prolongada podría causarnos serios pesares.

Iba Lionel á pedir una explicación, cuando Susana continuó:

—He reflexionado que nuestras dos existencias no pueden confundirse. Vuestra familia es ilustre, y no permitirá que penséis en la hija de un artista sin nombre y sin fortuna.

—Si hoy no tiene nombre, no tardará en tenerlo.

—Si continuara trabajando...

—¿Lo dudáis?

—¿A vos que me habéis comprendido, puedo deciros, que mi padre no trabaja por afición, sino

por necesidad, por entretener el tiempo en París en medio de las distracciones que allí han de rodearle. Tengo miedo de él y tengo miedo de mí.

—El mismo nos ha dicho que durante una temporada ha sido el juego su única distracción; pero cuando una falta se confiesa, es radical la enmienda.

—El declara su propósito á todas horas, con tanta frecuencia, como si dudando de si tuviera necesidad de fortalecerse. Ayer, cuando extendían todas esas cartas sobre la mesa, yo veía encenderse sus ojos, crispase sus manos: si estuviera curado, no se le hubieran manifestado tales síntomas.

—¿Es decir, que todas las impresiones de vuestra infancia se presentan á vuestro espíritu? ¿que tembláis por él como vuestra madre temblaba?

—Eso es.

—¿Entonces por qué queréis alejarme de vuestro lado? Tenéis necesidad de un afecto que os sostenga, de una persona que os ayude?...

Susana le interrumpió, y tendiéndole la mano, dijo:

—Hubiera recurrido á él en cualquiera ocasión: no renuncio al amigo, y le recibiré dichosa cuando venga á verme á París,—dijo volviendo la cabeza para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Susana, no olvidéis nunca que os amo con toda mi alma, y que podéis contar siempre con el afecto de vuestro compañero del desierto,—dijo Lionel, besando la mano de la joven.

En breve el *Africa* hizo su entrada en el puerto de Marsella, y sus viajeros se dispersaron.

XIV

Llegados por la mañana Jorge y su hija, á pesar de la lentitud del desembarco y formalidades de la aduana, lograron tomar el expreso de las diez y cuarenta y cinco, que debía entrar en la estación de París, el día siguiente á las cinco de la mañana.

Tres años antes, Jorge había sabido por un periódico que la casualidad hizo caer en sus manos, la condena de su hermano, y á pesar de las órdenes formales de Luciano, tuvo impulsos de volver á París, de declarar la verdad, y lo hubiera hecho si Luciano, previendo lo que iba á pasar en el ánimo de su hermano, no le hubiese escrito en los términos más enérgicos, intimándole una obediencia absoluta.

Expiarás tu crimen en el destierro, le expiarás con el trabajo y el remordimiento al saber lo que yo sufro. Es el castigo que te impongo, y si arrebatado por un sentimiento de falsa generosidad vinieras á declarar la verdad, sería inexorable contigo... Además, piensa en tu hija; mi ignominia no la alcanza, la tuya la cubriría de oprobio... Yo mereceré por mi conducta, que la duración del castigo se reduzca; merece por la tuya, que mi sacrificio no sea inútil.

Esta carta hizo en Jorge la más viva impresión: su ligereza, su debilidad de carácter que le conducía hasta el crimen, no había cerrado su alma á los buenos sentimientos, y en aquellos tres años hizo una vida que pudo dejar satisfe-

cho á Luciano y confiar á todos en su enmienda.

En aquel tiempo, tanto él como Susana, recibían cartas suyas impregnadas de ternura, casi paternal, y sin que Susana pudiera nunca presumir dónde se redactaban páginas tan hermosas.

Por fin, en septiembre de 187... el padre y la hija recibieron una carta así concebida:

Volved. Prevenid por un telegrama al señor Petithomme, y él os conducirá á vuestra nueva morada.

Esta era la razón de su regreso á Paris.

Al llegar, encontraron, en efecto, en la estación á sus antiguos vecinos que, avisados por un telegrama desde Marsella, corrieron á recibirles. Susana, al apercibir á Cesarina, se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¿Dónde está mi padre Luciano? ¿por qué no ha venido?

—Le veréis mañana. Habéis venido antes de lo que esperábamos.

—¡Ah! ¡Tengo tantos deseos de abrazarle!

—Lo comprendo, pero su tío Luciano viaja, porque así lo exigen sus negocios. Ha dejado su antiguo destino, y tiene otro que le aleja de Paris á temporadas, y le ha sido imposible estar hoy de vuelta.

Mientras así hablaban las dos mujeres, Petithomme hacía trasladar los equipajes en un ómnibus.

—¿A dónde vamos?— preguntó Jorge cuando el ómnibus se puso en movimiento.

—A Montmartre, — respondió Petithomme. — El señor Luciano ha alquilado para vos en ese apartado sitio un hermoso estudio y una casita, donde viviréis solos, independientes.

—¡Magnífica idea!— dijo Susana. — Allí está cerca del cementerio, donde podré ir todos los

días á rezar sobre la tumba de mi inolvidable madre.

Una hora bastó al carruaje para conducirlos á Montmartre, deteniéndose delante de una casa de exterior modesto pero agradable, y una criada que Cesarina había tomado, abrió la puerta en cuanto les apercibió.

—¿Puedo visitar la casa?— preguntó la joven.

—Estáis en la vuestra;— contestó Cesarina.

Entonces Susana, sin detenerse en las habitaciones del piso bajo, tomó la escalera y subió al principal, abrió una puerta y lanzó un grito de admiración... Aquella pieza era la reproducción exacta de la en que había muerto su madre. Con una sola mirada, Susana reconoció todas aquellas reliquias, se arrojó en medio de ellas, las contempló á través de sus lágrimas, y Cesarina, desde el umbral, admiraba conmovida aquella emoción, que era obra suya, aunque en ello no había hecho más que cumplir las órdenes de Luciano.

Dejóla un instante entregada á sus recuerdos, y acercándose después á la joven, dijo:

—Eso no es todo, venid.

Abrió otra puerta y penetró. Era la habitación en que Susana había crecido al lado de su madre, aquella que había abandonado el día de su partida, hasta en el mismo desorden que la había dejado.

—¡Ah!— exclamó entristecida, sonriendo y llorando;— ¡qué bien te reconozco, querido tío, padre amado, en todos estos detalles! ¡Tu ternura no se ha desmentido un instante! ¡Ven cuanto antes, deja que te abrace!

—Mañana vendrá, os lo prometo.

—Entonces el día de hoy se lo consagraré á mi madre; vos sabéis donde está su sepultura, ¿no me conduciréis á ella?

—No es posible en este momento; yo tengo varios preparativos que hacer en la casa; pero mi marido os acompañará.

Pocos instantes después, Susana salía para ir al cementerio de Montmartre, acompañada del señor Petithomme.

En cuanto la niña salió de la casa, Jorge que no había podido hablar aún secretamente á Cesarina, se le reunió y dijo:

—¿Dónde está mi hermano? ¿Por qué no le he encontrado al llegar? ¿No ha obtenido el indulto como me hacía suponer?

—Sí, pero no le pondrán en libertad hasta mañana: inmediatamente vendrá aquí.

—Y le permitirán vivir en París? ¿No quedará sujeto á la vigilancia de la Autoridad?

—Nada temáis, vivirá tranquilamente en París.

—¡Ah! ¡Qué dichoso soy! ¡Al fin concluye su martirio!

—Ha sido largo! —dijo Cesarina con voz seca y clavando en él una mirada penetrante.

XV

La señora Petithomme, como ya sabemos, había adivinado el secreto que existía entre Jorge y Luciano. Sospechaba el crimen del primero y el sacrificio del segundo; pero había jurado á Luciano callar, y cuando Jorge de Bussine iba á volver á Francia, Luciano exigió á los dos esposos que no dejarían escapar una frase que hiciera conocer á su hermano que eran dueños de su secreto. Por un exceso de delicadeza, capaz solo de

su gran corazón, Luciano no quería que su hermano tuviera que sonrojarse delante de nadie.

Esclava de la palabra empeñada, Cesarina no diría á Jorge:—Vos sois el culpable, vuestro hermano se ha sacrificado por vos;—pero en cambio se proponía exponer ó los ojos de aquel criminal todos los tormentos de su víctima, todo lo que por el había pasado un inocente.

Jorge, ignorando esta disposición de ánimo de Cesarina, le preguntó cuánto tiempo hacía que no había visto á su hermano.

—Le he visto ayer, —dijo con acento breve.

—En Melun, ¿no es verdad? Esta mañana el tren que nos ha traído de Marsella, se detuvo en aquella estación, y un no sé qué me dijo, que al otro lado del río, tras de aquellos altos muros, sufría mi hermano.

—No os habéis engañado: en Melun ha pasado tres años y está todavía.

Después de una pausa, exclamó Jorge:

—¿Y le habéis visto ayer en el locutorio, sin duda?

—No, por cierto; he hablado particularmente con él; el director nos conoce hace tiempo y nos ha otorgado este favor.

—Comprendo: no habéis abandonado á mi hermano en estos tres años; ¿habéis ido á verle, le habéis consolado en su prisión?

—Más de lo que os figuráis. ¿Creéis que somos sólo capaces de ir á hacerle una visita cada dos ó tres meses? No por cierto; hemos vivido con él en Melun durante los tres años.

—¿Cómo? ¿habéis vivido con él? ¡oh! gracias, gracias.

—No, no las déis antes de saberlo todo: no es precisamente en la cárcel donde hemos vivido, sino en la ciudad es donde nos llamaban nuestros intereses.

—No es posible en este momento; yo tengo varios preparativos que hacer en la casa; pero mi marido os acompañará.

Pocos instantes después, Susana salía para ir al cementerio de Montmartre, acompañada del señor Petithomme.

En cuanto la niña salió de la casa, Jorge que no había podido hablar aún secretamente á Cesarina, se le reunió y dijo:

—¿Dónde está mi hermano? ¿Por qué no le he encontrado al llegar? ¿No ha obtenido el indulto como me hacía suponer?

—Sí, pero no le pondrán en libertad hasta mañana: inmediatamente vendrá aquí.

—Y le permitirán vivir en París? ¿No quedará sujeto á la vigilancia de la Autoridad?

—Nada temáis, vivirá tranquilamente en París.

—¡Ah! ¡Qué dichoso soy! ¡Al fin concluye su martirio!

—Ha sido largo! —dijo Cesarina con voz seca y clavando en él una mirada penetrante.

XV

La señora Petithomme, como ya sabemos, había adivinado el secreto que existía entre Jorge y Luciano. Sospechaba el crimen del primero y el sacrificio del segundo; pero había jurado á Luciano callar, y cuando Jorge de Bussine iba á volver á Francia, Luciano exigió á los dos esposos que no dejarían escapar una frase que hiciera conocer á su hermano que eran dueños de su secreto. Por un exceso de delicadeza, capaz solo de

su gran corazón, Luciano no quería que su hermano tuviera que sonrojarse delante de nadie.

Esclava de la palabra empeñada, Cesarina no diría á Jorge:—Vos sois el culpable, vuestro hermano se ha sacrificado por vos;—pero en cambio se proponía exponer ó los ojos de aquel criminal todos los tormentos de su víctima, todo lo que por el había pasado un inocente.

Jorge, ignorando esta disposición de ánimo de Cesarina, le preguntó cuánto tiempo hacía que no había visto á su hermano.

—Le he visto ayer, —dijo con acento breve.

—En Melun, ¿no es verdad? Esta mañana el tren que nos ha traído de Marsella, se detuvo en aquella estación, y un no sé qué me dijo, que al otro lado del río, tras de aquellos altos muros, sufría mi hermano.

—No os habéis engañado: en Melun ha pasado tres años y está todavía.

Después de una pausa, exclamó Jorge:

—¿Y le habéis visto ayer en el locutorio, sin duda?

—No, por cierto; he hablado particularmente con él; el director nos conoce hace tiempo y nos ha otorgado este favor.

—Comprendo: no habéis abandonado á mi hermano en estos tres años; ¿habéis ido á verle, le habéis consolado en su prisión?

—Más de lo que os figuráis. ¿Creéis que somos sólo capaces de ir á hacerle una visita cada dos ó tres meses? No por cierto; hemos vivido con él en Melun durante los tres años.

—¿Cómo? ¿habéis vivido con él? ¡oh! gracias, gracias.

—No, no las déis antes de saberlo todo: no es precisamente en la cárcel donde hemos vivido, sino en la ciudad es donde nos llamaban nuestros intereses.

—¿Nuestros intereses?

—Sí, señor. Un día me dijo Cornelio: ¿has advertido, Cesarina, que en vez de ganar dinero en la Bolsa le perdemos desde que nos faltan los consejos del señor Leconte?—Tienes razón: es preciso detenernos y esperar.—Sí, pero entretanto, tengo necesidad de buscar un destino.—¿Un destino?—Sí, quiero ser contratista.—¿Y qué es eso?—El que en una prisión se encarga de hacer ejecutar por los presos ciertos trabajos.—¿Y se puede ganar dinero?—Mucho.—Pero será preciso que haya alguna contrata.—He averiguado que está vacante la de maestro cesterero de Melun, y he trabajado á ese oficio cuando joven...—¿Había adivinado á mi marido! Buscaba el medio de acercarse al señor Luciano, y le di un abrazo cariñoso en recompensa de su buena idea. En breve empezamos nuestras pesquisas, y cumplidas las formalidades de costumbre y mediante una buena fianza, hemos sido instalados en el taller de cestería de Melun, es decir, exagero, porque las mujeres no entran en los talleres; pero con pretexto de ver á mi marido, de darle un recado, de pedirle una nota, estoy hace tres años en comunicación con el Director, los Inspectores, los Vigilantes; soy una especie de auxiliar de la Central, y de este modo consigo ver á vuestro hermano en el mismo taller, favor concedido sólo á los que observan una buena conducta.

—¡Ah! ¿y por él os habéis fijado en Melun?

—Era nuestro deber. ¡Cuando pienso que no le hubieran preso, que no le hubieran condenado si le hubiésemos dado los cien mil francos que nos pedía!...

—¡Ah! os pidió...

—Sí, tal. Cuando se apercibió de... de que le habían robado su caja, quiso cubrir el déficit, y

se dirigió á nosotros y... ¡miserables avaros! le dejamos salir con las manos vacías. ¡Oh! ¡cuánto nos ha pesado!

Y al hablar así, Cesarina gesticulaba con vehemencia.

—¡Por eso, comprendiendo nuestra culpa, hemos querido serle útiles! ¡Nuestro corazón se oprimió al encontrarle rapado, flaco, con el traje de presidiario, encerrado entre barras de hierro!... ¡Ah! Desde aquel día, nuestro afán ha sido mejorar en lo posible su suerte. Todas las cartas que habéis recibido en los tres años, se las daba á mi marido; éste me las trasladaba por la noche, en nuestra casa de la plaza de Nuestra Señora, y nuestras veladas transcurrían, diciendo:—¿Qué te ha dicho hoy? ¿Qué ha hecho?—Que vayamos al cementerio, que renueves las flores de la sepultura, y que le compres papel para escribir.—¡Ah! ¡qué buen corazón tenéis!

—¡Dejadme en paz!—repuso Cesarina bruscamente;—del suyo es del que hay que hablar. ¡Si todos los hombres tuvieran un corazón semejante, el mundo estaría hecho una balsa de aceite! Cornelio es muy bueno, pero no le llega á la suela de su zapato, y eso que desde que vive en compañía de vuestro hermano se ha hecho mejor, mucho mejor.

—Y mi hermano, ¿ha cambiado mucho?

—¡Que si ha cambiado! No le conoceréis. Y á propósito: es preciso prevenir á la señorita Susana; le diremos que en vuestra ausencia ha tenido una gran enfermedad, porque, sino, se asombraría al verlo sin barba y sin cabello, flaco como un esqueleto; ya se ve, el régimen de los presidios no es muy confortable, y luego los pesares; en fin, está desconocido.

XVI

Si la señora Petithomme tenía cierto placer en exagerar las privaciones de Luciano, Jorge, por su parte, tenía ansiedad por conocer hasta los más pequeños detalles de su vida.

Los espíritus fuertes tienen bastante con decirse á sí mismos:—El deber está allí;—pero los débiles tienen necesidad de fortalecerse con el apoyo de los demás, con los ejemplos de los otros; por eso Jorge no perdonaba ningún detalle, y quería fortalecerse, conociendo en toda su extensión el sacrificio de su hermano.

—¿Cómo!—dijo;—¿no ha bebido vino en tres años?... Yo creía que los presos cuando trabajaban...

—En los presidios, los que están encargados de ciertos trabajos, tienen derecho á una ración de vino; en las Casas Centralés no se les deja probar; éstas continúan estacionadas en su antiguo régimen. ¡Ah! ¡si todos los legisladores conocieran tan bien como yo las casas de que me ocupé!... pero no han pasado como mi marido catorce horas diarias, encerrado con los presos. ¡Si hubiera sido capaz de un mal pensamiento, la vista de todo aquello le hubiera contenido! En cuanto á vuestro hermano, si él hubiera querido... ¡Si, señor, si, tendríamos más de cien kilos de tabaco sobre la conciencia! En fin, preguntadle á mi marido, y os dirá cosas que no se ha atrevido á decirme á mí. ¡Ah! no podéis figuraros todo lo que un Director obtendría de un preso, diciéndole: *Has fallado á la disciplina, te privo ocho*

días de tabaco; ó por el contrario: Te has portado bien: toma en recompensa un par de cigarros. Y ved que no es un fumador el que así os habla, sino una mujer, que ha visto, que ha observado. ¡Ah! cuánto se podría obtener de los detenidos con recompensas sabiamente ordenadas.

Esta vez, Cesarina se detuvo; había hablado tan de prisa, con tanto fuego, que le faltaba la respiración; había hecho una larga disertación sobre la suerte de los detenidos, más bien que de Luciano.

Estos pormenores de la vida de los prisioneros parecen pueriles la mayor parte de las veces, pero para Jorge no lo eran; al escuchar á Cesarina, recordaba que su hermano había sido gran fumador, habiéndole oído decir más de una vez: *Prefiero una modesta comida, con buen cigarro á los postres, más que una comida espléndida, sin cigarro para concluir.* Este recuerdo exageraba á sus ojos todos los sufrimientos de su hermano.

—¿Y no habéis dado á mi hermano medios de fumar?

—¡No por cierto! ¿Acaso vuestro hermano es de los que hacen nada que esté prohibido?... En tres años no ha faltado al reglamento ni se ha hecho culpable de la menor falta... Es decir, me equivoco, ha faltado sólo en escribiros á hurtadillas, y puedo aseguraros que esto no le causaba remordimiento; era su única alegría. Pero no se ha permitido fumar, no ha sido posible convencerle; y no era por temor al castigo por lo que vuestro hermano observaba el reglamento; he creído comprender que obedecía á un sentimiento más elevado, más noble.

—¿A cuál?

Adelantóse Cesarina hasta mirar de frente á Jorge, y exclamó:

—He creído siempre que expiaba la falta de

otro, y quería expiarla con todo rigor, para que el verdadero culpable quedase limpio de toda mancha.

XVII

Estas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, hicieron comprender á Jorge que aquella mujer conocía el secreto; pero no se dió por entendido, y acercándose á su vez á Cesarina, exclamó:

—Habladme de mi hermano, contadme su vida por momentos.

—Corriente; os narraré al *acusado* Lecomte, —y acentuó la palabra *acusado*, —desde el momento en que salió del depósito de sentenciados en Paris para vestir el traje de presidiario en Melun. Mi marido estaba instalado en los talleres hacía ocho días, cuando me dijo que se aguardaba un convoy de rematados, y entonces empecé á pasearme por el muelle, entre el río y los muros de la cárcel, porque quería ver á vuestro hermano en cuanto llegara, y hacerme ver de él, para que tuviese valor y resignación, y se convenciera de que no le abandonábamos en la desgracia. Por fin apareció el coche; yo me deslicé detrás de él en el patio; ya me conocían como mujer de un empleado de la casa. Vuestro hermano bajó, me reconoció, y la sonrisa que animó su rostro, recompensó mi larga estancia en el muelle. Se le dejó en el sitio llamado *El Cerrojo*, donde el jefe de la casa recibe á los sentenciados, y después pasó á un departamento, donde le pusieron el uniforme, colocándole un pedazo de lienzo cosido en el chaque-

tón, con el número 573... Recordad estos tres números; ¿no os darán la suerte si los jugáis á la lotería?

Jorge no respondió, y aquella mujer implacable continuaba:

—Tuvo después que sufrir el reconocimiento del Médico, y luego debió á la suerte, que el Director de la casa, á quien había sido recomendado, quisiera mejorar su posición: le llamó y le dijo: —Tenéis buenos antecedentes; en el taller de cestería me piden un individuo que sepa contabilidad para que lleve cuenta de los trabajos y gastos del taller, iréis vos. —Y de este modo fue al obrador, donde mi marido era jefe, y añadió el Director de la casa: —Si vuestra conducta es tan buena como ha sido en la *Grande-Roquette*, y como lo afirman las personas que os recomiendan, procuraremos mejorar vuestra situación sin faltar al reglamento, porque un hombre de inteligencia como lo sois vos, debe comprender que en una casa como ésta no es posible faltar á la disciplina. Fue á parar á un taller, donde cincuenta sentenciados de toda edad, clase y condición, trabajaban á las órdenes de mi marido. Vuestro hermano se sintió intimidado á la vista de tantos hombres; pero mi marido, que ya le aguardaba, se adelantó, y como si no le conociera dijo: —¿Sois el número que he solicitado para llevar el registro de gastos? Venid á enteraros de vuestra obligación. —Y le condujo á un extremo de la sala, cerrada con verjas, donde pude estrechar su mano á escondidas.

Aquí se detuvo aquella excelente mujer y tomó aliento para proseguir.

—Desde aquel día, —dijo, —mi marido y él no se han separado. El primero, distribuye la obra, vigila los trabajos, y pasa largos ratos al lado del segundo, que lleva los libros. El silencio es obli-

gatorio en aquel recinto, pero á veces, fingiendo tomar apuntes ó notas, se sienta á la misma mesa y cambian algunas palabras, siendo de este modo su suerte más halagüeña que la de los demás presidiarios. Sin embargo, estas distinciones debían crearle otros peligros, y en efecto, no tardaron en despertar la animosidad de los demás presos, que no pueden perdonar á vuestro hermano, ni su distinción, ni sus maneras, ni los favores que ha merecido. Así, pues, le han declarado la guerra, le acusan sin cesar de faltas que no comete, gracias á que la conducta del señor Lecomte es tal, que fácilmente puede probar su inocencia. Pero os digo que es ya tiempo de que vuestro hermano salga de esa infame casa; si ha salido victorioso de las acusaciones de los miserables que le rodean, está siempre expuesto á que el más pérfido haga que merezca una nueva condena, ampliando el plazo que felizmente ha terminado ayer mañana; porque las formalidades de la casa han exigido que se detenga un día más, saldrá de allí y nosotros con él, porque nuestro contrato ha expirado ayer.

Quizás iba á dar más detalles Cesarina, cuando Susana entró, abrazando á la señora Petithomme, y exclamando:

—¡Ah! ¡qué bueno es mi tío y padre Luciano! ¡cómo ha sabido cuidar de nuestra querida tumba! ¡qué deseo tengo de abrazarle!

El día pasó para Susana y Jorge con la impaciencia natural de que llegase el día siguiente. Los Petithomme se volvieron á Melun y Cornelio entró en la prisión antes de que fuera la hora de dejar las labores, porque quería dar cuenta á Luciano de la llegada de los suyos.

XVIII

Desde la víspera, como había dicho su mujer, el contrato del señor Petithomme con la administración de Melun había concluido; pero á nadie podía sorprender que el maestro que había estado al frente del taller tres años, tuviese alguna orden que dar.

La alta estatura de Cornelio le favorecía para cambiar algunas palabras con su protegido Luciano, sin que los demás lo sospecharan, porque se ponía de pie al lado de la mesa en que el otro escribía, y fingiendo tomar un papel ó buscar una carta, ú objeto cualquiera, interponía un verdadero muro entre los presidiarios y Luciano.

De este modo pudo decirle rápidamente y con voz apenas perceptible:

—Le he visto.

—¡Gracias! ¡gracias! os aguardaba. ¿Han venido bien?

—Sí, vuestro hermano, rejuvenecido. Susana, hecha una maravilla, no la conoceréis.

—Os equivocáis; la reconocería entre mil. Es la estrella que me alumbraba desde hace mucho tiempo.

—Pues mañana veréis á vuestra estrella.

—¡Qué largo va á parecerme el tiempo!

Oyóse una discusión acalorada al otro extremo del taller, y Cornelio volvió la cabeza, lo que bastó para que se restableciera el silencio.

—¿Vuestros compañeros no os han jugado hoy ninguna mala partida?

—No: mis dos peores enemigos, Sagot y Bra-

zier, se han hecho ayer culpables de faltas que han ido á expiar á la sala de disciplina.

—Cuando salgan de ella ya no estaréis aquí.

Una campanada anunció que cesaban los trabajos, y Cornelio tuvo que separarse de Luciano después de estrechar su mano, y de haber convenido de que al día siguiente, en cuanto estuviese libre, se dirigiría á casa de sus amigos, vestiría las ropas que allí le tenían preparadas, y partiría inmediatamente hacia Paris.

Los dos presidiarios cuyos nombres acababa de pronunciar Luciano Leconte, eran del mismo grado de perversidad, aunque de condiciones distintas; el primero, Sagot, llamado el *Rey de los Cepillos*, era un rubio de veinte años, de rostro agraciado, que sufría ya la tercera condena. En sus varios períodos de libertad ejercía el oficio de ebanista, y decían que con habilidad; pero de los talleres de este ramo que había en el penal, había sido despedido por todos los maestros, que se quejaban de su holgazanería y su inmoralidad, que relajaba la disciplina.

Brazier era un Notario de provincia, enviado á presidio por falsificación y abuso de confianza, y al ver aquel hombre mezquino, bilioso, de mirada oblicua, se adivinaba que era incapaz de un acto de violencia, pero sí de cualquier embozada traición, comprendiéndose el odio que Luciano Leconte debía inspirarle, y era tanto más peligroso cuanto que se decía que había ocultado el *gato*, antes de ser juzgado, y prometía una buena parte á sus compañeros en cuanto se viera libre, con lo cual compraba fácilmente sus conciencias.

Nada más siniestro y lúgubre que la sala de disciplina, donde se hallaba en aquel momento Sagot y Brazier, que paseaban juntos, sosteniendo el siguiente diálogo:

—¿Sabes que Leconte nos deja mañana?

—Sí,—dijo el ex-notario sin volver el cuerpo,— ¡y que no hayas imaginado nada para detenerlo!

—Eso tú que eres más listo.

—Ya he inventado algo, pero ha sido probada su inocencia y mañana saldrá bonitamente.

—Uno, dos,—dijo en aquel momento el vigilante.

Pero Brazier y Sagot, sin dejar de marcar el paso, continuaron su conversación.

—Ya sabes que le odio,—decía el ex notario,— hace tres años yo estaba en la *Grande-Roquette*; iba á ser empleado en la biblioteca, pero cuando él llegó, le dieron mi plaza; aquí me iban á nombrar capataz y también me desbancó; he pedido se me rebaje parte del tiempo, también me lo han negado, mientras se lo conceden á él. No sé qué daría porque continuase con nosotros.

—Mejor sería que dijeras lo que das.

—¿Por qué?

—Porque si lo supieras y me lo dijeras, con la esperanza de alcanzarlo aguzaríais el entendimiento.

—Pues bien, si logras detenerle, partiré contigo el tabaco que he recibido ayer.

—¿Has recibido escogido y mucho?

—Un kilogramo de cada especie.

Estas palabras produjeron tal efecto en Sagot, que se detuvo; pero el vigilante seguía diciendo: —Uno, dos; uno, dos—y tuvo que seguir su movimiento automático.

—Escucha,—dijo después de un instante;— desde la partida de mi amigo Clopied, el maestro de escuela que no me dejaba carecer de nada, no he vuelto á chupar ni una colilla, y soy capaz de todo por procurarme ese placer; si mañana vuelvo al trabajo, buscaré algo, pero era necesario un buen negocio, del que no se escapara.

—Trata de hacerle coger con las manos en la masa, y te daré, no la mitad del tabaco, sino todo, ¿lo entiendes? ¡todo!

Los diez minutos habían corrido: el vigilante ordenaba el reposo, y los dos presidiarios fueron á tomar asiento en la piedra separada y en la posición reglamental.

La última noche que Luciano Lecomte pasaba en la Casa Central, debía ser noche de insomnio, porque la alegría de verse libre, la impaciencia por abrazar á su querida Susana, alejaban el sueño de sus ojos.

A las cinco la campana despertó á los presidiarios, y al punto empezó para Lecomte su vida matemáticamente arreglada: bajar de los dormitorios, distribución del pan por ración, pequeño paseo en los patios, entrada en los talleres, comida, nuevo paseo y entrada otra vez en los talleres hasta la noche.

Luciano, sentado detrás de la verja, contaba los minutos que aún le quedaban por pasar en aquella casa, y el tiempo le parecía tanto más largo, cuanto que el señor Petithomme no debía ir sino muy entrado el día, acompañado de su sucesor.

En cambio, el detenido Sagot apareció entre los otros presos, ocupó su sitio habitual muy cerca de la verja, detrás de la que estaba Luciano.

A las diez y media un Vigilante fue á buscar á Lecomte, y le dijo:

—Seguidme, el señor Director os llama.

Jamás un preso obedeció orden con mayor placer. Luciano juzgó que le llamaban para leerle la orden de libertad, y hacerle encaminar al Registro para llenar las formalidades de salida.

Pocos instantes después penetraba en una habitación situada á la entrada de la casa en el

piso principal y cuya ventana daba al Sena: era el despacho del Director, el cual, al apercibirle, exclamó de esta suerte:

—¿Es posible, Lecomte, que después de todas las atenciones que he tenido con vos, de haber intervenido para que os rebajasen la pena, me creéis disgustos en el Ministerio?

—Yo, señor.

—Vos; escribiendo inconveniencias en los periódicos.

—¿Yo escribir en los periódicos? No tengo esa habilidad, señor.

—No lo neguéis; del mismo Ministerio me envían un periódico que trae un artículo con vuestra firma; ved, *Luciano Lecomte, preso en el penal de Melun*. El director del periódico ha creído que un artículo firmado por un testigo ocular excitaría la curiosidad, y se ha apresurado á publicarlo.

Luciano iba á protestar, y el Director prosiguió:

—No es sólo eso; sino que, para escribirle, habéis cometido un abuso de confianza: la mayor parte de estas ideas están tomadas de una *Memoria* que yo pensaba dirigir al Ministerio, que la tenía aquí, sobre la mesa, el otro día cuando venistéis á ayudarme en un trabajo de contabilidad.

—Señor Director, os juro...

—Todo esto no es malo, —dijo el Director soltando el periódico sobre la mesa;— ¿pero apropiaros mis trabajos, mis ideas, poner vuestra firma al pie de un estudio mío, y luego, ser un preso que escribe en los periódicos? ¿os parece que puede ser tolerado por la ley? Ya me explico cómo no me han enviado vuestro indulto, á pesar de las promesas que me habían hecho.

—¿Cómo! —murmuró Luciano palideciendo;— ¿mi indulto no está aún firmado?

—Así lo creo, puesto que no me le ha traído el correo de esta mañana.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El Director tuvo piedad de aquel hombre, por el que había sentido siempre verdadera simpatía, y que había observado durante tres años una conducta ejemplar.

—Vamos, —le dijo, — acaso no esté todo perdido; yo trataré de probar que no habéis comprendido la gravedad de vuestra falta; pero decidme con franqueza: ¿cómo este artículo ha podido salir de la casa y llegar á un periódico de París?

Luciano levantó la cabeza, y dijo con voz firme y enérgica:

—Os juro, señor, que no he enviado artículo á ningún periódico; soy víctima de una perfidia, de una venganza.

—¡Ah! —dijo el Director casi convencido por aquella franca exclamación.

—Sí, una perfidia, y os convenceréis si queréis escuchar un instante: ¿cómo suponer que cometiera una falta cuando esperaba ser indultado? ¿cómo poner mi nombre y apellido al pie de una escandalosa usurpación?

—Y al hablar de venganzas, ¿de quién sospecháis?

Luciano guardó silencio.

—¿Por qué no contestáis?

—Porque me cuesta mucho responder que desde hace tres años me están haciendo mucho daño, sin que yo me queje de nadie.

—Pues hoy no se trata sólo de vos, se trata de mí; si no pruebo vuestra inocencia, se me reprochará en el Ministerio de haberme interesado por un detenido indigno de mi protección. Os mando, pues, nombrar la persona ó personas de quien sospecháis.

—Pues bien, señor; los que tratan siempre de lastimarme con sus manejos, son Sagot y Brazier.

—¿Brazier, el ex notario?

—El mismo.

Este nombre pareció sorprender al Director, y después de reflexionar un instante, hizo llamar á un Vigilante, y le dijo:

—¿Brazier no está en este momento en la sala de disciplina?

—Sí, señor.

—Pues bien; traedle á mi presencia.

XIX

Pocos instantes después Brazier entraba en el despacho del Director.

—Acercáos, —dijo éste.

El ex notario dió dos pasos, pero oblicuamente, como si se deslizase, y bajo los anteojos, que se le habían autorizado á llevar, brillaban sus pequeños ojos, desprovistos de pestañas y ribeteapos de encarnado.

El Director le miró fijamente, y dijo:

—No es la primera vez que entráis en mi despacho: os hice llamar la semana anterior para deciros que no creía deber apoyar vuestra solicitud en demanda de indulto, y mientras os hablabá, vinieron á llamarme y tuve que salir á dar órdenes urgentes al Inspector. Os quedásteis solo, y aprovechásteis aquellos momentos para leer un manuscrito que había sobre la mesa, y quedaros en la memoria con algunos párrafos que habéis

enviado á un periódico de Paris, firmado por Lecomte.

— ¡Yo! — dijo Brazier, fingiendo gran sorpresa. — ¿Y con qué objeto hubiera hecho eso?

— Con el de dañar á Lecomte, á quien hace tres años atormentáis de continuo.

— Es él, él es el que á mi me hostiliza, — dijo Brazier con voz chillona y fijando una mirada furibunda en Lecomte. — ¡Ah! señor Director, ¡yo no esperaba esto! ¡Si de los dos hay una víctima, de seguro no es él!

— ¡Ah! — dijo Luciano.

— ¡Silencio! — ordenó el Director. — ¡Hablaréis cuando os interrogué!

Y dirigiéndose al antiguo Notario, prosiguió:

— Continuad. ¡Decís que sois la víctima! ¿De qué os quejáis? ¿Qué daño os ha hecho?

— Todo el posible, — dijo Brazier animándose por grados, fingiendo indignación. — He tenido que sufrir durante tres años raterías de toda especie, malas notas en mis trabajos, delaciones al maestro, que es amigote suyo, y hoy, el castigo que estoy sufriendo en la sala de disciplina, es obra suya.

Se detuvo y miró al Director como para juzgar el efecto producido por sus palabras.

— Pues bien, — dijo el Director, — lo que acabáis de decirme, prueba que no me había engañado; vuestra animosidad contra Lecomte resulta clara en todo lo que decís. Vos sois quien le ha dañado á él.

— Escribiendo en los periódicos y firmando con su nombre; me acusa también de esto.

— No es él el que os acusa, soy yo.

— ¿Tenéis pruebas de lo que decís, señor Director? ¿Quién os haya delatado esa falta, os habrá mostrado una copia de mi puño y letra!

— Eso nada significaría para mí, cuando estáis

aquí precisamente por haber imitado letra de otros; además, á quien hayáis confiado vuestro artículo, habrá sido con encargo de copiarle y rasgar el original.

— Pero, señor Director, ¿no es más sencillo creer que el artículo es de la persona que lo firma?

— Lecomte no podía cometer tal falta, cuando esperaba de un momento á otro ser indultado.

— Le esperaba, pero no le tenía; quizás ha concebido la idea de hacerse interesante con ese trabajo, de llamar la atención sobre sí iniciando mejoras para el sistema penitenciario.

— ¿Cómo habláis de esas ideas emitidas en el artículo, si no le conocéis?

— Perdonad, señor Director, — dijo el preso sin turbarse; — vais á decirme que se trataba de una Memoria vuestra, y conociendo vuestra ilustración, me figuro que emitirá grandes cosas que prueben que para el cargo que desempeñáis tenéis reconocida aptitud.

El Director hizo un ademán de querer cortar al preso la palabra, pero éste continuó imperturbado.

— Hoy, Lecomte se apercibe de que su artículo en lugar de favorecerle le perjudica, y me le atribuye á mí; pero su invención no tiene fuerza. ¿Cómo puedo yo hacer salir de la casa ese artículo? Yo no estoy en buenas relaciones como él con los maestros de taller, con sus familias...

— Basta: lleváos á este hombre, — dijo el Director al Vigilante.

— ¿Le vuelvo á la sala de disciplina?

— ¿Desde cuándo está?

— Desde hace tres días.

— Volved, pues, al taller, pero os prevengo que á la primera falta no volveréis á la sala de disciplina, sino al calabozo.

—No las cometeré si Leconte se causa de perseguirme.—Y al retirarse dijo á su compañero:—Vamos Leconte, ten compasión de un compañero de infortunio; por lo mismo que los dos somos personas de educación, nos debemos amistad; ya ves, un Notario y un Cajero.

El Vigilante cortó sus consideraciones, obligándole á andar.

El Director exclamó cuando hubo salido:

—Ese hombre no me ha inspirado nunca la menor confianza; le creo muy capaz de haberos jugado esa mala pasada, sin embargo de que se ha defendido hábilmente.

—Sí, demasiado.

—¡Ah! ¿Seguís acusándole? Ved que él os acusa también, y no sé á quien dar la razón.

—¡Oh! señor...

—Es indudable que vos estáis en buenas relaciones con el señor Petithomme, relaciones que ya me han sido delatadas, y podéis mejor que él hacer salir un escrito de la casa.

—Señor Director, os juro...

—Además él no estuvo en mi despacho más que algunos instantes, mientras que vos...

—Señor, señor, os juro que ignoraba la existencia de ese manuscrito. Un día me dijistéis que al tratarse de mí creíais en la paladra de un presidiario; si seguís creyendo en ella, señor, interceded por mí en el Ministerio. ¡Ah! es horroroso haber casi tocado la libertad, para volverla á perder.

—Tenéis razón; y como he sido yo quien os ha dado esas esperanzas, no quiero que se vean defraudadas. Mañana iré á Paris; explicaré lo ocurrido, y exigiré el cumplimiento de la palabra que me han dado.

—¡Gracias, señor, gracias! Si supieráis...

—¿Qué?

—¡La alegría que esperaba tener hoy! ¡Si supieráis quien me esperaba, quien va á llorar al no verme!...

—Vamos, vamos, ¡valor! Todo es cuestión de dos ó tres días.

—¡Dios os escuche, pero ya he perdido la esperanza! ¡Cuando se ha tocado el puerto, y...

No acabó, y á una señal del Director, un Vigilante le condujo de nuevo á su taller.

XX

La primera idea de Brazier al volver al taller, fué buscar á Sagot, y le encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el muro, y enfrente del escritorio donde debía sentarse Lecomte. Pidió labor y tomó asiento al lado de su compañero y amigo; mientras tomaba esta posición, le decía, aprovechando los instantes en que no observaba el Vigilante:

—El lazo que había tendido á Leconte, ha dado resultado, porque aún no tiene el indulto, y ¡Dios sabe si lo tendrá! No obstante, puede llegar de un momento á otro: si antes le pierdes, te doy, no sólo el tabaco, sino cinco mil francos cuando salgamos de aquí; ya sabes que una promesa de un camarada, es sagrada como un acta delante del Notario.

Pocos minutos después de la llegada de Brazier lo hizo Luciano Lecomte al taller, y ocupó su sitio habitual.

Acostumbrado hacía tiempo á las más rudas pruebas de la suerte, se reprochaba el instan-

te de abatimiento que acababa de tener; además, ¿su indulto no era cierto? ¿no se le ofrecía de nuevo el Director? ¿qué suponían tres ó cuatro días más de encierro para quien había pasado en él tres años! Pero Susana que le esperaba, ¿cómo interpretaría su ausencia? Esta era la idea que le atormentaba.

Afortunadamente, á cosa de las once, entró el señor Petithomme con el nuevo Contratista.

—¿Cómo! — dijo al ver al escribiente. — ¿Todavía estáis aquí? ¿no habíais sido indultado?

—Ha habido un entorpecimiento que no puedo explicaros. Voy á escribir á Susana, para que os llevéis la carta; pero, ved, Sagot nos mira.

Mientras el señor Petithomme instruía al nuevo Contratista, Luciano escribió rápidamente lo siguiente:

Mi querida niña: Asuntos imprevistos me detienen todavía lejos de ti; ten paciencia y confía que en breve te abrazaré, lo mismo que á tu padre. La señora Petithomme, á quien escribo para otros asuntos, te entregará esta carta.

Pocos momentos después el señor Petithomme se le acercaba de nuevo para pedirle datos y deslizaba en su mano el papel que acababa de escribir; luego Cornelio se despedía del taller para siempre.

Desde su sitio Sagot y Brazier observaban todo lo que pasaba en la mesa donde estaba Luciano.

De pronto oyéronse gritos en la estancia inmediata, el Vigilante se dirigió hacia allí creyendo que se trataba de alguna de esas riñas que cesan con su intervención; pero la disputa era seria, algunos presidiarios, con los útiles del trabajo, se asestaban golpes de muerte.

El Vigilante, comprendiendo que no bastaba su presencia, pidió auxilio, y bien pronto toda la población penal se puso en movimiento.

Faltando al reglamento, todos los penados, ávidos siempre de cualquier espectáculo, abandonaron el trabajo para rodear á los combatientes.

El nuevo Contratista, ansioso de estudiar las costumbres de los detenidos, se separó de Luciano, que le estaba entregando notas, para marcharse con los presos.

El Vigilante, después de dar aviso por medio del teléfono, trató de separar á los combatientes, pero éstos, enfurecidos, se volvieron contra él, y éste, seriamente amenazado pidió auxilio.

Luciano le oyó, y dejando precipitadamente su asiento, corrió en aynda de aquel desgraciado.

En aquel momento una docena de Vigilantes armados penetraron en el taller, y un minuto les bastó para librar á su compañero.

El orden se restableció, como por milagro; cada preso volvió á su trabajo, y los dos combatientes fueron á parar al calabozo.

El Contratista volvió á la mesa acompañado de Luciano, que se le había reunido en medio del alboroto.

Quiso reanudar su trabajo; buscó la cartera en que estaba tomando notas; no la encontró encima de la mesa; registró todos sus bolsillos, y entonces recordó que sorprendido por la disputa, la dejó sobre la mesa.

—¿Qué habéis hecho de mi cartera? — dijo á Luciano.

—¿Qué cartera? — preguntó éste.

—La en que tomaba notas hace un instante.

—Ignoro lo que ha sido de ella, señor.

—¿Cómo que lo ignoráis? Os habéis quedado solo; no habéis ido al sitio de la disputa, sino algunos minutos después...

—Es verdad; pero no me he fijado; mi atención estaba en la disputa.

—Pues es preciso que la cartera parezca,— dijo el Contratista alzando la voz.—Contenía diez mil francos, que debía llevar hoy á Paris para compras importantes.

Todos los presos prestaban atención: éste era un nuevo incidente que entretenía su monótona existencia.

Sagot y Brazier que eran los únicos que parecían no fijarse en lo que pasaba, seguían trenzando mimbre como trabajadores prudentes. Luciano en tanto aparecía aterrado; su instinto le anunciaba que aquello era un peligro más terrible que los otros.

En este momento se presentó el Director, á quien le habían dado ya parte de la reyerta que acababa de tener lugar, y dijo al entrar:

—Todos los penados de este taller quedan privados de cantina durante una semana, por haber dejado su sitio para presenciar una riña; en cuanto á los que han tomado parte en el alboroto, me ocuparé de ellos particularmente.

Nadie respondió; la efervescencia había pasado y se les preparaba ya otro incidente. En efecto, el nuevo Contratista acababa de acercarse al Director, y le decía algunas frases en voz baja.

—¿Cómo!—repuso el Director;—¿decís que el encargado de la contabilidad es el único que se ha quedado aquí?

—Sí, señor; todos han acudido al sitio de la cuestión menos él.

—¿Y estáis seguro de que se quedó aquí la cartera?

—Sí, seguro.

El Director llamó á uno de los Vigilantes que no habían tomado parte en el alboroto, y le dijo:

—¿Alguno de los detenidos ha salido de la sala durante la reyerta?

—No, señor, ninguno; sólo cuando ha concluido han salido los contendientes.

—Está bien; que bajo ningún pretexto salga nadie. ¿Cuántos estáis aquí para vigilar este taller?

—Tres, señor.

—Está bien; guardad la puerta.

Volvió al centro del taller, y dijo á Luciano Lecomte:

—¿Sabéis de qué se trata? Se ha formulado contra vos una nueva acusación.

—¿Otra más?

—Y grave. Había una cartera sobre esta mesa; no se ha quedado nadie aquí más que vos; vuelven dentro de un instante, y la cartera ha desaparecido.

—Yo también he dejado un momento mi sitio; todos lo han visto.

—Pero después de haber tenido bastante tiempo para hacer desaparecer la cartera,—dijo el nuevo Contratista.

—¿Y por qué habéis dejado vuestro puesto?—exclamó el Director.

—El Vigilante se veía amenazado y pedía socorro.

—¿Y sostenéis que no habéis tocado la cartera?

—Lo sostengo.

—Entonces, por vuestro propio interés, se va á proceder á registraros y se reconocerá minuciosamente el escritorio.—Y dirigiéndose á uno de los Vigilantes, exclamó:—Lleváos al detenido, y que se proceda á un escrupuloso registro en todas sus ropas.

Al mismo tiempo que Luciano se alejaba, la mirada de éste cayó sobre Brazier y Sagot, y algo vió en ellos que le obligó á detenerse.

XXI

—¿Qué miráis?— preguntó el Director á Luciano.—¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa?

—Sí, señor; en el momento de salir me ha ocurrido que alguna otra persona ha podido aprovechar el tumulto que reinaba en la sala para acercarse á esta mesa.

—¿De quién sospecháis?

—De Sagot y de Brazier.

El primero levantó la cabeza, pintándose en su rostro el más profundo asombro; el segundo, parecía poseído de la más tremenda indignación.

—¡Ah! bien os había yo dicho, señor,— exclamó;— apenas he salido de la sala de corrección, y ya quiere hacerme volver á ella.

—¡Silencio!— dijo el Director.— Si no sois culpable, pronto podréis probar vuestra inocencia, dejándoos registrar.

—Que me registren, señor, que me registren; no deseo otra cosa.

—¡A mí también!— exclamó Sagot con vehemencia.

El Director había dado la orden en voz baja de que registraran á Luciano, siempre interesado por aquel preso, que era persona educada. Después de su partida, dió orden de registrar igualmente á los otros, y en vano; ninguno de los tres registros dió por resultado el descubrimiento de de la cartera; pero como todo el mundo sabe que un objeto robado puede ser transmitido de mano en mano, se procedió igualmente al registro de

los presos de la sala; ¡en vano! Entonces se hizo desalojar el taller, pasando los detenidos uno á uno entre los Vigilantes que los reconocían, y cuando estuvieron todos fuera, procedióse á una minuciosa inspección en toda la estancia.

La mesa en que escribía Lecomte, fué sobre todo, escrupulosamente reconocida, y el Director, sin apartarse del taller, dirigía la requisa, manifestando gran empeño en que pareciese la cartera. Era para él grave responsabilidad el que se dijese que dentro de la casa se había operado sustracción semejante.

El Vigilante vino á decir que nada se había encontrado encima á Lecomte, y que éste seguiría protestando de su inocencia; pero el Director mandó que se le pusiera en la celda, y que se tuviera cuidado en que no se comunicasen los acusados unos con otros.

Dadas estas órdenes, el Director volvió á su despacho y se apresuró á dar parte al Juzgado del importante robo que se había cometido en el establecimiento.

Estando ausente de su Despacho, el Procurador de la República cuando se recibió el aviso, el suplente se personó inmediatamente en la Casa de Corrección. Este era un joven deseoso de adquirir fama, y haciéndose conducir al calabozo donde se había encerrado á Lecomte, empezó por hostigar al detenido.

Este desgraciado, que no esperaba tan brusco interrogatorio, al ver abrir su celda, creyó, por el contrario, que aclarado el hecho, iban á ponerlo en libertad, cuando el joven magistrado le hizo saber, que no habiéndose encontrado el cuerpo del delito, era inútil que se obstinase en disimularlo.

Luciano se indignó, precisamente cuando la moderación y la calma le eran más necesarias.

Si en su primera acusación había sido sumiso por salvar á un hermano querido, ahora se defendía con toda la energía de un corazón largo tiempo lacerado.

El joven Magistrado salió de allí creyendo que se le faltaba en la dignidad de su cargo, y se dirigió muy poco satisfecho al despacho del Director, donde hizo venir á algunos detenidos del taller de cestería.

Brazier y Sagot comparecieron los primeros, jurando que nada habían visto, que nada sabían; protestaron de las palabras del preso, diciendo que ellos no tenían por qué quererle mal, siendo así que, por el contrario, siempre estaban sufriendo sus vejaciones.

El Juez tomó aquella falsedad por inocencia, y juzgó á los acusados dignos del mayor interés; otros testigos fueron interrogados, y sólo uno, al que sin duda Brazier había dado ya su lección, dió á entender que no se había registrado bien el escritorio de Leconte, que ¡quién sabe si tenía *plancha*!

XXII

El Director asistió al interrogatorio, y se apresuró á explicar al Juez lo que en el *cató* de las prisiones significa *plancha*, que son los escondites donde los presos ocultan los objetos que quieren sustraer á los Vigilantes.

—¡Es posible!—dijo el joven Magistrado; ¿y no se han reconocido esos escondites?

—Haré observar al señor Magistrado, que si los conociéramos, no existirían.

—Es verdad. Pues es preciso buscarlos, descubrirlos. Este preso da á entender que Leconte puede tener un escondite en la misma mesa en que trabaja.

—Por desgracia,—dijo el Director,—hemos registrado inútilmente toda la mesa.

—Pues es preciso volver á reconocerla: levántad hasta las tablas del pavimento.

—Señor, el pavimento de esta casa no es de tablas, sino de ladrillos, y se han examinado todos los que parecían desunidos ó removidos recientemente.

—Pues es preciso buscar la *plancha* que, según ese detenido, tiene Leconte.

—Eso deseo, pero ni mis Vigilantes ni yo sabemos donde buscarla: se han abierto los cajones, se han registrado todos los paquetes, los libros...

—¿Nada más?

—¿Qué más queréis que hiciera, señor Magistrado.

—Destruir la mesa entera.

—Estoy pronto, señor; pero será dándome vos una orden firmada, con la cual yo salve mi responsabilidad ante el Ministerio, porque me pedirán cuentas por haber destruído el mobiliario...

—Se os dará esa orden,—dijo con cierta solemnidad.—Toda cuestión de economía desaparece ante la rectitud de la ley.

Inmediatamente se dirigieron hacia el taller, y comenzó la destrucción de la mesa bajo la dirección del Magistrado, sin dar resultado alguno: desmontaron después los sillones unidos al escritorio, y los secretos que esperaban encontrar, no parecieron.

A pesar de la calma que quería imponerse el Magistrado, su agitación era visible. Si después de todas estas órdenes de destrucción no se encontraba *plancha* ni escondite, el personal de la

Si en su primera acusación había sido sumiso por salvar á un hermano querido, ahora se defendía con toda la energía de un corazón largo tiempo lacerado.

El joven Magistrado salió de allí creyendo que se le faltaba en la dignidad de su cargo, y se dirigió muy poco satisfecho al despacho del Director, donde hizo venir á algunos detenidos del taller de cestería.

Brazier y Sagot comparecieron los primeros, jurando que nada habían visto, que nada sabían; protestaron de las palabras del preso, diciendo que ellos no tenían por qué quererle mal, siendo así que, por el contrario, siempre estaban sufriendo sus vejaciones.

El Juez tomó aquella falsedad por inocencia, y juzgó á los acusados dignos del mayor interés; otros testigos fueron interrogados, y sólo uno, al que sin duda Brazier había dado ya su lección, dió á entender que no se había registrado bien el escritorio de Leconte, que ¡quién sabe si tenía *plancha*!

XXII

El Director asistió al interrogatorio, y se apresuró á explicar al Juez lo que en el *cató* de las prisiones significa *plancha*, que son los escondites donde los presos ocultan los objetos que quieren sustraer á los Vigilantes.

—¡Es posible!—dijo el joven Magistrado; ¿y no se han reconocido esos escondites?

—Haré observar al señor Magistrado, que si los conociéramos, no existirían.

—Es verdad. Pues es preciso buscarlos, descubrirlos. Este preso da á entender que Leconte puede tener un escondite en la misma mesa en que trabaja.

—Por desgracia,—dijo el Director,—hemos registrado inútilmente toda la mesa.

—Pues es preciso volver á reconocerla: levántala hasta las tablas del pavimento.

—Señor, el pavimento de esta casa no es de tablas, sino de ladrillos, y se han examinado todos los que parecían desunidos ó removidos recientemente.

—Pues es preciso buscar la *plancha* que, según ese detenido, tiene Leconte.

—Eso deseo, pero ni mis Vigilantes ni yo sabemos donde buscarla: se han abierto los cajones, se han registrado todos los paquetes, los libros...

—¿Nada más?

—¿Qué más queréis que hiciera, señor Magistrado.

—Destruir la mesa entera.

—Estoy pronto, señor; pero será dándome vos una orden firmada, con la cual yo salve mi responsabilidad ante el Ministerio, porque me pedirán cuentas por haber destruído el mobiliario...

—Se os dará esa orden,—dijo con cierta solemnidad.—Toda cuestión de economía desaparece ante la rectitud de la ley.

Inmediatamente se dirigieron hacia el taller, y comenzó la destrucción de la mesa bajo la dirección del Magistrado, sin dar resultado alguno: desmontaron después los sillones unidos al escritorio, y los secretos que esperaban encontrar, no parecieron.

A pesar de la calma que quería imponerse el Magistrado, su agitación era visible. Si después de todas estas órdenes de destrucción no se encontraba *plancha* ni escondite, el personal de la

casa quedaba á cubierto, y él, víctima de la burla de un detenido; pero si, por el contrario, el objeto parecía, era un golpe maestro de su parte, y un principio glorioso para su carrera.

La mesa había sido inspeccionada en todas sus partes: veíanse apilados en el suelo sus cajones; después de haberlos desocupado y sondeado, al Magistrado se le ocurrió decir:

— ¡Si hiciéramos astillas la mesa entera!...

— Podéis hacerlo, — dijo el Director ya amostazado; — mientras hacemos eso, pasamos el tiempo.

La luminosa idea se puso en práctica; todas las tablas de la mesa se hicieron pedazos, y el Magistrado fijo en su idea, exclamó:

— Ya no nos queda más que los pies de la mesa; que sufran la misma suerte.

— Como gustéis. Dad un hachazo, — dijo el Director á uno de los Vigilantes. — Después de todo, así la mesa no tiene ningún valor.

Pero el Vigilante que armado de un hacha cumplía las órdenes, se detuvo á mitad de la operación...

— ¿Que tenéis, — le dijeron.

— Aquí hay una cavidad.

— Veamos, — dijo el Magistrado, en cuyos ojos se leyó una mirada de triunfo.

Introdujo por sí mismo la mano, y parecía tan profunda, que no era posible llegar con ella al fondo; mandó que se dieran un par de hachazos más, y en efecto, en aquel pie macizo existía un hueco perfectamente disimulado, en cuyo fondo se encontró la cartera que buscaban con los diez mil francos.

— Ya lo veis, señores, — dijo el Magistrado paseando una mirada de triunfo; — ¡la Justicia no se engaña jamás!

Todos se inclinaron con asentimiento, y el Director no pudo disimular una sonrisa.

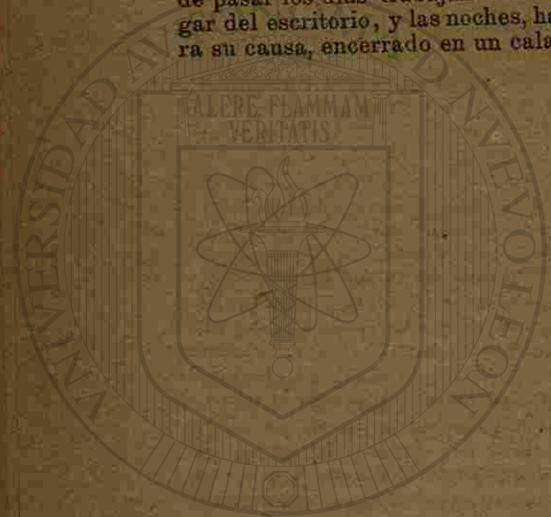
Por desgracia esta victoria material inspiró al novel Magistrado otra más completa, y después de haber hecho el descubrimiento del cuerpo del delito, se propuso probar la culpabilidad del acusado Lecomte. La ocasión que se le presentaba al Procurador de la República, era de aquellas que en principio no se dejan escapar, y para todos los Magistrados que iban á entender en el proceso, aparecía Luciano Lecomte con negros colores, gracias á la habilidad que se proponía emplear aquel Magistrado.

La inverosimilitud, como tantas veces sucede, debía imponerse á la verdad, que á veces no se presenta creíble. Luciano era un presidiario; las pruebas materiales estaban en contra suya, y la verdad era, que antes de la llegada de Luciano á la Casa Central, aquel escondite había sido practicado por su antecesor, íntimo amigo de Sagot, al que había hecho conocer el secreto por si le pudiera ser útil algún día. Sagot había sido discreto guardando el secreto para si hasta aquel instante, en donde después de robar y ocultar la cartera para ser consecuente con su amigo Brazier, gozaría el tabaco y el dinero que éste le ofreciera, y se hizo el razonamiento siguiente: — Si se descubre el secreto, Lecomte está perdido; si no se descubre, tendré igualmente esto, y además los diez mil francos guardados en la cartera escondida, porque antes de abandonar la prisión, me ingeniaré, para apoderarme de ella.

Como se ve, la cartera pareció, y el desgrado Luciano sucumbió bajo la implacable verosimilitud.

Quando el Juez de Instrucción entregó la causa, los Magistrados la estudiaron con detención, resolviendo que el acusado compareciera ante el Juzgado del Seine y Marne.

Luciano era ya un sentenciado que sufría una condena: su situación no podía sino agravarse; empezó, pues, su martirio con la dura variación de pasar los días trabajando en un taller, en lugar del escritorio, y las noches, hasta que se viera su causa, encerrado en un calabozo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE

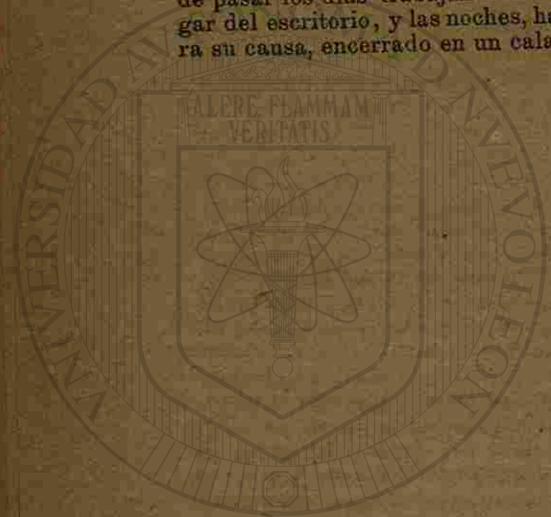
I

DESDE su llegada á Paris, Mourad-Bey no habia perdido el tiempo, y después de alquilar en la calle del Circo un magnífico hotel, cuyos jardines se extendían hasta la Avenida del Eliseo, le hizo amueblar por Fleuriot, tan conocido en Paris como estimado en Oriente, desde que tuvo á su cargo alhajar el palacio del Kedive. Gracias al gusto de este tapicero, la morada del antiguo habitante de Túnez no chocaba ni por la exageración ni por la afectación de sencillez, escollo que todas las personas distinguidas logran salvar.

Mientras decoraban su nueva habitación, Mourad reanudaba amistades con sus antiguos amigos de Paris, ó con los que se habia conquistado en sus largos viajes, todas personas de la mejor sociedad parisién. Su desgracia ministerial, en lugar de dañarle, le hacía simpático, y su manera original de salir de Túnez, quemando su palacio y dando libertad á trescientas mujeres, le aseguraban las simpatías de una sociedad siempre ávida de excentricidades.

Los diplomáticos que le habían conocido en

Luciano era ya un sentenciado que sufría una condena: su situación no podía sino agravarse; empezó, pues, su martirio con la dura variación de pasar los días trabajando en un taller, en lugar del escritorio, y las noches, hasta que se viera su causa, encerrado en un calabozo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE

TERCERA PARTE

I

DESDE su llegada á Paris, Mourad-Bey no habia perdido el tiempo, y después de alquilar en la calle del Circo un magnífico hotel, cuyos jardines se extendían hasta la Avenida del Eliseo, le hizo amueblar por Fleuriot, tan conocido en Paris como estimado en Oriente, desde que tuvo á su cargo alhajar el palacio del Kedive. Gracias al gusto de este tapicero, la morada del antiguo habitante de Túnez no chocaba ni por la exageración ni por la afectación de sencillez, escollo que todas las personas distinguidas logran salvar.

Mientras decoraban su nueva habitación, Mourad reanudaba amistades con sus antiguos amigos de Paris, ó con los que se habia conquistado en sus largos viajes, todas personas de la mejor sociedad parisién. Su desgracia ministerial, en lugar de dañarle, le hacia simpático, y su manera original de salir de Túnez, quemando su palacio y dando libertad á trescientas mujeres, le aseguraban las simpatías de una sociedad siempre ávida de excentricidades.

Los diplomáticos que le habian conocido en

Túnez en la época de su esplendor le creían fabulosamente rico, y por todas estas razones, unidas á su buena figura y excelente trato, tuvo la más lisonjera acogida en todos los círculos parisienses.

Algunos de sus amigos tuvieron empeño en presentarle en esos círculos donde se reúnen los hombres á fumar, charlar ó jugar, resistiéndose él tenazmente.

—¿Para qué?— decía.— En los Clubs donde no se juega, se aburre uno, y en los que se juega, estoy demás, porque no toco una carta.

—Pues bien, veréis jugar;— le respondían;— y vuestra prudencia destacará doblemente en parangón con nuestros vicios.

Estos razonamientos, constantemente repetidos, acabaron por triunfar de la resistencia de Mourad que, desde el mes de noviembre, empezó á gozar de los espectáculos, de los vicios parisienses. En los dos ó tres círculos que fué presentado, era buscado, estimado, no solamente por sus condiciones personales, sino porque no desdeñaba favorecer al jugador desplumado que ya no tenía ni crédito ni casa. Su bolsa estaba abierta para sus amigos y muchas veces se anticipaba á sus deseos.

—Como no juego jamás,—les decía,—me considero rico por todo lo que hubiera perdido: dejadme, pues, poner á vuestra disposición las ganancias que debo al espectáculo que todas las noches me ofrecéis.

No se limitaban sus favores á sus amigos íntimos; en una ocasión había salvado al Gerente de un Club, y como éste quisiera interesarle en sus beneficios, el ex Ministro tunecino, de ordinario afable y cariñoso, se ofendió, respondiendo con altanería:

—Si yo hago un favor á mis amigos, se lo hago

gratis, y no especulo con una pasión que deploro y sería el primero en querer corregir.

En efecto, trabajaba en este sentido y había dicho alguna vez á sus íntimos amigos:

—¿Por qué no renunciáis á un vicio que absorbe vuestras facultades como si los demás placeres de la vida no existieran? Si no sabéis en qué pasar la noche, haced como yo, mirad jugar. Si observárais como observo, os convenceríais de que no hay ganancia segura, que el beneficio de un mes se pierde en una noche, y no luchéis contra ningún enemigo que al fin os devorará, y que esconde otro enemigo más terrible aún, el griego.

—¿Creéis que no es un mito?

—Tengo la convicción de lo que digo. Pero cuando hay personas que, como yo, no juegan y lo observan todo, el griego se escama y desaparece: donde yo estoy, no hay fulleros, tenedlo por seguro.

¿Qué les importaba á aquellos hombres, cegados por la pasión del juego, las observaciones y saludables consejos de aquel intruso, que se atrevía á vituperar su conducta, y se empeñaba en poner de relieve sus vicios?

Querían trate con Mourad, por si en un momento dado tenían que recurrir á su generosidad, por lo demás, ¿qué les importaba la vida de aquel oriental?

Desde su llegada á Paris, nadie era más asiduo que él en los distintos círculos de que formaba parte.

Despertábase á las once de la mañana, se vestía, almorzaba, y á las tres salía de su casa, ocupando una berlina tirada por dos yeguas inglesas, perfectamente enjaezadas; el cochero, con librea irreprochable, guiaba sus yeguas hacia los Campos Eliseos, recorría la Avenida del Bosque de Bolonia, se detenía en la calle, que costea el lago,

donde Mourad bajaba para pasear una media hora, devolviendo saludos y estrechando la mano de algún amigo.

Ocupaba de nuevo su carruaje, y el cochero, sin recibir órdenes, como obedeciendo á una consigna, tomaba el camino de la Muette y calle de Ranelagh, entrando en el patio de un hotel, cuya puerta se abría al llegar el carruaje, deteniéndose ante la escalinata de estilo morisco. Mourad subía los escalones, atravesaba el vestíbulo, y entraba en un salón decorado á la oriental, donde había alojado á la hermosa circasiana, porque Mourad, sin olvidar del todo las costumbres de su país, se permitía el lujo de un segundo palacio, cerrado á los hombres y consagrado á las mujeres, especie de harén en miniatura, donde la esclava favorita permanecía inamovible. Nada había cambiado en la existencia de Fatmah; sólo en lugar de tener por rivales las cuatro esposas legítimas y las varias odaliscas de Tunez, veía pasar ante sus ojos y ocupar algunos instantes la atención de su señor, esposas infieles, aventureras actrices y bailarinas.

Paris empezaba á conocer el asilo reservado á los amores de Mourad, y más de una curiosa del *demi-monde* no resistía al deseo de estudiar uno de los aspectos de la vida oriental. Había más de una indiscreta que, olvidando que en ello se comprometía, ponderaba el lujo de aquella casa, la galantería del dueño ó la hermosura de la esclava que habían admirado un momento con su traje oriental.

Mourad, el doce de Marzo, no permaneció más que una media hora con Fatmah, y subiendo de nuevo en su carruaje, se dirigió á Paris.

II

A las cinco entraba en uno de los círculos más conocidos: éste estaba muy concurrido, porque desde hace algunos años, antes de comer, los socios de los más elegantes Clubs, se reúnen á jugar algunas partidas ó charlar por pasar el tiempo.

—Y bien, — dijo Mourad después de saludar á varias personas que le rodearon, — ¿qué tal va esto hoy? ¿Estáis contentos del *banquero*?

—No va mal, no va mal, — dijeron algunos; — la *banca* se ha renovado ya tres veces.

—¡Hola! ¡Es cosa de verlo!

Y se acercó á la mesa de juego, estrechando la mano de uno, ó devolviendo saludos á su paso.

El *banquero* siguió perdiendo, y tuvo que renunciar á la lucha. La *banca* subastada fue adjudicada en doscientos lises, y el que se la llevó era de unos cuarenta años, conocido en el Círculo, jugador de buena suerte, pero sin haber dado jamás motivo para que se dudase de su buena fe: jugaba poco tiempo, no *apuntaba* jamás, ni *tañaba* más que una *banca*... Aquel día tuvo tanta suerte como de costumbre; ganó las tres primeras *tiradas*, con los *puntos* de *seis*, *siete* y *cuatros*, y arrojó la *baraja* al *cesto*; su ganancia era de unos veinte mil francos. Se dió por satisfecho, y dejó el Club, sin que nadie le echara de menos; tan animado estaba el juego en aquel momento.

Mourad salió pocos instantes después y se dirigió á otro Club, donde fue también cariñosamente acogido. A poco de llegar, un joven ele-

gante, de mangras sueltas, tomó la banca exclamando:

—Señores, mucho cuidado; hoy tengo instintos afortunados; ved lo que hacéis.

—No nos vengáis con músicas, — le dijo otro.

Música en el *caló* de los jugadores, es hablar en broma, y en broma debía hablar el *banquero*, cuando á pesar de su seguridad, perdió en tres *jugadas* consecutivas cincuenta lises. Amostazado pidió otra baraja, la mezcló mucho y largo rato, con pretexto de cambiar la suerte, y en efecto, la cambió, porque recobró todo su dinero y un beneficio de muchos miles de francos.

—Basta por hoy, — dijo arrojando las cartas; — ya he ganado la comida.

—¡Y suculenta! — dijo uno de los *puntos* desgraciados.

En el tercer *Círculo* que visitó Mourad, quiso la casualidad que viese tallar otro *banquero* afortunado, y como en esto llegó la hora de comer, dejó la sala de juego y pasó al comedor, donde comió alegremente entre varios amigos.

A las nueve se dirigió á la *Opera* y tomó asiento en una butaca de orquesta que tenía abonada. Aplaudió con los abonados que tenía cerca á la *bailarina* de moda, y abandonó la *Opera* en cuanto concluyó el baile. Visitó después otros varios *Clubs* de que formaba parte, deteniéndose media hora en uno, una hora en otro y visitando alguno que no había visitado por la tarde.

A las tres de la mañana, cuando ya las partidas comenzaban á perder su interés, salió al *boulevard*, y después de pasear un rato y convencerse de que nadie le seguía, tomó un coche de plaza, porque al salir del teatro había despedido al suyo; y un cuarto de hora después llegó á la *Avenida Villiers*, y delante de un pequeño hotel, separado de otras casas por terrenos sin edificar, des-

pidió el coche; se dirigió á la puerta, sacó una llave del bolsillo y entró.

Un mechero de gas, todavía encendido, le permitió dirigirse á la escalera; subió al piso principal y se encontró en una habitación elegantemente amueblada, y en una mesa que adornaba el centro se veía una excelente cena fiambre. Disponíase á hacerle los honores, cuando apareció Sivasti, su antiguo *Secretario*.

—¡Calle! — dijo Mourad al verle, — ¿has vuelto ya?

—Hace diez minutos, y ya me impacientaba tu tardanza.

—No he podido venir antes. El *Candor* no ha tallado su segunda banca hasta las dos de la madrugada, y quería darte la cifra exacta de su ganancia.

—¿Qué ha ganado?

—Diez y ocho mil quinientos francos.

—Tomaré nota. Cenemos.

—Acepto con gusto, pues me muero de hambre. ¿Eres tú quien ha preparado esta cena?

—No, mi criado.

—¡Ah! ¿has tomado criado?

—Tranquilízate; es un hombre casado, cuyo servicio termina á las siete de la tarde, se va á dormir á su casa. Estamos solos, como has deseado.

Después de hacer una profunda brecha en una terrina de *foie-gras*, Mourad respondió:

—Sería imprudente lo contrario. Si nuestros Agentes sospachasen nuestras relaciones, no podría ejercer sobre ellos la vigilancia que constituye nuestra fuerza. Saben que están vigilados, puesto que tú les dices todos los días su ganancia líquida, y están aconsejados y dirigidos, sin que ninguno de ellos sepa el nombre...

—¿Del Rey de los Griegos?... — dijo Sivasti.

—¡Rey de los griegos! Acepto el título; le acepto francamente, descaradamente si tú quieres. Desde aquel día en que, á bordo del *Africa* el señor C..., nos inició en los misterios de los griegos, me dije:—Mi fortuna está ahí; por este medio recobraré mas que los árabes me han robado. Lo que cada uno ha hecho en pequeño, yo lo haré en grande. Formaré una sociedad anónima, de que seré Jefe; seré Rey constitucional de una agrupación, sin comprometerme, dejando la responsabilidad á mis Ministros.

—El Ministro soy yo:—dijo Sivasti.

Levantóse de la mesa, tendióse en un largo diván, y con una copa de licor en la mano y un cigarro en la otra, exclamó:

—Dime, señor: ¿cuándo piensas en tu nueva posición, no tienes remordimientos?

—¡Remordimientos! ¿por qué tenerlos? Si acaso, cuando explotaba mis compatriotas para enriquecerme; pero, en mi calidad de musulmán, estoy en mi derecho explotando á extranjeros ó cristianos... Me figuro que, desde su Paraíso, el Profeta debe mirarme con buenos ojos.

—¿Lo creés así?—Dijo Sivasti lanzando al espacio bocanadas de humo.

—¡Sí lo creo! Figúrate, por un instante, que el Oriente está en guerra con el Occidente...

—Me lo figuro; si puede servir á tus razonamientos.

—Pues bien; como oriental, impongo un tributo á mis enemigos.

—No está declarada la guerra.

—Perdona; nuestra religión nos manda siempre combatir á los infieles; lee el Corán.

—No me pidas eso; prefiere creerte.

—Además,—continuó Maurad, paseándose por la estancia,—¿acaso encuentras á los jugadores dignos de interés? ¿Son imbéciles destinados á en-

riquecer al que sepa más que ellos! ¿Qué hacemos, después de todo? Tratamos de corregir la fortuna, que es ciega, y... *utilizamos nuestras ventajas*, como decía el cardenal Mazarino, célebre por su sagacidad en el juego; porque, antiguamente, se tenía más tolerancia que hoy con las *habilidades*. El caballero de Grammont tenía vanidad de sus fullerías en el manejo de las cartas, lo que no le impedía figurar en las Cortes de Luis XIV y de Jacobo II de Inglaterra. Langlée, un griego de mérito, estaba en buenas relaciones con la Montepan, y tomaba parte en los juegos del Rey, y en tiempos de Luis XVI, los medios empleados por los jugadores y las astucias en el juego fueron tales, que se publicaron en un periódico de la época llamado *Diógenes en París*; y nadie se asombraba; nadie gritaba; se jugaba con furor; sólo, que en lugar de luchar contra la suerte, cada cual empleaba la habilidad que poseía.

—¡Qué enterado estás!—dijo Sivasti bostezando.

—He tenido que buscar los medios de calmar tus escrúpulos.

—No los tengo, los tendré el día en que esté cogido y castigado.

—Eso no puede ser.

—Pruébame.

—Nada más fácil; ¿donde están los cigarros?

—Sobre la chimenea.

III

Después de encender un cigarro Mourad, fué á sentarse enfrente de Sivasti, y le dijo:

— ¿Qué peligro corres? Ninguno, si sigues el plan que te he trazado después de los largos debates, en que hemos discutido la idea principal. Cuando ya se presentó clara, precisa, luminosa, nos propusimos explotarla por el orden siguiente: Yo, presentándome en París como hombre acaudalado, hacerme recibir en todos los Clubs, inspirar confianza, no jugar jamás, afirmando que las cartas me son odiosas; pero sí observar á los jugadores, descubrir ó sorprender algun *griego*, si existía, y señalártelo. Tú, por el contrario, no debías aparecer en ningun sitio público, y en cambio, visitar á las personas que yo te señalase, y decirlas:— Conozco vuestro oficio; no os alarméis, no gritéis, sería peligroso, porque con una sola palabra os hago expulsar del Club donde operáis, y si es necesario, os hago prender. Más cuenta, pues, os tiene, que hablemos como amigos, y hagamos un trato; os tengo por un *filósofo*, pongo un capital para *trabajar* en grande escala, os ofrezco fondos con los que podéis *tallar* mil luisés; pero todos los días vendréis á darme cuentas y entregarme la mitad de la ganancia del día anterior. Así ganaréis diez veces más de lo que ganáis ahora. Os advertiré, que disfruto gran influencia oculta, puesto que yo no frecuento ningún Club; y si no aceptáis mis proposiciones antes de ocho días, seréis expulsado sin la satisfacción de saber de donde viene el golpe que os

hiere. Si, por el contrario, aceptáis, creceréis en importancia y consideración; y si, lo que no es creíble, fueseis sorprendido *in fraganti*, el poder misterioso de que dispongo, conjuraría el peligro, evitando el escándalo, y al poco tiempo de esta asociación, tendréis una fortuna con que retiraros del trabajo.

Mourad se detuvo para encender un cigarro, y Sivasti, que no le había interrumpido, aprovechó aquel paréntesis, para exclamar:

— Todo eso es verdad, y de este modo nos hemos procurado hasta seis *operarios*, que trabajan cada uno en distinto Círculo, y gracias á la vigilancia que sobre ellos ejerces, nos pagan exactamente nuestras ganancias, trayéndome por término medio treinta mil francos por día.

— Ya ves si mi idea era buena; antes de dos años, y á pesar de la existencia suntuosa que nos rodea, habré recobrado mis millones y tú no caerás de nada.

— Es lo menos que puedes hacer; tú tienes todas las flores del oficio, mientras que á mí me dejas los abrojos. Vives en la mejor sociedad, disfrutas la estimación de las personas honradas, mientras que yo no trato más que con bribones.

— ¡Bah! Les dedicas un par de horas al día, y disfrutas á tu antojo de todas las demás; yo, en cambio, tengo obligación de estar en los Clubs desde las cinco de la tarde hasta las altas horas de la madrugada...

— Pero, nadie te insulta, nadie te amenaza...

— ¿Acaso esos insultos te commueven? Bien saben que nada pueden hacer contra tí. ¿Denunciarte en el Club? no te conocen; ¿á la Policía? se denunciarían á sí mismos. ¿Cómo perseguir por el delito de jugar á quien no toca una carta? Además, en caso de peligro, pondría en juego todas mis relaciones, mi grande influencia; con

sólo levantar un dedo, te sacaría de cualquier apuro; pero no tienes nada que temer.

—Dices bien; no hablemos de tus remordimientos ni tus temores, mucho más que es tarde... es decir, demasiado temprano. ¿Tienes que hacer alguna observación de lo que has presenciado hoy?

—Casi nada. Dirás al *Candor* que no se ponga á tallar antes de las seis; por poco no llego á tiempo de presenciar su banca. El *Candor* ha tallado dos veces, lo que es contrario á nuestros propósitos: no debe tallar más que una. Muchas oancas dichas acabarían por despertar sospechas... El *Tragón* ha tenido un movimiento nervioso al deslizar las cartas preparadas. Dile que se contenga, y no juegue en un par de días para calmar sus nervios. El *Jovial* ha barajado mucho, y con demasiada atención: que no se preocupe tanto, ó acabará por infundir sospechas. He dicho. ¿Tienes por tu parte algo que comunicarme?

—Sí; el *Receloso*, — dijo Sivasti, — afirma que está malo; pide veinte mil francos, y promete traerme cien mil lo menos.

—Se los niegas; iría á perder nuestro dinero á Monte-Carlo, donde no se puede andar con bromas; además, se debe desconfiar de ese hombre; tiene á veces veleidades de honradez. ¿Cuánto dinero tienes en caja?

—Trescientos veinte mil francos; pero temo verme obligado á abrirles brecha; me he dejado coger en las redes de una criatura adorable, pero de un apetito voraz.

—¡Cómo te envidio! — dijo Mourad suspirando. — Los glotones sucumben más pronto ó más tarde, ante la tentación de una buena comida, pero los que tienen un apetito honesto...

—¡Adiós! ¡ya vas á hablarme de la hermosa Susana de Bussine! ¿Sigue ocupando tu corazón?

—¡Más que nunca! ¡No piense más que en ella!

Todas las mujeres que visitan el Palacio de Fatmah me son indiferentes, como me llegaron á ser las esclavas de mi *harén*; pero esta linda Susana, con sus ojos azules, sus cabellos rubios, su honradez...

—Basta, — dijo Sivasti; — su honradez es lo que te seduce. En Túnez no encontrabas resistencia; ¡tantas mujeres, otras tantas esclavas! En París la misma facilidad con casi todas; las más porque te han encontrado seductor, las otras original, y si te lo propones, las más lindas, las más encumbradas de la sociedad parisién, harán una corta estación en tu Palacio oriental; pero Susana de Bussine no pondrá los pies en aquella casa, y por eso la prefieres á todas.

—Es verdad; pero el mal no desaparece porque la causa se conozca.

—Puede por lo menos combatirse... La virtud de Susana es la que sostiene tu pasión; pues hay que destruir esa virtud.

—No deseo otra cosa; ¿pero, cómo?

—¿Ves con frecuencia á tu adorada?

—No; cuando voy al estudio de su padre á comprar algún cuadro, y voy de tarde en tarde. Tengo la timidez de un enamorado.

—Así sucede siempre. ¿No me has dicho que tu pintor de cámara estaba enamorado de Fatmah?

—Sí, y juraría que su pasión hace rápidos progresos.

—¿Dónde se ven?

—En el estudio del pintor, donde Fatmah va todos los días hasta acabar el retrato.

—¿Y la crees insensible al amor que inspira?

—Absolutamente. ¿Pero qué hay de común entre el amor del padre y el que me inspira la hija?

—Ya te expondré más adelante mis ideas. Otra

pregunta: me dijiste á bordo del vapor *Africa* que el señor de Bussine tenía las cartas, quizá por haberlas manejado mucho.

—Si, eso dije.

—No te habías engañado; he averiguado en la sociedad que me rodea, que Jorge de Bussine se arruinó en otro tiempo al juego; pues una noche se cegó, en términos de dejar sobre la mesa unos cien mil francos, y que al siguiente día dejaba la Francia y salía para Argelia; desde aquel día no ha tocado una carta, pero ya conoces el refrán: *El bebedor nunca se cansa de beber...*

—Bien. ¿Qué tengo que ver con esos refranes?

—Si nada deduces de ellos, me explicaré. El amor de Bussine por Fatmah, de un lado, y su debilidad por el juego de otro, harán que tarde ó temprano seas dueño de la voluntad del padre, y entonces la hija será tuya...

*
**

La inquietud de Susana respecto á su tío iba en aumento.

—¿Qué habrá sido de él, —decía á Cesarina, viéndose ésta obligada á contestarle:

—Su última carta está fechada en Liverpool.

—Yo conozco en Inglaterra á mister Lionel Murdon; si le escribo irá á Liverpool á ver á mi tío, que quizás esté enfermo; y si es así, iría al momento allí, para cuidarle, y estar á su lado...

Cesarina aprobó la idea de escribir á Inglaterra, con objeto de ganar tiempo.

Susana escribió á Lionel, el que, por complacerla, se entregó á las más activas investigaciones, sin obtener el menor resultado.

Entonces la joven quiso ver al señor Robins, el banquero, que había sido jefe de su tío; la se-

ñora Petithomme consintió en acompañarla, pero no sin haber visto el día antes al banquero, concertando con él la respuesta que á la joven debía dar.

—Desde hace mucho tiempo, —dijo el banquero, —dejé vuestre tío mi casa; yo mismo se lo aconsejé: le ofrecían puesto más ventajoso, si bien con la obligación de viajar, y tengo entendido que hace algún tiempo pasó á América; quizás esté en los Estados-Unidos.

—Me hubiera escrito.

—¡Tal vez! Se habrá extraviado la carta; yo tengo correspondencia numerosa con aquel país y puedo dar fe que muchas se pierden.

Susana sufrió con paciencia, pero se informó de los días en que llegaba el correo de los Estados Unidos. Después, cuando pasó y perdió toda esperanza, redobló sus preguntas, no habló más que del asunto, y Cesarina, que le veía todos los días, trataba en vano de calmar su inquietud, aunque se congratulaba por aquel cariñoso interés.

—¡Ah, decía alguna vez á su marido! —si hubiéramos tenido una hija como esa...

—¿Para qué? —respondía el coloso; —Susana ocupa su lugar.

—Tienes razón, —contestó Cesarina; —de algún tiempo á esta parte la tienes siempre. Verdad es que te ha servido de mucho vivir en la cárcel al lado de nuestro querido mártir. Si volvieras un día y vieras si podías hablarle....

—Sería en vano: los Carceleros no son como los Vigilantes. ¿Y qué quieres? Yo mismo temo verme encerrado para toda mi vida en aquel gran sepulcro que se llama Casa Central.

—Sí, sí, es verdad; y en ello no serviríamos gran cosa al señor Lecónte; le serviríamos mejor en libertad. Cuando su nuevo proceso se haya visto, le pondrán en comunicación y encontrare-

mos medio de verle. Si sale absuelto, el señor Robins me asegura le perdonan los tres años que le faltan de su primera condena...

—Eso sería lo mejor,—dijo el coloso, que de vez en cuando seguía siendo el eco de la opinión de su mujer.

—Por ahora,—dijo Cesarina,—todo mi empeño consistirá en seguir engañando á Susana; hay que tener en cuenta que su tío ha mostrado siempre gran empeño en que su sobrina ignore la condena que sobre él pesaba, y hasta ahora todo lo ignora. Pero su silencio me inquieta; desde hace algún tiempo nada me pregunta, y no puede haberle olvidado... ¿Qué pasa en su espíritu?

—Eso es, ¿qué pasa?

Jorge de Bussine sufría también por la ausencia de su hermano; pero su inquietud no era de la misma naturaleza que la de Susana, porque la señora Petithomme le había dicho la verdad de todo lo acaecido. Jorge se decía para tranquilizar su conciencia:

—Esta no es culpa mía; yo en esto nada tengo que ver.

Pero su conciencia le decía que este segundo suceso era consecuencia del primero.

Si á Susana nada lograba distraerla, Jorge, en cambio, tenía una distracción que ocupaba la mayor parte de sus horas; experimentaba por Fatmah una de esas inclinaciones vehementes que trastornan la razón de un hombre; era más que pasión un capricho, un deseo propio de su temperamento ardiente.

Jorge de Bussine tenía á la sazón cuarenta años, y es cuando las pasiones se apoderan con mayor violencia del alma, por lo mismo que tocan á su fin; además, los tres años que había pasado en Africa alejado de las mujeres, hacían disculpable que se dejara arrebatado de una pasión.

Dos días después de su instalación en París, Fatmah se dirigió al estudio del pintor. Había atravesado la capital en un carruaje cerrado, lo que le permitió ir con su traje oriental, y colocarse desde luego en la actitud ya elegida por el artista.

Sin pronunciar una palabra, respondiendo con una inclinación de cabeza al saludo de su huésped, lenta, grave, se dirigió al diván que le estaba preparado, y se tendió en él con indolencia, medio reclinada, con las piernas tendidas, la cabeza apoyada sobre el brazo derecho, graciosamente doblado, y cuidó de dar á su rostro la expresión ya convenida entre el pintor y el modelo; sus ojos medio cerrados, fijaban en Jorge una lánguida mirada, y en su sonrisa voluptuosa dejaba asomar, por entre sus labios rojos, unos pequeños dientes blancos.

Jorge tomó sus pinceles, pero, al mirar al modelo, su mano permaneció quieta; él mismo había exigido aquella colocación, aquella expresión, sin comprender cuánto iba á sufrir el hombre en lucha con el artista.

Hubo momentos en que tuvo tentación de arrojar los pinceles, para correr á estrechar en sus brazos á la circasiana; pero le contuvo el temor de que aquella mujer dijera:

—¡Detenéos! ¡Yo no soy una mujer, soy un modelo!

Aquel día creyó, sin embargo, apercibir que la mirada de Fatmah era más lánguida, que los labios se entreabían con mayor voluptuosidad, y sin poder dominarse, se acercó al modelo, como si quisiera cambiar algo en la postura, y estrechándose á su contacto, estrechó aquella mano y cayó de rodillas, exclamando:

—¡Eres fascinadora, y te amo!

IV

La circasiana no pareció ofendida, ni sorprendida por aquellas palabras; no cambió de actitud siguió abrasando al artista con su mirada.

—Te amo, sí,—repitió éste, siempre de rodillas, confundiendo su aliento con el de su adorada.—¡Daría cuanto hay en el mundo, porque me amaras!

Hubiérase dicho que Fatmah no oía, según permanecía indiferente, pero como él se acercase aún más, ella le detuvo con estas palabras:

—Has dicho que darías cuanto hay en el mundo, y eso nada significa, esa es una de tantas frases de mi país en que la ficción reemplaza á la palabra. Yo creía que los franceses se explicaban con más precisión.

—Dime lo que desees, y te lo daré.

—Deseo,—dijo la esclava con indolencia,—dejar la mansión donde Mourad me tiene cautiva: quiero vivir como las mujeres de tu país; vestirme como ellas; salir cuando me agrade; recibir á quien quiera; vivir en una casa, no en un *harrén*... Dame esta nueva existencia, y te amaré. En otro tiempo me vendieron á Mourad, y puesto que soy una mercancía, cómprame.

Y su fascinadora mirada envolvía á Jorge. Este febril, agitado, olvidando su posición y los escasos medios de que disponía, exclamó:

—Te daré la vida que sueñas; te haré libre y dichosa:

Fatmah le dirigió una mirada más tierna aún, y Jorge, acabando de perder el juicio, tomando

el presente por el porvenir, quiso estrecharla en sus brazos, pero, la esclava, ágil y flexible, se dejó resbalar por el diván, dejando á Jorge en el vacío; después, en pie, apoyando ambas manos en los hombros de Jorge, siempre arrodillado, dijo con un acento dulce y melancólico:

—Me han dicho, en Oriente, que no debo creer en promesa de europeo; aguardaré para amarte á que me hayas dado las pruebas que pido de tu amor: cuando llegue ese día, dejaré la casa de Mourad para vivir contigo.

Y dicho esto, se dirigió hacia la puerta; Jorge quiso detenerla, pero le dirigió una mirada fría, que le dejó clavado en su sitio.

Permaneció sólo en su estudio, echado en el diván que acababa de dejar la sirena, viéndola todavía en su mente, oyendo su voz, aspirando su perfume...

Hasta entonces la había amado, pero sin esperanza. En efecto, ¿cómo creer que podía luchar con Mourad-Bey, que por su fortuna, su figura, su prestigio, podía llamarse el galán predilecto de la sociedad parisién? Pero veía la posibilidad segura, no sólo de luchar, sino de triunfar. Fatmah había salvado en un instante la distancia que les separaba; para poseerla, sólo era necesario oro, mucho oro... y aquí se detenía, su frente se nublaba. ¿Dónde encontrar los medios de comprar y alhajar un hotel para instalar su ídolo? Lo había ofrecido, ¿cómo no cumplirlo?

Había vivido en Argelia con penuria; gracias al capricho de Mourad, por su cuadros, su vida en Paris era desahogada, y aunque se le hubiera importado muy poco satisfacer el lujo y caprichos de su querida con el dinero del amante de ésta, la venta de sus pinturas no podían producir lo suficiente.

—¡He estado loco en prometer!—se decía, pa-

seándose agitado por el estudio. — Esa mujer no piensa sino en venderse; ¡yo no puedo, no debo ni quiero comprarla!

Mientras se daba estas razones para fortalecer su valor, veía á Fatmah en el diván, en su arrebataadora postura, y aspiraba los perfumes del Oriente, de que iba impregnada.

— ¡Ah! ¡Si fuera rico, si pudiera, como en otro tiempo, jugar, pasar de la pobreza á la abundancia! ¿Por qué no? La suerte tiene sus períodos; cuando trata mal al jugador, suele bastarle á éste abstenerse una semana, y después volver á probar fortuna, y la fortuna ha cambiado.

¿No habría cambiado la suya en tres años y medio? ¡Pero su juramento, el juramento hecho á su hermano, á su hija, á su mujer tendida en el lecho mortuorio!.. ¡Ah, sería indigno, más infame aún que el robo cometido en perjuicio de su hermano!

Y como el pensamiento de Fatmah le asediase de nuevo, quiso buscar á su hija, esperando que la vista de aquella niña angelical ahuyentase sus malos pensamientos.

Encontró á Susana en compañía de la señora Petithomme en la estancia que llamaba de su madre.

Esta estancia se parecía á aquella en que Enriqueta había muerto; allí, cerca de aquel lecho mortuorio era donde él había pronunciado su juramento.

— ¿Estás triste? — dijo á Susana. — ¿Por qué no quieres salir, distraerte?... Por el día no puedo acompañarte porque trabajo, pero, por la noche, me tienes á tu disposición; ¿quieres que vayamos á algún teatro.

— No, no iré á ninguna parte mientras no tenga noticias de mi tío.

— Yo lo hacía por interés de tu salud; por

lo demás, sufro tanto como tú por la ausencia de Luciano.

Susana, con los ojos fijos en el suelo, no respondió.

Avisaron que la comida estaba servida, bajaron al comedor acompañados de Cesarina, á la que no permitieron volver á su casa.

En la mesa, Jorge para distraer á su hija, habló de Argelia, de varios episodios á que iba unido el nombre de Lionel Murdon, que tenía siempre el don de despertar el interés de la joven.

A las nueve y media Bussine salió: el rato pasado al lado de su hija le había calmado los nervios, y pensó que el aire libre y el ejercicio acabarían de serenarlo. Dirigióse al centro de Paris: se encontró pronto en el boulevard de los Italianos, y á dos pasos de la casa donde en otros tiempos había dejado su fortuna y su honor... ¿Seguiría el Club en la misma casa?

Fuese acercando y vió diferentes carruajes á la puerta, que atestiguaban la estancia del Círculo en la misma casa. Si entraba, ¿le conocerían? No era probable: tuvo curiosidad de ver más de cerca la casa fatal, y se adelantó á contemplar la puerta, decidido en absoluto á no entrar.

— ¿Está bueno el señor Conde? — dijeron á su oído.

Volvióse Jorge y vió al portero del Club.

— ¿Me habéis conocido?

— Al momento, señor.

— ¿Han pasado cuatro años, y seguís todavía aquí, Marcelo?

— El personal de la casa no ha variado. ¿No sube el señor Conde?

— No tengo ese derecho; ya no soy socio.

— Eso no importa: de seguro que no le han borrado de la lista. Si se toma la molestia de subir á Secretaría, se convencerá.

—Corriente; en ello nada pierdo, —dijo para sí; —satisfaré esa curiosidad, y partiré al momento.

Subió al piso principal; encontró al portero de siempre, y dijo:

—No estoy en lista, ¿no es verdad?

—¿Por qué nó, señor Conde?

—Porque no he pagado mi cuota desde hace tres años; creo que es la mejor de las razones.

—Se ha considerado vuestra ausencia de París como accidental, y según el artículo 15 del reglamento, no tenéis que pagar vuestra cuota sino desde el corriente mes.

Llegó en aquel momento uno de los socios y al apereibir á Jorge, exclamó:

—¿Estáis de vuelta, Bussine? Pasad, pasad, todos los amigos tendrán un placer en veros; siempre os hemos considerado de la casa, á pesar de vuestra ausencia.

—Es que...

—¿Qué os detiene?

—Que si entro, no ha de ser para jugar.

—¿Quién os obliga á ello? Si vuestro propósito es firme, resistiréis á la tentación; el valor está en vencer al peligro, no en huir de él. El hombre verdaderamente dueño de sí, se expone y triunfa.

—Tenéis razón; entremos.

En la sala de lectura encontró los mismos amigos de siempre, y los más se contentaron con hacerle un saludo con la mano, como si le hubieran visto la vispera; ni siquiera se habían apereibido de su larga ausencia.

En la sala de juego encontró los mismos alcazardes, los mismos jugadores: el uno con su sangre fría habitual, el otro con su efervescencia; éste fúnebre, el otro jovial; uno apilando las monedas con mano febril, el otro acariciando la

cartera dentro de su bolsillo para estar más pronto á aguardar la ganancia que esperaba obtener.

De las ochenta personas allí reunidas, ninguna dió á Jorge la bienvenida, ni le pidió noticias de su salud, ni le tendió la mano. El jugador cuando juega, olvida toda fórmula social; está preocupado, inquieto, y contesta apenas al amigo que le abraza con efusión.

Pero el dueño de la casa apereibió á su antiguo cliente; se le acercó, le felicitó, y después de cambiar algunas frases, dijo con jovialidad:

—Recuerdo que la noche que jugásteis por última vez, os presté ocho mil francos.

—Es verdad, lo había olvidado.

—Ya lo he supuesto; estábais algo turbado aquella noche; por eso no me he sorprendido que partiérais sin arreglar vuestra cuentecita, y aguardaba, como veis, tranquilamente vuestra vuelta.

—Os traeré mañana ese dinero, —exclamó Jorge, —y os doy las gracias por vuestra larga paciencia.

No era tan desinteresado como parecía, porque aquel hombre había ignorado siempre la residencia de Jorge.

Al acercarse á la mesa de juego, sintió que le tocaban en el hombro: volviósse y reconoció á Mourad, que le dijo alegremente:

—Mi artista predilecto! ¿No jugáis?

—No, señor; ese es un lujo demasiado caro para mí; soy simplemente espectador, y la prueba es que no he traído dinero.

—Si no es más que eso, el mío está siempre á vuestra disposición.

—Gracias, gracias, no pienso jugar.

—Os felicito con toda mi alma, —dijo Mourad. Y acercándose á su oído, murmuró:

—Todas estas gentes están locas.

Este era también el parecer de Jorge.

Por un momento se sintió acometido de la tentativa de jugar, asombrándose de haber podido cometer tantas faltas por tan vergonzosa pasión.

Contempló el juego largo rato, y salió de allí encantado; todos sus pensamientos eran inútiles, su fuerza de carácter sólo le salvaba. Volvió á su casa á las doce, satisfecho de sí mismo.

—¡Ah! — se decía, — si mi hermano hubiese podido verme esta noche, ¡qué contento estaría de mí!

Al día siguiente se levantó temprano y pasó toda la mañana trabajando.

A las cuatro seguía trabajando, cuando llamaron á la puerta.

—Entrad, — dijo sin moverse de su sitio.

La puerta se abrió y apareció Fatmah.

Con su paso lento, su balanceo habitual, se adelantó á Jorge, que sorprendido por semejante aparición, permaneció inmóvil.

—¿Os asombráis de verme? — dijo tendiéndole la mano, cosa que no había hecho nunca. — No acostumbro á venir dos días seguidos, pero temo volver muy pronto á mi país, y deseo no se quede el cuadro sin acabar.

La emoción le impidió interrumpirla, por fin dijo con acento trémulo:

—¿Partís? ¿Por qué?

—Mourad dice que le soy inútil en Paris, y me devuelve á Circasia, de donde me sacó.

—¿Volvéis con gusto?

—¡No! Porque no tengo allí familia: pero el dueño me manda partir, y debo obedecerle.

—Os equivocáis, tenéis el derecho de quedaros, como me decíais ayer, sois libre.

—¿Y qué hago yo aquí? ¿Qué será de mi vida si Mourad me abandona? No conozco á nadie más

que á vos, y aunque me habéis manifestado algunas simpatías, no podéis hacer nada por mí.

—Por el contrario, ya sabéis lo que os he prometido.

—Y no cumpliréis, — dijo vivamente. — Mi pretensión era loca; os ruego que la olvidéis. ¿Cómo habéis de darme todo lo que yo necesito; vos, un artista que trabaja para vivir? Yo devoraría todos vuestros cuadros en un solo día.

Jorge tuvo un desvanecimiento y quiso sellar aquellos labios que devoraban fortunas; pero ella con un ademán frío y altanero, le dijo:

—No, un pintor respeta sus modelos; yo no soy más que un modelo en vuestro estudio; empecemos la sesión, — dijo, tomando en el diván su postura habitual.

—Decís bien, — repuso Jorge con ademán febril, volviendo hacia su caballete, — voy á tratar de trabajar.

—Eso es; os prometo tener la expresión que deseáis.

Y como las grandes actrices que al salir á la escena se transforman y dan á su rostro la expresión jovial y trágica que requiere el papel, así Fatmah adoptó la expresión que le estaba encomendada.

Hacia un instante que Jorge trabajaba, cuando Fatmah le dijo:

—¿No empezásteis en otro tiempo un retrato mío con el traje de bailarina de Biskra, esos bailes célebres en toda la Argelia?

—Sí; pero no habéis querido volveros á poner el traje, encontrándolo demasiado ligero.

—He hecho mal, he olvidado que el modelo no es una mujer; ¿conserváis todavía aquel vestido?

—Sí, en ese armario.

—Sacadle.

Jorge fue inmediatamente á buscar el traje, y

ella, después de examinarle un instante, dijo:
—Quiero olvidar mis escrúpulos y me le voy á poner; sacad el retrato, que está á medio hacer, y también los colores; dentro de un momento soy con vos.

Dirigióse hacia el biombo que, en un extremo del estudio, servía para vestirse y desnudarse los modelos, y antes de desaparecer, volvióse á Jorge y le dijo:

—En la inteligencia, que es sólo el modelo quien va á presentarse á vos: si tratáis de manifestarme vuestra admiración de un modo inconveniente, no me volveréis á ver nunca de semejante traje.

Diez minutos bastáronle para transformarse, y se presentó deslumbradora, velando entre gasas su media desnudez. Un rayo de sol, que en aquel momento llegó al estudio, la envolvió entre sus resplandores, y tomó la actitud voluptuosa de las bailarinas que había visto en el *harén*.

Jorge la miraba trémulo, palpitante, sin fuerza para trabajar.

—Vamos, trabajad; ved que mi postura es violenta.

El artista fingió dar un toque al lienzo, para tener la libertad de mirarla, pero su mano temblaba... sus rodillas se doblaban. La astuta mujer comprendió su emoción y tuvo piedad de él; dejó su violenta postura, y suplicó se suspendiese la sesión hasta el día siguiente, dirigiéndose detrás del biombo; y volviendo á aparecer en su traje habitual, despidióse del pintor, fijando en él una mirada llena de promesas.

Jorge no logró este día, como el anterior, deshacerse del recuerdo de aquella mujer.

—¡Ah! si pudiera obtenerla—se decía,—¡qué hermoso sueño de amante y de artista!

Al momento, el reloj dió las cinco: esta era la

hora en que se habían citado la víspera delante de él varios de sus amigos. X... había prometido *tallar*, y como tenía dominada á la suerte hacia muchos días, todos esperaban enriquecerse á su costa.

En otro tiempo, Jorge no hubiera desperdiciado esta ocasión de tomar parte en el botín, y al presente lo hubiera probado, á no impedírsele su sagrado juramento; pero no quería faltar á él.

Decidióse, sin embargo, á ir al Círculo, para pagar al dueño de la casa su deuda. Al mismo tiempo vería con placer *tallar* aquella *banca*, que tenía interés; lo cual no le ofrecía ningún peligro, puesto que estaba curado radicalmente.

Hizo dos partes del capital que poseía, dejó diez mil francos en su gaveta, y puso otros diez mil en su bolsillo para pagar la deuda, con los intereses.

X..., como había ofrecido, sentóse á *tallar*, y siguiendo las previsiones de todo el mundo, empezó á perder; pero decidido á luchar, colocó delante de él un paquete de billetes de Banco.

Jorge no experimentó la menor tentación al verlos, y hasta sacó de su bolsillo sus diez billetes de mil francos, y los tuvo en la mano... No necesitaba más que abrirla y soltarlos sobre la mesa, y sin embargo, no lo hizo; y esta prueba de voluntad fue concluyente, permaneciendo impasible, jugando mentalmente y diciéndose:—*He ganado: doblo... he vuelto á ganar.*

Mourad, interrumpiéndole su placer inocente, estrechó su mano, diciéndole:

—Sea en hora buena; veo que no jugáis. Me agrada encontrar un hombre prudente entre tanto loco. ¿Vais á permanecer toda la tarde viendo jugar?

—No por cierto.

—Pues bien: venid á sentaros en este diván,

y hablaremos un rato. Es muy grato para un salvaje como yo, hablar con un parisien espiritual como vos.

Sentáronse en uno de los divanes de la sala de juego, y dijo Mourad con indolencia:

—¿Habéis quedado hoy contento de Fatmah?
¿Se ha colocado bien?

—Perfectamente, — murmuró Jorge turbado al oír pronunciar el nombre de su modelo.

—Os la he enviado; y si no va todos los días, se quedará sin acabar el retrato, porque la mando á su país.

—¿Y por qué? Perdonad la pregunta.

—¿Cómo! ¿no os lo ha dicho?

—No; me ha dejado entender que os habíais cansado de ella.

—¡Ah! ¿Eso créé? Entonces ya me explico su tristeza. ¡Si ella conociera mis verdaderos motivos!...

—¿Tenéis otros?

—¡Ya lo creo! Pero no quisiera que llegara á su noticia; abusaría de mi debilidad y de su poder.

—Soy incapaz de venderos.

—Es verdad; voy á abriros mi corazón, mucho más que vos sois el único á quien puedo hablar de ella.

Llamó á un criado, pidió fuego para encender el cigarro que en la mano tenía, y volviéndose hacia Bussine, exclamó:

—Sabed, amigo mío, que me separo de ella,

que la envío á su país, porque sufro celos ridículos.

—¿Vos?

—Sí, y no os asombraríais si conociérais á Fatmah como yo la conozco. Es una mujer caprichosa, adorable, la única que, entre tantas mujeres como encerraba mi *harén*, ha logrado fijar mi atención y hacerme dolorosa su separación. Su hermosura, su pasión, su abandono, la hacen de tal manera encantadora á mis ojos, que no puedo permitir que pertenezca á otro; sobre todo á mi vista, en la ciudad que yo habito.

—¿Y teméis, — murmuró Jorge cuya emoción subía de punto, — que pueda preferir á otro hombre?

—¡Quién sabe! Ya no está en Oriente, no está rodeada de rivales que la espían, de esclavas que la vigilan, de eunucos responsables de su virtud... Goza en París una libertad casi completa, y desde hace algún tiempo observo que entra y sale demasiado, y él otro día sorprendí á un joven que trataba de introducirse en mi casa... es decir en la suya... ¿Qué queréis? Es absurdo, ridículo, pero estoy celoso; y como los celos mortifican la existencia, yo no quiero que nada altere la mía, y por eso aparto á Fatmah de mi camino.

—¿Para siempre?

—No tal; pienso ir á buscarla el próximo verano; no puedo prescindir enteramente de ella; no puedo olvidarla; y si os he pedido su retrato, es para tenerla siempre á la vista. Con que concluiréis su retrato á la mayor brevedad, ¿no es cierto?

—Sí tal, pero...

—¿Cómo! ¿Qué os detiene? ¿Tenéis secretos para mí? Yo no los tengo para vos.

—Me admira que siendo tan celoso, déis permiso á Fatmah para salir y entrar á su antojo.

—No la autorizo más que para ir á vuestra casa.

y hablaremos un rato. Es muy grato para un salvaje como yo, hablar con un parisien espiritual como vos.

Sentáronse en uno de los divanes de la sala de juego, y dijo Mourad con indolencia:

—¿Habéis quedado hoy contento de Fatmah?
¿Se ha colocado bien?

—Perfectamente, — murmuró Jorge turbado al oír pronunciar el nombre de su modelo.

—Os la he enviado; y si no va todos los días, se quedará sin acabar el retrato, porque la mando á su país.

—¿Y por qué? Perdonad la pregunta.

—¿Cómo! ¿no os lo ha dicho?

—No; me ha dejado entender que os habíais cansado de ella.

—¡Ah! ¿Eso créé? Entonces ya me explico su tristeza. ¡Si ella conociera mis verdaderos motivos!...

—¿Tenéis otros?

—¡Ya lo creo! Pero no quisiera que llegara á su noticia; abusaría de mi debilidad y de su poder.

—Soy incapaz de venderos.

—Es verdad; voy á abriros mi corazón, mucho más que vos sois el único á quien puedo hablar de ella.

Llamó á un criado, pidió fuego para encender el cigarro que en la mano tenía, y volviéndose hacia Bussine, exclamó:

—Sabed, amigo mío, que me separo de ella,

que la envío á su país, porque sufro celos ridículos.

—¿Vos?

—Sí, y no os asombraríais si conociérais á Fatmah como yo la conozco. Es una mujer caprichosa, adorable, la única que, entre tantas mujeres como encerraba mi *harén*, ha logrado fijar mi atención y hacerme dolorosa su separación. Su hermosura, su pasión, su abandono, la hacen de tal manera encantadora á mis ojos, que no puedo permitir que pertenezca á otro; sobre todo á mi vista, en la ciudad que yo habito.

—¿Y teméis, — murmuró Jorge cuya emoción subía de punto, — que pueda preferir á otro hombre?

—¡Quién sabe! Ya no está en Oriente, no está rodeada de rivales que la espían, de esclavas que la vigilan, de eunucos responsables de su virtud... Goza en París una libertad casi completa, y desde hace algún tiempo observo que entra y sale demasiado, y él otro día sorprendí á un joven que trataba de introducirse en mi casa... es decir en la suya... ¿Qué queréis? Es absurdo, ridículo, pero estoy celoso; y como los celos mortifican la existencia, yo no quiero que nada altere la mía, y por eso aparto á Fatmah de mi camino.

—¿Para siempre?

—No tal; pienso ir á buscarla el próximo verano; no puedo prescindir enteramente de ella; no puedo olvidarla; y si os he pedido su retrato, es para tenerla siempre á la vista. Con que concluiréis su retrato á la mayor brevedad, ¿no es cierto?

—Sí tal, pero...

—¿Cómo! ¿Qué os detiene? ¿Tenéis secretos para mí? Yo no los tengo para vos.

—Me admira que siendo tan celoso, déis permiso á Fatmah para salir y entrar á su antojo.

—No la autorizo más que para ir á vuestra casa.

—¿Qué importa?

—¡No os comprendo! —dijo Mourad afectando la más cándida inocencia;—¿queréis darme á entender que Fatmah corre algún peligro en vuestra casa?

—¡Quién sabe! —repuso Jorge, sonriendo.

Mourad le miró maliciosamente, y le dijo:

—¿No os ofende mi franqueza?

—De ningún modo, podéis hablar.

—Pues bien, no me ha ocurrido nunca la idea de que pudiérais ser mi rival.

—¿Por qué?

—Porque, á la verdad, ... me ponéis en un verdadero aprieto.

—No tengáis cuidado, hablad.

—Conozco á Fatmah, no se dejará interesar más que por algún hombre de gran fortuna, y sobre todo, joven y hermoso.

Mourad fue aquí interrumpido por otro de los socios que vino á estrechar su mano, y esta interrupción fue de las más dichosas, porque Jorge estaba ya exaltado y nervioso. La llegada inesperada de Fatmah, su coquetería, sus confidencias, la esperanza que le había dejado entrever, y por último, los insultos de Mourad, que iban derechos á lastimar su amor propio, acabaron de hacerle perder el juicio.

Debía hacer todo cuanto estuviera en su mano para pisotear el orgullo de aquel insolente moro, que se había atrevido á decirle: *¡Estar celoso de vos! No sois ni bastante guapo, ni bastante joven, ni bastante rico, para conquistar á una mujer como Fatmah.*

¡Rico! Aún podía serlo, y sólo con esto la hermosa circasiana pasaría de los brazos de Mourad á los suyos, y al pensar así acariciaba, á pesar suyo, los billetes de Banco que llevaba en el bolsillo.

Mourad, después de hablar algunos instantes con el amigo que llamó su atención, volviéndose á Jorge, le dijo:

—Perdonad; os he dejado un momento, pero ya soy todo vuestro. Así, pues, está decidido; conclidme cuanto antes el retrato de Fatmah, y de este modo no estaremos del todo separados, y su imagen seguirá dándome la dicha.

—¡Ah! ¿Os da la dicha?

—Todo lo que intento desde que la conozco, me sale bien; todo lo que me la recuerda, es para mí un talismán; por eso antes de tomar cualquiera resolución, miraré su retrato, como miro ahora su sortija.

—¿Qué sortija?

—Esta.

Y sacó de la anilla de su reloj una sortija que le servía de sello.

—Ved, —exclamó, —estos caracteres árabes grabados en la piedra; quieren decir: *Hago la fortuna de los que creen en mí.*

—Ya que la vuestra está hecha, ayudadme á comenzar la mía, dándome esa sortija.

—Dáosla, imposible; pero os la prestaré.

Un jugador afortunado acababa de separarse de la mesa del juego, y pasó delante de nuestros interlocutores con un paquete de billetes en la mano.

—¡Diablo, parece que os ha sonreído la suerte! —dijo Mourad.

—En efecto, y no soy el único; todos los *puntos* han ganado en contra del *banquero*. Su mala suerte que aguardábamos para hoy, se ha cumplido.

En aquel momento el *banquero* empezaba una nueva partida.

—Trata de alucinarnos, —dijo uno volviéndose hacia los que ocupaban el diván, y conociendo

á Jorge, añadió: — ¡Calle! ¿Sois vos? ¿Cómo no aprovecháis la ocasión de ganar todo lo que en otro tiempo perdisteis?

Jorge se levantó como movido por un resorte, corrió á la mesa, y colocando á una carta la sortija de Fatmah, exclamó:

— Vale por doscientos luises.

Jorge de Bussine ganó tres veces consecutivas, y llegó á realizar una ganancia de veintiocho mil francos.

— A Fatmah le debéis todo eso, — dijo Mourad á su oído.

— Así lo creo: ¿me dejáis un instante más la sortija?

— ¿Por qué no, si ese talismán os presta ventura?

— ¿Queréis asociaros conmigo?

— No tal; sabéis que no juego bajo ningún pretexto, lo he jurado.

Jorge se acordó de su juramento, y palideció; ¿pero á qué pensar en ello? Si había sido perjuro, ¿por qué no aprovechar las ventajas de su falta? *No corro ningún peligro, pensaba, está asegurada la suerte.*

Un jugador le dejó su sitio, y colocado en primer término, siguió jugando á todo riesgo, sólo que en lugar de colocar dinero colocaba la sortija; si ganaba, recogía la ganancia, y si perdía, pagaba la suma que había ofrecido á cambio de la sortija.

— Os reintegro vuestra alhaja.

— Conservadla algunos días; me han dicho que habéis realizado un beneficio considerable, no procuréis deteneros en tan buen camino.

— Por el contrario, — exclamó Jorge, — me contentaré con lo ganado hoy; tengo miedo á los días sucesivos.

— ¡Bah! Con ese talismán, nada tenéis que te-

mer. Dentro de ocho días, si realmente habéis renunciado al juego, me la devolveréis; yo, mientras Fatmah esté á mi lado, no la necesito, puesto que es ella quien me da la dicha; y voy á verla ahora.

Estas últimas palabras estremecieron á Jorge: la hermosa circasiana se le apareció de nuevo, y se le apareció hermosa, enamorada, en brazos de otro, y repuso vivamente:

— Acepto vuestra oferta, guardo la sortija.

Salió del Club y por el camino se decía:

— Pocas noches como ésta, ya habrán cambiado los papeles, y él será quien sufra los celos que hoy destrozan mi corazón.

¡Dejar de jugar! ya no pensaba en ello, ¿para qué? cuando se pierde, es prudente dejar de jugar, pero cuando se gana, es insensato; y mirando la sortija, exclamaba:

— ¡Qué bobería es creer en esta sortija! He ganado, porque ya sé jugar; porque no me he apartado de la línea trazada; porque los tres años de reposo me han dado la prudencia necesaria, y hoy, con la edad, la reflexión y el cálculo, seré invencible.

Al día siguiente Fatmah fue á verle, y le mantuvo á igual distancia.

— ¿Sabéis que vuestra partida está decidida en el ánimo de Mourad?

— Lo sé.

— Pero no partiréis; yo me opondré á ello, estoy resuelto.

— ¿Qué podéis hacer para impedirlo? — repuso ella mirándole con ternura: — si me opongo á las órdenes de Mourad, me abandonará, y no me siento con valor para pasar en París de la opulencia á la miseria.

— No sucederá eso, — exclamó Bussine con vehemencia; — ya me ocupo de tu porvenir; te daré todo lo que me has perdido.

Y obligándola á sentarse á su lado sobre el canapé, repuso:

—Escucha: nuestras dos existencias estarán estrechamente unidas. ¡Yo te juro comprar tu independencia! En ese escritorio hay una suma considerable; toma lo que necesites para comprar trajes, amueblar casa, y si aún es poco, dentro de unos días te daré más; te daré cuanto quieras; pero, ¡por piedad, no prolongues mi agonía! ¡Di que me amas!

—En mi país, — dijo la circasiana levantándose; — si los hombres tienen muchas mujeres, nosotros no tenemos más que un dueño.

—Ya no le tienes, déjale antes que él te deje á tí.

—¿Y por qué le he de dejar? ¿Por una suma de dinero más ó menos grande que me ofrezcas? No me has comprendido; no es eso lo que yo quiero. Te he pedido que asegures mi porvenir, como asegurarás en Europa el de una joven pobre, á quien se quiere casar. Asegúrame un dote, una renta... Nuestros amores no han de ser amores de un día, de un capricho... ¡Quiero que sean duraderos, eternos!

Y como sintiéndose arrebatada por la pasión, estrechó á Jorge en sus brazos y salió del estudio, dejándole bajo aquella impresión.

El mismo día á las cinco, el señor Bussine se encaminó al Club. Como el día anterior, ganó entre la tarde y la noche unos treinta mil francos, y su buena suerte siguió favoreciéndole unos cuantos días.

—¡Bravo! — le decía Mourad, que parecía descuidar su asistencia á los otros Círculos para seguir con interés el juego de Jorge; — sois un verdadero jugador. ¡Audacia y prudencia á la par! ¡Recibid mi parabién!

Trastornado por estos elogios, porque los ju-

gadores son tan ridículos que fundan su vanidad en el vicio mismo, y más trastornado, sobre todo, por las insinuaciones de Fatmah, que le instaba para que cuanto antes cambiase su existencia, volvía á entrar de lleno en su antigua vida, menos tormentosa, porque al presente la fortuna le colmaba con sus dones.

Un día llegó á ser dueño de cincuenta mil francos, y resolvió apresurar el desenlace de sus amores; pero no se trataba de triunfar brutalmente de una mujer, tratábase de decirla con toda la vehemencia de la pasión:

—Ya has sufrido bastante; tu martirio ha cesado; puedes trasladarte á tu nuevo domicilio cuando quieras.

En cuanto entró aquel día la circasiana, animado ya con su buena fortuna, corrió á ella con los brazos abiertos; pero Fatmah, quitándose un largo alfiler de acero de los cabellos y dirigiéndolo la punta hacia su pecho desnudo, dijo:

—Si dáis un paso más, me clavo este alfiler, y muero en el mismo instante; su punta está emponzoñada con uno de los venenos más activos de mi país.

Jorge tuvo miedo y se alejó.

Después de esta escena estuvo tres días sin parecer. Jorge sufría; no tuvo ni valor para ir al Círculo, lo que denotaba su completo abatimiento; y cuando al cuarto día apareció, su modelo le dijo, tratando de capitular:

—Habéis pronunciado la palabra dote, y la acepto; pero fijaros en lo que ha de consistir. No tenemos ni padres ni Notarios que puedan fijarle, fijémosle nosotros. Yo creo que se puede tener en París una vida independiente, con quince mil francos al año; yo os lo aseguro en títulos de renta; ¿aceptáis?

Fatmah reflexionó un momento, y dijo:

—Sí, acepto; pero no perdáis tiempo, porque Mourad exige que parta, y yo no quiero dejaros.

Estas palabras no podían inspirar á Jorge ninguna duda: Fatmah le amaba, y al fin Mourad sería castigado por su insolente conducta.

¿Qué suma necesitaba para comprar la renta ofrecida y aceptada? Cincuenta mil francos. Nada más fácil que ganarlos aquella noche misma. ¿No continuaba la fortuna siéndole propicia?

VI

El señor de Bussinese dirigía al centro de París para ir al Círculo, cuando Cesarina, que había estado haciendo labor todo el día al lado de Susana se levantó y dijo:

—Os dejo, hija mía; Cornelio me ha comprometido para comer con él.

—Idos, pues, —repuso la joven con los ojos fijos sobre su labor.

—Temo, —repuso Cesarina, no venir mañana á haceros compañía; tengo mucho que hacer.

—Comprendo, —murmuró Susana, sin levantar la vista, —que no se puede estar aquí y en Melun.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que mañana á las once se ve una causa en el Tribunal de Melun, á la que sin duda queréis asistir, porque el acusado os interesa.

—¿Qué acusado? ¿De quién habláis?

—De un tal Luciano Lecomte, estoy perfectamente enterada, y voy á daros la prueba. —Y llevando la mano al canastillo de labor, sacó un

fragmento de papel, cortado de un periódico, y leyó así: "Mañana se verá en la Audiencia de Melun, Sena y Marne, un proceso de interés. El acusado, que comparece por robo de diez mil francos, hecho en la Casa Central de Melun, es el famoso Luciano Lecomte, condenado hace tres años á seis de reclusión, por desfalco de la Caja que custodiaba en la casa de banca *Robins y Compañía*."

Terminada su lectura, guardó el fragmento del periódico, y dijo á Cesarina:

—Ya veis que estoy perfectamente enterada, que mañana se juzga á Luciano Lecomte. ¡Se juzga á mi tío!

Y como Cesarina balbucease y tratara de negar, Susana exclamó:

—No tratéis de negar; es inútil, lo sé todo. ¿Habéis creído que olvidaba á mi tío, porque hace tiempo que no hablo de él? Me llama á París, vengo y no le encuentro; me hacen creer primero que está enfermo, y después trato de averiguar por mi parte, y me consagro á leer periódicos; ¡los periódicos dicen tantas cosas! Vos no me los habéis querido traer; me decíais siempre que los periódicos no son lectura propia para una joven... Yo, entonces, he ganado á mi criada, que me ha traído secretamente todas las mañanas cuantos periódicos encontraba. Por mucho tiempo, los periódicos nada me han dicho, y cuando ya desesperaba de encontrar algo, el apellido de Lecomte saltó á mis ojos... es también el mío; mi padre ha preferido llamarse Bussine, pero yo me llamo Lecomte; y además del nombre, la época en que le sentenciaron, el nombre del banquero en cuya casa servía... No había duda, estaba acusado por eso... ¡El, él ladrón!

—No, no es culpable; —exclamó vivamente Cesarina.

—¿Acaso tenéis necesidad de defenderle á mis ojos? ¿Le creo yo culpable? ¿Acaso no le conocía bien? ¿No me dijo mi madre en su lecho de muerte, *no dudes de él, suceda lo que suceda?*

Y mirándola frente á frente añadió:

—¿Vos habéis dudado de él?

—Sí, un instante; — exclamó Cesarina, bajando los ojos.

—Es que no le conocéis como yo; á vos no os ha escrito las cartas que me escribía y leo de continuo... Pero ya, sabiendo la verdad, he querido saberlo todo, porque le han sentenciado. Y una mañana, acompañada de mi criada, me fui á la Administración de la *Gaceta de los Tribunales*, pedí consultar la colección de los números desde el principio del año en que salimos de París, y hoy sé todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué sabéis?

—Lo que sabéis vos: lo comprendo en vuestra actitud, en vuestras miradas. No podéis, á pesar de vuestros esfuerzos, contener la emoción que os embarga... Sé lo que vos sabéis, porque las dos asistimos en los últimos momentos á mi madre, y las dos callamos, porque nada podíamos decir.

Cesarina cogió entre las suyas las dos manos de la niña y las estrechó en silencio.

Susana, ya más serena prosiguió:

—Mañana se presenta mi tío por segunda vez ante el Tribunal; quiero asistir á la vista.

—¿Vos? imposible.

—¿Por qué?

—Porque si adivina que estáis allí, si os apercebe, perderá toda su serenidad; le daréis un disgusto terrible al ver que han sido inútiles todos sus esfuerzos, su sacrificio...

—Eso lo sabrá de todos modos.

—¿Por quién?

—Porque iré á verle muy pronto.

—¿Que iréis?...

—Creéis que he de dejarle sufrir por más tiempo sin ofrecerle ningún consuelo? No: es preciso que me vea, que me oiga decir que nunca he dudado de él: que vea que como á él la prisión no me aterra... ¡Os digo que estoy decidida! Iré.

—Bien: pero déjame al menos avisarle; de este modo su emoción será menos viva, mientras que si os ve mañana en el Tribunal, hasta le perjudicaráis, porque perderá toda la serenidad que necesita para la defensa.

—No me verá: me ocultaré en un rincón de la Sala; pero yo podré verle, oírle, no aguardar á que los periódicos me den noticias que tanto me interesan.

Y apoderándose de las manos de Cesarina, exclamó:

—Cuento con vos, amiga mía, para que me acompañéis. Vendréis á buscarme, mañana partimos para Melun, y vos, que debéis conocer allí mucha gente, me haréis entrar fácilmente en la Audiencia.

—Entraréis con mi marido, que está citado como testigo. ¡Quiera Dios que no diga tonterías! El se colocará delante de vos y os cubrirá suficientemente; pero vais á estar ausente todo el día, y es preciso prevenir á vuestro padre.

—Le dejaré una palabra escrita, y la encontrará al volver... si vuelve.

—¿Cómo si vuelve?

—Me acontece pasar muchas noches sola en esta casa. Mi padre vuelve á hacer la misma vida que hacía en tiempos de mi madre.

Detúvose confusa, y añadió:

—Yo no debería deciros esto; ¡pero sabéis ya tantas cosas!

—¿No soy vuestra única confidente, hija mía? ¿á quién sino á mí podéis abrir vuestro corazón?

—Añadid que os debo gran agradecimiento por todo lo que habéis hecho por él.

—¡Por nuestro pobre mártir, como le llamamos mi marido y yo!

—¡Sí, por nuestro mártir! No sé todavía lo que habéis hecho por él, pero mi corazón me dice que ha sido mucho. No os marchéis, amiga mía; comeremos juntas, y después, en esta estancia, confidente de mis lágrimas y angustias, me diréis cuánto ha sufrido durante los tres años transcurridos, nuestro pobre mártir.

Cesarina se quedó, y durante la velada, refirió a la joven cuanto ésta ignoraba respecto a su tío.

Conforme al deseo de Susana, al día siguiente las dos mujeres se dispusieron para salir a las ocho. Antes de abandonar la casa, la señora Petithomme dijo a la joven:

—¿Habéis dado parte a vuestro padre de nuestra expedición?

—No me ha sido posible, porque aún no ha vuelto a casa; pero le dejo dicho en una carta lo que motiva nuestra ausencia.

—Desgraciado, ha vuelto a sus antiguas costumbres,— exclamó Cesarina con despecho.

—No quiero creer que falta a su juramento,— contestó Susana,— y sin embargo, me lo temo.

Subieron en un coche y se dirigieron a la estación de Lión.

A las nueve el tren de Melun se puso en marcha.

Cuando llegaron al término de su viaje, se dirigieron al Palacio de Justicia, en cuya entrada les aguardaba el señor Petithomme. Éste les informó que Luciano no comparecería hasta muy tarde; pues siendo un asunto de poco interés, lo habían dejado casi para la última vista.

—¿En dónde se encuentra mi tío?— preguntó Susana.

—Espera la hora de la vista en la prisión preventiva.

—¿Dónde se halla ésta?

—Aquí al lado del Tribunal.

—¡Ah!—dijo la joven, contemplando con tristeza los sombríos muros que encerraban a su tío...— ¡Hallarse a dos pasos de él, y no poder abrazarle!

Y volviéndose a Cesarina, exclamó con acento enérgico:

—¿Qué puedo hacer para ver a mi tío?

—¿A qué queréis verle en estos momentos?

—¿Teméis que mi visita le impresione y paralice su energía? Yo, en cambio, creo que pasado el primer momento de emoción, tendrá más valor para defenderse, sabiendo lo que sufro por causa de su detención. Y suponiendo que sea condenado de nuevo y tenga que volver a su prisión, mejor dicho, a su tumba, quiero que sepa que mi pensamiento no se separa un instante de él, y que todos los días rogaré a Dios para que fortalezca su espíritu, y que sepa que le creo mártir y no culpable! ¿Quién puede permitirme ver a mi tío?— dijo con energía al señor Petithomme.

—El Prefecto,— contestó el coloso.

—Vamos a su casa.

—Me ocurre una idea,— dijo Cornelio:

—Habla,— exclamó Cesarina, asombrada de que a su marido le hubiese ocurrido una idea sin su autorización.

—El Director de la Central de Melun es el Jefe de las prisiones. Vamos a verle.

—¿Y dónde encontrarle?

—Miradle, paseándose delante del Palacio de Justicia.

—¿Voy a hablar con él?— dijo Susana con tono resuelto, adelantándose hacia la persona indicada.

El señor X... se fijó en la linda joven y en

la señora Petithomme que la seguía de cerca.

—¡Ah, señora!—dijo saludando á la última,— os creía instalada en París.

—Allí vivimos en efecto; pero hoy hemos venido para el proceso de Lecomte.

—Vuestro marido está citado como testigo, ¿y esta linda joven os acompaña como curiosa?

—Esta joven, á quien nos une vínculos de cariño, desea pedirnos un favor.

—Hablad, señorita, y tened por seguro que tendré una satisfacción en complaceros.

—Quisiera merecer el favor de ver á un desgraciado preso, á quien quiero como á un padre.

—¿De quién se trata?

—De Luciano Lecomte, —dijo Susana con voz trémula.

—¡Ah!

—Y si no he pedido antes este favor, —repuso la joven vivamente,— es porque estaba lejos de París.

—Señorita, me pedís una cosa casi imposible; para ver á un procesado se necesita una autorización.

—Si hubiera tenido tiempo de procurármela, señor, —dijo la joven sonriendo,— no podría solicitar de vos este favor, ni vos otorgármelo.

—Es verdad, —dijo el Director impresionado por el encanto de aquella joven; —pero Luciano Lecomte se halla en un caso excepcional, pertenece más á la Justicia que á la Administración.

—¡Ah, señor! no me neguéis el favor que pido.

El Director parecía vacilar; la joven comprendió que la batalla estaba casi ganada, añadió:

—¿Qué teméis, señor? ¿Tenéis miedo de una mujer, casi una niña?... Podéis asistir á nuestra conferencia.

—Está bien, —dijo el señor X... sintiéndose vencido;— seguidme; voy á dar las órdenes.

VII

Por el corredor á donde le conducía el Vigilante, Luciano se preguntaba qué nueva podía ocurrir, puesto que aún no era llegada la hora de la vista.

—Será mi Abogado, — se dijo, — que deseará preguntarme sobre algún punto del proceso.

Pero á través de la verja que cerraba el corredor vió á la señora Petithomme.

—¡Qué buena es! — pensó. — Se ha procurado un permiso y viene á hablarme de Susana.

—¡Preparaos para algo inesperado! — le dijo Cesarina en cuanto llegó cerca de la verja.

—Estoy acostumbrado á que caigan sobre mí toda clase de desgracias, hablad sin temor: ¿qué ocurre?

—¡Estáis preparado para la desgracia, pero no para las alegrías! Y vais á recibir una visita...

—¡Una visita! — Contestó el preso, embargado por profunda emoción, — y volviendo bruscamente la cabeza hacia la entrada de la galería, creyó ver en el rincón más oscuro á Susana.

Lanzó una exclamación de asombro, y dominando su emoción, corrió hacia la joven; ésta, abandonando el sitio en que estaba esperando se le reunió Cesarina, se adelantó hacia su tío, echándole con cariñoso anhelo los brazos al cuello, cubriéndola su rostro y cabeza de lágrimas y besos.

Luciano estrechaba sobre su noble pecho á aquella adorada criatura, sin atreverse á pronunciar

una palabra, una exclamación, temeroso de alejar de sí aquella dulce realidad.

Después de prodigar á la niña mil besos y abrazos, la separó dulcemente de sí, para contemplarla; embelesado, admiraba aquellas encantadoras facciones de niña, que no se habían borrado de su mente, pero que se presentaban á su vista adornadas con la gracia seductora de una preciosa joven.

El Director desde larga distancia, seguía con miedo aquella patética escena.

—¿Es su hija?— preguntó á la señora Petithomme.

—¡No! pero como si lo fuera.

—¿Creéis que puedo dejarles solos sin comprometerme? Ultimamente en la Central, por conceder un favor análogo, un Vigilante sorprendió al visitante entregando un veneno al detenido.

—Estad tranquilo, no sucederá hoy lo mismo; después de esta entrevista, el señor Lecomte estará sereno y tranquilo durante mucho tiempo.

—Fiando en vuestra palabra, voy á mandar les dejen hablar sin testigos, —y dando algunas órdenes á un Vigilante, éste invitó al preso á que pasara á un saloncito cerca del Registro.

—¡Gracias, señor, gracias!— exclamó la niña al pasar cerca del Director.

Sólo con su sobrina, el primer movimiento de Luciano fue colocarla junto á una ventana, para saciarse de su vista, y para retratar y grabar en su memoria aquella imagen querida. Después de contemplarla largo rato, exclamó embelesado:

—Te encuentro tal como te había soñado, hija de mi alma, — y sin separar su vista del rostro de Susana, prosiguió: —Tienes los grandes y dulces ojos azules de tu madre; pero hay más energía en tu mirada. Vas á cumplir veinte años, y al mirarte, me parece verla á esa edad. ¡Pobre mu-

jer! ¡Que dichosa sería en poderte contemplar! Tus cabellos siguen siendo rubios, como yo esperaba... ¿Pero por qué no los levantas más? ¿Por qué no despejas esa frente?

—Porque así lo quiere la moda, padre mio,— dijo la joven sonriendo.

—¡La moda! ¡Qué palabra tan extraña!

Casi desconocida ya por el pobre Luciano, para aquel infeliz que hacía cuatro años no había visto más que á una mujer, á la Petithomme, ni había visto más que el uniforme de los Vigilantes y el de sus compañeros los presidiarios!

Después, por un encadenamiento natural de ideas, recordó el suyo, dió un paso atrás y se cubrió el rostro con ambas manos.

Susana corrió á él, apartó las manos de su rostro, y murmuró:

—¿De qué te avergüenzas? ¿de tus vestidos? ¿Acaso me ocupo de ellos? ¿acaso no sé?...

—¿Qué sabes?— preguntó el preso con inquietud, al ver que la joven se detenía.

Susana con voz clara, enérgica, como si quisiera hacerla traspasar aquellos muros, exclamó:

—¡Sé que no mereces el vestido que llevas, que la justicia se ha engañado, que pagas el crimen de otro!...

—¿De quién?— dijo mirándola con suma ansiedad.

—No lo sé, no quiero saberlo; pero otro ha robado tu caja, los Jueces se han engañado; has sido mal defendido, y por último, has de saber, querido tío, que he leído toda tu causa...

—¡Oh! la señora Petithomme, sin duda...

—No, yo me la he procurado; hubo un instante que te creí muerto y era peor...

Guardaron silencio un instante, y después Luciano, mirándola fijamente, exclamó:

—No me has hablado de tu padre; de mi hermano...

—Está bien, — dijo Susana sin vacilar. — Quería venir conmigo, pero le he suplicado que no me acompañe; temía que su vista te causara demasiada impresión.

—¿Trabaja?

—Mucho, y sus cuadros tienen gran éxito; somos ya casi ricos.

—Y las noches, ¿cómo las pasa?

—A mi lado; no se separa de mí.

El rostro de Luciano se dilató, y la niña se regocijó por haber sabido mentir; pero temiendo ser interrogada de nuevo, exclamó:

—Pero hablemos de ti; dentro de poco vamos á separarnos. La señora Petithomme me ha explicado el nuevo delito de que eres acusado; te defenderás enérgicamente, ¿no es verdad? Piensa que yo estaré en la sala.

—¿Tú?

—¿Para qué he venido á Melun? Abrazame; ¿te has cansado ya de abrazarme?

—No, no, — dijo estrechándola de nuevo en sus brazos; — pero estoy asombrado. Físicamente te encuentro tal como esperaba, como te veía en mis sueños; pero no esperaba oírte hablar con decisión, con esa energía; te dejé niña, y te encuentro mujer.

—A ti te lo debo, — exclamó abrazándole, — y si encuentras firmeza en mi carácter, hablemos como dos hombres. Tú vas á defenderte, á protestar de tu inocencia. Si convences á tus jueces, si logras salir absuelto, yo me encargo de alcanzar el indulto de lo que aún te resta de tu condena anterior; no me prohibas que me ocupe de ti; no te obedeceré; por el contrario, si te condenan...

—¿Qué quieres hacer? ¿qué piensas?

—No lo sé, pero, reflexionaré, y me ocurrirá algo provechoso.

Y continuaron hablando, indicándole lo que debía decir, y en lo que se debía apoyar, y él la escuchaba atento, extasiado.

De repente oyéronse pasos en el vestíbulo, y la puerta se abrió:

—Vienen á buscaros, — dijo Cesarina, — ha llegado el momento de separarnos.

—No importa, — dijo Susana, — no tenemos ya nada que decirnos.

Se acercó á su tío, le presentó la frente para que le besara, y cogiéndole ambas manos, le dijo:

—¡Cuento con tu valor, como puedes contar con el mío, suceda lo que suceda!

El Director, convencido de que la vista de Lecomte no tendría lugar hasta las tres, se había alejado algunos minutos, y en su ausencia, fueron á buscar al acusado para conducirlo ante sus Jueces. Estos, que no estaban prevenidos por nadie á favor del acusado, le trataron como á un criminal cualquiera.

Los Vigilantes, antes de conducirlo á la Sala del Tribunal, le hicieron entrar en la del Registro, donde reconocieron todas sus ropas, hasta los zapatos, por si ocultaba armas ó cualquier otro objeto ofensivo.

Por la puerta entreabierta, Susana presenció esta terrible escena que la avergonzaba, y cuando los Vigilantes estuvieron convencidos de que el preso no llevaba nada, le dieron un empujón brutal, y le dijeron:

—¡Adelante!

Luciano avanzó con la ligereza que permitían sus gruesos zapatos, que resonaban sobre el pavimento.

—¡Y le tratan así! — murmuró Susana con amargura.

Cesarina le tomó del brazo, diciéndole:

—Venid, no tenemos tiempo que perder.

La vista duró cinco horas. El defensor habló con cierta habilidad, pero sin energía, como quien hace una defensa de oficio y no espera retribución alguna.

El desgraciado Luciano fue condenado á cinco años de prisión y otros cinco de vigilancia.

El sentenciado abandonó la Audiencia escoltado por Guardias, como á su entrada; á su paso por una galería, tuvo la inefable dicha de recoger una tierna mirada y dulce sonrisa de Susana.

Después de perder de vista á su tío, la joven siguió triste y pensativa á la señora Petithomme que tenía empeño en volver á Paris aquella misma noche.

Durante el trayecto, Susana, en un rincón del vagón, guardaba silencio, pensaba en todo lo que había visto, meditaba en los medios de salvar á su tío, aun á pesar suyo...

En aquel momento no tenía ideas claras y distintas, su cabeza era un caos.

En la estación de Paris, Cesarina hizo subir á su compañera en un coche que las condujo á Montmatre. Estaba resuelta á pasar la noche al lado de su joven amiga, porque tenía algún acceso de fiebre, producido por las emociones de aquel día. Sus temores no se realizaron. Susana, á quien desnudó y acostó, como á una niña, se durmió con pesado sueño, y Cesarina pudo descansar á su vez en un sillón en la misma alcoba.

A las nueve de la mañana la joven despertó, miró á su alrededor, hizo un esfuerzo para reunir sus ideas, se vistió después rápidamente, y sentándose en una mesa, trazó este telegrama:

Lionel Murdon; Casa Lord Murdon: Picadilly, Londres.

Podéis hacerme un favor; venid.

SUSANA DE BUSSINE.

En este momento, la señora Petithomme, entró en la estancia.

—Amiga mía, —dijo Susana abrazándola;— hacerme el favor de ir á poner este telegrama; después, tenemos que hablar.

Y como Cesarina la mirase asombrada de hallarla tan tranquila, después de haberla visto la víspera en un estado de postración tan completo:

—La fiebre ha pasado, —dijo la joven,— los nervios se han tranquilizado... ¡Quiero estar fuerte para ocuparme de él! Decidme, porque ayer no pude apreciar bien todos los detalles: ha sido sentenciado, ¿no es verdad? ¿y dónde vivirá los cinco años á que le condenan? ¿será en la Casa Central de Melun?

—No; en una prisión menos severa. Esta vez no ha sido condenado á presidio.

—¿Y á donde le enviarán?

—A Poissy, sin duda.

—Y allí podremos verle pronto, ¿no es verdad?

—No, hija mía, hasta dentro de dos años no podremos verle; es preciso que cumpla antes su primera condena.

—¿Entonces son siete años y medio los que le quedan de prisión?

—Sí, las condenas se unen unas á las otras...

—¡Muchas gracias, es todo lo que quería saber! Id al telégrafo, por favor. Si este telegrama es transmitido pronto á su destino, el amigo que espero puede estar en Paris pasado mañana.

La señora Petithomme llegaba ya á la puerta, cuando Susana la detuvo, y le dijo:

—¿Sabéis si mi padre está en casa?

—Sí, —dijo Cesarina, —le he visto entrar hace cosa de una hora.

—Para acostarse, sin duda.

—No, se ha dirigido al estudio.

—Gracias.

Poco después, Susana salía de su cuarto, bajó la escalera, atrevió un pequeño jardín que separaba el cuerpo principal de la casa del estudio, y quedándose á la puerta, llamó á su padre.

Este no respondió. Al volver á su casa á las ocho de la mañana, no se había atrevido á dirigirse á su cuarto, temiendo despertar las sospechas de su hija, se dirigió á su estudio para que le creyeran trabajando, y se acostó en un sofá. Dormía, con ese sueño pesado, como cuatro años antes, cuando su hermano fue á decirle: *¡me has robado!*

Cansada de llamar inútilmente, Susana entró: el ruido que hizo la puerta al abrirse, despertó al señor de Bussine, y al reconocer á su hija, dijo, para ocultar su turbación:

—Has hecho bien en venir á despertarme. Desde hace pocos días, me duermo á cada instante; no sé que es esto; un poco de debilidad, sin duda.

La joven le miró, silenciosa, y le encontró pálido, demacrado, más parecido que nunca á su hermano, á quien así le tenían también los sufrimientos. Las noches pasadas al juego, el desorden de su vida, su pasión contrariada por Fatmah, el estado de excitación en que vivía, habían hecho el mismo estrago en su rostro que los tormentos del presidio en el de Luciano.

Mortificado por la atenta observación de su hija, exclamó:

—¿Qué has hecho ayer? He preguntado por tí varias veces, y me han dicho que habías salido

con la señora Petithomme: habéis pasado fuera todo el día. Sin duda habéis ido al campo, como yo deseo... ¿hacia qué parte?

—Hacia Melun.

—¡Melun! —dijo sin poder dominar su inquietud. —¿Qué habéis ido á hacer á Melun?

—Hemos ido, —dijo Susana lentamente— para asistir á la vista de la causa de un desgraciado, que se llama Luciano Lecomte, mi tío y vuestro hermano.

—¿Dios mío! —murmuró trémulo. —¿Tú sabes?

—Todo.

—Y... ¿has entrado en la Sala del Tribunal? ¿le has visto?

—Le he visto.

—Y no habrá sido condenado, ¿no es verdad?

—Sí; á cinco años más de encierro.

—¡Ah! —dijo bajando la cabeza.

Susana le miró largo rato en silencio, y después dijo:

—Esos cinco años, unidos á los tres que aún le restan de su primera condena, hacen un total de cerca de ocho años. ¿Tenéis intención de dejarle sufrir todo ese tiempo?

—No, no tal yo iré...

Susana le interrumpió con voz firme.

—No tenéis que hacer nada personalmente, ya es tarde; sobre todo, desde ayer, desde que se ha firmado su segunda sentencia. Pero yo estoy decidida á todo para salvarle; ¡yo intentaré hasta lo imposible! ¿No estáis siempre en buenas relaciones con aquel extranjero que vino con nosotros hasta Marsella, Mourad-Bey, que ha venido alguna vez á compraros cuadros?

—Sí, le veo con frecuencia.

—Quisiera hablarle; decidle que me haga el obsequio de venir un día.

—¿Qué quieres de él?

—Pedirle que ponga en juego su influencia, á fin de obtener el indulto para mi tío.

—¿Cómo! ¿Quieres?...

—Tranquilizáos: no le diré que Luciano Leconte es vuestro hermano: le hablaré de un hombre que ha prestado grandes servicios á nuestra familia... Mi padre Luciano, ha deseado ocultar los lazos que nos unían, y yo respetaré su voluntad. Espero, pues, que habéis de complacer este deseo, haciendo venir á esa persona lo más pronto posible. Ahora, perdonad si os he interrumpido en vuestro sueño... que podéis continuar; me retiro.

Jorge no encontró una sola frase para detenerla; la calma, la frialdad de Susana, le dejaron yerto; comprendía que su hija lo sabía todo y le juzgaba, y mirando en el vacío con aire estúpido, repetía:

—¡Mi hermano condenado de nuevo! ¡Trescientos mil francos perdidos en dos noches... y Fatmah perdida también!

Sentóse de nuevo en el diván, y en breve, el cansancio, más fuerte que el remordimiento, volvió á cerrar sus párpados, mientras Susana, reuniéndose á Cesarina, le decía:

—Ahora, la partida es nuestra, ¡mi única amiga! Puedo contar con vos y con vuestro esposo, ¿no es verdad?

—Como una hija puede contar con sus padres.

—Pues es preciso no dejar sólo á mi padre Luciano. Vuestro marido ha tenido ya el valor de vivir á su lado en Melun; ¡qué bueno sería vivir algún tiempo allí!

—Ya lo he pensado, —dijo simplemente Cesarina.

Susana corrió hacia ella, y estrechó sus manos con agradecimiento. Cesarina continuó:

—Ayer, en la previsión de lo que pudiera ocu-

rrir, mientras estábais encerrada con vuestro tío, tomé informes; el Contratista que ha reemplazado á mi marido, parece que no está contento, y no sería difícil que Cornelio le sucediera.

—Entonces es cosa hecha, ¿no es verdad? —dijo Susana abrazando á Cesarina.

—Sí, contadlo por hecho, —respondió la señora Petithomme.

VIII

Mourad quedó sorprendido y lisongeado, al saber que Susana de Bussine quería verle, y deseando encontrarse solo con la joven, se presentó á las seis de la tarde, hora en que sabía que Jorge no estaba en su casa; pero la señora Petithomme se encontraba al lado de Susana, y el moro, ignorante de las costumbres europeas, tuvo que renunciar á las dulzuras de una entrevista sóloamente con ella.

Susana le recibió en una sala contigua á su dormitorio, y le dijo:

—Caballero, he sido muy indiscreta, sin duda, al distraeros de vuestras ocupaciones ó placeres; pero he contado con vuestra indulgencia y vuestra amabilidad. Se trata de pedir os un favor.

—Contadle ya hecho.

—Una persona, á quien he conocido siendo niña, y que ha mostrado siempre afecto á todos los míos, se ha visto hace algún tiempo encausada, aunque inocente, y condenada á una detención infamante; y os ruego, me ayudéis á pagar

—Pedirle que ponga en juego su influencia, á fin de obtener el indulto para mi tío.

—¿Cómo! ¿Quieres?...

—Tranquilizáos: no le diré que Luciano Leconte es vuestro hermano: le hablaré de un hombre que ha prestado grandes servicios á nuestra familia... Mi padre Luciano, ha deseado ocultar los lazos que nos unían, y yo respetaré su voluntad. Espero, pues, que habéis de complacer este deseo, haciendo venir á esa persona lo más pronto posible. Ahora, perdonad si os he interrumpido en vuestro sueño... que podéis continuar; me retiro.

Jorge no encontró una sola frase para detenerla; la calma, la frialdad de Susana, le dejaron yerto; comprendía que su hija lo sabía todo y le juzgaba, y mirando en el vacío con aire estúpido, repetía:

—¡Mi hermano condenado de nuevo! ¡Trescientos mil francos perdidos en dos noches... y Fatmah perdida también!

Sentóse de nuevo en el diván, y en breve, el cansancio, más fuerte que el remordimiento, volvió á cerrar sus párpados, mientras Susana, reuniéndose á Cesarina, le decía:

—Ahora, la partida es nuestra, ¡mi única amiga! Puedo contar con vos y con vuestro esposo, ¿no es verdad?

—Como una hija puede contar con sus padres.

—Pues es preciso no dejar sólo á mi padre Luciano. Vuestro marido ha tenido ya el valor de vivir á su lado en Melun; ¡qué bueno sería vivir algún tiempo allí!

—Ya lo he pensado, —dijo simplemente Cesarina.

Susana corrió hacia ella, y estrechó sus manos con agradecimiento. Cesarina continuó:

—Ayer, en la previsión de lo que pudiera ocu-

rrir, mientras estábais encerrada con vuestro tío, tomé informes; el Contratista que ha reemplazado á mi marido, parece que no está contento, y no sería difícil que Cornelio le sucediera.

—Entonces es cosa hecha, ¿no es verdad? —dijo Susana abrazando á Cesarina.

—Sí, contadlo por hecho, —respondió la señora Petithomme.

VIII

Mourad quedó sorprendido y lisongeado, al saber que Susana de Bussine quería verle, y deseando encontrarse solo con la joven, se presentó á las seis de la tarde, hora en que sabía que Jorge no estaba en su casa; pero la señora Petithomme se encontraba al lado de Susana, y el moro, ignorante de las costumbres europeas, tuvo que renunciar á las dulzuras de una entrevista sóloamente con ella.

Susana le recibió en una sala contigua á su dormitorio, y le dijo:

—Caballero, he sido muy indiscreta, sin duda, al distraeros de vuestras ocupaciones ó placeres; pero he contado con vuestra indulgencia y vuestra amabilidad. Se trata de pedir os un favor.

—Contadle ya hecho.

—Una persona, á quien he conocido siendo niña, y que ha mostrado siempre afecto á todos los míos, se ha visto hace algún tiempo encausada, aunque inocente, y condenada á una detención infamante; y os ruego, me ayudéis á pagar

una deuda de gratitud, empleando vuestra influencia para que le pongan en libertad.

—Mi influencia, señorita, mis relaciones, todo está á vuestra disposición: obtendremos lo que deseáis.

—No os será tan fácil, porque vais á tropezar con grandes obstáculos; no os lo debo ocultar.

—Creo que no se trate más que de acercarse al Ministro de Justicia, y obtener su firma.

—Es verdad, —dijo Susana sonriendo;— pero las cosas no pasan tan fácilmente en Francia como en Túnez: nuestros Ministros no tienen un poder absoluto; tienen que obedecer á reglas y costumbres sancionadas por el tiempo.

—¡ Ah! es verdad. Si me hubieráis pedido ese favor cuando yo era ministro, hubiera abierto por vos todas las prisiones del país.

Susana, acostumbrada por su larga estancia en Africa, al estilo enfático de los árabes, ni siquiera se fijó en lo exagerado del cumplimiento, y prosiguiendo su idea, añadió:

—No es por desanimaros, por lo que os hablo de dificultades, sino para prepararos á la lucha, en que deseo salgáis victoriosos.

—Creed que nada descuidaré y prepararé mis mejores armas; pero dadme algunos detalles de vuestro protegido.

—Tengo escrita una nota, que voy á traer.

Mientras se alejaba, la seguía con la vista, y admiraba la elegancia de su talle, los contornos de su busto, como había contemplado con delicia sus ojos espresivos, su cabello rubio, sus labios de coral, con que soñaba sin cesar.

—Perdonad, —dijo Susana, —si os he hecho esperar; pero había guardado tanto mi nota, que no la encontraba. —Y presentando un papel, dijo:—Estas líneas, escritas por mí, os darán todas las indicaciones necesarias sobre la persona

que os recomiendo: ya sabéis, señor, que mi agradecimiento será de los más vivos, si conseguís lo que deseo.

—Intentaré hasta lo imposible, —dijo levantándose para salir.

A una señal de Susana, la señora Petithomme acompañó á Mourad hasta la puerta.

Iba á subir á su coche, cuando un carruaje de alquiler se detuvo á la puerta; pensando que Jorge volvería, se adelantó para saludarle, pero se encontró enfrente de un joven de veinticinco años, al que creyó reconocer. Saludáronse ambos, y mientras el uno llamaba á la puerta, el otro tomaba su carruaje. El que llegaba era Lionel Murdon, que fue introducido por Cesarina en la habitación donde estaba Susana. Al verle ésta, pareció inmutarse, pero se levantó, corrió hacia él, y tendiéndole la mano,

—¡ Gracias, gracias por haber venido! —exclamó: y volviéndose á Cesarina, le dijo:— Os presento un antiguo amigo, porque aunque hace sólo cuatro años que nos conocimos en Africa, en el Desierto los años pueden contarse dobles. Vos, en cambio, señor Lionel, estrechad la mano de mi querida compañera: ¡no sabéis todo lo que la debo!

—Entonces seremos buenos amigos, —dijo Lionel tendiendo la mano á Cesarina.

—¿Cómo habéis llegado tan pronto? No contaba veros hasta mañana.

—Iba á partir para Irlanda con mi padre, cuando recibí vuestro telegrama; mis maletas estaban hechas, mis asuntos arreglados, y partí instantáneamente para Francia.

—¿No quisieron deteneros, vuestro padre ó vuestro hermano?

—Cuando vieron vuestro telegrama, fueron los primeros en decirme que debía venir.

—¿Me conocen, acaso?

—¡Que si os conocen! Desde mi vuelta no hago más que hablarles de vos, y de tal manera lo hago, que ya os adoran. Sois francesa, lo cual es una recomendación para mi hermano, que se ha casado en París; sois buena, franca, enérgica, y estas cualidades las tiene en mucho mi padre, el hombre de corazón más leal que hay en el mundo... ¡Ah, si quisierais!...

Y como ella no contestaba y le miraba tristemente, continuaba:

—Si quisierais, vendrían los dos á Francia á decirnos que, como hermano menor, y un poco desheredado, tengo el derecho de casarme, según mi corazón; que los dos admiten por hija y hermana á una francesa bien educada, y que en nuestras antiguas familias se aprecia más la virtud de la mujer, que la fortuna.

Susana le encontraba tal como le habia dejado: tierno, respetuoso, exponiendo sus pensamientos sin rodeos. Y haciendo un esfuerzo para sustraerse al encanto de ciertas ideas, dijo:

—He vacilado mucho; antes de rogaros que vinierais, temía... y no me he engañado, que volvierais con las mismas esperanzas, las mismas pretensiones, y encontraba poco generoso alimentarlas, cuando no pueden, ahora, realizarse.

—¿Qué decis?

—La verdad; jamás han existido más obstáculos entre nosotros.

—¿Cuáles son para tratar de vencerlos?

—Los conoceréis cuando sepáis el servicio que aguardo de vuestra fraternal amistad.

—El hermano os escucha y hará gustoso el sacrificio de su vida.

—Acepto esa oferta sin restricción; pero debo advertiros que el servicio que espero de vos, va á exponeros á serios peligros.

—Mi vida y mi corazón son vuestros, nada temáis!...

*
*
*

Como jugador, Jorge de Bussine no se habia encontrado nunca, ni aun en sus peores días, en situación tan apurada: habia perdido, no sólo sus beneficios, sino los veinte mil francos de economías, debiendo además sumas importantes. No renunciaba por esto á la lucha, y volvía todas las noches á probar fortuna, con dos ó tres luises, que sacaba penosamente á derecha ó izquierda, no vacilando en rebajarse para procurárselos: un día aprovechando la ausencia de su hija, se atrevió á pedir á la señora Petithomme un billete de mil francos.

—¡Os burláis de mí! —le dijo cruzándose de brazos.—¡Prestaros dinero á vos, habiéndosele negado á vuestro hermano! ¡Y mil francos nada menos! ¿Para qué los queréis?

—Para pagar los gastos de la casa, —balbuceó.

—¡Ah, entonces tranquilizaos! Mientras yo viva, no se carecerá de nada en esta casa; cuando se trata de Susana, de mi hija, no soy avara; pero hacer nada por vos... No insistáis, me haríais decir todo lo que tengo sobre el corazón y es inútil, ¿no me comprenderíais!

Volvió bruscamente la espalda, y se reunió á Susana, que entraba.

Jorge trataba de olvidar estos desaires, embriagado en su pasión por Fatmah; ésta absorbía por completo su vida, olvidando todo lo demás.

La circasiana no lo desatendía en su mala fortuna; continuaba viéndola todos los días, excitando siempre su pasión.

Ya no hablaba de su partida. Decía que Mourad no habia tenido valor para separarse de ella,

y que, por el contrario, á la idea de perderla, habíase vuelto más enamorado que nunca, consagrándole casi todas las noches.

Y después de estas conferencias, que excitaban los celos de Jorge, añadía suspirando:

—Yo he querido, quiero aún...

—Pues bien, apresuráos.

Y se retiraba, dirigiéndole miradas ardientes, entreabriendo los labios para sonreírle con voluptuosidad... Pero si él, como en otro tiempo, intentaba dar un paso hacia ella, tornábase fría, insensible, y le detenía con altanera mirada.

Un día, á las cuatro, Fatmah acababa de salir del estudio, y Jorge agitado, se paseaba pensando siempre en buscar un nuevo recurso que le permitiera jugar, con seguridad de ganar, cuando el criado le anunció que un desconocido deseaba verle.

Dió orden de que pasara, y se encontró en presencia de uno de sus consocios del Círculo, encargado por Sivasti, el Agente de Mourad, de una misión delicada.

—¡Vos! — dijo Jorge asombrado. — ¿Qué me proporciona el honor de vuestra visita? ¿Venís á comprarme algún cuadro? Lo siento; he vendido anteayer el último estudio que he traído de África.

—Para jugar por la noche su valor, ¿no es verdad? — preguntó el señor N...

—Cierto; á vos, que sois jugador como yo, lo puedo confesar; pero vos ganáis, mientras que yo...

—¡Oh! Yo perdía, como vos, hasta el día en que he visto claro en cierto terreno...

—¿En qué terreno? No comprendo...

—Precisamente he venido para haceros comprender. ¿Estamos solos? — dijo señalando el biombo que había en un rincón.

—Enteramente solos, — dijo Bussine, apresu-

rándose á recoger el biombo y apoyarle contra la pared.

—Mi querido amigo, — dijo el señor X... cuando Jorge se le reunió; — sois mi colega desde hace algún tiempo, y os veo con tanta frecuencia jugar y perder, que habéis acabado por inspirarme verdadera simpatía.

Jorge le tendió su mano, y el señor X... continuó:

—He recordado que hace diez años, y después de una serie de pérdidas consecutivas, fui salvado, gracias á los informes, á consejos inteligentes... Yo quiero hoy hacer por vos, lo que entonces hicieron por mí.

—Muchas gracias, prosigo sin comprender...

—Es natural. Vinieron á decirme simplemente que perdía mi dinero en jugadas seguras, y que en vez de ganarme, me robaban.

—¿Qué os robaban?

—Sí. ¿No habéis oído hablar de esos jugadores sagaces que se llaman *griegos*?

—Sí, tal.

—Pues bien. Se habían introducido varios en el Club que yo frecuentaba entonces, y en vez de jugar con hombres honrados, jugaba con escamoteadores.

—¿Y qué hicisteis? ¿Dejasteis de jugar?...

—No, por cierto; empecé por pedir informes de mis ladrones. Lo hizo la persona que me dió el aviso, y después hizo más; se tomó el trabajo de enterarme de todos los secretos del arte, que estudiaba hacia tiempo, y me enseñó, con las cartas en la mano, todas las trampas de los *fulleros*.

—¿Y de qué os sirvieron, puesto que habéis continuado jugando?

—Es que yo he jugado á la ligera contra todo el mundo: he elegido mis adversarios. Cuando un *banquero* me parece sospechoso, me abstengo, y

no juego más que con aquellas personas que me merecen completa estimación; de este modo, lo que perdía un día, estaba dispuesto á ganarlo al siguiente, entreteniendo mi afición sin grandes pérdidas ni grandes beneficios.

—¿Y para qué me contáis todo eso? ¿Pensáis que á mí me roban como os robaban á vos?

—Precisamente.

—¿Quién?

—Dos ó tres personas, que os pido permiso para no nombrar. Yo no he venido á denunciar á nadie, sino á daros un aviso que os puede ser útil.

—Es que si yo supiera los nombres de los que me han robado... si conociera á esos miserables...

—¿Qué haríais? ¿Creéis que os devolverían vuestro dinero? ¡Dios sabe á dónde habrá ido á parar! Y se creerían insultados, gritarían más fuerte que vos, daríais un escándalo inútil, y me parece mejor que hagáis lo que hice yo: observar...

—Aunque observara mucho, no vería nada. El año pasado hice un viaje por mar con el señor G... ¿le conocéis?

—Mucho, —dijo el señor X..., palideciendo.

—Pues bien, —añadió Jorge, — para distraernos á bordo, accedí á jugar á las cartas con nosotros, y nos decía: — Mirad bien: ahora introduzco una carta: ahora hago desaparecer otra... — mirábamos, y en vano: ¡no veíamos nada!

—Porque no explicaba el secreto, los medios de que se valía. Mi amigo, por el contrario, me explicaba prácticamente lo que se hacía, me hacía repetir la operación, y al cabo de corto tiempo yo sabía deslizar una carta con tanta facilidad como él.

—¡Ah! ¿vos sabéis?... —repuso Jorge mirándole con inquietud.

—¿Por qué no lo he de confesar? Y soy tanto más digno de alabanza, cuanto que sabiendo arreglar las cartas, juego honradamente. No os digo que alguna vez no he tenido una mala tentación y me he dicho: — Después de haberme dejado robar diez años, tengo el derecho de rehabilitar mi fortuna, cuando me es tan fácil...

—¡Si es tan fácil como vos decís!...

—Facilísimo; enviad á buscar una baraja.

—Es inútil; la tengo aquí.

—Dádmela: voy á demostraros cómo fuisteis desplumado la noche de vuestra gran pérdida, ya sabéis...

—Imposible: yo tallaba.

—¡No importa, hombre cándido! Se deslizaban en vuestro juego jugadas contrarias, que debían hacer ganar á los puntos y perder al *banquero*.

—¡Qué infamia!

—No gritéis, es inútil; aprended, y pronto no tendréis que temer.

—Veamos, —repuso Jorge dominado por la curiosidad.

IX

Mourad, deseaba vivamente complacer á Susana, introducirse si era posible en su intimidad, y para ello le daba ocasión el encargo que le había hecho.

Desde el día siguiente se puso en campaña, tratando de ver á las personas que pudieran hacer algo por Luciano Lecomte.

Todas le recibieron perfectamente, pero le dijeron que pedía un imposible.

—Si se tratara sólo,—le dijeron en el Ministerio,—de indultar de una parte de la condena á un penado, lo propondría, y el Ministro lo firmaría por complaceros; pero vuestro protegido está en un caso excepcional, y es imposible hacer nada en su favor.

Mourad no se dió por vencido, y como tenía gran interés en complacer á la señorita de Bussine, quiso ensayar la corrupción; pero la Administración francesa es de una rara probidad, y si á veces se produce una excepción, no hace más que confirmar la regla. A veces, suele ceder á altas influencias femeninas; pero si otorga al amor ciertos favores, no los vende jamás.

Las tentativas corruptoras de Mourad fracasaron, pues, sin indignar siquiera á las personas á quien las hizo, y que se contentaron con suponer que aquel extranjero desconocía las costumbres del país en que vivía.

Cuando se hubo convencido de su completa derrota, tuvo necesidad de dar parte á Susana. Dirigióse, pues, un día á su casa, un tanto confuso por no haber podido salir airoso de su empeño, pero consolándose con la idea de pasar algunos instantes al lado de la mujer que amaba.

Susana se encontraba sola cuando Mourad entró. Su padre, no contento con pasar las noches fuera de casa, hacia cortas estancias en su estudio, y la señora Petithomme se había visto obligada á ir á la estación de Lión para esperar á su marido que llegaba de Melun.

Susana se preguntó si era conveniente recibir á Mourad, pero en la situación en que se hallaba, sin madre, casi abandonada por su padre, ¿podía sujetarse á las conveniencias sociales que observan otras mujeres? Su buen sentido le dijo que estaba exenta de observar ciertos miramientos.

Hizo, pues, pasar al árabe, y sin invitarle siquiera á sentarse, como para indicarle que se trataba de una corta visita, le dijo:

—Y bien, no habéis salido airoso, ¿no es verdad?

—¡No! lo he intentando todo, pero en vano.

—No os había ocultado que encontraríais obstáculos.

—Puedo aseguraros que he hecho todo lo posible...

—¿De modo que no me traéis esperanza ninguna?

—Ninguna; y cuando no lo he conseguido yo, no lo conseguirá nadie...

—Creo lo mismo, y esto me consolará de vuestra derrota; preveía el resultado, pero debía intentar este último recurso; os quedo tan agradecida como si hubieráis salido victorioso.

Y puso sus manos entre las de Mourad, como para manifestarle su gratitud, pero éste las guardó entre las suyas, y como si asombrada la niña tratara de desprenderse de aquella presión, le dijo:

—¡Si supieras qué dichoso soy al estrechar estas manos! ¡Sois tan linda, tan hermosa, os amo tanto!...

—¡Oh, caballero!—dijo la niña asombrada y turbada.—¿Qué hacéis? ¡soltad mis manos, atrevido!

—Oid,—prosiguió Mourad;—desde que os vi, producísteis en mí una impresión indecible, mi corazón os pertenece; por una de vuestras miradas, daría cuanto poseo; dejad que bese vuestras lindas manos, y disponed de mí, soy vuestro esclavo.

—Caballero,—contestó Susana encolerizada;—en mi país no se habla así á una joven de mi rango; soltad mis manos, pues al colocarlas entre

las vuestras, creía estrechar las de un caballero.

—¡Vuestra indignación os hace aún más bella, os adoro! ¡No esperéis que suelte vuestras manos.

—¡Oh! ¡qué infamia!—exclamó Susana, presa de viva emoción.—¡Dejadme libre, ó llamo!

—Nadie vendrá,—contestó Mourad tratando de estrecharla en sus brazos.

Susana se creyó perdida, y haciendo un esfuerzo supremo, se desprendió de los brazos que la atenzaban, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

De pronto oyó pasos en la escalera.

—¡Ah! vienen,—exclamó radiante de alegría.

Mourad tuvo miedo, y se alejó.

La puerta se abrió, apareciendo en el umbral Cornelio Petithomme.

Susana, señalando al arabe con la mano, dijo:

—Haced salir á ese hombre, me ha insultado.

El coloso, sin discutir la orden, sujetó á Mourad por el cuello, le llevó hacia la escalera, y en la puerta, le dijo:

—¡Largo de aquí, villano!

Mourad, comprendiendo que la lucha era inútil, se apresuró á obedecer, y cuando salía, tropezó con la señora Petithomme, la cual, viendo á su marido, exclamó:

—No cierres, ya podía yo buscarte en la estación. ¿Has venido en otro tren?

—Sí, en el anterior.

—¡Pareces alterado! ¿Qué ha sucedido?

—Sube, y lo sabrás.

Cesarina subió los peldaños de cuatro en cuatro.

Susana, ya respuesta y tranquila, al verse rodeada de sus amigos, refirió lo que acababa de suceder.

—¿Por qué no le has matado?—dijo Cesarina volviéndose á su marido.

—No me lo ha mandado,—contestó tranquilamente el coloso.

En aquel momento un carruaje se detuvo delante de la puerta.

—Es el señor Murdon,—dijo Susana,—ni una palabra de lo ocurrido, amigos míos: nos hemos ocupado demasiado de un ser despreciable... no pensemos ya más que en el desgraciado encarcelado.

Después de saludarle Susana preguntó á Lionel el resultado de sus gestiones y éste refirió que nada había conseguido, y que, por lo tanto, debían trabajar solos para dar libertad al mártir.

—¿Puedo contar con vuestro concurso Cornelio?—preguntó Susana.

—Haré lo que mi mujer quiera,—contestó Petithomme.

—Respondo de mi marido,—dijo Cesarina con orgullosa satisfacción.

—Gracias, gracias, amigos míos,—exclamó Susana hondamente conmovida.—¡Ahora sólo nos queda discutir nuestro plan!

Pocas horas después, Mourad contaba á Sivasiti, su confidente, la escena con Susana, y concluyó diciendo:

—Su desdén, su altivez, ha convertido mi capricho en pasión; ¡quiero á todo trance que esa mujer sea mía!

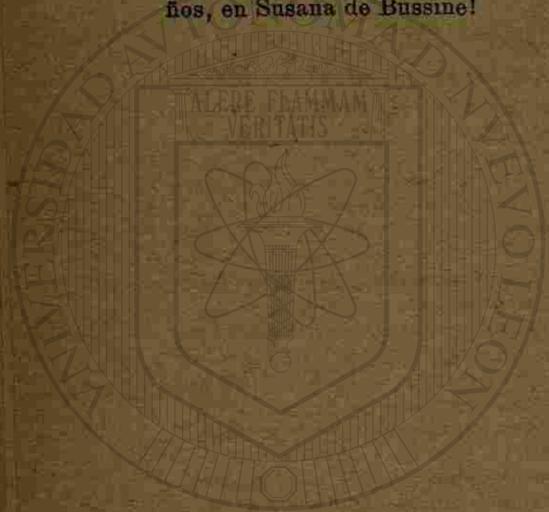
—Nada puedo en ese asunto,—dijo Sivasiti con calma:—he hecho cuanto he podido para que cayese bajo tu dominio, y á poco tiempo que Fatmah continúe su papel, Jorge es hombre perdido! ¿Y Fatmah, sigue obedeciéndote?

—Sí, pero me cansa con su amor y sus celos.

—¡Sé prudente, Mourad!—Las circasianas que son de antigua raza, entienden bien la ven-

ganza; ¡desconfía de ella!... ¡vive en guardia!

—Fatmah me es indiferente,— contestó Mourad, encendiendo un cigarro.—¡Mi corazón tan sólo se dilata pensando en la imagen de mis sueños, en Susana de Bussine!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUARTA PARTE

I



ESPUÉS de su sentencia; Luciano Lecomte, conducido de nuevo á la Casa Central, fué encerrado en su antigua celda; pero al día siguiente el Director le hizo llamar.

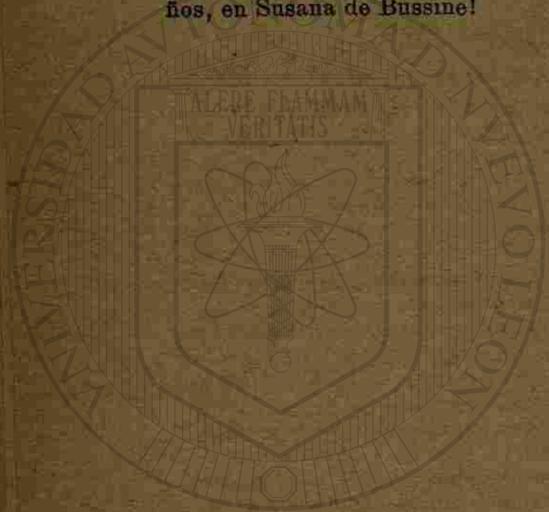
—¡Pobre Lecomte!—le dijo,—no habéis tenido ayer fortuna, ¡yo había creído que saldríais absuelto!

—Habéis hecho cuanto estaba en vuestra mano, y quedo profundamente agradecido al interés que me habéis manifestado.

—No tenéis nada que agradecerme, obraba según mi conciencia: si un momento he podido dudar de vos, después de observar á los testigos que se han presentado en contra, y de observaros á vos, ya no dudo; por desgracia, los jurados, no tienen costumbre de estudiar á los criminales, y no pueden, como yo, leer en la cara de cualquiera de ellos sin temor de equivocarse. La hipocresía de Brazier y de Sagot, en vez de indignarles, les han convencido. Hecha esta declaración, tengo que ser para vos lo que he sido antes. Aún tenéis que pasar aquí dos años para extin-

ganza; ¡desconfía de ella!... ¡vive en guardia!

—Fatmah me es indiferente,— contestó Mourad, encendiendo un cigarro.—¡Mi corazón tan sólo se dilata pensando en la imagen de mis sueños, en Susana de Bussine!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUARTA PARTE

I



ESPUÉS de su sentencia; Luciano Lecomte, conducido de nuevo á la Casa Central, fué encerrado en su antigua celda; pero al día siguiente el Director le hizo llamar.

—¡Pobre Lecomte!—le dijo,—no habéis tenido ayer fortuna, ¡yo había creído que saldríais absuelto!

—Habéis hecho cuanto estaba en vuestra mano, y quedo profundamente agradecido al interés que me habéis manifestado.

—No tenéis nada que agradecerme, obraba según mi conciencia: si un momento he podido dudar de vos, después de observar á los testigos que se han presentado en contra, y de observaros á vos, ya no dudo; por desgracia, los jurados, no tienen costumbre de estudiar á los criminales, y no pueden, como yo, leer en la cara de cualquiera de ellos sin temor de equivocarse. La hipocresía de Brazier y de Sagot, en vez de indignarles, les han convencido. Hecha esta declaración, tengo que ser para vos lo que he sido antes. Aún tenéis que pasar aquí dos años para extin-

guir vuestra primera condena, y siendo así, decidme qué contáis hacer, á qué taller queréis ir?

—¿No me es posible continuar en mi celda?

—No; la celda, cuando no es un castigo, es una recompensa, y me está prohibido hacerlos esta concesión, al día siguiente de una condena: por lo mismo, no puedo mandaros á vuestro antiguo dormitorio, que era de los distinguidos; vuestros compañeros podrían dar una queja contra mí.

—Comprendo, y en vuestro lugar, haría lo mismo, pero tiemblo volver al taller en que antes trabajaba. Allí están Brazier y Sagot, que me perseguirán de nuevo, y me expongo á pasar la vida prisionero, por haber tenido la desgracia de desagradar á esos dos hombres.

—No exageréis, además no es mi ánimo volveros á mandar al taller de donde habéis salido; elegid otro, el de tejidos, el de tintoreros... aprenderéis pronto cualquiera de estos oficios.

—Señor, el trabajo, cualquiera que sea, no me asusta; pero temo las mismas persecuciones, en todas partes. Esos dos hombres, tienen mucha influencia sobre sus compañeros.

—No sé á donde mandaros entonces: se necesitaría un cargo en el cual estuviéseis solo ó casi solo. Y después, como si le ocurriese una idea repentina exclamó:—¿Tendréis repugnancia al trabajo activo, duro quizás?

—No, señor; por el contrario, los tres meses que he pasado en la ociosidad, han entumecido mis miembros de tal modo, que tienen necesidad de ejercicio.

—Pues bien, en la pieza contigua á la cestería, cerca de las calderas de vapor para los tintes, hay una bomba que alimenta uno de los depósitos de la casa: ¿queréis ser el encargado de hacer trabajar la bomba?

—Sí, señor, sí.

—Tendréis por único compañero un antiguo militar llamado Armando: es un pobre muchacho, de veinticinco años, cuya conducta había sido irreprochable en su batallón, y un día que estaba algo excitado por haber bebido, armaron un alboroto, quisieron detenerle los Agentes de la Autoridad, y tiró del sable. Nadie salió herido, pero el Código militar castiga con reclusión de cinco á diez años toda agresión cometida por un militar contra la Autoridad. Armando, condenado al minimum de la pena, cumple en esta casa sus cinco años de reclusión; no tendréis por qué quejaros de él.

—Por el contrario, señor, os doy las gracias por semejante compañero, veréis como trabajo.

El mismo día, Luciano dejó su celda, y pasó al puesto que le designaban, encontrándose satisfecho relativamente, por estar cerca de un compañero, que no estaba preso por ninguno de esos delitos que afectan al honor. Ambos estaban obligados al mismo ejercicio, trabajando el uno mientras que descansaba el otro, pudiendo cambiar algunas frases, porque el Vigilante del departamento sólo de vez en cuando iba á visitar las bombas.

Una de sus distracciones en los largos días de verano, era subir sobre el cobertizo de la bomba para asegurarse de que el depósito que servía estaba lleno. Desde allí dominábase el camino de ronda y un pequeño patio situado al otro lado del muro. Distinguíase también el extremo de la isla, donde estaba construída la Casa Central y los dos brazos del Sena con sus dos hermosas riberas. Hacía cuatro años que Luciano no gozaba de tan hermosa vista, y gustábale distraer con ella sus pesares.

Hubiera sido relativamente dichoso, si por la

noche hubiera podido refugiarse en su celda; pero á la hora reglamentaria, tenía necesidad de ponerse en fila con los otros presidiarios y subir con ellos al dormitorio, donde todos sus compañeros le miraban con envidia, por las distinciones de que era objeto, no evitándose un codazo si le podían dar al pasar, ó dirigiéndole alguna frase injuriosa.

Al cabo de algún tiempo sus compañeros parecían un poco mejor dispuestos contra él, lo cual fue debido á la entrada en la Casa Central de Clopied, el Maestro de escuela y profesor de *caló*.

El primer cuidado de Clopied al entrar en la Casa Central, á la que tenía tanto amor, y que, como hemos visto, había hecho lo posible por volver á ella, fué tratar de reunirse otra vez con Sagot, dispuesto á perdonarle todas las faltas cometidas en su ausencia, siempre que le volviera á otorgar su intimidad con preferencia al ex Notario Brazier; pero Sagot, de carácter débil y algo voluble, ya no se acordaba de su antiguo amigo, no estando dispuesto á romper sus amistades con Brazier, que cumplía su tiempo de reclusión casi á la par suya; y entretanto, llegaba la hora de libertad, le ofrecía pagar sus gastos en la cantina, además de proveerle de tabaco... ¿Cómo sacrificar un amigo tan generoso?

Clopied sintióse desairado, y concibió una sorda venganza contra su amigo, que debía dar sus frutos.

En seguida tomó bajo su protección á Luciano Leconte, influyendo con los demás para que le consideraran; por lo cual, puede decirse que la casa se dividió en dos bandos, el uno, á cuya cabeza figuraban Sagot y Brazier, y el otro, capitaneado por Clopied, el Maestro de escuela, disminuyendo de este modo el número de enemigos de Luciano.

Dos meses apenas habían transcurridos desde su entrada en la Casa Central, cuando Clopied subió al dormitorio de Luciano, y le dijo, pasando rápidamente á su lado:

—Esta noche te vengaré.

Luciano no respondió, y al acostarse, se acordaba apenas de estas palabras. ¡Los presidiarios pronuncian tantas amenazas, que acaban por no tener valor! Sin embargo, las del Maestro de escuela eran serias, y á las dos de la mañana todos los presos de aquel dormitorio fueron despertados por un gran tumulto, reconociendo desde luego los gritos de Sagot. Clopied acababa de darle una puñalada, y aunque los otros presos acudieron, no fué tan pronto, que Clopied no repitiera un segundo golpe, que esta vez penetró en el corazón.

—¡Ahora, al otro!—dijo lanzándose furioso al lecho de Brazier; pero Luciano, que había sido el primero en acudir, se interpuso entre él y el lecho de la víctima.

—Déjame pasar, quiero matar á tu enemigo!

—Yo no tengo enemigos; no pasarás.

—Déjame, y si no...

—¡Hiere!—dijo Luciano,—me harías un favor.

Clopied vaciló un momento, lo bastante para que los Vigilantes sujetaran al asesino.

Le condujeron cerca de la víctima, que acababa de expirar.

—¡Si, yo le he dado la muerte!—dijo Clopied,—¡de ese modo sé vengarme! Un hombre más ó menos en el mundo, ¡qué importa!

Y buscando con los ojos á Brazier que, trémulo, se escondía detrás de los otros, le dijo:

—¡Has tenido suerte, porque la tuya hubiera sido la primera al corazón!

Y se calló: dejóse poner sin resistencia las esposas, y conducir á un calabozo, mientras el

cadáver de Sagot, después del reconocimiento facultativo, fué trasladado al depósito de los muertos. Se hicieron desaparecer las huellas del asesinato, y aquellos hombres, acostumbrados á escenas sangrientas, volvieron á dormir tranquilamente. Sólo Luciano, sin poder conciliar el sueño, volvía su pensamiento hacia la época en que reposaba tranquilo al lado de Enriqueta, su hermana, y de Susana, su hija.

II

El terrible drama que acababa de tener lugar, tuvo para Luciano la ventaja de hacer cesar las hostilidades en contra suya.

— ¡Ha estado á punto de morir por Brazier! — decían los más.

— ¡No hubiera hecho otro tanto Brazier por él! — decían otros, — Brazier se escondió mientras mataban á su amigo.

Esto le hizo gozar de cierta consideración entre sus compañeros, y un mes después de la muerte de Sagot, el señor Petithomme volvió á ocupar su antiguo cargo en la casa Central, habiendo tenido que aguardar á que su antecesor cumpliera el primer año de compromiso.

Un día, al visitar los talleres del tinte, se deslizó hacia la pieza ocupada por Luciano Lecomte, y éste, al apercibirle, corrió hacia él, y estrechándole las manos, le dijo:

— Gracias, gracias; ya sabía que estabáis otra vez en la casa. Hablad, estoy solo, y además mi compañero es un buen muchacho. Dadme noticias de Susana.

— Está buena.

— He recibido dos cartas suyas, muy cortas; pero, era natural su reserva; sabía que la administración no me las entregaría sino después de haberlas leído. Decidla que hace bien en no venir á verme, que no quiero que se comprometa.

— Sobre todo, ahora, — exclamó Cornelio.

Luciano le miró sorprendido.

— ¿Por qué ahora? — murmuró.

— Porque prepara vuestra evasión.

— ¿Mi evasión?

— Sí, para eso he vuelto á la Casa Central.

— No quiero, — exclamó Luciano con vehemencia. Decidle que no aceptaré jamás; que toda persona que facilita la evasión de un preso, queda obligada á la pena de prisión por dos años, y diez, sujeto á la vigilancia de la Autoridad.

— Lo sabemos; ¿y qué más?

— ¡Cómo! ¿Y todavía insistís? Yo no permito que por mí se exponga ella ni nadie.

— Hacéis mal: evasión fácil, plan bien combinado.

Y todo esto era dicho en voz muy baja.

— Estudio esta parte de la casa; cuando llegue el momento ganaréis el depósito de aguas; subiréis los escalones que sirven á los obreros que reparan los tejados. Ya en él, cogeréis el poste de telégrafos abandonado, reunís en uno los cinco alambres que tiene, y suspendido de ellos atravesáis el camino de ronda, bajáis al patio que hay á la extremidad de la isla, corréis á la verja... obstáculo fácil de saltar... llegáis á la ribera... barco preparado... y... ¡salvado!

Luciano no había podido menos de escuchar con avidez este plan de evasión. Quizás, cuando había subido á la techumbre á contemplar el estanque y distinguir el río, había acariciado un pensamiento semejante... ¿Existe un preso, por

resignado que parezca, que no acaricie la idea de la fuga? Pero Luciano no quiso abandonarse á falsas esperanzas, y dijo á Cornelio:

—Olvidáis un detalle que hace el proyecto irrealizable.

—¿Cuál?

—Los hilos telegráficos reunidos, ofrecerán, de seguro, bastante solidez para atravesar la ronda, que es un camino de cuatro metros apenas; pero el patio, situado al extremo de la prisión, en el cual queréis que descienda, está custodiado por un cuerpo de guardia.

Cornelio se acercó aún más á su protegido y dijo:

—La Autoridad militar hace evacuar el puesto mañana: el Director carece de servicio para vigilar los puntos exteriores. Lo sé por el Jefe.

—Pero los torreones que dominan el muro de ronda tienen también centinelas.

—¡Por la noche! Desde mañana, la Autoridad militar, por no fatigar la guarnición, suprimirá el centinela; por el día un Vigilante solo cuidará de esta parte de la casa.

—Un Vigilante basta para dar señales de alarma...

—Puede ausentarse: os avisaré.

—¡Os tomáis un trabajo inútil! — dijo Lecomte después de reflexionar algunos instantes. — Vuestras palabras han podido por un momento trastornarme, pero mi sueño ha cesado; no huiré; sólo los culpables huyen; los inocentes aceptan su destino con resignación.

—¿Y no queréis?...

—No quiero.

—¿Estáis decidido?

—Decidido.

—Entonces, escuchad. Cesarina me ha dicho algo para vencer vuestra resistencia.

Recogióse un instante como para recordar todo lo que llevaba en la memoria, y dijo con voz trémula:

—Desde que os ha visto, desde que ha sabido sobre todo vuestra nueva condena, Susana está muy agitada, febril; sólo piensa en vos. Concibe mil proyectos de evasión, que la obligamos á desear, y sólo cuando hemos admitido éste, se ha logrado que adquiera un poco de fuerza, de serenidad, que se tranquilice su pulso... Su estado es grave, y si queréis consolarla, no tenéis el derecho de vacilar.

Detúvose un instante, y dijo en otro tono:

—Esto es todo lo que mi mujer me ha dicho.

Luciano había tenido la cabeza baja, mientras Petithomme recitaba su lección; y cuando éste acabó, repuso:

—¿Y cuál es vuestra opinión particular? ¿No creéis que vuestra esposa exagera?

Cornelio, sin vacilar, mirando frente á frente á Luciano y con toda seriedad, dijo:

—Mi mujer tiene razón.

—¿Creéis que si yo sigo aquí, Susana?...

—¡Caerá enferma!

—Pero mi hermano, ¿qué dice á todo esto?

—Vuestro hermano...

—Sí, mi hermano; ¿por qué me miráis así?

—Es que vuestro hermano... yo no sé en lo que piensa; las noches está fuera de casa, los días encerrado en su estudio...

—¡Ah! ¡desgraciado, desgraciado! Y entonces ella estará sola... sin un protector...

Y volviéndose á su amigo, repuso con energía:

—Acepto: preparadlo todo, y avisadme.

Un instante después, se separaron.

* * *

Podría creerse que para decidir á Luciano Leconte, Cornelio había exagerado el estado de Susana, pero no era así; aquella joven, de carácter impresionable, llevando hasta la exageración la idolatría por los suyos, había contraído una sobreexcitación nerviosa, produciéndole un estado febril de verdadera gravedad.

La esperanza de salvar á su tío la sostenía, sin embargo, pero una vez perdida ésta, caería en un estado de postración, que inspiraría serios cuidados.

El señor Petithomme, al volverse á encargar del taller de la Casa Central, había sido por horas determinadas, con la condición de entrar y salir cuando le pareciera, que era la manera de comunicarse con los unos y los otros, avisando á Luciano de los trabajos de sus amigos.

Como había dicho, el cuerpo de guardia establecido en la puerta de la isla había sido suprimido, y los centinelas del camino de ronda no hacían servicio más que por la noche; pero, en cambio, quedaba un Vigilante para custodiar aquel sitio.

Fácil le hubiera sido á Cornelio sujetarle y ahogar sus gritos, mientras el prisionero se fugaba; pero Luciano rehusó prestarse á ningún acto de violencia, ni aceptaba la fuga si había de traer responsabilidad para alguien.

Hubo, pues, que aguardar uno de esos sucesos que trajeran modificación en el reglamento; y entretanto Lionel Murdon, obedeciendo los deseos de Susana, preparaba la evasión.

Sólo Jorge de Bussine era extraño á este complot, y no parecía, ni aún sospecharle; aunque su existencia, más regular que antes, le hubiera permitido tomar alguna parte en la vida de familia, y participar de las esperanzas de Susana; pasaba la mayor parte del día en su estudio, y

sus amigos del Club, se lamentaban de no verle. ¿De qué nacía esta tardía prudencia? ¿Sus continuadas pérdidas le habían hecho al fin juicioso, ó las lecciones del señor X... le habían abierto los ojos contra el juego? Sin duda que esto debía ser, y antes de aceptar su sitio junto al tapete verde, deseaba estar enterado de todos los secretos del arte de los griegos.

Si alguna vez se presentaba en el Club, era para estrechar la mano de algún amigo, de Mourad, entre otros.

Jamás el ex Ministro había estado más satisfecho de la suerte. Los periódicos, con sus indiscreciones cotidianas, le hacían ser el hombre de moda, y sus intrigas amorosas, sus dichos oportunos, sus maneras, todo, era referido ó comentado. Citábanse los nombres de sus caballos, su genealogía, su precio; se publicaba el *menú* de sus comidas, y puede decirse que el *Rey de los Griegos* llegó á ser el Rey de la moda.

Al principio del invierno resolvió dar en su hotel de la calle del Circo una de esas fiestas destinadas á hacer época: quizás quería deslumbrar á Paris, quizás impresionar la imaginación de una persona que excitaba poderosamente su capricho, por lo mismo que le rechazaba.

De seguro que hubiera admitido esta última suposición, quien le hubiera sorprendido en este diálogo con Jorge de Bussine:

—¿Habéis oído hablar de la fiesta que doy la próxima semana?—dijo Mourad.

—Todo Paris se ocupa de ella.

—Cuento con vos, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—¿Y con vuestra encantadora hija?—añadió, mirándole fijamente.

—Mi hija... no la esperéis, no quiere asistir á una fiesta de este género.

—Perdonad. La mayor parte de mis amigos llevarán sus esposas y sus hijas, personas admitidas en la sociedad. Verdad es que yo haré solo los honores de mi casa; pero es costumbre de mi país, donde las mujeres se encierran en el *hayén* cuando damos una fiesta. Tomad cuantos informes queráis, y veréis que vuestra hija se encontrará perfectamente acompañada.

—No lo dudo, no necesito tomar informes; pero Susana vive retirada del mundo; no gusta de la sociedad, y tendré que luchar en vano con su resistencia.

—Por la amistad que me tenéis, haced por vencerla.—Pero como Jorge no respondiese, añadió:—Si no acepta mi invitación, creeré que me guarda rencor por no haber salido airoso en el encargo que me hizo.

—No lo creáis; está satisfecha de vuestro interés.

—Le tuve muy grande, y aún no he dicho en el asunto mi última palabra. He pensado más de una vez en ese encargo, y me he dicho, que si no sali airoso, fue porque seguí una pista equivocada, y en vez de ir á pedir el perdón del preso, debí procurar la evasión de éste.

Jorge levantó vivamente la cabeza.

—La evasión! ¿Cómo?

—Fácilmente; comprando la complicidad de algún Carcelero, sin reparar en precio. Figuráos un pobre diablo, cargado de familia, á quien el Estado da ochocientos francos al año, y yo le ofrezco cincuenta, cien mil de un golpe... Podéis decir á vuestra hija, que estoy resuelto á gastar mi fortuna para conseguir la evasión de su protegido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Cuando su pasión por Fatmah y su amor al juego dejaban á Jorge algún reposo, pensaba en su hermano, y se preguntaba cómo podría acudir en su ayuda.

Pero la ligereza de su carácter y la agitación en que vivía, le hacían incapaz de perseguir una idea.

En este estado las cosas, la conversación con Mourad le dió mucho que pensar. No era ya un vago proyecto de evasión el que cruzaba su mente; aquel proyecto tomaba cuerpo, se materializaba, y un hombre rico, poderoso, estaba decidido á todos los sacrificios para ayudarle. Así, pues, resolvió hablar á su hija de los deseos de Mourad.

No se daba cuenta exacta del estado de ánimo de Susana. La creía resentida por su vida disipada, y aprovechaba con gusto aquella ocasión de hacerse perdonar, probando á su hija que era capaz de ideas serias y que la suerte de su hermano le preocupaba.

Aquella niña, á quien había arruinado, á quien daba una existencia tan triste, la quería por intermitencias. Tenía períodos de ternura, en que se decía casi llorando, que la hacía desgraciada; pero tranquilizados sus nervios, se olvidaba de ella, sin tener la fortaleza de cumplir con su deber. Encontró á Susana sola, y le dijo:

—Hija mía, varias veces he creído observar que me juzgabas indiferente á los sufrimientos

de mi hermano, y te equivocas; pienso constantemente en él, y desde que hemos perdido la esperanza de obtener su indulto, discurro los medios de hacerle salir de su largo encierro.

—¿Hay un medio?

—Podríamos formar un plan de evasión.

—¿Un plan? ¿Tenéis algún proyecto?

—No; no tengo ninguno preciso; pero la idea más práctica sería comprar á un Carcelero ó á varios Vigilantes, si preciso fuera.

—¿Comprarlos! ¿Con qué?

—Con dinero.

—¿Le tenéis?

—No, — balbuceó; — nunca he estado más pobre; pero tenemos amigos que nos ofrecen su fortuna para este objeto.

—¿Qué amigos?

—Mourad-Bey, el primero.

Susana levantó enérgica la cabeza, y trémula, murmuró:

—Os suplico, padre mío, que no pronunciéis nunca ese nombre delante de mí.

—¿Por qué?

—Es verdad; había juzgado inútil deciros...

—¿Qué? ¡Habla!

—¿Para qué, padre mío? Ya es inútil... Casi lo he olvidado...

—No, no lo has olvidado; tu emoción me lo prueba. Vamos, Susana, habla; tengo derecho á saber lo que te pasa.

—¡Ese hombre que llamáis vuestro amigo, aprovechando la ocasión de hablarme sola, se atrevió á declararme su amor; y no contento con esto, trató de abrazarme, y tal vez de abusar de mi debilidad, padre mío!

—¡Miserable! — murmuró Jorge trémulo, despertando por fin de su atonía, para recordar que era padre. — Sigue, sigue, ¿quién te libró de él?

—El señor Patithomme, á quien traje en aquel instante mi Angel de la Guarda.

—¡Y nada me has dicho! ¡Y dejas que estreche todos los días la mano del infame que te ha insultado! ¿Tampoco respeto te merece tu padre, hija mía, para haberle ocultado semejante ofensa? Culpas graves tienes que perdonarme, pero no tantas que me retires tu confianza: ¡soy tu padre, Susana!

—¡Lo habéis sido, ya no lo sois! — dijo la joven con energía.

—¡Susana, olvidas!...

—¡Por desgracia, nada olvido, nada!

—¿Qué quieres decir? ¿qué encierran tus palabras? ¡Explicáte claramente, y acaso podré desvanecer tus sospechas! ¡Hija mía, me laceras el corazón, te juro que jamás he sufrido tanto como en este instante!

—Tranquilizáos, señor; no me refiero al pasado, de eso le daréis cuenta algún día á mi desgraciado tío, á vuestro noble y generoso hermano. Me refiero á lo presente; al juramento que habéis pisoteado, ¡olvidando de ese modo á mi santa madre, á esa pobre y querida mártir! — Y con la voz ahogada por los sollozos, Susana prosiguió: — ¿Y qué hora habéis escogido para faltar á vuestro juramento? ¡El instante en que vuestro hermano sufría la condena de un crimen cometido por otro!... ¡Ah, nunca olvidaré vuestra actitud cuando entré en vuestro estudio después de haberos esperado en vano toda la noche, para deciros que vuestro hermano os llamaba desde el fondo de su prisión... como os llamó en vano aquella fatal noche mi madre moribunda! ¡Y decís que sois mi padre! ¡Mi padre es el desgraciado que sufre con resignación las torturas del cautiverio; mi padre es el que, ni aun al verse encerrado en una sombría prisión, se olvida de mí;

mi padre, es aquel que todo lo olvida, lo perdona; aquel que me suplica sea indulgente para su verdugo, para el de mi madre! ¡Oh, padre Luciano! — exclamó la joven. — ¡Perdona mi delirio, mi justa indignación, ¿me mandas le perdona? ¡Olvidad mis palabras, olvidad cuanto acabo de decir, padre mío!

Y trémula, vacilante, el rostro cubierto de lágrimas, Susana dió un paso hacia su padre; pero vencida por la emoción, iba á desfallecer, cuando Cesarina, que acababa de entrar, la recibió en sus brazos.

Jorge, anonadado, con la cabeza inclinada, abandonó la instancia, atravesó con paso lento el jardín, entrando en el estudio, en donde se dejó caer en un diván.

Así permaneció largas horas con el cuerpo inclinado, la cabeza entre las manos, deslizándose por entre los dedos silenciosas lágrimas.

Cuando la tarde caía, Fatmah entró en el estudio. El no la vió... no la oyó... La circasiana se adelantó, y tocándole en el hombro, exclamó:

— ¿Sufres?

— Mucho.

— ¿Por mí?

— No, por ella.

— ¿Quién es ella?

— Mi hija.

— ¡Ah! eso es peor. Dime tus penas, ábreme tu corazón: eso te hará algún bien.

— Tienes razón.

Y paseando por el estudio, agitado, febril, le hizo conocer su vida, sus antiguos desórdenes, su pasión por el juego, la muerte de su esposa, su juramento, cómo al verla la había amado y había perdido al juego los medios de alcanzarla, el olvido en que tenía á su hija, y que esta le reprochaba.

— Yo no había pensado en esa hija, — dijo la circasiana, fijando en él una mirada profunda; — obedecía á Mourad como esclava sumisa y hacía lo que me ordenaba.

— ¿Te ordenaba que te hicieras amar de mí? ¿Por qué?

— Busca, y hallarás... Yo he buscado, y hallé. ¡Tu hija! Pienso en ella desde el día que he comprendido que Mourad la ama.

— ¡Ah! ¡tú sabes!

— ¿Y tú también?

— Desde hace un instante, acaba de confiarme que Mourad le ha hablado de amor.

— ¿Y tu hija no miente?

— Jamás.

— Está bien: reflexionaré en todo esto. ¡Adios! Y se retiró como había entrado, dulce, silenciosa, grave...

El no la siguió siquiera con la vista; permanecía inmóvil, aterrado, meditaba en lo que le había dicho Susana... Las reconvenciones de su hija le habían hecho un efecto terrible, penetrando en su corazón.

A las dos de la mañana, el baile ofrecido por Mourad-Bey, al París bullicioso, había llegado á su mayor grado de esplendor; todos los invitados habían concurrido, y nadie tenía el valor de retirarse de las magnificencias de aquella fiesta.

Sin embargo, al principio hubo algunos descontentos: todos esperaban verse transportados al Oriente, penetrar en algunas de esas moradas fantásticas de Constantinopla ó del Cairo, respirar perfumes suaves, saborear refrescos desconocidos, servidos por esclavas, adornadas de ricas joyas... y nada de esto sucedía. Mourad ofrecía á los parisienses una fiesta puramente francesa. Sus salones, eran notables por el buen gusto; los criados, que circulaban con refrescos

vestían todos frac y también el dueño de la casa, que de ordinario solía llevar la levita abrochada y el *Fez*, se había puesto frac y corbata blanca, como todos sus convidados; pero cuando se recorrían los salones y se miraba al jardín, la vista era sorprendente.

Aquel jardín, que se extendía hacia la Avenida de los Campos Eliseos, medía más de cuatro mil metros cuadrados, y había sido transformado para esta fiesta en una estufa gigantesca, en un inmenso jardín de invierno. En lugar de verse transportados á Oriente, hallábanse transportados á los trópicos, con su exuberante vegetación.

Todas estas plantas, traídas de las mejores estufas, alternaban con los árboles ordinarios del jardín, cuyos troncos desaparecían bajo inmensas enredaderas, y en sus ramas se veían flores exóticas que los desfiguraba por completo.

Toda esta floresta improvisada despedía penetrantes perfumes; se aspiraba un aire, que parecía respirarse bajo otro cielo.

Ni candelabros ni bujías iluminaban aquel oasis. Gracias á la electricidad, hábilmente colocada, parecía el jardín iluminado por la aurora de un hermoso día, cuando el sol, para anunciar su llegada, difunde por el horizonte un rayo de oro luminoso.

En el fondo del jardín, una magnífica orquesta interpretaba melodías de Chopin, de Verdi y de Mendelssohn; nadie pensaba en bailar, sino en acechar.

Fatmah estaba ausente: Mourad había pretendido tenerla en sus salones, pero ella, contestó:

—No quiero verme entre todas esas mujeres: en el *harén* no sufría, porque me juzgaba preferida; aquí es muy distinto.

Y Mourad, sin preocuparse más de los celos de Fatmah, la olvidó, pensando en sus invitados.

Veíanse allí hermosuras célebres ya pasadas, al lado de los nuevos astros de la belleza parisién. Era una confusión de trenzas negras, de cabellos rubios, de brazos desnudos, de cuellos de alabastro, enriquecidos de joyas deslumbradoras...

¡El triunfo de Mourad era completo! Su estrella brillaba más que nunca, y las alabanzas que le prodigaban, no parecían, sin embargo, satisfacerle; veíasele inquieto, preocupado, con la mirada siempre fija en la puerta por donde entraban sus invitados.

Era que aguardaba á Susana de Bussine. No podía comprender que su padre, á quien había hecho tantos favores, le hiciera el desaire de faltar á su invitación; ni que aquella joven, á quien había demostrado afectos tan lisonjeros, se negase á asistir á una fiesta dada por ella... ¡sí, sólo por ella!

Siempre ciego por su materialismo, sin conocer el corazón de la mujer, y sobre todo la mujer europea, había esperado fascinar á Susana con los esplendores de su fiesta, con el brillo de su nombre...

¡Y no se presentaba!... Sin embargo; ¡si ella supiera!... No tenía más que pronunciar una palabra, para que su padre cayera en su completa decadencia, y en uno de sus momentos de despecho, exclamó:

—¡Ah! si no vienen, daré esta noche mis ordenes á Sivasti.

A la fiesta dada por Mourad asistían todos los individuos del Club, en que acostumbraba ir á ver jugar, sin que jamás tocara una carta: en cambio, faltaba su agente Sivasti, y esto fué reparado por sus amigos, que ocupaban sus ocios paseando por el jardín del dueño de la casa.

—¡Qué lujo! ¡Qué prodigalidad! Esta fiesta

debe costar, lo menos, ¡quinientos mil francos!

—Para permitirse tales gastos, preciso es que Mourad tenga una fortuna colosal.

—No creo eso,—repuso la persona que acababa de admirar el lujo de aquella fiesta.—Un viajero de su país me aseguró que Mourad tenía una fortuna inmensa en pedrería, pero que los beduinos se la habían arrebatado, después de sostener con ellos una lucha terrible.

—¿Quién os ha dado esos detalles?

—El Capitán de un barco con quien hablé últimamente en Marsella. En el vapor que mandaba entonces dicho Capitán, se embarcó en Túnez Mourad con su Secretario, llamado Sivasti, y una hermosa esclava circasiana, y cada uno llevaba un cofrecillo.

—¿Lo véis!

—Sí, pero ahora viene el desenlace.

Todos se acercaron al narrador, que dijo en voz baja:

—Apenas dicho barco había dejado la rada de Túnez, se desencadenó una violenta tempestad.

—Lo sabemos; no pudieron salvarse más que los pasajeros y sus bienes.

—Cierto, pero pocos instantes después Mourad y los suyos eran atacados por un grupo de beduinos, que les arrebataron sus tesoros.

—¡Nadie ha hablado de ese lance!

—Nadie más que mi Capitán, que fué testigo del hecho: no creáis que es un charlatán, es hombre formal, y además, ni se acordaba de sus pasajeros, si yo no les hubiera citado.

—Entonces, ¿cómo Mourad puede sostener el tren que tiene, darnos estas fiestas?...

—¡Ah! de eso nada sé; os he dicho lo que la casualidad me ha hecho conocer, y no he tratado de saber más. Mourad no se cuenta en el número de mis amigos, y no me creo comprometido

por pasar algunas horas en su casa entre tres mil personas.

—Sería curioso penetrar el misterio de su vida! En París nos basta con que llegue un extranjero y nos ciegue con un puñado de oro, para no buscar el origen de su fortuna.

—Quizás juega y gana. En Francia hay millares de individuos que viven así y viven muy bien.

—Os equivocáis: Mourad no toca nunca una carta, y dice profesa al juego verdadero horror.

—¿Por qué entonces pertenece á tantos Clubs?

—No todo el que pertenece á un Club, es jugador.

—Sin duda; pero en ese caso podía visitar el salón de lectura, ó el de conversación, mientras que él no se separa de la mesa del *baccarat*.

—Le gustará ver jugar.

—¡Vaya un capricho! Creed que si personas prudentes vigilaran un poco á ese extranjero...

Esta conversación fue interrumpida por la llegada de varias personas; pero ese relato interesó vivamente al señor X... que, continuando su paseo por el jardín, reflexionaba y veía siempre á Mourad de pie junto á la mesa de juego cuando él *tallaba*... Más de una vez, la mirada fija de aquel hombre le había aterrado; sin embargo, jamás le había ocurrido fuese cómplice de Sivasti, aquel oriental tan considerado en los Círculos de París, tan servicial y tan delicado en su proceder.

Al ver desvanecerse la fortuna que él le suponía, la inteligencia del señor X... trabajaba, y mil incidentes, en que no se había fijado, surgían en su memoria.

Aquel Sivasti, cuyo nombre acababan de pronunciar delante de él por vez primera, que había huido con Mourad de Túnez, ¿no sería Sidi-Bou-Said que vivía en la calle Villiers, que pa-

recía no conocer á Mourad, pero no podían verse en secreto y explotarle de común acuerdo?

—Ya estaré sobre la pista,—se decía el señor X...—¿Habré tropezado al fin con el jefe invisible de la banda de que formo parte?

Meditando de este modo el señor X... dejó el jardín, recorrió los salones del piso bajo, y subió luego á los del principal; todos estaban llenos, y la mayor parte de los convidados pertenecían á los distintos Clubs de Paris; es decir, que estaban allí reunidos todos los jugadores.

Un joven de unos treinta años, de retorcido bigote rubio, de maneras distinguidas, de intachable elegancia y excelente humor, jugaba con un caballero al *ecarté* y acababa de ganarle seis *partidas* seguidas.

El señor X... se preguntó dónde había visto aquella cara, y de repente un recuerdo hirió su memoria; un día que esperaba en la casa de la Avenida Villiers, por la puerta entreabierta vió pasar á aquel sujeto, á quien el dueño de la casa despedía.

—¡Calle, calle!—se dijo,—aquí están todos. Y corrigiendo al punto su frase, murmuró:

—¡Es decir, aquí estamos todos!

Siguió recorriendo los salones, y en otra mesa vió *tallando* á un hombre de cincuenta años, con quien se había cruzado una vez al entrar en aquella casa misteriosa, y en la mesa del *whist* y de la *banca* vió personas apercibidas en idénticas condiciones.

Decididamente, había caído en medio de todos sus colegas. Toda la banda estaba reunida en casa de Mourad... ¿Por qué?

El señor X... no quiso fiarse solamente de su memoria; creyó prudente informarse mejor, y nada más fácil: si las personas de que sospechaba jugaban honradamente, era que no tenían la

menor connivencia con su conocido de la calle de Villiers; si, por el contrario, se entregaban á sus operaciones habituales, sus sospechas se mostraban realizadas.

Resolvió, pues, estudiar el juego, y volvió á colocarse junto á la mesa de *ecarté*. El joven rubio acababa de ganar otras dos jugadas, y encontró, sin duda, que no era suficiente, porque el señor X... que observaba con atención, le vió barajar las cartas, separar once de una manera especial, y fingiendo barajarlas de nuevo, las colocó con una rapidez sin igual debajo, operación que no fue apercibida por nadie más que por el señor X... hombre no menos práctico que el que operaba.

Por fin, el *corte* podía descomponer de algún modo su combinación, y logró, apretando las extremidades, abarquillar ligeramente las cartas, y el jugador, sin desconfianza, cortó por donde estaba la indicación de la baraja, colocando él mismo encima la jugada preparada.

El señor X... había visto cuanto necesitaba, y pasó adelante, dirigiéndose á la mesa donde se jugaba al *piquet*, y pudo hacer observaciones idénticas.

Después de esta segunda experiencia, el señor X... se dirigió hacia las otras mesas, y en todas pudo observar *fullerías* más ó menos hábiles, más ó menos embozadas; pero perfectamente claras para él.

—No hay duda,—se dijo,—estamos aquí *toda la banda*. ¿Es esto efecto de la casualidad? ¿Les ha enviado su Jefe á operar en casa de Mourad, ó es este el Jefe de todos, y trata de sacar de su misma fiesta los gastos que le ha ocasionado?

La noche avanzaba, la mayor parte de los convidados ibanse retirando, y el señor X..., queriendo imitar su ejemplo, se dirigió hacia el ves-

tíbulo, y ya con su paletot puesto, tuvo el capricho de dar su último paseo por aquel jardín casi desierto. Atravesaba una calle solitaria, cuando un hombre, envuelto en un abrigo de pieles, pasó casi á su lado sin verle; ¡tan preocupado iba!... Creyó reconocer á Mourad, y le siguió con la vista... Aquel hombre se dirigió hacia una puertecilla, situada al extremo del jardín, que debía comunicar con la Avenida del Elíseo; la abrió y desapareció. Al punto, sin vacilar, el señor X... volvió á la casa, atravesó los salones, bajó la escalera como un huracán, y se metió en un coche de alquiler.

—¡Cinco francos de propina! ¡A escape! Avenida Villers.

Al ver salir á Mourad, se había dicho:—Para abandonar su fiesta, algo importante le ocurría; de seguro, ¿se dirigirá á casa de su cómplice?

A mitad de la Avenida Villers, dejó el coche, y le despidió. Encaminóse á pie hacia la casa que también conocía; ningún carruaje había delante de su puerta. Mourad quizás no había llegado, y se convenció, al escuchar á lo lejos un carruaje que se acercaba. El coche se detuvo á corta distancia de la casa, y el que le ocupaba, pagó al cochero, como había hecho el señor X... Este, que se había refugiado en la empalizada de una casa en construcción, vió pasar por delante de él al hombre envuelto en el abrigo de pieles que había apercibido en el jardín, y que tenía el aire y la estatura de Mourad. Al llegar éste delante de la casa antedicha, miró en torno suyo; abrió la puerta con una llave que tenía, y entró.

—Ahora,—dijo el señor X...—vamos á esperar hasta que vuelva.

Un carruaje que pasaba desocupado, condujo de nuevo á el señor X... á la calle del Circo, y entró de nuevo en el hotel.

Se dirigió al jardín, y al cabo de una hora, la pequeña puerta se abrió y el hombre apareció sin dejar duda al señor X..., porque le vió arrojar su abrigo de pieles á un criado, y reconoció á Mourad.

Sabía cuanto deseaba, é iba á retirarse, cuando tuvo el capricho de saber lo que había sido de los demás Agentes de Sivasti. Todos estaban diseminados en distintos salones... ¡La noche había sido para ellos!

Nada más curioso para un observador perspicaz como el señor X..., que observar á aquellos trabajadores hábiles, graves, silenciosos, que con su frac negro, su corbata blanca y su pecho adornado con alguna condecoración, parecían diplomáticos que se dignaban honrar la fiesta de Mourad.

Los salones estaban casi desiertos, las últimas parejas habían cedido al cansancio, y el señor X... se retiró definitivamente, encantado de la noche pasada.

IV

Hacia tiempo que el señor X... no veía á Sivasti sino de vez en cuando; sus visitas cotidianas eran inútiles, puesto que no jugaba y se contentaba con ir un par de veces por semana á la Avenida Villers para dar cuenta de los adelantos de su discípulo Jorge de Bussine; pero al día siguiente de la fiesta de Mourad, al despertarse, muy entrado el día, le entregaron un billete así concebido:

tíbulo, y ya con su paletot puesto, tuvo el capricho de dar su último paseo por aquel jardín casi desierto. Atravesaba una calle solitaria, cuando un hombre, envuelto en un abrigo de pieles, pasó casi á su lado sin verle; ¡tan preocupado iba!... Creyó reconocer á Mourad, y le siguió con la vista... Aquel hombre se dirigió hacia una puertecilla, situada al extremo del jardín, que debía comunicar con la Avenida del Elíseo; la abrió y desapareció. Al punto, sin vacilar, el señor X... volvió á la casa, atravesó los salones, bajó la escalera como un huracán, y se metió en un coche de alquiler.

—¡Cinco francos de propina! ¡A escape! Avenida Villers.

Al ver salir á Mourad, se había dicho:—Para abandonar su fiesta, algo importante le ocurría; de seguro, ¿se dirigirá á casa de su cómplice?

A mitad de la Avenida Villers, dejó el coche, y le despidió. Encaminóse á pie hacia la casa que también conocía; ningún carruaje había delante de su puerta. Mourad quizás no había llegado, y se convenció, al escuchar á lo lejos un carruaje que se acercaba. El coche se detuvo á corta distancia de la casa, y el que le ocupaba, pagó al cochero, como había hecho el señor X... Este, que se había refugiado en la empalizada de una casa en construcción, vió pasar por delante de él al hombre envuelto en el abrigo de pieles que había apercibido en el jardín, y que tenía el aire y la estatura de Mourad. Al llegar éste delante de la casa antedicha, miró en torno suyo; abrió la puerta con una llave que tenía, y entró.

—Ahora,—dijo el señor X...—vamos á esperar hasta que vuelva.

Un carruaje que pasaba desocupado, condujo de nuevo á el señor X... á la calle del Circo, y entró de nuevo en el hotel.

Se dirigió al jardín, y al cabo de una hora, la pequeña puerta se abrió y el hombre apareció sin dejar duda al señor X..., porque le vió arrojar su abrigo de pieles á un criado, y reconoció á Mourad.

Sabía cuanto deseaba, é iba á retirarse, cuando tuvo el capricho de saber lo que había sido de los demás Agentes de Sivasti. Todos estaban diseminados en distintos salones... ¡La noche había sido para ellos!

Nada más curioso para un observador perspicaz como el señor X..., que observar á aquellos trabajadores hábiles, graves, silenciosos, que con su frac negro, su corbata blanca y su pecho adornado con alguna condecoración, parecían diplomáticos que se dignaban honrar la fiesta de Mourad.

Los salones estaban casi desiertos, las últimas parejas habían cedido al cansancio, y el señor X... se retiró definitivamente, encantado de la noche pasada.

IV

Hacia tiempo que el señor X... no veía á Sivasti sino de vez en cuando; sus visitas cotidianas eran inútiles, puesto que no jugaba y se contentaba con ir un par de veces por semana á la Avenida Villers para dar cuenta de los adelantos de su discípulo Jorge de Bussine; pero al día siguiente de la fiesta de Mourad, al despertarse, muy entrado el día, le entregaron un billete así concebido:

Sidi-Bou-Said aguarda á las seis al señor X... para asunto urgente.

—¡Lo sospechaba! —murmuró.

A las seis en punto llegó á casa de Sivasti, y éste, que había recibido sus visitas obligadas, le hizo entrar en uno de sus salones.

—Me apresuro á acudir á vuestra cita,— dijo X...— y esto tiene tanto más mérito cuanto que me he acostado muy tarde, ó más bien, demasiado temprano.

—¡Hola! ¿Os habéis dejado seducir por alguna partida? —dijo Sivasti afectando ignorar dónde su interlocutor había pasado la noche;— yo creí que ya no jugábais.

—No os engañáis, porque no es en el Club donde he pasado la noche, sino en un baile.

—¿Vos?

—Yo, sí, baile excepcional, en casa del moro Mourad-Bey... Yo creí veros allí. ¿No es vuestro compatriota?

—Creo que sí; pero no le conozco. El habita en Tunez, yo en Constantinopla, donde he nacido y de donde salí muy joven. ¿Os habéis divertido mucho en su casa?

—¡Mucho!

—Me alegró: hablemos ahora de cosas serias. La última vez que tuve el placer de veros, me hablasteis con elogio de los progresos de vuestro discípulo el señor de Bussine. ¿Seguís contento de él?

—Muy contento; es ya de primera fuerza.

—¿Y comprende el objeto conque le enseñáis?

—No nos hemos explicado todavía en ese sentido, y le enseño como para ponerle en guardia contra las *fullerías* que se pueden emplear; él aprende por pura curiosidad; pero su situación es precaria y no dudo que tratará de utilizar lo que aprende.

—Cuento con vos,— dijo Sivasti,— y se hace urgente para mí que se le utilice.

—Lo intentaré.

—No se trata de intentarlo,— dijo Sivasti con energía,— es preciso conseguirlo. ¿Creéis que el señor de Bussine está dispuesto á dejarse vencer?

—Creo que sí, pero temo que no pueda trabajar sin peligro. No es lo mismo trabajar delante de mí que en público.

—¿Qué sabe hacer?

—*Señales improvisadas*; desliza bastante bien la primera y segunda carta del juego...

—Eso basta.

—Pero aún no tiene experiencia ni sangre fría, y si se deja sorprender...

—Le sorprenderán. ¿A vos que os importa?

—Perdonad; mi amor propio está interesado en que mi discípulo quede airoso. Además, no le quiero mal, ni tengo por qué exponerle á un conflicto.

—Dejad á un lado vuestras delicadezas, y sobre todo, no me obliguéis á participarlas,— dijo Sivasti duramente.— Yo corro el riesgo de las torpezas del señor de Bussine, y quiero que desde mañana empiece sus operaciones.

—Yo deseaba esperar aún...— dijo X..., que quería que su adversario se entregara.

Este resultado podía obtenerle sin dificultad, porque su interlocutor, que ignoraba los descubrimientos hechos aquella noche, no podía adivinar el juego de su contrario, y acostumbrado á mandar, era cada vez más imperioso.

—¡A vos os conviene aguardar! —dijo;— ¡á mí no me conviene, tendréis que ceder!

—Me permitiréis, caballero, que no lo haga.

—Ved lo que hacéis...

—¡Me amenazáis! Ya os dije que á la primera amenaza...

—Me desafiáis. Pues bien;— continuó Sivasti, con perfecta calma,— podéis hacerlo, porque me he puesto en guardia contra la provocación, y he preparado una nota, en que refiero vuestra vida con todos sus detalles desde hace veinte años. En cuanto os opongáis á mi voluntad, envío esa nota...

—¿A la Prefectura?

—No, á vuestra mujer y vuestros hijos.

El señor X... se puso lívido, pero tenía tal imperio sobre sí, que dominó su cólera, y en lugar de arrebatarse, pareció alterado, y dijo conmovido:

—No haréis eso, yo os ruego...

Sivasti, engañado por aquel terror, admirablemente fingido, creyóse con derecho á ser aún más duro, y dijo:

—Lo haré si intentáis la menor resistencia.

El Señor X... pareció reflexionar un instante, y dijo con ronco acento:

—Obedeceré.

—Mañana mismo, ¿no es verdad?

—Desde mañana, si el señor de Bussine quiere.— Eso no depende de mí.

—De vos depende, y estoy de tal modo persuadido, que voy á entregaros diez mil francos, con los que tallará mañana, á las once de la noche, en su Círculo habitual. Esto nunca deberá producirle hasta cien mil francos.

—Perfectamente; pero juradme que esas notas de que me habéis hablado?...

—Serán quemadas pasado mañana, y os veréis libre y tranquilo.

—¡Libre y tranquilo!— dijo el señor X... que esta vez parecía enteramente vencido.

—He aquí cómo es preciso conducirse con estas gentes,— dijo Sivasti cuando se hubo retirado su interlocutor.— Pero, ¿qué guerra me da Mourad

con su necia pasión! En fin; es preciso ser indulgente con él, para que lo sean conmigo.

El señor X..., al dejar á Sivasti, fue á comer con su familia, como de costumbre, y á las nueve subió en un carruaje y se dirigió á Montmartre, donde encontró al señor de Bussine en su estudio, y le dijo:

—Antes de empezar vuestros trabajos, permídmeme dirigiros alguna pregunta.

—Sois muy dueño.

—¿Creo que me habéis dicho que vinisteis de Argel en el mismo buque que Mourad-Bey?

—Sí.

—¿Viajaba sólo?

—No; una mujer le acompañaba.

—¿Y un hombre?

—Sí, su Secretario.

—¿Querriais darme algunas señas de él?

—Podría tener unos treinta años, era alto, esbelto, con bigote negro y poblado, rasgados ojos... tipo árabe muy marcado.

—¿Qué idioma hablaba?

—Francés, con muy poco acento.

—¿Y se llamaba?...

—Sivasti.

—¿No le habéis visto después en Paris?

—Sólo un día he creído verle, y como pareciera querer que no le viese, pasé de largo.

—¿No habéis preguntado por él á Mourad?

—Sí, le pregunté un día, y me dijo:— Hemos reñido; tenía exigencias, á las que no me parecía ceder; nos separamos, y no sé qué ha sido de él.

—Muy bien: muchas gracias. Ahora, decidme: ¿cómo siendo tan amigo de Mourad; no habéis ido anoche á su fiesta?

—No me gusta la sociedad; además, tengo contrariedades en estos momentos, y estoy mejor en mi casa.

—No es esa la razón verdadera; tenéis otra.

—Os aseguro...

—¿Me permitis que os dé un consejo?

—Hablad.

—Tened confianza en mí un instante, sólo un instante; ¡va en ello vuestro reposo, vuestro porvenir, vuestra existencia!

—¿Mi existencia?

—Sí. ¿No os habéis hallado nunca en un momento de confianza, de abandono?...

—Sí, muy recientemente.

—Pues bien: tenedle conmigo; la ocasión es grave; tengo interés personal en interrogaros, no lo niego; pero vos le tenéis quizás mayor en responderme con franqueza.

Jorge de Bussine vacilaba, cuando el señor X... repitió su pregunta.

—Vamos á ver: ¿por qué no habéis ido á la fiesta de Mourad-Bey? ¿No os ha invitado?

—No solamente me ha invitado, sino que me ha suplicado particularmente que vaya.

—¿Y por qué no habéis ido?

—Porque no era á mí á quien deseaba ver en su fiesta; era á mi hija.

—¡Ah! ¿conoce á vuestra hija?

—Sí, hicimos juntos el viaje desde Bône á Marsella.

—¿Y la ha vuelto á ver después?

—Una vez en mi casa.

El señor X... comprendió que se internaba en terreno muy delicado y debía proceder con grandísimo tino.

—Entonces, — dijo, — aún me explico menos por qué no habéis asistido; las invitaciones de Mourad han sido colocadas en la mejor sociedad, y allí he podido ver á muchas jóvenes al lado de sus padres.

—¿Es posible! — repuso Jorge; — pero á esas

jóvenes, el dueño de la casa no las había ultrajado antes.

—¡Cómo! Mourad...

—Sí, — exclamó Jorge, conteniéndose á duras penas, — ha osado decir á mi hija que la amaba...

—Es una de tantas declaraciones propias de oriental. Mourad conocé poco nuestras costumbres, y no sabe que á una joven en nuestro país no le habla de amor más que quien puede ser su marido. Hacéis demasiado honor á ese moro al tomarle por un hombre civilizado.

Jorge guardaba silencio, y su interlocutor dijo:

—Yo he visto alguna vez á vuestra hija, y es muy linda; no es extraño que Mourad haya concebido por ella un amor verdadero.

—Os engañáis, — exclamó Jorge, exaltado. — Sé á qué atenerme en este asunto; conozco su infame intención al requerir de amores á mi hija...

Jorge se detuvo; vacilaba en dar ciertos detalles de su vida privada, pero el señor X..., poniendo una mano sobre su hombro y mirándole frente á frente, le dijo,

—Hablad, os lo repito; no es una vana curiosidad la que me guía. ¿Qué pruebas tenéis de que el amor de Mourad no es digno?

—¡Qué pruebas! ¡qué pruebas! Las tengo en los esfuerzos que ha hecho para reanudar sus relaciones con nosotros, en las precauciones que ha tomado para encontrarla sola, en los medios de que se ha servido para ponerme bajo su dependencia: halagaba mi vanidad, compraba mis lienzos, adelantándose sumas importantes para tenerme en su poder, facilitando mis amores con esa circasiana que ha traído á Francia, y día por día la mandaba á mi estudio para que alimentase mi amor, para que yo olvidara á mi hija, y arrebatarla su único protector. Me pres-

taba dinero para jugar, y Fatmah era cada día más exigente. ¡Pero sus cálculos se han estrellado! Susana, aunque se ha visto sola, no es de las mujeres que se dejan seducir. ¡Desdén la fortuna de Mourad, y le desprecia! ¡En cuanto á mí, quería que cayese tan bajo, que ya no me pudiese levantar! ¡Mi hija ha osado decirme en su indignación que yo no era su padre! Y estas palabras, desde que las ha pronunciado, las oigo á todas horas y me estremecen... ¡me hacen llorar! ¡Ya no tengo más que un pensamiento, rehabilitarme en el concepto de mi hija y recobrar su cariño!

El señor X... le había escuchado sin interrumpirle; sabía ya todo lo que necesitaba; sabía más que el mismo Jorge, puesto que conocía los motivos que guiaban á su adversario, y comprendía también por qué le mezclaba á él en el asunto. Mourad sospechaba que Jorge se le podía escapar, sospecha harto justificada por la reacción que en él se advertía en aquel momento, y ahora quería tenerle en su poder por el temor, por el miedo... Por eso necesitaba hacerle su asociado, su cómplice, y de seguro quería sorprenderle al día siguiente *in fraganti*, y dueño de su honor, de su libertad, de su crédito, poder vencer sus escrúpulos y triunfar de la resistencia de su hija.

Reflexionó un instante y acercándose al señor de Bussine, dijo:

—Tenéis razón; Mourad se ha conducido indignamente; comprendo que cortéis todo trato con él... ¿pero no me habíais dicho que le debíais dinero?

—Sí, y eso es lo que me atormenta.

—En un caso excepcional como éste, ¿por qué no os aventuráis una vez á la casualidad? Habéis perdido mucho, pero también en algunas ocasiones habéis ganado, y ¡quién sabe si podríais pagar vuestra deuda con una banca afortunada!..

—Para intentarlo, se necesita dinero, y yo os he dicho que no le tengo.

—En cuanto á eso, yo pongo diez mil francos á vuestra disposición.

—¡No, por piedad, no tentéis mi virtud!

—No trato de ello; pero después de haber perdido tanto, creo que podríais intentar...

—No estoy en las mismas condiciones; hoy jugaría con miedo...

—¿De qué? ¿De perder?

—¡No, de ganar! Vuestras lecciones han sido para mí de un efecto terrible, han despertado en mí una sed devoradora; pero tengo miedo, pues si con las cartas en la mano recordara vuestras lecciones, y al ver que me trataba mal quisiera corregir la fortuna... ¡Oh! no quiero descender á ese grado de infamia! He cometido muchas faltas en mi vida, pero aún no he llegado á esa, que me inspira más horror que las otras. ¡Quién sabe á lo que se expone el desgraciado que con las cartas en la mano, despoja á los que juegan con él! ¡El griego no es solamente ladrón, puede ser hasta asesino!

El señor X... se levantó, y apoyando la mano en su hombro, dijo:

—Os encuentro como deseaba; ¡estáis salvado! Escuchadme...

V

Hacia algunos años que muchos círculos de París, tomando ejemplo de la Union Artística, daban, durante el invierno, representaciones dramá-

ticas ó conciertos, y en estos días de gala, se hacía una infracción en los estatutos; se invitaba á algunos extraños, que no formaban parte de la Sociedad, pero estos invitados debían limitarse á la sala donde se verificaba la fiesta, sin penetrar en la de juego, bajo ningún pretexto.

Sin embargo, siempre se encontraban medios de penetrar en ella, porque los porteros no conocían bien á todos los socios, y antes de cometer la torpeza de detener á un asociado, preferían dejar pasar á un intruso.

Esto explica cómo el viernes, siete de diciembre, había más gente que de costumbre en el Club, donde concurría Jorge de Bussine; porque en él se verificaba un concierto aquella noche. A las once, las salas de juego fueron invadidas por los aficionados, que prefieren á las más arrebatadoras melodías, el ruido del oro y la voz enronquecida del *banquero*.

Los acostumbrados jugadores se vieron bien pronto en torno de la mesa, y se advertía, como en otro tiempo, en aquella noche célebre en que Jorge de Bussine perdió el dinero que no le pertenecía, al abogado Lafleur, que todas las mañanas hacía el juramento de no jugar, y todas las noches se devolvía su palabra, y á su lado, Amelin el Diputado, al eterno jugador. También estaba Jorge de Bussine acompañado de su profesor el señor X...; asimismo se veía á Mourad, siempre de pie á la derecha del *banquero*, mirando y escuchando cuanto se hacía y hablaba, pero sin tocar las cartas. Lo que le había valido el apodo de *dilittanti* del *baccarat*.

También se encontraban allí, perdidos entre la multitud, esos personajes que se hallan siempre en todas las fiestas y toman parte en todas las partidas donde hay algo que aprovechar.

Empezóse por *tallar* pequeñas *bancas*, que pa-

saron al instante, mientras que en un ángulo del salón el señor X... decía á Bussine:

—¿Estáis tranquilo? ¿Sóis capaz de dominaros?

—Sí,—contestó el interpelado.

—Entonces este es el momento; hacéos adjudicar la *banca*.

—¿Estáis seguro,—dijo Jorge,—de que esas barajas colocadas delante del *banquero* son de las nuestras?

—Segurísimo. Hace un momento, mientras todos estaban en la sala del concierto, he retirado las barajas y he puesto esas en su lugar.

—¡Cien luises por la *banca*!—exclamó el que la tenía.—¿Quién da más?

—¡Doscientos!—dijo uno.

—¡Trescientos!—dijo Bussine.

—¡Trescientos cincuenta!—dijo el que iba á *tallar* por cuenta del diputado Amelin.

—¡Quinientos!—dijo Jorge.

Nadie subió de esta suma, y la *banca* fue adjudicada á Bussine.

—¡Valor!—le dijo X...—pasando á su lado.

—Gracias,—dijo éste.

Al verle sentar Mourad, no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción; había advertido que Jorge y el señor X... se habían hablado.

Jorge caía en el lazo que le tendía. Dentro de algunos minutos iba á ser esclavo de Mourad, que podría perderle...

Disputábanse los puestos alrededor de la mesa.

—¡Es dinero seguro!—decía Lafleur,—Bussine pierde siempre.

—Es que no juega hace dos meses...

—No importa; su mala suerte es, como si dijéramos, á perpetuidad. Precisamente esperaba á que él *tallara* para reponerme un poco.

Las personas extrañas al Círculo que oían ha-

blar de la mala suerte de aquel *banquero*, se arriesgaban con confianza, y los cuatro Agentes de Mourad y de Sivasti, arrastrados por la reputación honrada de aquel *banquero*, se permitieron jugar, una vez en su vida como todo el mundo, de buena fe.

La mesa se cubrió de billetes, de oro, de *tantos*, mientras que Bussine barajaba con lentitud y empezaba á distribuir las *cartas*, sin ocuparse para nada de sus adversarios.

Ganó tres *tallas seguidas*, reuniendo delante de él unos ochenta mil francos. Entonces los jugadores, un poco intimidados, se detuvieron y aguardaron; los Agentes de Sivasti se arrepintieron de haber jugado y se preguntaban si no habían sido engañados respecto á la honradez del *banquero*.

Lafleur, sentado al lado de su amigo Amelin, decía:

—Esto no puede durar; veréis qué pronto devuelve cuanto ha ganado.

—¡Dios os escuche!— respondió el Diputado, muy abatido, y preguntándose si en lugar de haber ido aquella noche al Club, no le hubiera valido más haberse encerrado en una casa de orates.

Las previsiones de Lafleur se realizaron; el *banquero* perdió dos *tallas seguidas*, que le llevaron solamente algunos miles de francos, porque los jugadores prudentes se habían abstenido, y con esto se animaron de nuevo, creyendo cambiada la suerte, tratando dereponerse de sus primeras pérdidas.

Todos, pequeños y grandes, se engañaron en esta confianza; el *banquero* pasó una vez en los dos *cuadros*, y este éxito lo obtuvo sobre los *puntos* más débiles, por lo cual, jamás un juego había parecido más honrado ni más correcto.

Esta *banca-rapiña* que hubiera podido calmar á los *puntos*, los exaltaba, por el contrario, y cuanto más perdían, más se aferraban en el juego, fascinados por la vista de aquella masa de oro y de billetes amontonados delante del *banquero*.

Sólo los cuatro Agentes de Sivasti se abstenían, contentándose con seguir el juego, sin perder de vista las manos del *banquero*.

De vez en cuando se permitían un gesto de aprobación, ó fruncían las cejas cuando algún detalle no les satisfacía del todo, y llegó un momento en que uno no pudo menos de murmurar estas frases, que nadie oyó entre el tumulto:

—¡Magnífica obra del pulgar! ¡De segunda fuerza, pero promete!

El señor de Bussine, siempre dueño de sí, conservó la *banca* hasta el fin de la *talla*, y cuando no quedaban más que seis cartas para la última jugada, tuvo la sangre fría de proponer la *baza* llamada *de Marsella*, en que la *mesa* se cuenta por diez.

Dominados por la última esperanza, los *puntos* aceptaron, y perdieron esta *jugada* como las otras.

—Decididamente nos ha dejado limpios,— dijo Lafleur,— y ahora sí que prometo no volver á jugar, puesto que no se puede tener confianza ni aun en Bussine.

Los jugadores, contrariados, se disponían á dejar la mesa, cuando Bussine pronunció estas palabras con acento breve y claro:

—No os mováis, señores; tenemos que ajustar cuentas.

—¿Qué cuentas?— preguntaron algunos.

—La cuenta de lo que he ganado.

—Hacedla vos; no nos interesa el estado de vuestro bolsillo.

—Perdenad: este dinero no es mío; va á seros

restituido, y es preciso que cada uno sepa lo que ha perdido.

— ¡Cómo! ¿Qué queréis decir?

— Que no puedo conservar este dinero, porque lo he ganado con *cartas preparadas* por uno de vuestros colegas, que está enfrente de mí: Mourad-Bey.

Un movimiento sobrenatural se produjo en el salón: los jugadores se levantaron, y sin abandonar sus puestos, pasaban sus miradas de Mourad á Bussine. Las demás personas que estaban diseminadas por la sala, se acercaron, formando un grupo compacto, deseosos de ver y oír.

El acusador y el acusado eran los únicos que no habían tomado parte ninguna en el movimiento. Jorge de Bussine permanecía sentado, con los brazos cruzados, los ojos fijos en Mourad... Este, al otro lado de la mesa, se acariciaba su largo bigote negro, mirando en torno suyo, como si no comprendiera lo que pasaba; pero la palidez de su rostro, la contracción de sus nervios, revelaban su emoción.

Sobre el tapete verde, entre Mourad y Jorge, continuaba la masa enorme de oro y billetes.

Un gran silencio reinaba en la sala. Todos aguardaban con ansiedad, y los cuatro *fulleros* tuvieron instinto de desaparecer, en cuanto se habló de *cartas preparadas*: pero el interés de la escena les contenía, y además, el *banquero* había hablado de restitución y ellos habían perdido.

Una voz se levantó en medio del silencio general; la de Laffeur, que, en su cualidad de Abogado, se creyó obligado á ello.

— Acaban de formular una grave acusación contra uno de nuestros colegas; en nombre de todos pido explicaciones al acusador.

— ¡Sí, sí! — dijeron todos.

— Estoy á vuestras órdenes, — exclamó Jorge.

Y con voz firme, refirió, con la brevedad posible, pero sin olvidar ningún detalle importante, la historia de Mourad desde su salida de Túnez, su naufragio, la pérdida de sus riquezas; citó varios testigos que le había nombrado el señor X..., y después de probar la ruina completa del antiguo Ministro, explicó cómo había vivido en París hasta el día en que planteó la empresa por él iniciada, auxiliado en ella por su cómplice Sivasti.

A medida que hablaba, la luz se hacía para todos los jugadores: recordaban mil incidentes, mil particularidades, que ahora se explicaban perfectamente; se veía á Mourad, enemigo declarado del juego, corriendo de Club en Club, siempre á horas fijas, y vigilando á *banqueros* determinados; otros detalles provocaban rumores y observaciones de la multitud, que ya ayudaba á la obra de destrucción de Jorge Bussine, y el gran Mourad se desmoronaba y caía desde su altura.

Diferentes grupos mostrábanse más encarnizados contra Mourad, porque las indicaciones de Jorge les indicaba quién era su verdadero Jefe, el hombre indigno que les explotaba, y con este solo objeto el señor X... les había hecho invitar para aquella fiesta.

Sin verlos, sin oírlos, sin volver siquiera la cabeza, Mourad-Bey comprendió que sus subordinados estaban un completa rebelión... ¿pero cómo defenderse contra ellos? Si los reconocía, era entregarse.

Alguno hizo observar que el señor de Bussine no había dicho todo lo que sabía, y era conveniente dejarle hablar.

— En efecto, señores, quisiera hablar ahora de lo que me es personal; — dijo Bussine.

— ¡Hablad, hablad!

Algunos de los presentes hubieran preferido recoger su dinero y jugar de nuevo, en vez de escuchar historias; pero como el dinero no se les devolvía, veíanse obligados á esperar.

Este era uno de los cálculos del señor X..., que para asegurar su venganza no había omitido ningún detalle.

El señor de Bassine replicó con acento ligeramente conmovido:

—Siempre tratando de aumentar el número de sus Agentes, de extender sus operaciones, Mourad puso los ojos en mí... Sin duda, porque al verme arruinado, me creyó capaz de todas las villanías; y me envió uno de sus emisarios con encargo de enseñarme *artes* que yo ignoraba, y con los que debía limpiaros los bolsillos... Me fingí con disposiciones felices para dejarme corromper. Aprendí sus lecciones, y cuando me han creído bastante hábil, me han dicho:—*Tallaréis esta noche, ganaréis una banca y partiremos los beneficios.*—Cumpliendo los deseos de Mourad, reparto mis beneficios, pero no con él, sino con vosotros; y estos diez mil francos que me fueron dados para despejaros, tomadlos, dádselos á los pobres, ó guardadlos á cuenta de lo que os han robado.

Se detuvo, y un murmullo de aprobación acogió sus palabras. Varias personas aplaudieron, porque la conducta de Jorge no podía menos de ser simpática.

Mourad se sintió perdido; tuvo, sin embargo, aire de protestar contra las acusaciones de que era objeto, y alguno de los que se llamaban sus amigos, le dijeron:

—¡Responded, responded algo!

—Procuró reponerse un poco, y dijo:

—Desdeño explicarme, porque ciertas calumnias son tan ridículas, tan monstruosas, que caen

por sí mismas, y es hacer demasiado honor tratar de combatir las.

Estas palabras enfáticas no hicieron todo el efecto que se proponía; las acusaciones de Jorge habían sido claras, precisas; lo mismo debían ser las respuestas.

Un rumor se levantó en todas partes, que hizo estremecer á Mourad.

—El señor de Bassine me ha hecho el héroe de una novela inverosímil. No soy de vuestro país, pero le conozco lo bastante para persuadirme de que las asociaciones de *griegos* de que acaban de hablaros, no existen más que en la imaginación exaltada de algún poeta. Dejad el lado grotesco de la fábula y escuchad la verdad.

—¡Sí, hablad, hablad!

—Mi relato será muy sencillo, — continuó Mourad, que recobraba poco á poco su sangre fría; — por lo mismo que no juego, tengo gusto en ver jugar, observo á los *banqueros*, y os he dicho varias veces que donde yo estoy no hay *griegos*, porque yo al punto los denunciaría.

—¡Pero os habéis guardado bien de hacerlo! — dijo uno.

—¡Los Reyes no se comen entre sí! — dijo otro.

—No, ahora son los súbditos los que comen á los Reyes, — dijo una voz desde el centro de uno de los grupos.

—¡Silencio! — exclamaron todos.

—Apenas el señor de Bassine había tomado la *banca*, — continuó Mourad sin intimidarse por estas interrupciones, — colocado frente á él, he visto perfectamente su manejo en el juego, y temiendo sin duda verse denunciado por mí, ha imaginado acusarme de tan ridícula manera.

—Señores, — se apresuró á decir Jorge sin perder su serenidad; — el hombre que se arroja á lo que me he arrojado yo, no lo hace sin tomar sus

precauciones. ¿Dónde está el Presidente del Club?

—Aquí estoy,—dijo adelantándose un hombre de noble aspecto, casi anciano, respetado por todos sus colegas.

—Pues bien, mi querido Præsidente; os han debido entregar una carta hace cosa de media hora, antes de que yo me sentase á tallar; ¿la habéis leído?

—No, hasta la había olvidado.

—Pues es mía; os ruego tengáis la bondad de leerla.

Mientras el Presidente del Club leía la carta, Jorge de Bussine, volviéndose á los concurrentes, dijo:

—En esa carta, señores, anuncio á vuestro Presidente lo que iba á hacer y decir esta noche; le prevengo que jugaré con cartas preparadas por Mourad-Bey; que os ganaré el dinero y os lo devolveré...

—Es verdad, me anunciáis todo eso,—dijo el Presidente, acabando de leer la carta y mostrándola á quien quiso verla.

—Pues ya veis, señores,—continuó Jorge,—que antes de tener la banca, acusaba á Mourad-Bey.

—¡Bien, bien!—exclamaron de todas partes.

—Eso prueba la inocencia del señor de Bussine,—dijo uno;—pero no nos da la prueba de la culpabilidad de Mourad. Necesitamos una prueba clara, evidente.

—No la llevo conmigo,—dijo Jorge, sonriendo.

—¿La hallaréis quizás sobre Su Excelencia?—dijo un Agente de Sivasti, olvidando toda prudencia, para no pensar ya más que en vengarse.

—En efecto,—dijo alguno;—si Mourad-Bey ha sustituido las barajas, habrá recogido las verdaderas.

—¡Supongo que no pretenderéis registrarme!—

dijo Mourad, pálido y queriendo defenderse, en un arranque de dignidad:

—¿Por qué no?

—No, no, decían unos.

—Sí, sí, decían otros.

Pero un Miembro del Círculo, de los que habían perdido más aquel año, y que era de los más exasperados, acercóse á Mourad, exclamando:

—¿Qué tenéis en el bolsillo de este lado? Abultaba mucho; mostradnos el contenido, para evitaros la tentación de ser indiscretos.

Mourad hizo maquinalmente lo que se le pedía... ¿Sabía que tenía barajas en el bolsillo? Quizás no, porque de repente su palidez aumentó, y un estremecimiento general agitó su cuerpo: su mano acababa de tropezar con tres barajas, que el señor X..., aprovechando su turbación, había deslizado en el bolsillo de su frac. Para un filósofo de tal destreza en el juego, esta introducción de barajas fue un juego también.

Gracias á esta prueba material que el señor X... procuró, los más incrédulos quedaron convencidos.

Gran tumulto reinaba en la sala de juego: no se discutía ya la culpabilidad de Mourad; se preguntaban unos á otros qué castigo deberían imponerle; pero él levantaba la voz más que todos, y decía:

—¡Esto es una infamia! Mis enemigos han introducido estas barajas en mi bolsillo.

—Es posible,—dijo la persona que insistía en defenderle;—esa prueba no me ha convencido.

—Pues os daré otra,—dijo Bussine sin moverse de su asiento.

Varias personas reclamaron silencio y en breve se logró obtenerlo.

—Señores,—repuso Jorge;—ya comprendéis que no es de ayer el que mis amigos y yo sospe-

chemos de Mourad-Bey; hace un mes que disponemos la escena que se desarrolla esta noche, y escribimos á los Gerentes de varios Clubs, rogándoles que por interés suyo hicieran una pequeña marca de los billetes de Banco que cambia por las fichas al pagador; ¿se ha seguido en esta casa nuestro deseo?

—Sí, señor, —dijo el Gerente de la casa;— todos los billetes de mil francos que han salido de mis manos, llevan una pequeña marca especial que los hace reconocer fácilmente.

—Pues, señores, puesto que Su Excelencia ha sido tan amable que nos ha mostrado lo que llevaba en el bolsillo, yo le ruego que nos confíe un instante su cartera; en ella llevará billetes de Banco y entre ellos quizás nuestro Gerente reconocerá los suyos.

Mourad, instado por unos y por otros, tuvo que arrojar su cartera sobre la mesa, y en ella se reconocieron los billetes indicados por el Gerente.

—Pues bien, señores, —repuso Jorge paseando sobre los presentes una mirada victoriosa, —si Su Excelencia no juega nunca, ¿por qué lleva en su cartera billetes que han salido de la casa de juego? Por que le han sido entregados por sus Agentes, por sus asociados, por los que representan su infame explotación.

Todos acudieron á estrechar la mano de Jorge, á felicitarle por aquel acto de valor, y al mismo tiempo se discurrió el partido que debían tomar con Mourad. ¿Le expulsarían sin castigo? ¿le denunciarían? El Presidente del Club y varios socios, entre ellos el señor X..., fueron de opinión de evitar el escándalo, y dejar salir al moro, sin más castigo que el desprecio de todos.

Dos filas se abrieron para darle paso, y Mourad se alejó, grave, lento, acariciando su bigote, paseando en torno suyo su adormecida mirada.

Quando hubo desaparecido, se hizo el reparto de la suma ganada por Bussine, y cuando acabaron, dijo el abogado Lafleur:

—Prosigamos la partida. ¿Quién talla?

—Se subasta la banca, —dijo el Gerente.

El Club recobraba su vida habitual.

VI

Mourad, entretanto, envuelto en su abrigo de pieles, con el cigarro en la boca, salió al boulevard y avanzaba lentamente hacia la *Magdalena*.

¿Adónde iba? Lo ignoraba; no se lo preguntaba siquiera. Estaba anonadado por el golpe que acababa de recibir.

Sin embargo, aquel golpe terrible que le robaba á la vez su posición, su fortuna; que le cubría de vergüenza, no le era tan sensible como podía creerse; su fanatismo oriental le sostenía, como le había sostenido en la época de su caída ministerial y del robo de sus joyas.

—¡Dios lo quiere! —decía aquel pagano, que cuando podía servirle, se transformaba en creyente;— se ha perdido esta partida, jugaremos otra.

Bien merecía el dictado del *Rey de los Griegos* aquel que, sin haber tocado nunca una carta, había jugado toda su vida el gran juego, el de combinaciones audaces, el de las grandes estafas, siendo más jugador que todos sus súbditos.

Pero antes de comenzar de nuevo la lucha, de discurrir una nueva jugada, era preciso liquidar la última, porque cuando el escándalo que aca-

chemos de Mourad-Bey; hace un mes que disponemos la escena que se desarrolla esta noche, y escribimos á los Gerentes de varios Clubs, rogándoles que por interés suyo hicieran una pequeña marca de los billetes de Banco que cambia por las fichas al pagador; ¿se ha seguido en esta casa nuestro deseo?

—Sí, señor, — dijo el Gerente de la casa; — todos los billetes de mil francos que han salido de mis manos, llevan una pequeña marca especial que los hace reconocer fácilmente.

—Pues, señores, puesto que Su Excelencia ha sido tan amable que nos ha mostrado lo que llevaba en el bolsillo, yo le ruego que nos confíe un instante su cartera; en ella llevará billetes de Banco y entre ellos quizás nuestro Gerente reconocerá los suyos.

Mourad, instado por unos y por otros, tuvo que arrojar su cartera sobre la mesa, y en ella se reconocieron los billetes indicados por el Gerente.

—Pues bien, señores, — repuso Jorge paseando sobre los presentes una mirada victoriosa, — si Su Excelencia no juega nunca, ¿por qué lleva en su cartera billetes que han salido de la casa de juego? Por que le han sido entregados por sus Agentes, por sus asociados, por los que representan su infame explotación.

Todos acudieron á estrechar la mano de Jorge, á felicitarle por aquel acto de valor, y al mismo tiempo se discurrió el partido que debían tomar con Mourad. ¿Le expulsarían sin castigo? ¿le denunciarían? El Presidente del Club y varios socios, entre ellos el señor X..., fueron de opinión de evitar el escándalo, y dejar salir al moro, sin más castigo que el desprecio de todos.

Dos filas se abrieron para darle paso, y Mourad se alejó, grave, lento, acariciando su bigote, paseando en torno suyo su adormecida mirada.

Quando hubo desaparecido, se hizo el reparto de la suma ganada por Bussine, y cuando acabaron, dijo el abogado Lafleur:

—Prosigamos la partida. ¿Quién talla?

—Se subasta la banca, — dijo el Gerente.

El Club recobraba su vida habitual.

VI

Mourad, entretanto, envuelto en su abrigo de pieles, con el cigarro en la boca, salió al boulevard y avanzaba lentamente hacia la *Magdalena*.

¿Adónde iba? Lo ignoraba; no se lo preguntaba siquiera. Estaba anonadado por el golpe que acababa de recibir.

Sin embargo, aquel golpe terrible que le robaba á la vez su posición, su fortuna; que le cubría de vergüenza, no le era tan sensible como podía creerse; su fanatismo oriental le sostenía, como le había sostenido en la época de su caída ministerial y del robo de sus joyas.

—¡Dios lo quiere! — decía aquel pagano, que cuando podía servirle, se transformaba en creyente; — se ha perdido esta partida, jugaremos otra.

Bien merecía el dictado del *Rey de los Griegos* aquel que, sin haber tocado nunca una carta, había jugado toda su vida el gran juego, el de combinaciones audaces, el de las grandes estafas, siendo más jugador que todos sus súbditos.

Pero antes de comenzar de nuevo la lucha, de discurrir una nueva jugada, era preciso liquidar la última, porque cuando el escándalo que aca-

baba de producirse fuera conocido en Paris, ¿qué resolución tomarían en los otros Clubs? ¿se contentarían también con expulsarlo? ¿no adoptarían otras medidas más serias contra él?

Ocurrióle la idea natural de ir á comunicárselo todo á Sivasti, y consultar con él.

Al pasar por la plaza de la Opera, dirigiéndose á tomar un coche de alquiler que había parado en la puerta de un Club, el cochero á quien se dirigió, le reconoció al punto, porque ciertos cocheros de Paris cifran su vanidad en conocer á todos los hombres que brillan en la sociedad.

Cuando Mourad iba á abrir la puertezuela, el cochero se apresuró á exclamar:

— ¡Está ocupado, Excelencia! Le acabo de alquilar; he tomado viaje para Montmartre, calle de Gabriela, á buscar á una señora para conducirla á Passy, calle de Ranelagh, número 32.

Estas palabras, estas señas, llamaron la atención de Mourad.

— ¿Calle de Gabriela, en Montmartre?... ¿Qué número?

— Catorce: si Su Excelencia va á ese lado, puedo conducirla.

Eran las señas de la casa de Susana.

— ¿Quién os ha encargado tan larga carrera? — preguntó al cochero.

— Un joven bien portado, que tiene acento inglés.

— ¿Saldría del Club, sin duda?

— No, Excelencia; le conozco porque tengo la cochera en Passy, y él vive desde hace algún tiempo en la Avenida Ranelagh, 32. Muchas veces viene en mi coche al centro de Paris, y como ya me conoce, me ha buscado para este servicio especial.

Mourad comprendió que el joven era Lionel Murdon: al salir de casa de Fatmah, que vivía

también en la Avenida Ranelagh, había apercibido la vispera, delante de una casa con jardín, al joven inglés.

Su buena estrella reaparecía en el horizonte, pues le entregaba los secretos de la mujer amada: á su juicio, el desdén con que á él le trataba, era porque había entregado su corazón al joven inglés, que debía ser su amante, y dedujo, que Susana pasaba los días en Montmartre, y las noches en la Avenida Ranelagh.

Haciendo estos cálculos, Mourad concibió el proyecto de aprovechar el secreto que acababa de sorprender.

El cochero, después de mirar su reloj, se disponía á subir al pescante, cuando Mourad le detuvo, diciéndole:

— ¿Habrán tenido que pagaros muy caro ese largo viaje?

— Nada más que un luis; Excelencia; verdad es que, una vez en Passy, como estoy en mi casa, desengacho, y me acuesto.

— Con un luis en el bolsillo, y las propinas del día; si yo añadiera veinte y cinco luses...

— ¡Veinticinco luses! — dijo el cochero, cuyos ojos brillaron de codicia; — ¿qué debo hacer para ganarlos? Si para ello hay necesidad de faltar á la palabra empeñada...

— Por el contrario, no se trata de que faltéis á vuestro compromiso; haréis lo que os han mandado. Iréis á buscar á esa señora á Montmartre, y la conduciréis á la calle de Ranelagh; sólo que, en lugar de deteneros en el 32, entraréis en el patio del 48; las dos casas se parecen, y es muy fácil una equivocación.

— Y por mi error, — dijo el cochero, con malicia, — tendré los veinticinco luses?

— Vendréis á buscarlos mañana á mi hotel; ya le conocéis.

— ¡Pardiez! calle del Circo. He conducido muchas veces á Su Excelencia.

— ¿Estamos con venidos?

— Convenidos, y me apresuro, porque el tiempo pasa, — dijo el cochero subiendo al pescante; — pero decídmelo, ¿y si mi cliente se apercibiera de mí... *error*, y me diese orden de conducirlo al 32?

— Obedeceréis; pero si no recibís tal orden, partiréis en cuanto vuestro cliente haya descendido del coche, sin volver atrás; aunque oigáis que os llama.

— Perfectamente, Excelencia; mi joven inglés no tendrá por qué quejarse; voy á seguir al pie de la letra sus instrucciones. Sólo se trata de una pequeña confusión entre dos números, y ya no estoy seguro si me ha dicho el 32 ó el 48.

— No lo dudo, y para que no olvidéis ya este último número, aquí tenéis cinco luises.

— ¿A cuenta de los veinticinco, Excelencia?

— No, además.

El cochero tomó los cinco luises, los guardó y partió al gran trote de su caballo.

Apenas desapareció, Mourad se dirigió á otro coche y se hizo conducir á la calle Ranelagh, 48.

Media hora le bastó para esta carrera directa, y aún debía tardar lo menos cuarenta minutos en llegar Susana, tiempo necesario á Mourad para sus preparativos de recepción.

Había olvidado su visita á Sivasti, para consagrarse á su venganza. ¡Qué alegría, vengarse á la vez de los desdenes de la hija y de los insultos del padre!... ¡Qué revancha tan inaudita! Insulto por insulto, deshonor por deshonor... Al día siguiente Paris, al saber su venganza, sabría también la de su acusador, porque no dudaba de su buena estrella. Susana de Bussine iba á caer en el lazo que la tendía, y creyendo entrar en la casa de Lionel Murdon, entraba en la suya...

¿Quién podría oír sus gritos en aquel asilo impenetrable, construído por el modelo de las casas orientales, cuyas habitaciones reciben la luz por patios interiores?

Quando la puerta se cerrase tras de ella, ¿quién descubriría el lugar de su retiro? ¿El cochero que le había conducido? Se guardaría bien de confesar su error voluntario. ¿Sus criados? En aquella casa no había más que dos, un negro y una negra, antiguos esclavos que había hecho ir de Túnez, y hablaban sólo la lengua de su país.

¿Cualquiera hubiera podido creer que aguardaba la visita de Susana, según había montado su casa!

Pero Fatmah habitaba en ella; Fatmah, que aguardaba en aquel momento á Mourad... ¿le dejaría recibir á una rival en su propia casa? Era preciso: no estaba por contemplar á una esclava, y si era preciso, mandaría y sería obedecido.

Bajó del coche, y mandó al cochero aguardar á una señora que iba á llevar á Paris, no dudando que Fatmah le dejaría la casa y se trasladaría por un instante á la suya.

Mandó al negro que salió á su encuentro dejase la verja abierta hasta el momento que llegara un segundo carruaje, y después que partiera, cerrara la puerta, y no viese ni oyese.

Dadas estas órdenes, se reunió á Fatmah en el salón donde le aguardaba de ordinario.

Mientras Fatmah, sorprendida en su somnolencia, tendida en sus almohadones, se levantaba lentamente, Mourad se dirigió á ella, y le dijo:

— Vengo á pedirte un favor.

— Habla.

Con acento breve, como quien se apresura á vencer dificultades previstas, exclamó:

— Necesito hallarme solo algunas horas en esta casa. Un carruaje te aguarda en la puerta, y te

llevará á mi casa de la calle del Circo, á donde yo iré á buscarte en breve.

—¿Vas á recibir á alguien aquí?

—Sí.

—¿A quién?

—A Sivasti, con quien tengo que hablar un secreto.

—Creí que no lo veías.

—Le he encontrado esta tarde y le he dado cita para esta noche aquí.

—Pues bien, no tengo necesidad de dejar la casa; me retiraré á mi cuarto, y os dejaré solos para la entrevista.

—No, imposible: haz lo que te pido.

—Entonces no es á Sivasti á quien aguardas, es á una mujer.

Mourad entonces respondió con su cinismo habitual:

—Y bien, aunque así fuese...

Fatmah se estremeció, y con voz lenta, tranquila, sin dejar su actitud indolente, exclamó:

—Siendo así, te diré que no tienes derecho para traer á esta casa á una de tus queridas.

—¿Qué distinción haces de esta casa y la que habitabas en Túnez? ¿No estabas en el *harén* rodeada de cien rivales y no te quejabas?

—Es que ya no vivo en Túnez, vivo en Francia, conozco las costumbres del nuevo país que habito y me conviene respetarlas: porque no querrás tratarme aquí como allí.

—Bien sabes, — dijo Mourad, tratando de dominar su impaciencia; — que te miro, como deseas, que te he dejado soberana de esta casa; pero hoy la necesito: déjame.

—No lo esperes; no trato de servir á tus nuevos amores.

—¿No es cuestión de amor, sino de venganza! — exclamó con ronco acento. — Esta noche he

sido insultado, he recibido un golpe terrible que compromete mi existencia y la tuya... La casualidad me permite devolver insulto por insulto... ¡Vete, te lo suplico!

—¿Quién te ha insultado?

—El señor de Bussine.

—¿Y quieres vengarte de él? ¡No sé por qué! Ya te has vengado de antemano. Obedeciendo tus órdenes, le he hecho sufrir cuanto he podido: no discutía, era tu esclava, me creía amada por tí... Pero cuando he adivinado, cuando he sabido que tu objeto era otro, que no tenías más deseos que el de separarle de su hija, el de aislar á esa joven para seducirla...

Y de repente, como si una idea le ocurriese, añadió:

—¿Es á ella quizás á quien aguardas?

Mourad no respondió.

—Si, á ella es, no lo dudo, ¡no te tomarías tanto trabajo por otra!... Pues bien, no la recibirás, no permitiré...

Entonces, en su estado de exaltación, justificado por los sucesos de aquella noche, por la dificultad que se le oponía en aquel momento, Mourad perdió toda compostura, y adelantándose á Fatmah y mirándola con fijeza, dijo:

—¡Mira lo que haces! ¡Eres una esclava! No lo olvides: te he comprado, para que me obedezcas, y te castigaré si no lo haces.

Los ojos de Fatmah se iluminaron con mirada de fiera pronta á acometer... Su nariz pareció dilatarse, y por entre sus labios abiertos, con irónica sonrisa, dejó ver dos filas de dientes apretados... Pero al mismo tiempo su cuerpo se inclinaba como obedeciendo á las órdenes de Mourad.

El la miraba fijamente, y Fatmah pareció vendida por aquella mirada: su expresión cambió, y en lugar de indignarse, se acercó tímidamente

á Mourad, y rodeándole el cuello con sus brazos, como hacía en el *harén* cuando trataba de darla una rival, murmuró con dulzura:

—¿Encuentras á esa joven más hermosa que á mí? ¿La amas tanto?..

Y como él guardase silencio, añadió:

—A pesar de mi pena, no seré esclava rebelde, no faltaré á las leyes de mi país. Está escrito en nuestros libros, que el sitio de la mujer está á los pies de su marido, ó, lo que es lo mismo, que en todo le debe obediencia: yo acepto esta ley y obedezco.

Y al abrazarle por última vez, Mourad pudo contener su estremecimiento.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Me has pinchado en el cuello.

—Alguno de los alfileres de mi peinado; perdóname,—dijo sin volverse, mientras Mourad, que había creído oír el ruido de un carruaje, prestaba atención.

* * *

A fin de septiembre de aquel año, el Tribunal de Sena y Marne, había condenado á muerte á Clopied, por asesinato de su compañero Sagot, y ordenado que la ejecución fuese en una de las plazas públicas de Melun.

El seis de diciembre, á las cinco de la tarde, el señor Petithomme, que había pasado el día en arreglar cuentas del taller de cestería, se reunió un momento á Luciano Lecomte, siempre encargado de la bomba.

—¿Sólo?—preguntó al acercarse á él.

—Sí, mi compañero está en la enfermería, y no le han reemplazado.

Entonces Cornelio, dijo al oído de Luciano:

—Decidido, para mañana.

—¡Ah!—dijo Luciano estremeciéndose.

Después serenándose, preguntó:

—¿Por qué mañana?

—Ejecución del Maestro de escuela, siete mañana;—dijo Petithomme, siempre económico de palabras.—Aprovechad movimiento que habrá en la cárcel.

—¿Qué movimiento va á producir la ejecución?

—Detenidos, escoltados de Vigilantes, asisten; vigilancia de la ronda, nula; gente toda reunida en su punto, nadie aquí. Este es el momento.

—¿Olvidáis que me harán asistir como á los otros detenidos?

—Obtendréis Director permiso para no asistir á tan triste espectáculo; haced valer vuestra intervención en tan triste suceso; recuerdo impresionará al Director y otorgará demanda.

—¿Y aprovecharé su benevolencia para escaparme y comprometerle? Intentaré la evasión, pero sin solicitar favor ninguno; si en medio de la emoción general se olvidan de mí, que es muy posible, en este apartado lugar, aprovecharé la ocasión; si mi ausencia es notada y vienen á buscarme, lo dejaré para más adelante. ¿Se ha variado algo en el plan?

—Nada.

—Llegado al patio y á la punta de la isla, ¿cómo salvar la verja?

—Aplicaréis contra ella el tablón, que estorbando en la tintorería, le he hecho llevar á ese sitio.

—¿Y después?

—Embarcación ligera conducida por el joven, de que os he hablado.. Subid á la barca y dejad hacer.

—¿No teméis que alguien se fije en esa embarcación?

—No: todos los curiosos de Melun estarán al

lado opuesto, para ver la ejecución; brazo del Sena desierto, todo calculado.

—Y vos, mi buen amigo, ¿qué será de vos entretanto? Ya sabéis nuestras condiciones; me habéis jurado no comprometeros.

—Cumpliré mi promesa; partiré esta noche á París; nadie me verá mañana en Melun.

—¿Y vuestra esposa?

—Pasará el día conmigo, en nuestro antiguo alojamiento, calle de Caumartin.

—Entonces, está bien; contad conmigo. Os juro hacer todo cuanto esté de mi parte para que vuestros sacrificios y los de todos cuantos me aman no sean perdidos.

—Bien: corro á llevar la nueva á Susana.

—Abrazadla por mí; decidla que espere.

—¡Ah! ¡si no esperase hace tiempo!... ¡Valor!

—No es valor lo que me falta. Un corazón valiente como el vuestro me le daría en todo caso. Dejadme estrechar vuestra mano.

—Tomadla, — dijo Petithomme tendiéndole la derecha y llevando la izquierda á enjugar sus ojos.

Difundióse en breve por la casa el rumor de que la ejecución del Maestro de escuela tendría lugar al día siguiente, y que los detenidos asistirían á ella. Reinó toda la noche gran agitación en los dormitorios, y Luciano no se quejó, porque la víspera de una tentativa de evasión, ningún prisionero duerme. Un momento solo que se quedó somnoliento, creyó ver á su lado á Susana, á su querida hija, que le abrazaba, y á su hermano, que acababa de borrar sus antiguas faltas con una buena acción, y le tendía también los brazos... ¿No era esto un presagio feliz?

El siete de diciembre, el mismo día que hemos visto terminar con el desastre de Mourad-Bey, empezó lúgubre para la localidad de Melun.

Desde las cinco de la mañana, en medio de la espesa niebla que envolvía al Sena y sus riberas, un destacamento del 113 de Línea, un escuadrón de húsares y una brigada de Guardias fueron á ocupar el puente de Melun, el barrio de la Courtille, y penetraron en el primer patio de la Casa Central.

Pocos instantes después, el carro que conducía los utensilios del cadalso apareció, y se detuvo en la plaza que hay delante de la puerta principal de la cárcel. Era el sitio elegido para la ejecución, y como quería el Tribunal, iba á tener lugar en una plaza pública, al mismo tiempo que á la vista de los presidiarios, en los que no podía menos de producir impresión tan terrible escarmiento.

El ejecutor de la Justicia y sus ayudantes empezaron á montar la guillotina. La luz rojiza de los faroles que tenían en las manos, las espesas nieblas que los envolvía, los martillazos que resonaban, despertaron á la ciudad dormida, dando á esta escena un aspecto lúgubre.

Mientras pasaba esto en la parte exterior, en el interior de la cárcel las campanas hacían levantar á los detenidos, que descendían á sus talleres, donde según la orden del Director, aguardarían el momento de la ejecución. El espectáculo á que iban á asistir, les daba cierta inquietud; y á pesar del reglamento, cambiaban entre sí algunas reflexiones los Vigilantes, conmovidos también á la idea de la escena que se preparaba, no pensando en imponer silencio.

—Y bien, — dijo un detenido á un compañero de la cestería, — ya llegó el momento: en breve se levantará el telón... primera y única representación... confieso, que me gustaría más cualquiera otro espectáculo.

—No te quejes; el Maestro de escuela es el

único que tiene derecho á eso; yo no quisiera estar en su lugar. En este momento entrarán en su celda para decirle que ha llegado el momento fatal... No estoy en su caso, y penetra el frío en mis huesos.

En otra parte del mismo taller, hablaban del Notario Brazier.

—¿Qué es lo que hace? ¿qué dice?— preguntaba uno.

—Miradle allí, comiéndose su ración de pan, como si nada de esto le importase.

—Ya sabes, que para castigarle, por haber sido causa de lo que hoy sucede, será conducido hasta el pie del cadalso.

—¡Tiene suerte! Estará en el sitio de honor.

—Hijos míos, — dijo otro presidiario viejo, — no os asustéis por tan poco: yo asistí el 5 de enero á la ejecución de Corenesco, que murió en las mismas condiciones y por la misma causa que el Maestro de escuela, y no me hizo efecto. Esto proporciona distracción; ¡la vida es aquí tan monótona!

Luciano Lecomte oía la mayor parte de estas conversaciones. De ordinario, al bajar del dormitorio, se dirigía hacia la bomba, que tenía la obligación de servir, pero encontró más prudente no alejarse hasta que pasaran lista.

Si llamaban y no respondía, le buscarían y tendría que seguir á sus compañeros.

A las seis y media pasaron lista; después, por orden del Vigilante jefe, porque el Director tenía que ir en persona á la celda del sentenciado, todos los penados salieron de los talleres y se ordenaban en las galerías en dos filas. Los Vigilantes los acompañaban con el uniforme de gala.

Anunciados con anticipación por el ruido de sus zapatos, desembocaban en el patio primero y se ordenaron delante de las tropas de línea, que

estaban con el arma al brazo y el fusil cargado.

Sesenta detenidos pertenecientes al dormitorio donde se había cometido el crimen, ocupan un sitio enfrente de la guillotina.

El ex Notario Brazier se encontraba entre ellos, en primera fila... ¡justo era hacerle los honores!

A las siete menos minutos, las campanas de la Casa Central empezaron á dar tañidos fúnebres, y en breve el sentenciado apareció; el Confesor y el Director de la Casa caminaban á su lado, el Verdugo iba detrás...

Clopid pasó por medio de sus compañeros sin mirarlos, sin verlos quizás... Estaba lívido, vacilante, hasta el punto de ir sostenido por dos Vigilantes.

Cuando llegaron cerca de la guillotina, en el silencio de la plaza se oyeron estas palabras:

—¡La rodilla en tierra!

Y todos los prisioneros se arrodillaron, mientras las campanas doblaron á muerto.

Después, el sentenciado subió los escalones del cadalso, más llevado que conducido, y un momento después... cayó su cabeza... La terrible expiación se había cumplido.

Vigilantes y presidiarios volvieron á la prisión silenciosos, abatidos por lo que acababan de presenciar. Se pasó de nuevo lista... Al nombre de Lecomte, nadie respondió. El Vigilante supuso que Lecomte, ignorante de la nueva lista, se habría dirigido á su puesto obligatorio, pero en breve recordó que aquel penado no asistió á la ejecución. ¿Había hecho el Director alguna excepción en favor suyo? Imposible, le hubieran prevenido.

Antes de dar cuenta de esta falta, creyó deber avisar al culpable, y pasó á la habitación donde estaba instalada la bomba... que no funciona, porque no había nadie que le diera impulso.

Llamó... Nadie respondía... Entonces entró en el taller de cestería, y dió cuenta al Vigilante Jefe de que el penado Lecomte había desaparecido.

Pocos momentos despues, el Inspector y el Vigilante Jefe se trasladaron á este sitio de la Casa, y no advirtieron nada de particular; si la evasión había sido por allí, no había dejado rastro alguno. ¿Cómo salvar el elevado muro que separa el sitio donde estaba la bomba del camino de ronda? y si lograba salvar este muro, ¿cómo salvar el segundo, paralelo al primero?

—Para evadirse por aquí, hubiera necesitado alas, — dijo el Director.

—Un puente colgado bastaría, — dijo el Vigilante Jefe que examinaba escrupulosamente el sitio.

—Por fortuna, los puentes colgados no se improvisan, — repitió el Director.

—Temo, por el contrario, que hay uno colgado por nosotros. Ved los alambres que, partiendo del tejado, atraviesan el camino de ronda; vedlos torcidos, violentados, como para formar uno solo. Lo que indica que han tenido que soportar un peso considerable.

—Decís bien; ¿pero cómo ha podido llegar hasta los alambres?

—Nada más fácil. Cuando se ha construido la techumbre de la cárcel, se ha pensado en los obreros que tendrían que repararle, y se han puesto escalones de pizarra en el tejado; vedlos.

—Sí, veo que nosotros hemos dado los medios de evasión. ¿Pero y los centinelas, cómo no han visto al fugitivo?

—¿Olvidáis que la Autoridad economiza de día los centinelas?

—¿Y el Vigilante?

—Como todo el mundo asistió á la ejecución,

nadie estaba en su puesto, y con ello contaba.

—Entonces no hay duda, la evasión ha tenido lugar á las siete y media: aún no son las nueve, demos parte á la Autoridad.

—Eso es lo que pienso; pero visitemos antes el patio en donde ha tenido que descender el fugitivo, porque desde él los alambres parten en distintas direcciones; allí recogeremos, sin duda, datos que poder comunicar.

Se hizo abrir la puerta del camino de ronda, le atravesaron, franquearon otra puerta que daba acceso al patio en cuestión, y allí pudieron comprender la fuga tal como había debido verificarse.

Pocos instantes despues, el Director volvía á su despacho y extendía telegramas para la Prefectura de Policía de Melun, aunque al cumplir con su conciencia, decía para sí:

—¡Pobre Lecomte! Me alegraré de que no le encuentren: es la única evasión que no sentiré.

Hasta este día en que la evasión del penado le iba á costar serios disgustos, el Director le manifestaba sus simpatías. Es verdad que el Director de un penal no queda tan comprometido por la evasión de un preso, como á primera vista parece: la verdadera responsabilidad es del Vigilante que está cerca del detenido, y esta vez la responsabilidad no era grande, porque el Vigilante había estado separado de su puesto, y las circunstancias de la casa habían sido excepcionales.

Luciano, no había, pues, comprometido á nadie formalmente, al dejar aquella casa en que había estado en reclusión cuatro años. Pero, ¿á dónde iba á dirigirse, cuando los Guardias recorrían ya la ciudad, vigilaban la estación, y los despachos telegráficos daban ya las señas de su persona á todas las estaciones de la línea de Paris á Lió?

VII

Después de la primera lista, aprovechando el momento en que los presos salían de la casa para presenciar la ejecución, Luciano se deslizó hasta el patio en que estaba la bomba, subió al cobertizo, y desde allí inspeccionó el camino de ronda y la isla. Viendo que ni los centinelas, ni los Vigilantes estaban en sus puestos, se apresuró á subir al tejado y abarcar con las manos los hilos telegráficos, suspendiéndose de ellos, para salvar el camino de ronda, y llegar al último patio. Un instante creyó que iban á ceder á su peso, y su emoción fue tan grande, que temió perder el sentido.

Pero como los hilos telegráficos tienen tanta elasticidad, que ceden y no se rompen, de este modo pudo llegar hasta el poste, y por él descender.

En cuanto se encontró allí, buscó el madero de que le había hablado Petithomme, le apoyó contra el muro, se lanzó por aquel plano inclinado, y al llegar á la cima no hizo más que dejarse caer.

En el mismo instante, entre la niebla que cubría la ribera, un hombre corrió á él, le arrastró hacia el Sena, le hizo saltar á una barca, y le dijo:

—Ahora, señor, tendéos en el fondo, y no respiréis.

Luciano obedeció. Lionel Murdon, que era el que manejaba la barca, tomó los remos, y pronto estuvieron en el centro del río.

Manejaba los remos con regularidad, con buen método, sin profundizar mucho en el agua, y sin embargo su ligera embarcación arrastrada por la corriente, parecía volar por el agua. En breve pasaron el puente y las últimas casas de Melun. La niebla aumentaba á medida que se alejaban de la ciudad, y parecía imposible desde la orilla divisar la barca fugitiva.

—Caballero, — dijo entonces Lionel, sin dejar de remar, — es preciso que os mudéis de traje. Bajo la banqueta encontraréis todo lo necesario; haced con el vuestro un lío, atadle con esa cuerda á cuyo extremo tiene una piedra, y echadlo al agua.

—Gracias, lo haré así.

Y mientras la barca se deslizaba rápida por el Sena, Luciano, entre la niebla que le envolvía como un velo, dejó la infame librea que vestía hacia cuatro años...

Sentado en el fondo de la barca, con la cabeza erguida, la frente altiva y la sonrisa en los labios, miraba delante de sí; y en los instantes en que la niebla se disipaba, aparecían envueltas en blancos vapores las riberas vecinas, sembradas de pueblecillos encantadores.

Antes de llegar al puente de Corbeil, una gran barca, tripulada por muchos hombres, se destacó en la ribera y avanzó hasta ellos, como si quisiera cerrarles el paso.

Luciano Lecomte se creyó perdido. Un despacho telegráfico había prevenido sin duda á la Autoridad de Corbeil, y los Agentes de Policía vigilaban el río; pero como Lionel, que había experimentado el mismo temor, se dirigiese á un lado para aprovechar la ligereza de su lancha, uno de los remeros de la otra barca, les gritó:

—Tomad el arco del medio; una canoa acaba de irse á pique por aquel lado, y os estrellaréis.

No solamente aquellos marinos no les querían causar daño, sino que les prevenían contra cualquier accidente.

Siguieron el consejo, y ya confiados, continuaron bajando la corriente.

De repente, Lionel soltó los remos dentro de la barca, y dejándola conducir por la corriente, se acercó á Luciano Lecomte y le dijo:

—Caballero, me llamo Lionel Murdon, tengo el honor de conocer á vuestra sobrina, que ha debido hablaros de mí. ¿Queréis darme vuestra mano para que la estreche?

Luciano, sin responder, abrió los brazos, y aquellos dos hombres que no se habían visto jamás, se estrecharon con efusión.

Cuando se repusieron los dos de su emoción, Lecomte dijo á Lionel.

—No sé si llegaremos al puerto; de todos modos, yo os quedo agradecido de los esfuerzos que habéis hecho para conducirme á él.

—No tenéis que darme gracias, caballero. Es una dicha para mí, poder prestar algún auxilio al hombre más honrado que conozco, al que se sacrificó por ella, soportando tan largo martirio.

—¿Os ha dicho?...

—Todo, señor, — dijo Lionel con voz firme.

Y con acento ligeramente conmovido, añadió:

—¡Nos amamos!

Después de estas palabras, ambos guardaron silencio. El joven volvió á tomar los remos, y Luciano parecía impresionado por las palabras que había oído, aunque seducido ya por el que las había pronunciado.

—¿Nos dirigimos á París? — preguntó después de una pausa.

—Sí, señor; en las grandes ciudades se oculta uno mejor. Además, de este modo, Susana os verá más pronto.

—¿La abrazaré hoy? — preguntó con emoción.

—Todo hace creer que sí. Está convencida de que á nuestra llegada la enviaré un carruaje que la conducirá á la calle de Ranelagh, 32, en Passy, á una casa que he alquilado últimamente, y donde me haréis el honor de vivir conmigo algún tiempo.

—Veo que pensáis en todo: ¿pero quién acompañará á Susana á esa casa?

—Nadie. Hemos decidido no comunicar á nadie nuestros secretos; nadie conoce nuestro plan, más que vuestra sobrina, Petithomme, su mujer y yo.

—¿Y no creéis que Susana es demasiado joven para atravesar París de noche, bajo la confianza de un cochero? ¿No hubiera sido mejor que hubiera ido á esa casa desde por la mañana, y yo tendría el placer de abrazarla en cuanto llegara?

—Esta era mi opinión; pero para que mi casa ofrezca condiciones de seguridad, es preciso que no esté habitada más que por mí, y Susana no quiere entrar en ella, hasta que estuviérais vos. He debido respetar sus escrúpulos.

*
**

A las cinco de la tarde la niebla se extendió más densa, y apenas nuestros viajeros podían darse cuenta de su posición exacta; sólo de vez en cuando, algunas luces rojizas, indicaban la proximidad de una aldea.

Esta obscuridad, que protegía su fuga, tenía también sus peligros, porque su barca podía tropezar con otra embarcación ó con alguna balsa de madera de las que se mandan á París aprovechando la corriente. Así, pues, avanzaba con

lentitud, tratando de penetrar en la obscuridad, y silenciosos, para apercibir el menor ruido.

—¡Si os ocurriera algún accidente por causa mía! —dijo Luciano.

—¿Qué importa? Los accidentes están en el programa. ¿Dónde estaría el mérito si no corriese algún peligro?

—Sea; pero yo tendría un remordimiento eterno: debemos encontrarnos ahora entre Choisy-le-Roi y Vitry; ¿por qué no ganar la orilla y dirigimos á pie á París?

—Porque nos detendría la Policía en las puertas, y eso *no está en el programa*.

—Con este traje no llamo la atención, y además, si las puertas os inspiran cuidados, podríamos tomar el ferrocarril y en breves momentos el tren nos dejaría en París.

—Eso sería más imprudente aún, y además en ello desobedecería á vuestra sobrina. En nuestro plan, lo primero que se ha convenido, es evitar los ferrocarriles, porque es lo que utilizan casi todos los fugitivos. De seguro tienen ya noticias de vuestra fuga en todas las estaciones de la línea, y aunque habéis cambiado de vestido, no habéis cambiado de rostro.

—Es verdad.

—Advertid, que sólo un vapor podía ya darnos alcaide, y la Policía no los tiene á mano; los Agentes tienen que montar en los barcos públicos, y el servicio en este lado de la costa es muy irregular... ¡Oh! nos hemos informado bien, y todo nos favorece.

—Vuestros cálculos son excelentes. Convento en que caminar por el río es lo más seguro, pero es lo más largo, y me hace sufrir la idea de que mi pobre Susana ignora si he salido aún de la prisión.

—No lo duda. Sabía que la evasión había de

tener lugar á una hora fija, y si no hubiérais venido á reuniros conmigo, abandonando yo mi barquilla hubiera tomado el primer tren, y á estas horas vuestra sobrina sabría ya el fracaso de nuestra empresa; no puede ya temer más que los accidentes del viaje, lo imprevisto.

—¡Ah, qué día pasará la pobre niña!

—¡Día tanto más triste, —añadió Lionel,— cuanto que Susana está sola!

Luciano no se había atrevido hasta entonces á preguntar por su hermano, y como la ocasión se le ofrecía, no pudo menos de decir:

—¿No está su padre al lado de Susana?

—No lo creo; no estaba en el complot. Sin embargo, —se apresuró á añadir, viendo la tristeza que se pintaba en el rostro de Luciano:—El señor de Bussine pensaba por su parte hace algún tiempo en vuestra fuga, pero quería comprar á vuestros guardianes, y vos no hubierais consentido en este medio; hemos preferido obrar sin avisarle.

Por fin, creyó reconocer á lo lejos, y entre la niebla, las primeras luces de París. Pero después, sordos rumores llegaron hasta ellos, como si París les enviase desde lejos su agitado aliento.

Algunos instantes después los faroles de gas de la entrada del puente iluminaron el camino que seguía la embarcación, exigiéndoles en cambio gran prudencia.

Caminaban envueltos en la niebla y sin faro, encontrándose ya á la altura del puente Real. Después de hacer á Luciano varias advertencias, Lionel abandonó el centro del río, cortó la corriente y se dirigió hacia la fragata escuela. Enseguida, con la ayuda de un garfio, se acercó á otras embarcaciones sujetas por cables, y seguido de Luciano, saltando de barca en barca, salvó la orilla.

Acababan los dos de subir las escaleras que conducían al muelle, cuando fueron interpelados por dos Vigilantes colocados en lo alto de la escalera.

—¿De dónde venís? — les preguntaron.

—De dar un paseo por el río, — dijo Lionel Murdon, con un acento marcado inglés, que exajeraba á propósito.

—¿Un paseo en barca á las once de la noche, en el mes de diciembre, y con esta horrible niebla?

—Pues bien, es que me he perdido, — dijo Lionel riendo, — pero no nos ha sucedido accidente ninguno; hemos tenido frío, y así es que tenemos prisa por llegar á casa.

—¿Dónde vivís?

—En el Gran Hotel. Después de almorzar mi compañero y yo, hemos tenido el capricho de llegar por el Sena hasta Vitry, sin pensar que nos sorprendería una niebla tan densa. ¿Podríais indicarnos una estación de carruajes.

—Ahí tenéis una.

—Gracias.

Y Lionel tomó el brazo de Luciano, como si acabara de hablar con curiosos y no con Agentes de la Policía. Su serenidad les había salvado.

—Son caprichosos estos ingleses, — decía uno de los Agentes de Policía á su compañero, siguiendo con la vista á nuestros dos hombres.

—Todos son iguales. No irán á dar un paseo en un día bueno, y se van por el río en un día de niebla.

—Están en su derecho: nosotros nada tenemos que ver con ellos.

—No, pero es sospechoso ver salir así, del Sena, en noche semejante á dos individuos. Si hubieran tenido mala facha, los conduzcó al puesto de Vigilancia.

Entretanto Lionel y Luciano tomaban un coche y se hacían conducir al Gran hotel, por si observaban los Agentes de Policía ó les seguían. Llegaron, despidieron el coche, entraron un momento en el hotel, salieron después, dirigiéronse hacia la *Magdalena*, levantando los cuellos de sus paletots, precaución harto natural en una noche tan fría, y cuando ya en buscaban un carruaje, fueron interpelados de esta suerte por un cochero de los que estaban de punto:

—Si váis á Passy, caballeros, estoy á vuestras órdenes.

—¡Calla! ¿sois vos? — dijo Lionel.

Acababa de reconocer al cochero que le había conducido tantas veces desde la calle de Ranelagh á Paris; era el hombre que necesitaba para enviarle á buscar á Susana á Montmartre, y conducirla á Passy. Dejó caer el cuello de su paletot, se hizo reconocer del auriga, y en voz baja le explicó lo que de él quería. Ya sabemos hasta qué punto podía contar con aquel hombre. Mientas Lionel y Luciano se dirigían á la calle Ranelagh en otro coche, el cochero comprometido se detuvo en la plaza de la Opera... Allí le encontró Mourad-Bey, y modificó en un punto muy importante las órdenes de Lionel.

VIII

Susana experimentó todo el día la más viva ansiedad. A las diez de la mañana se puso en la ventana, esperando ver á Lionel llegar de un momento á otro á decirle, que la evasión no había

Acababan los dos de subir las escaleras que conducían al muelle, cuando fueron interpelados por dos Vigilantes colocados en lo alto de la escalera.

—¿De dónde venís? — les preguntaron.

—De dar un paseo por el río, — dijo Lionel Murdon, con un acento marcado inglés, que exajeraba á propósito.

—¿Un paseo en barca á las once de la noche, en el mes de diciembre, y con esta horrible niebla?

—Pues bien, es que me he perdido, — dijo Lionel riendo, — pero no nos ha sucedido accidente ninguno; hemos tenido frío, y así es que tenemos prisa por llegar á casa.

—¿Dónde vivís?

—En el Gran Hotel. Después de almorzar mi compañero y yo, hemos tenido el capricho de llegar por el Sena hasta Vitry, sin pensar que nos sorprendería una niebla tan densa. ¿Podríais indicarnos una estación de carruajes.

—Ahí tenéis una.

—Gracias.

Y Lionel tomó el brazo de Luciano, como si acabara de hablar con curiosos y no con Agentes de la Policía. Su serenidad les había salvado.

—Son caprichosos estos ingleses, — decía uno de los Agentes de Policía á su compañero, siguiendo con la vista á nuestros dos hombres.

—Todos son iguales. No irán á dar un paseo en un día bueno, y se van por el río en un día de niebla.

—Están en su derecho: nosotros nada tenemos que ver con ellos.

—No, pero es sospechoso ver salir así, del Sena, en noche semejante á dos individuos. Si hubieran tenido mala facha, los conduzcó al puesto de Vigilancia.

Entretanto Lionel y Luciano tomaban un coche y se hacían conducir al Gran hotel, por si observaban los Agentes de Policía ó les seguían. Llegaron, despidieron el coche, entraron un momento en el hotel, salieron después, dirigiéronse hacia la *Magdalena*, levantando los cuellos de sus paletots, precaución harto natural en una noche tan fría, y cuando ya en buscaban un carruaje, fueron interpelados de esta suerte por un cochero de los que estaban de punto:

—Si váis á Passy, caballeros, estoy á vuestras órdenes.

—¡Calla! ¿sois vos? — dijo Lionel.

Acababa de reconocer al cochero que le había conducido tantas veces desde la calle de Ranelagh á Paris; era el hombre que necesitaba para enviarle á buscar á Susana á Montmartre, y conducirla á Passy. Dejó caer el cuello de su paletot, se hizo reconocer del auriga, y en voz baja le explicó lo que de él quería. Ya sabemos hasta qué punto podía contar con aquel hombre. Mientas Lionel y Luciano se dirigían á la calle Ranelagh en otro coche, el cochero comprometido se detuvo en la plaza de la Opera... Allí le encontró Mourad-Bey, y modificó en un punto muy importante las órdenes de Lionel.

VIII

Susana experimentó todo el día la más viva ansiedad. A las diez de la mañana se puso en la ventana, esperando ver á Lionel llegar de un momento á otro á decirle, que la evasión no había

podido tener lugar. A la una, su alegría no tuvo límites... Lionel no volvía; ¡su tío se había salvado! Después nuevos temores asaltaron su mente; ¡habría sido preso Lionel! Si el fugitivo habría sido perseguido y un accidente habría sobrevenido á todos!... Su espíritu inquieto se extrañaba en mil suposiciones, presa del terror.

La tarde y la noche la pasó en mortal angustia. ¿Cómo no venían á buscarla?

Por fin un carruaje apareció en el extremo de la calle. ¿Si no se pararía en su puerta?... Pero el coche se detuvo, y nadie bajó. Susana lanzó un grito de alegría. Aquel carruaje le decía: ¡*Vuestro tío se ha salvado, os aguarda!*

Se envolvió en un abrigo, que tenía preparado, se echó la capucha, bajó rápidamente, y se metió en el coche.

El cochero que le conducía llegó á la calle de Ranelagh, 48, salvó la verja que Mourad había mandado dejar abierta, y se detuvo ante la escalinata del hotel.

Susana bajó y no extrañó nada; aquella casa era semejante á la que le habían descrito; pero mientras ella subía los escalones, el carruaje se alejó rápidamente, y la verja se cerró. Al mismo tiempo la puerta de la casa se abrió, y Susana penetró en el vestibulo rodeado de columnas é iluminado por lámparas opacas pendientes del techo.

Nadie venía á su encuentro; pero á un lado del vestibulo una puerta entreabierta parecía indicarle que podía entrar; avanzó, preocupada, porque si sus amigos no salían á su encuentro, era indudable que no habían llegado.

Penetró en un gran salón, de techo elevado, cuyos muros desaparecían bajo ricas telas de seda y oro; ancho diván cubierto de rica sedería corría á lo largo de la estancia, viéndose, sobre la al-

fombra de Oriente, grandes almohadones arrojados en desorden.

¡Lionel no le había hablado de un salón semejante! ¿Dónde estaba?

Tuvo miedo, y como había adelantado algunos pasos, quiso retroceder, pero antes que llegase á la puerta, ésta fue cerrada con llave por fuera.

Entonces buscó una ventana para llamar, pero fue en vano.

Divisó tan solo en el muro unas pequeñas aberturas á tres metros del suelo.

¡Un silencio de muerte reinaba en aquella estancia... perfumes penetrantes que le embriagaban era sólo lo que se apercibía.

Quiso salir á todo trance de aquel sitio, corrió de un extremo á otro del salón, y se detuvo al no escuchar el ruido de sus pasos sobre la alfombra; gritó, y aquellos espesos cortinajes apagaron su voz.

Entonces inmóvil, muda, aterrada, con la cabeza siempre cubierta, á pesar del calor que se sentía en aquella estancia, se apoyó contra la puerta de entrada, lanzando en torno suyo miradas de terror.

De repente, al extremo del salón, se movió un cortinaje de seda, y apareció Mourad-Bey. Se adelantó lentamente, pálido, las piernas vacilantes, pero la mirada de una fijeza siniestra.

—Os he dejado sólo un instante para permitir os hacer algunas observaciones. Ahora que sabéis que es imposible salir, seréis razonable... Por error, sin duda, en lugar de conducir os al número 32, de la calle de Ranelagh, donde os espera Lionel Murdon, os han hecho entrar en el 48, que es mi casa. Soy muy dichoso y trato de aprovechar mi dicha.

Mientras hablaba el árabe, Susana había recordado todo su valor, y dijo con voz firme:

—¡Abrid esta puerta!

—No lo esperéis, — dijo sonriendo.

—¿Por qué tenderme tan indigno lazo? ¿Por qué encerrarme aquí, contra mi voluntad?

—Por dos razones: la primera, porque os amo con locura; la segunda, porque quiero vengarme de vuestro padre, que ayer me ha insultado horriblemente.

—Ha hecho bien; ¡jamás caerá insulto sobre un ser más vil que vos!

—Convengo, pero estáis bajo la dependencia de ese hombre vil... que os dirá su amor y tendréis que escucharle; os estrechará en sus brazos, y nadie oirá vuestros gritos...

Sin embargo, como Susana permanecía inmóvil, quiso avanzar, y pálido como ella, con la mirada vaga, aunque su voluntad le impulsaba hacia adelante, su cuerpo no le obedecía.

De repente, y al intentar dar un paso en su dirección, sus piernas se doblaron y cayó sobre un almohadón. Al mismo tiempo Susana oyó abrir la puerta, contra la cual se apoyaba... ¡era indudable que alguien acudía en su socorro!

La puerta se abrió; alguien la cogió por el brazo y la arrastró al vestíbulo.

* * *

Pocos instantes después, en el mismo sitio donde estaba Susana de Bussine, Mourad apercibió á Fatmah, rígida é inmóvil, apoyada sobre la puerta que acababa de cerrar.

—Tú, tú! — balbuceó Mourad.

—Sí, — dijo lentamente; — he salvado á la que querías perder, y vengo á morir contigo.

—¡Morir! ¡morir! ¿por qué? El calor de esta habitación, los perfumes que aquí se respiran

me han producido un desvanecimiento... Pero ya estoy bien; puedo levantarme.

—No, no puedes.

—¡Todo cuanto he querido lo he podido hasta hoy!

—Prueba y verás.

Se abalanzó hacia unos ricos almohadones que había cerca de él, y trató de levantarse apoyándose en ellos; esfuerzo inútil: sus piernas, débiles un momento antes, estaban ya inertes.

—Ya ves, — dijo Fatmah, — cómo la voluntad no basta siempre; conservas tu inteligencia, tus facultades morales; pero has perdido la facultad del movimiento. Tus fuerzas no te obedecen y la materia triunfa del espíritu.

—Es cierto, es cierto... pero, ¿qué es lo que pasa por mí?

—Vas á saberlo. Hace un momento, cuando me arrojabas de aquí para recibir á otra mujer, te he dado un último abrazo, y te has pinchado en el cuello con un alfiler. Ese alfiler está emponzoñado con un veneno procedente de nuestro país, narcótico que paraliza el cuerpo antes de apagar la inteligencia, que no hace sufrir físicamente, pero que sufre el espíritu al verse morir... ¡Sufré, pues, como me has hecho sufrir, Mourad!

Aterrado, no respondió, y Fatmah continuó con acento lento, tranquilo, irónico:

—Un día, en nuestro país, me elegiste entre todas, y me dijiste: *Tú sola eres bella, y sólo á ti te amo*; ¡te amé con locura, con todo mi ser, con toda la pasión de que es capaz mi alma de fuego! Tenía rivales, sí, lo sabía, pero era preciso tolerar las costumbres del país... yo no era más que una esclava, y tú tenías mujeres legítimas... Me dijiste: *Quemo mi Palacio, las abandono á todas, te llevo á Europa, y no te apartarás de mí*. Entonces creí guardarte para mí sola, y

en mi alma se desbordó la alegría; pero en París, mi alegría se tornó en suplicio: tú no me habías traído por amor, sino para servir á tus planes, para ayudar á tu venganza, para ser un objeto de lujo y un cómplice en tus fines. De esta casa, que yo creía mía, has hecho tu *harén*: me has obligado á soportar aquí el espectáculo de nuevos amores... Cansada de sufrir, Mourad, te he dado muerte; pero como te amo, á pesar de tus ultrajes, voy á morir contigo, á tu lado, como hubiera querido vivir.

El la oía, pero no podía verla ni hablarla; el veneno continuaba su obra de destrucción; la congestión era espontánea, la respiración difícil, y sin embargo, la inteligencia, siempre activa, tenía conciencia de la destrucción de aquel cuerpo, vida de su alma. Encontrábase, como dijo el sabio Claudio Bernard, *encerrada viva dentro de un cadáver*.

Este terrible espectáculo no logró aterrar á Fatmah; arrancó de sus trenzas un largo alfiler de cabeza de oro y punta de acero, levantó la manga izquierda de su túnica, y sin vacilar, casi sonriendo, aplicó dos veces en el brazo su lacerada punta.

Después sacó un papel oculto en su pecho, le atravesó con el mismo alfiler, y clavó éste en la seda de un diván.

Entonces, lentamente se acercó á Mourad, se tendió á sus pies en la alfombra, y con el pecho apoyado en el almohadón en que estaba sentado, aguardó la muerte.

En breve se confundieron las dos agonías.

Al día siguiente de la expulsión de Mourad, por la mañana, el Presidente del Club, la Junta de Gobierno y algunos socios con el señor X..., que había solicitado reunirse á ellos, celebraron Junta para acordar las medidas que debían adop-

tar. La opinión general era guardar silencio y contentarse con la expulsión; pero la escena provocada por Bussine era ya conocida en todo París, y antes de que la prensa diera la voz de alarma, era preciso, para no ser acusados de complicidad con Mourad-Bey, darle aviso á la Policía, decidiéndose que iría el Presidente con una comisión de sus colegas á dar cuenta al Prefecto de lo ocurrido en el Club la noche anterior.

Aquel funcionario fue de parecer que habiendo producido la escena tan marcado escándalo, la Justicia no podía permanecer impassible, y exigió una declaración en regla para declinar sus poderes en el Comisario de Policía, y que éste procediese contra Mourad.

El Comisario se dirigió á la calle del Circo, al Palacio de Mourad, donde le dijeron que el dueño había salido la víspera á las cinco, y no había vuelto, y que probablemente estaría en París, en casa de su amada, una circasiana que había traído de Túnez.

Media hora después, el Comisario de Policía se presentaba en la calle Ranelagh, núm. 48. La casa, herméticamente cerrada, parecía desierta, y no lograron entrar en ella sino después de vencer serios obstáculos.

Una vez en el salón morisco, hallaron los cuerpos inertes de Mourad y Fatmah.

El Comisario pensó primero en un crimen; pero luego observó el papel clavado por Fatmah, en el cual, leíase:

Mi señor se ha dado muerte, y muero con él: este alfiler, emponzoñado con el veneno llamado ourari, nos ha dado muerte á los dos.

Llamóse al punto á un médico, y se le preguntó:

—¿Conocéis este veneno, del que oímos hablar, por vez primera?

—Es un veneno indio, que llamamos vulgarmente *ourari*, — dijo el doctor.

—¿Pero dónde está contenido el veneno? ¿Cómo ha podido absorberle el cuerpo?

—Si lo hubieran absorbido, no hubiera producido ningún desorden en las vías digestivas; este veneno no obra más que bajo la epidermis por medio de una picadura.

—¿De modo que este alfiler?..

—Está emponzoñado, como las flechas de ciertos pueblos salvajes; el *ourari* tiene por base una planta vegetal; y un arma, una flecha, un alfiler cuya punta esté impregnada en esa sustancia, puede conservar largos años sus propiedades mortíferas.

—Pero no se advierten más que en el brazo de esta mujer y en el cuello del hombre, picaduras insignificantes, sin la menor inflamación.

—Precisamente, señor; la llaga emponzoñada por el *ourari* no presenta ninguna irritación, por que este veneno no posee ningún cáustico. Penetra en la sangre, extingue las propiedades de los nervios motores, aunque todavía se conserven los de la sensibilidad.

—Entonces, doctor, ¿creéis que debe darse fe á este escrito y á este alfiler?

—Completa; además, el experimento es fácil, y nuestros químicos especialistas no dejarán de hacerlo.

El suicidio de Mourad y Fatmah fue, pues, verificado de un modo cierto, y las pruebas morales se unieron á las materiales: Mourad-Bey se había dado la muerte por no sobrevivir á la vergüenza de un proceso, y su esclava por morir con él.

* * *

En cuanto supo por el Presidente del Club que iba á intervenir la Justicia en el asunto de Mourad-Bey, el señor X... se dirigió á casa de Sivasti.

Este, muy asombrado por no haber recibido aquella noche la visita de su socio, se había acostado á las cinco de la mañana, y acababa de levantarse cuando llegó el señor X... Mandó que le introdujeran, y el recién llegado, con la sonrisa en los labios, le dijo:

—Adelanto la hora de nuestra cita, porque creo que deseareis informes del extremo del señor de Bussine.

—En efecto, me interesa mucho.

—Pues bien: todo ha pasado como vos deseábais; en el momento fijado, mi discípulo ha tomado la *bánca*, y en breves momentos ganaba más de doscientos mil francos.

—¡Ah! muy bien, me felicito de ver que ha aprovechado vuestras lecciones.

—¡Maravillosamente! — dijo el señor X... sonriendo con ironía. — El señor de Bussine ha *deslizado las cartas* con una destreza admirable; pero temo que no quedéis satisfecho de él en un concepto.

—¿En cuál?

—En que en lugar de conservar para él y para vos el dinero ganado, se le ha devuelto á los que le han perdido.

—¿Qué decidís! No comprendo...

—Pues es muy sencillo. Mi discípulo es lo que podríamos llamar un *griego* recalcitrante; se ha visto acometido de súbitos remordimientos, ha hecho confesiones terribles, y hasta ha nombrado las personas que le han arrastrado á esta nueva explotación...

—¿Y os ha vendido?

El señor X... se acercó más á Sivasti, y mirándole de frente, le dijo.

—No, me ha tenido consideración; pero se ha mostrado muy claro con vos y con vuestro amigo Mourad-Bey.

Este nombre, pronunciado así, tan de repente, hizo palidecer á Sivasti; pero aún tuvo bastante imperio sobre sí para exclamar:

—¿Qué tiene que ver aquí Mourad-Bey?

—¿No es vuestro asociado, vuestro cómplice... vuestro Jefe más bien? Yo lo sabía; se lo dije en confianza al señor de Bussine, y éste se apresuró á repetirlo anoche en la mesa de juego delante de todo el mundo. Hasta se ha permitido explicar, con todos sus detalles, el método con que procediais para explotarnos. No os admiréis: os dije un día en que me amenazábais, que sabría vengarme, y ya veis que lo he cumplido: os he dado gusto.

—Pues bien, si os habéis vengado, como decís, yo debo seguir vuestro ejemplo, y sin ocuparme para nada de Mourad-Bey, á quien no conozco, me ocuparé de mí. Me habéis vendido, os venderé á mi vez.

—Lo dudo, — dijo X... irriamente, — porque mi venganza ha arruinado vuestra industria. La justicia no tendrá contra vos ninguna prueba material; pero vuestros Agentes secretos, que están deseando como yo vengarse, declararán contra vos; los conozco, y los nombraré. Así, pues, guardaos de hacerme daño. Bajo el punto de vista criminal, estáis en salvo; nadie se mete con vos; pero si os tiente el diablo y hacéis algo en contra mía, yo hablaré á los otros, á los cinco que reciben órdenes vuestras, y todos unidos diremos tanto de vos, que os será difícil escapar. Así, pues, seguid mi consejo.

—¿Qué consejo?

—Pasaréis al extranjero sin perder un instante, y sin ocuparos de Mourad-Bey, que á estas

horas habrá emprendido la fuga. Vuestra ruina es indudable, pero en cambio vuestra seguridad es notoria; huid, pues, y ved cómo sé cumplir mis palabras.

Saludó con la distinción que le era habitual, y se retiró con la misma tranquilidad que quien ha hecho una visita de cortesía.

Sivasti, sólo, reflexionó un instante; encontró prudente el consejo, por lo menos en parte, guardó en el bolsillo toda la fortuna robada, salió de su casa, y se dirigió á la de su querida actriz para aguardar los sucesos.

A las cinco, los periódicos de la tarde le hicieron conocer el fin trágico de Mourad, y aquella misma noche emprendió la fuga.

IX

Por los periódicos supo también Jorge de Bussine la muerte de Fatmah, y tuvo un verdadero acceso de desesperación. Aquella hermosa criatura se le deslizaba cuando él creía que, enternecida por su amor; avergonzada del papel que había representado, resentida contra Mourad, iba á corresponder á sus favores.

Entonces apreció todas las cosas bajo su verdadero punto de vista. ¿Cómo había podido olvidar tanto tiempo á su hermano y su hija?

Breves ideas de expiación, vagas primero, claras y precisas después, dominaron su mente, y desde entonces supo lo que quería y lo que debía hacer.

Dejó su estudio, atravesó el jardín, entró en

la casa y se dirigió á la habitación de Susana. Aquella estancia estaba vacía, pero creyó oír ruido en la habitación vecina, donde no entraba de ordinario porque la disposición de aquel cuarto le recordaba la estancia en que su mujer había muerto.

Abrió aquella puerta, y entonces pudo convenirse de que salía de un largo letargo.

Lo halló todo como el día en que, después de haber perdido al juego el último billete, robado á la caja de su hermano, entró en su casa, llamado por su mujer moribunda.

Nada había cambiado; sobre la chimenea, ardían, como aquella noche, dos bujías, y en la mesa de noche una lamparilla proyectaba su pálida luz y en el lecho una enferma fijaba en él la vista, animada por la fiebre.

Eran los ojos de Henriqueta, su misma expresión, y junto al lecho, en un sillón, un hombre abismado en su dolor le miraba también y parecía decirle:

— ¡Gracias á Dios! ¡Qué tarde vienes!

Era su hermano, su hermano, ¡lo mismo que aquel día! Llevó ambas manos á su cabeza, como si quisiera detener sus ideas, preguntándose si estaba loco.

Sin embargo, todo aquello era natural. Al dejar la mansión de Mourad, Susana, salvada por Fatmah, se lanzó á la calle, llegó á la casa donde la aguardaban hacia una hora su tío y Lionel; pero sólo el deseo de ver á su querido fugitivo, sostuvo sus debilitadas fuerzas.

Luciano y Lionel, al verla en aquel estado de abatimiento, quisieron obligarla á descansar en el lecho; pero ella, enérgica, delirante, exclamó:

— No; quiero volver á casa, á la estancia donde mi madre ha muerto.

Ni súplicas ni razones pudieron convencerla,

y en carruaje la transportaron á Montmartre; el fugitivo de Melun, olvidando la prudencia, no quiso abandonar á su hija querida.

Jorge, repuesto de su asombro, olvidando el pasado para pensar en el presente, sin darse cuenta de la verdad, comprendió que Susana ocupaba el lecho de su madre... y Luciano, ¿por qué estaba allí Luciano? ¿Había obtenido su perdón?

Sin atreverse á dar un paso, inmóvil, mudo, sus miradas pasaban de su hermano á su hija... Por fin se adelantó, cayó de rodillas entre ambos y ocultó el rostro. Sintió que su hermano le cogía una mano, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Luciano, acercóse á su oído y murmuró:

— Le perjudica toda emoción: ven.

Le arrastró á la estancia contigua, y dejó la puerta entreabierta.

— ¿Desde cuándo está mala? ¿Qué tiene?

— Desde esta mañana. Anoche tuvo una impresión violenta, después una gran postración... El médico dice ha tenido una fiebre cerebral; pero esta tarde nos ha tranquilizado; la cabeza está menos congestionada, el pulso menos frecuente...

Pasaron algunos minutos, y, débilmente, casi con temor, exclamó:

— Por fin estáis libre, hermano mío. ¿Habéis obtenido vuestro indulto?

— No: me he fugado.

— ¡Gran Dios! ¡Y os buscarán... pueden encontraros!...

— Pero aquí no vendrán; no saben que eres mi hermano, que Susana es mi sobrina.

— No: he seguido vuestras órdenes. El viaje de tres años ha hecho perder mi huella; pero en la causa que os han seguido...

— El nombre que tú llevas, no se ha mezclado en ello para nada.

—¿Y no teméis que alguien os haya seguido, que os hayan visto entrar en esta casa?

—Me han visto, en efecto; pero me han tomado por ti y me han saludado.

—Es verdad, creo que nos parecemos más que nunca; hasta nos creerán de la misma edad. Mis desórdenes, que me han hecho tan distinto á vos en el orden moral, me han hecho enteramente igual en el físico... Y así os digo, —repuso con firmeza, aunque con lágrimas en los ojos, — que vuestro sitio está aquí, al lado de Susana, de quien sois verdadero padre. Si alguno debe volver á la prisión, no seréis vos; ocupásteis en otro tiempo mi lugar, hoy tengo el derecho de ocupar el vuestro. Desde ahora, yo soy Luciano Lecomte; vos Jorge de Bussine. Ya que, gracias á vos, este nombre no se ha manchado en el proceso, aprovechadle; yo paso por jugador, ¡y jugador desgraciado!... ¡Esto me deshonra! Yo expiaré desde ahora mis faltas, y mereceré vuestro perdón, con la estimación de mi hija.

—Lo que acabas de decir me ha conmovido profundamente. Veo que los proyectos que fundo sobre ti pueden realizarse.

—¿Qué proyectos?

—El señor Lionel Murdon me ofrece un asilo en Londres y una colocación; ven conmigo, trabajarás á mi lado, me ayudarás.

—¿Y como podréis pasar al extranjero? Os detendrán antes de llegar á la frontera.

—Aguardaré á que las pesquisas sean menos activas.

—¿Y permaneceréis hasta entonces prisionero en esta casa? No lo consiento, harto tiempo habéis estado privado de libertad.

En aquel momento por la puerta entreabierta llegó hasta ellos la voz de Susana que decía:

—¡Padre, padre!

—Id, — murmuró Jorge á Luciano, — á vos es á quien llama.

* * *

En la Prefectura de Policía existe una oficina llamada de *investigación*, que depende de la *división primera*, y que se ocupa, como indica su nombre, en vigilar las casas de juego.

De éstas hay muchas en barrios populosos en habitaciones elegantes, y otras muy miserables en la proximidad de las estaciones, junto á los mercados, en el Barrio Latino y en las afueras; unas alojadas en el sexto piso, otras en sótanos, donde florece, como si dijéramos, la *baja Grecia*.

Los *griegos* de esta categoría, merecerían un estudio especial; pero esto está fuera de nuestro plan, y diremos únicamente que la concurrencia habitual de estas casas, es de *caballeros de industria*, licenciados de presidio, y vagos.

Generalmente estas casas están sostenidas por una mujer, y en cuanto un *indicador* denuncia una de estas casas clandestinas, el Oficial de Orden Público que manda la primera sección, delega sus poderes en un Inspector, que se introduce secretamente en el *garito*, fingiéndose un concurrente más, y da los informes necesarios del dueño y los jugadores. Después de examinar este informe, decide el Jefe si debe continuar ó cesar, haciéndose expedir una orden de reconocimiento.

Provisto de esta orden, el Jefe de servicio, con el Comisario y cinco ó seis Inspectores, penetran en el *garito*, de grado ó por fuerza.

Ocho días después de la muerte de Mourad y de Fatmah, y después de la evasión de Luciano Lecomte, el Oficial encargado de este servicio fue informado que en una casa de la calle de los Már-

tires existía uno de esos *garitos*, frecuentado por gente de mal vivir: dispuso al punto un reconocimiento, tomó sus medidas, y se presentó de pronto en un salón, donde había reunidas unas veinte personas en torno de una *ruleta*.

— ¡Qué nadie se mueva, en nombre de la ley! — dijo con tono imperativo.

Al mismo tiempo los Inspectores se lanzaron á la mesa, impidiendo á los jugadores tocar al dinero que en ella había.

Los jugadores sorprendidos en un *garito*, obedecen de ordinario, sin protesta á la intimación del Comisario, para que no aparezca su nombre en la información. Los concurrentes á casas clandestinas no se asustan de la irrupción de la Policía, viven prevenidos contra ella y no arriesgan jamás su capital sobre la mesa; le tienen en el bolsillo y sacan sólo el dinero de la jugada.

El dueño, ó la dueña de la casa, son los responsables y tienen que pagar fuertes multas.

Después de hacer pasar á los jugadores á otra estancia, los van interrogando uno á uno en esta forma: ¿Vuestro nombre? ¿vuestra profesión? ¿vuestros medios de existencia? ¿por qué estáis aquí? ¿qué se juega de ordinario en esta casa? Y otros pormenores que no son del caso: y después de interrogar así á veinte personas por separado, el Comisario sabe á qué atenerse.

De este modo procedieron el Comisario y el Oficial de Orden Público en la calle de los Mártires, y en breve pudieron convencerse de que no habían sido engañados; el delito era indudable, pero no parecía sospecharse nada, ni en los circunstancias ni en los utensilios de juego; sólo una de las personas que allí había, pareció turbarse al ser interrogada.

Era un hombre de unos cuarenta años, pálido, de ojos enrojecidos, de frente surcada de

arrugas prematuras. Tenía la barba afeitada, llevando el cabello cortado, y cuando le preguntaron su nombre, contestó con visible embarazo:

— Augusto Fischer.

— ¿Vuestro domicilio?

Siguió la misma vacilación, que terminó con esta frase:

— Faubourg Montmartre, 62.

— ¿Es una casa amueblada? — dijo el Comisario. — ¿Desde cuándo la habitáis?

— Desde hace ocho días.

— ¿Dónde vivíais antes?

— Llego de provincias.

— Me parece falso; tenéis el aire muy parisién.

¿De dónde venís?

— De Lión.

— ¿Os conocen allí?

— Poco.

El oficial, al que había hablado uno de los Inspectores, dijo de pronto:

— ¿Afirmáis no haber sufrido ninguna condena?

Augusto Fischer se turbó.

— Sí, señor; ¿por qué me lo preguntáis?

— Porque uno de mis Agentes asegura que os ha visto hace algunos años en el depósito de la *Grande Roquette*.

— Se equivoca.

Pero estas palabras fueron dichas como si aquel hombre hubiera querido infundir sospechas en vez de desvanecerlas.

— Basta por ahora, — dijo el Comisario; — os interrogaré de nuevo cuando acabe con los otros.

Le hizo entrar en una habitación inmediata, y allí solo, en lugar de parecer enojado del giro que tomaban sus asuntos, pareció satisfecho. Después se acercó á la puerta entreabierta y miró. Daba á la antesala, y en ella se paseaba un Agente con orden de no dejar salir á nadie

de la casa. Era lo bastante para no intentar huir; pero el preso pensó lo contrario: abrió la puerta, se lanzó á la antecámara, quiso pasar á viva fuerza, y, como era natural, acudieron otros Agentes, y el Comisario de Policía, declarándole en rebelión contra la Autoridad, le mandó conducir al puesto de Vigilancia más próximo.

Nueva sonrisa iluminó el rostro de Fischer: á medida que su situación se agravaba, parecía más contento.

X

Tres veces al día, unos carruajes verdes, conocidos en París con el nombre de *vinagreras*, van á recoger, á los diferentes puestos de Vigilancia, los detenidos, para conducirlos al Depósito de la Prefectura.

Augusto Fischer, poco antes de media noche, fue conducido al Depósito.

Al día siguiente, á las ocho, un Vigilante fue á buscarle para conducirlo á la Inspección, donde se reúnen los Jefes del servicio de Vigilancia, y uno de ellos, consultando las notas que había recibido del día anterior, identificaba la personalidad de los detenidos y separaba los que habían sido ya procesados de los que acababan de cometer su primera falta.

Apenas Augusto Fischer entró en la oficina, donde le aguardaban los Agentes de Seguridad, uno de ellos exclamó:

—Ese es Luciano Lecomte, fugado de la Casa Central de Melun. ¡ Ah, por fin le tenemos!

El que se hacía llamar Fischer, trató de ne-

gar, pero torpemente, como lo había hecho la víspera. El Jefe de Seguridad que estaba presente, se contentó con decir:

—Id á buscar la fotografía de Luciano Lecomte.

Como todos sabemos, la Prefectura de Policía hace sacar el retrato de todo delincuente, y esta colección, de lo más precioso, escrupulosamente clasificada por orden alfabético, está en el despacho del Prefecto de Policía.

Momentos después, el retrato de Luciano Lecomte, sacado cinco años antes, era traído por uno de los Agentes. Consultáronle con el llamado Fischer, y exclamaron:

—¡ Es el mismo, no hay duda! Más os vale confesar y evitaremos á todos un trabajo.

Fischer bajó la cabeza sin contestar; era una confesión. En breve, el Prefecto, enterado de que se había preso á un fugitivo de la Casa Central, le hizo conducir á un calabozo.

El error cometido por la Policía era bien claro; confundió á un hermano con otro, porque además del gran parecido que hemos hecho constar en todo el curso de los sucesos, Jorge había hecho lo posible por ayudar al error; después de cortar sus cabellos y afeitar la barba, delató con un anónimo el *garito* donde quería ser sorprendido; y conducido al depósito, hizo constar la prisión del fugitivo de Melun.

Ahora, Luciano Lecomte podía dejar París y la Francia sin temor ninguno. Jorge, que temiendo sus escrúpulos no había querido confiarle su plan, desapareció de la casa pretextando su afición al juego, y fue, en efecto, á jugar por última vez, pero para reparar en parte tantos males como había causado con su funesta pasión.

Seis meses han transcurrido. Ha llegado el verano; Luciano Lecomte, refugiado en Londres, habita con su sobrina en una casa situada en Clapham, barrio tranquilo y retirado. Cesarina Petithomme, que ha querido seguirles, se ha encargado del gobierno de la casa, y su avaricia, lejos de disminuir, se ha aumentado con los años. Cuando se trata del bienestar de Susana, nada le parece ni bastante bello ni bastante caro.

Luciano estudia atanoso la Bolsa de Londres, como estudiaba antes la de París, y sigue dando consejos á los Petithomme, que ven aumentar de día en día su capital.

Todos los días, Lionel Murdon va á hacer una visita á la que considera su prometida, y Susana, en vista de su insistencia y de tantas pruebas de cariño, le permite esperar.

Qué responderle cuando Lionel le dice: *El que os sirve de padre, es el hombre más honrado que conozco, y me consideraría dichoso llamándome hijo suyo.*

¡Cómo le amaba Susana al oírle hablar así!

El matrimonio estaba decidido; pero el padre de Susana vivía, su consentimiento era indispensable, y Susana había declarado que no se casaría mientras que su padre no pareciera.

Dejó á Luciano y á su hija en cuanto su hermano salió de la cárcel, y no se había vuelto á saber de él: todas las pesquisas de Petithomme para encontrarle, habían sido inútiles. Lionel, por su parte, las había hecho también; volvió á París, solicitado el auxilio de la Embajada Inglesa, y el Secretario le había contestado:

—Tendré tanto más gusto en servirlos, cuanto no salí airoso en vuestro primer encargo. El preso, por quien os interesábais entonces, continúa preso, y el otro día he sabido que ha sido atacado de enajenación mental.

—¿Qué decis?

—Lo que habéis oído. Ayer me dió ese dato el Jefe del Ministerio á quien hice vuestra recomendación en otro tiempo. Al verme, me habló de mi protegido; me dijo que Lecomte había logrado evadirse de Melun, pero aprehendido pocos días después, le tuvieron tres meses en un calabozo... El aislamiento, la desesperación, han producido en él un efecto muy natural, y el desgraciado está loco, y su locura es de las más curiosas: sentado delante de la pequeña mesa de su calabozo, se imagina estar *tallando y distribuir cartas* sin cesar. Si gana, prorrumpe en gritos de alegría; si pierde, pide perdón á los que ama, por haberlos arruinado, por haberlos deshonorado... Declarada la locura, ha sido transportado á la Casa Central de Gaillon, que tiene un departamento especial para los enajenados.

Lionel comprendió que había encontrado al padre de Susana, Jorge de Bussine, preso en lugar de su hermano, cuando su espíritu estaba combatido por emociones sucesivas, y no habiendo tenido la fortaleza de Luciano, se había trastornado su razón.

Después de reflexionar un instante, dijo á su amigo:

—¿No se podría obtener para ese desgraciado la gracia que solicitamos en otro tiempo? Ya no es un criminal, es un enfermo. Me intereso lo bastante por él para llevármelo á Inglaterra y librar á la Administración de esa carga enojosa. ¿Queréis hacer gestiones en este sentido?

—Sí, con mucho gusto, y en estas nuevas condiciones creó que lo conseguiré.

En efecto, pocos días después, Jorge de Bussine, con Lionel y un médico alienista, llegaban á Londres, á casa de su hermano y de su hija; un

tratamiento inteligente y cuidados afectuosos, le volvió la razón; ha vuelto á tomar sus pinceles, trabaja y no juega, ni aun de imaginación.

Su curación se ha festejado con el enlace de Lionel y Susana: para este acontecimiento, Cesarina ha consentido en estrenar un vestido, pero de seguro no se lo volverá á poner, y Susana le heredará con el millón ó acaso con los dos millones que posee el matrimonio Petithomme.

Sivasti, arruinado por haber querido mucho á las mujeres, se ha vuelto á Tunes, donde tiene un café.

Sus antiguos Agentes los *griegos*, continúan trabajando discretamente en diferentes Clubs de Paris, pero, por su cuenta.

El señor X... se ha retirado á la vida privada.

FIN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

